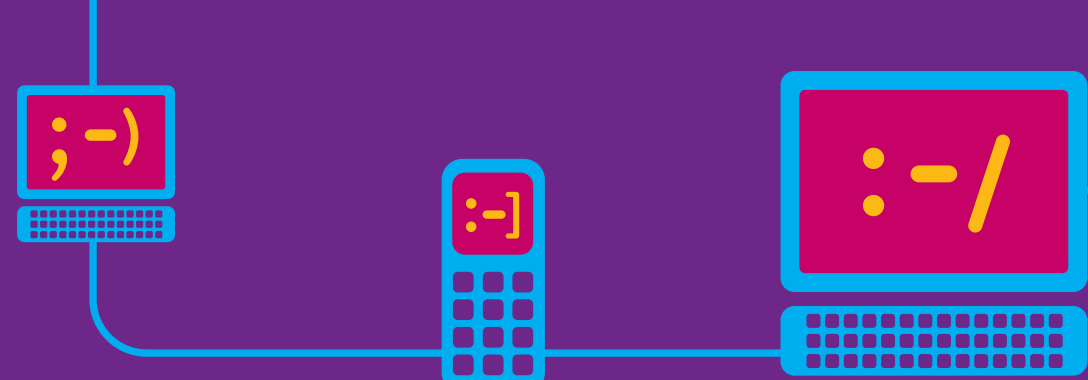


Jóvenes y cultura messenger

Existe una consolidada representación social que une estrechamente juventud y tecnología, hasta el punto de entender la relación con lo tecnológico como un criterio de diferencia intergeneracional. El presente estudio se dedica a analizar en qué medida existe realmente dicho vínculo y cuál puede ser el trasfondo del mismo.

Es de especial interés el análisis de la relación entre tecnología y construcción social, o el señalamiento de algunos efectos de carácter estructural que la relación entre jóvenes y tecnología supone en campos como el de la integración social o laboral, la distinción entre los espacios de ocio y de trabajo, y las relaciones familiares o las interpersonales.

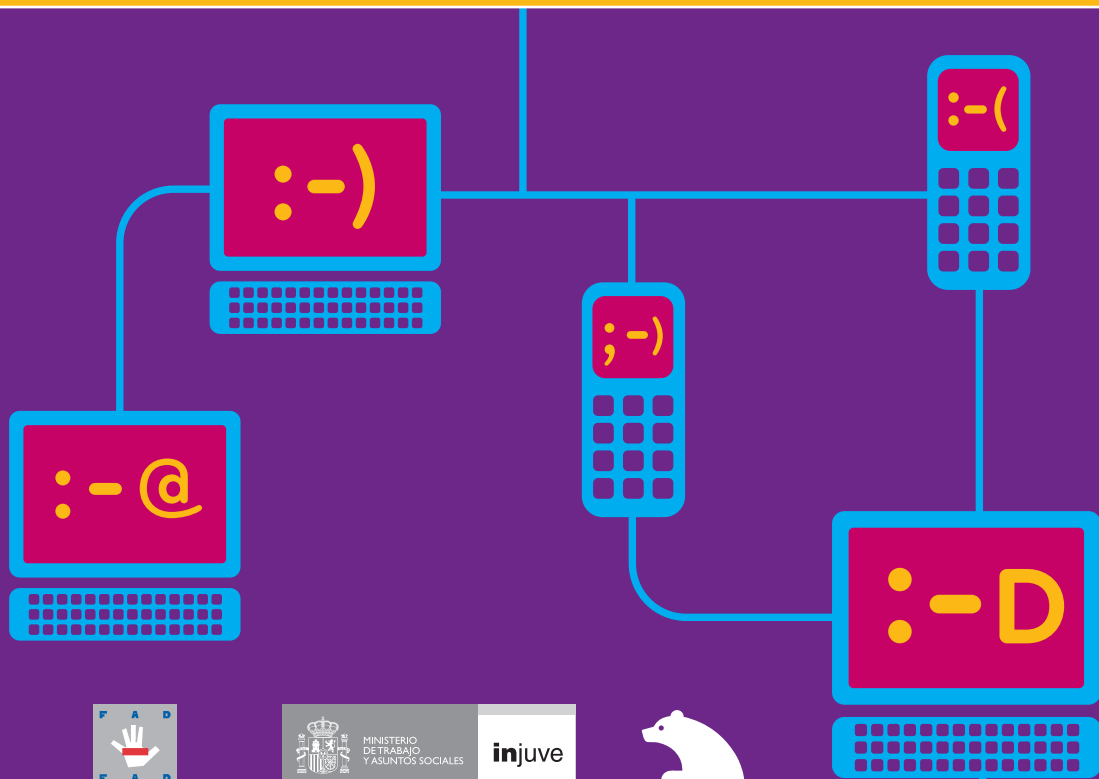
Tecnología de la información
y la comunicación en la sociedad interactiva



Jóvenes y cultura messenger

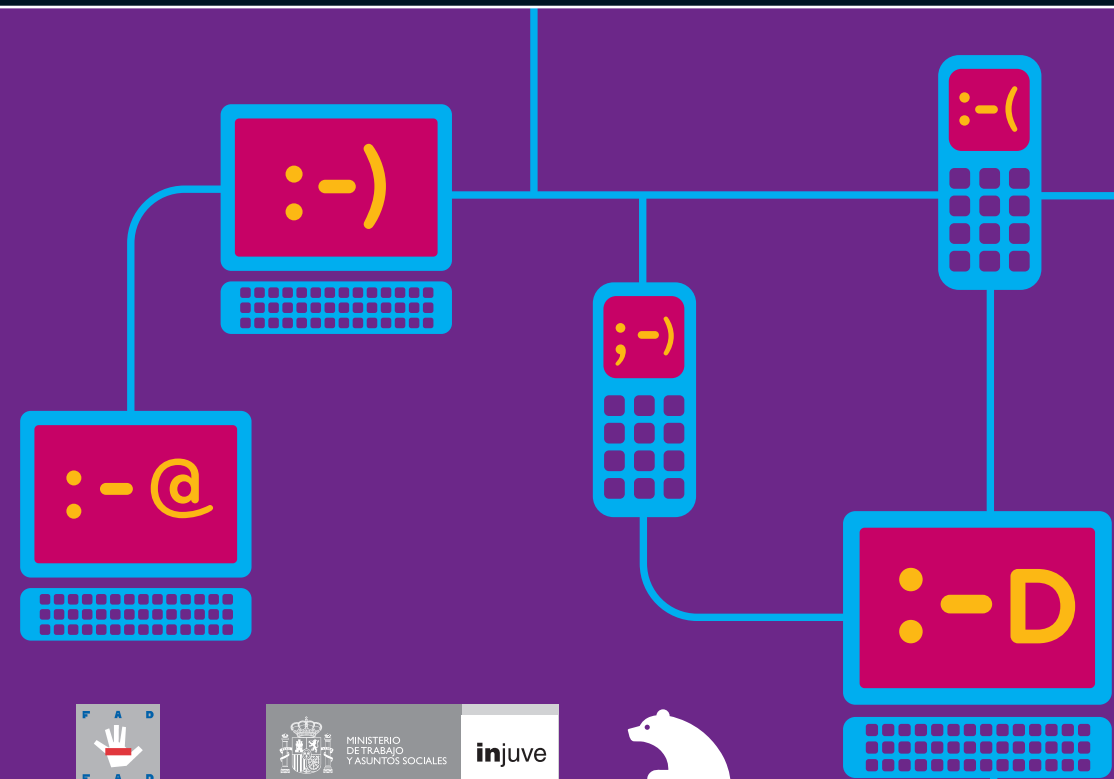
Tecnología
de la información
y la comunicación
en la sociedad
interactiva

> Ángel J. Gordo López - Coordinador



Jóvenes
y cultura messenger

injuve



© FAD, 2006

© INJUVE, 2006

Dirección del estudio:

FAD – Fundación de Ayuda contra la Drogadicción

Autores:

Ángel J. Gordo López
Ignacio Megías Quirós

Colabora (entrevistas y transcripciones):

Albert García Arnau

Cubierta:

Pep Carrió/Sonia Sánchez
San Vicente Ferrer, 61 - 28015 Madrid

Maquetación:

Quadro
Plaza de Clarín, 7 - 28529 Rivas Vaciamadrid (Madrid)

Impresión:

Ancares Gestión Gráfica, S.L.
Ciudad de Frías, 12 - Nave 21 - 28021 Madrid

ISBN:

84-95248-72-7

Depósito legal:

M-

En la presentación del nuevo título de la serie “Jóvenes y...” acaso lo más necesario de justificar sea por qué no se planteó antes esta cuestión. En efecto, el impacto de lo tecnológico en la cultura y en la comunicación de los jóvenes parece tan evidente, y por otra parte es una convicción tan asentada en las percepciones colectivas, que hubiera sido lógico plantear rápidamente el análisis de esa dimensión.

Sirva de explicación, más allá de la importancia y la urgencia de los temas que se fueron tratando en la serie de informes, el hecho cierto de que la influencia de las nuevas formas de información y comunicación, las TICs, ha evolucionado y evoluciona tan aceleradamente que precisa de una cierta perspectiva para dar cuenta de una dinámica tan fugaz. De hecho, incluso en la mirada actual, uno de los elementos dominantes es esa impresión de movimiento continuo en la estructura y en la funcionalidad de los instrumentos y las relaciones influidos por la tecnología; no en vano, en las conclusiones de este estudio, se avisa que éstas se encuentran “en construcción”.

En cualquier caso, coyunturalidad o transitoriedad no implican superficialidad. Creemos que el presente análisis es atento y profundo. Atento porque utiliza múltiples fuentes, desde el discurso de los usuarios a los indicadores empresariales; profundo porque plantea derivaciones del fenómeno observado. Por ejemplo, la manera en que las TICs aparecen como elementos de socialización y como factores condicionantes del proceso vital y laboral de los jóvenes es una cuestión de calado, sobre la que este informe aporta numerosos elementos.

El INJUVE, la FAD y Obra Social de Caja Madrid esperan, también en esta ocasión, haber conseguido una contribución útil al mejor conocimiento de lo que, creemos que para bien, es parte fundamental del presente (y del futuro) de los jóvenes.

Los editores

Índice

1. Infancia, juventud y tecnología: situando la madeja relacional	7
1. Tecnología y sociedad	8
2. Tecnología y juventud: representaciones tópicas	10
3. Individuo-familia, ocio-trabajo, juventud-tecnología: plataformas de integración	17
4. Propuesta y objetivos	19
2. Metodología del estudio	23
1. Diseño mixto discursivo	23
2. Trabajo de campo cualitativo	29
3. Sociedad de la información/cultura <i>messenger</i>	31
1. Tendencias generales de las TIC	33
2. Uso de Internet en España	36
3. Valoración y uso de Internet por parte de los jóvenes	46
4. Uso y valoración de la red: ejemplo a partir de una muestra de jóvenes universitarios	49
5. Tecnologías de integración tecnosocial: el fenómeno <i>messenger</i>	60
4. Redes de oportunidades y gestión del yo	73
1. Mitos de la sociedad tecnológica y de la relación jóvenes-TIC	74
2. Sobre los usos y el <i>deber ser</i> de las relaciones tecnosociales	96
3. Procesos de individuación, familia y control	114
4. La importancia del Messenger como espacio relacional	123
5. Las relaciones “verdaderas” y los diarios de mis “otros yos”	132
6. Necesidad, dependencia y terapeutización en la sociedad de los individuos	151

5. Tipos ideales: <i>banda ancha, banda estrecha, cultura móvil</i>	161
1. El trabajo como punto de inflexión y su relación con el ocio en las consideraciones sobre el sentido de los usos	162
2. Integración, resistencia y marginación	173
3. Mundo ETT: la vida en precario	189
6. Conclusiones (en construcción)	201
7. Bibliografía	209

1. Infancia, juventud y tecnología: situando la madeja relacional

A lo largo de la Historia Moderna de Occidente, la relación entre los avances tecnológicos y las nociones hegemónicas de infancia y juventud ha pasado a ser tan “natural” como el aire que respiramos. No menos naturales resultan las circunstancias que privan a un gran porcentaje de estos jóvenes (y por tanto, a un amplio sector poblacional) de una participación plena en los ámbitos sociales y políticos.

Dar cuenta de las relaciones entre los/las jóvenes y las nuevas tecnologías en la actualidad supone, inevitablemente, reconocer una serie de asimetrías y correspondencias. Si la tecnología participa activamente en todos los ámbitos de la actividad sociocultural y económica, la participación de los jóvenes en estos ámbitos, por el contrario, es contemplada como deficitaria. Estamos, por lo tanto, ante una situación que al tiempo que priva a los jóvenes de las condiciones necesarias para su desarrollo y emancipación (derecho al trabajo, la vivienda...), les posiciona como uno de los principales impulsores (*drivers*) del desarrollo y profusión de la sociedad de la información y sus tecnologías.

Nuestro propósito es indagar en las fuerzas y tensiones que forjan estas relaciones, palpar sus contornos y rodear sus aristas, mientras demarcamos los objetivos de este estudio.

Para ello consideramos, en primer lugar, las relaciones entre lo social y lo tecnológico en distintos momentos históricos. Esta relación se suele plantear desde una doble visión: la tecnología antecede y determina los cambios sociales o bien, la sociedad impulsa las innovaciones tecnológicas. Seguidamente pasaremos a analizar las representaciones más generalizadas en torno a los más jóvenes y las tecnologías de la comunicación y la información.

1. TECNOLOGÍA Y SOCIEDAD¹

La pregunta por la relación entre tecnología y sociedad está presente en la mayoría de los debates sociales, aunque las intervenciones y políticas sociales han optado a menudo por explicaciones de corte determinista, bien sean sociológicas (la sociedad determina la innovación tecnológica) o tecnológicas (la tecnología determina los procesos sociales). En lo que respecta al “determinismo tecnológico” el hecho fundamental es que la tecnología opera de manera autónoma, independientemente de restricciones políticas, sociales o morales y que llega, incluso, a la producción de sus propias normas de funcionamiento y desarrollo. Por su parte, el determinismo social sugiere que los artefactos técnicos no tienen ninguna relevancia en sí mismos, sólo importan los sistemas socioculturales. Esta visión presenta el gran inconveniente de obviar las transformaciones sociales inesperadas e imprevisibles que producen algunas innovaciones tecnológicas (Domènech y Tirado, 2004).

Desde finales de la década de los setenta aparecen posturas que huyen de uno y otro determinismo, planteando que las tecnologías no están claramente definidas al comienzo, y que sus efectos distan de ser homogéneos o independientes del marco sociocultural que acoge los usos concretos de las mismas (Mackenzie y Wajcman, 1985; Pinch y Bijker, 1987). Según estas posturas, la cuestión no es simplemente cómo se utiliza la tecnología, sino, en qué se convierte como resultado de los diferentes usos posibles y como parte de un proceso de negociación y lucha entre “grupos sociales relevantes” (Galcerán y Domínguez, 1997). Como señala Cabero (2001: 65) las tecnologías no son asépticas sino que, por el contrario, “reflejan las posiciones ideológicas y sociales de la cultura en la cual se desarrollan”.

Estas visiones están en deuda con visiones más amplias e históricas de la tecnología como las aportadas L. Mumford (1934) quien, anticipándose a su tiempo, concibe lo tecnológico como un conjunto de relaciones, habilidades y conocimientos al igual que estructuras y relaciones de poder a lo largo de distintos periodos históricos en un continuo juego de transmisiones e influencias. Desde esta mirada más global e histórica, L. Mumford identifica una serie de ejemplos precursores de la mecanización industrial en civilizaciones antiguas, como la coordinación de los parias que transportaban las piedras de las pirámides de Egipto, al ritmo del látigo, o la sincronización de los remeros en la galeras romanas, encadenados a su parte del listón e incapaces de realizar ningún otro movimiento que el estrictamente requerido.

Los análisis sociohistóricos de M. Weber fueron igualmente incisivos cuando atribuyen a los monasterios medievales un gran protagonismo en la racionalización tecnológica iniciada en la Europa preindustrial. Los monasterios medievales, según Weber, fueron centros altamente estructurados y tecnificados, como indica

1. Parte de los argumentos presentados en esta sección, en especial los referidos a la visión histórica de la tecnología, los trabajamos en mayor detalle en A.J. Gordo López y R.M. Cleminson (2004). *Techno-sexual landscapes: changing relations between technology and sexuality*. Londres: Free Association Books.

la meticulosa planificación arquitectónica y las dotaciones técnicas exigidas por los cánones religiosos para su fundación. El énfasis en el rigor técnico y arquitectónico, en fin, el ordenamiento y la funcionalidad del que debían estar dotados los monasterios, perseguían garantizar los recursos necesarios para la autosuficiencia, lejos de cualquier dependencia mundanal, y maximizar así el tiempo disponible para el trabajo espiritual. Tan sofisticado era el nivel de organización técnica de los centros monacales que podríamos afirmar que los monjes operaban de modo parecido a una fábrica, constituyéndose así en los principales centros de civilización y de innovación socioeconómica de la Europa preindustrial (Collins, 1986).

Las lógicas de mecanización y racionalización del trabajo iniciadas en siglos pasados verían una de sus máximas expresiones en el orden estricto y lógicas de dirección industrial que permitió acoplar el cuerpo humano en la cadena de montaje de la fábrica taylorista de principios del siglo XX². En dicho contexto industrial, y a fin de facilitar y controlar el proceso de ensamblaje, se desarrollaron diversos métodos para el estudio científico del trabajo entre los que se incluían estudios fisiológicos de los movimientos corporales óptimos, el uso adecuado de la energía humana y la regulación del cansancio del trabajador (Huhtamo, 1999). Desde esta teoría de dirección científica del trabajo, el cuerpo humano se representa como una máquina más, como un “motor humano”, a la hora de conseguir un óptimo acoplamiento a la cadena de producción. Las fuerzas de trabajo fueron por tanto ordenadas y ensambladas en función de la organización estructural de la fábrica taylorista.

En momentos posteriores, la mecanización y la automatización se extendieron a las tecnologías de entretenimiento (cine), los transportes de masas (trenes) y más tarde a los electrodomésticos y a la educación. Todo ello supuso que un gran sector de la población se familiarizara con la cara más amable de las nuevas tecnologías, ahora también al servicio de las gentes en una diversidad de esferas sociales y funciones, más allá del trabajo mecánico (Benjamin, 1973). Todo ello daría lugar a que las tecnologías, y sus múltiples usos y representaciones, pasaran a formar parte de los recursos disponibles para pensar y actuar sobre nosotros mismos y los demás como efecto y mediadores de socialización indisociables de otros procesos de la sociedad moderna industrial.

A partir de esta concepción “integrada” de lo social y lo tecnológico entendemos, por ejemplo, el sentimiento de extraña e inquietante intimidad que sentimos entre desconocidos en los transportes públicos, y el modo que estas nuevas relaciones (y mediaciones tecnológicas) contribuyen desde el comienzo de la modernidad a redefinir las nociones de lo público y lo privado (Certeau, 1992) o entre lo tecnológico y lo sexual (Gordo López y Cleminson, 2004). Estas mediaciones “tecnosociales” afectarían igualmente a las nociones de infancia y juventud, su educación y gobierno, como ilustramos a continuación.

2. En línea con esta perspectiva Gigerenzer (1997) mantiene que el diseño y estructura de los primeros ordenadores obedecían a la organización del trabajo y la distribución espacial de estas primeras fábricas de la Revolución Industrial con plantas de producción diáfanos —*hardware*— y cabinas de dirección en posiciones centrales, elevadas y en control —*software*—.

2. TECNOLOGÍA Y JUVENTUD: REPRESENTACIONES TÓPICAS

En el escenario de una progresiva tecnificación y racionalización de la sociedad occidental industrial, las nociones abstractas y homogéneas de infancia se han prestado a un continuo juego de domesticación y *marketing* de lo tecnológico. La infancia, el niño (en abstracto y masculino) ha sido reservorio de múltiples juegos, siendo uno de ellos representar la cara humana de la tecnología (Burman, 1998). Una representación que a su vez contrarresta las asociaciones existentes entre los avances tecnológicos, el miedo, la fatiga y la explotación asociadas a las organizaciones y las estructuras de producción de épocas anteriores.

Las primeras apariciones en público del ordenador se produjeron en programas de televisión, en viñetas cómicas de periódicos y en historias de ciencia ficción, permitiendo que el ordenador pasara a formar parte de gran parte de los hogares de la sociedad industrial desde la segunda mitad del siglo XX. Como señala Huhtamo (1999: 17) “los medios de comunicación, la prensa, el cine y la novedad de la época, la televisión, desempeñaron un papel esencial en esta propagación”. La aparición en los medios de comunicación servía para aprovechar su novedad con fines económicos, al tiempo que convertía al ordenador en una máquina familiar pero extraña.

Así lo ilustra la psicóloga evolutiva y de la educación E. Burman (1998), al afirmar que el niño presenta la cara humana, el lugar de encuentro y vehículo socializador con el *alien* tecnológico, quien a su vez muestra rasgos infantiles pero distantes (como queda claramente ilustrado en el film *ET*)³. Este juego de diferencias y similitudes gana en intensidad según nos aproximamos a los medios y lógicas tecnológicas actuales. A continuación veremos el modo en que distintas representaciones homogéneas y abstractas de infancia-juventud conceden carta de naturaleza a prescripciones morales, sociales y económicas.

En la literatura especializada aparecen dos posturas bien diferenciadas⁴: aquellas que proponen que los medios, en especial la televisión y las nuevas tecnologías de la información, han supuesto una erosión de los límites entre la infancia y la edad adulta, y aquellas otras que ven en las nuevas tecnologías un recurso de liberación para los adolescentes y los jóvenes.

La primera postura representa a los jóvenes con una predisposición casi natural hacia determinados medios de comunicación audiovisuales (televisión, multimedia) a diferencia de los medios en formato impreso. Estas explicaciones atribuyen a los medios de comunicación un poder e influencia singular para explotar la vulnerabilidad, dismantelar la individualidad y destruir la inocencia de los más jóvenes. Defienden la idea de que el medio escrito fomenta la abstracción y el pensa-

3. Además de sus muchas bondades, los niños y las niñas (como las tecnologías) también han sido representados como inhumanos, peligrosos; en fin, pequeños “monstruos” (Gordo López y Burman, 2004).

4. Los argumentos en esta sección están inspirados en el trabajo de Buckingham, 2000.

miento lógico. Por el contrario, la televisión y, por extensión, gran parte de los audiovisuales y multimedia posteriores, no requieren de habilidades especiales para interpretarlos, de destrezas a adquirir, lo que supone a su vez una pérdida del control de los adultos sobre el ambiente simbólico del joven así como una desviación en el tránsito a la edad adulta⁵.

Otros argumentos más moderados, como los de Meyrowitz (1985), plantean que la tendencia de los medios tradicionales de separar entre adultos y menores, desaparece con la dimensión “integradora” de la televisión, debido a que la mayor accesibilidad de la imagen y el sonido no requiere de un aprendizaje previo. Como señala Meyrowitz, el acceso a diferentes tipos de información altera la constitución de las categorías sociales ya que “cuando las distinciones en los sistemas de información para personas de diferentes edades se hacen difusas, hemos de esperar también unas diferencias difusas entre el comportamiento infantil y el adulto”⁶.

A pesar de sus diferencias y matices, estas posturas representan una visión moderna de la infancia. La definición del niño como irracional justifica y legitima su “reclusión” en centros especializados durante periodos largos para ser educados en las artes del autocontrol y el comportamiento disciplinado. De este modo, la noción contemporánea de infancia puede entenderse como parte del proyecto de la Ilustración, con gran énfasis en el desarrollo de la racionalidad como medio y garante del orden social (Buckingham, 2000; Gordo López y Burman, 2004). También es importante apuntar que estas visiones apocalípticas representan la tecnología como autónoma e independiente de otras fuerzas sociales, con una influencia independiente de los contextos de uso.

Por todo ello podemos decir que este primer grupo de representaciones ofrece un escaso margen para la intervención y el cambio, reafirma una moralidad tradicional y sitúa a las personas adultas a cargo de los niños en la obligación de ejercer un mayor control y protección sobre ellos, y a los niños en el papel de víctimas pasivas objeto de control y manipulación.

Desde comienzos de los años noventa se ensalzan las visiones ya existentes que reconocen una sabiduría natural de los y las jóvenes para alfabetizarse en los nuevos medios. Estas visiones también consideran las nuevas tecnologías como un medio para encauzar y expresar la espontaneidad, la imaginación y la rebeldía juvenil.

Buckingham (2000) alude a esta postura como la retórica de la nueva generación o generación red (o *pantalleros*). Desde este otro lado del debate la televisión se

5. Los trabajos de Postman (1983) encarnan las posturas que asocian a los medios escritos como agentes activos en la producción y reproducción de nociones de infancia, con las nuevas tecnologías electrónicas como las causas determinantes de su desaparición o defunción.

6. Citado en R. Ling (1999) “Los escenarios del teléfono entre los jóvenes” *Revista de Estudios de Juventud*, 46: 68.

considera un medio pasivo; la televisión atonta a los usuarios, mientras que la red fomenta su inteligencia; la televisión retransmite una visión unilateral del mundo, la red es democrática e interactiva. La nueva generación electrónica tiene hambre de expresión, de descubrimiento y autorrealización. En definitiva, como afirma Tapscott (1998: 3), los *pantalleros* “son entendidos, resueltos, analíticos, creativos, inquisitivos, aceptan la diversidad, socialmente conscientes y, entre un sinfín de atributos, viven de cara a lo global” (citado en Buckingham, 2000: 47).

Rushkoff (1994), uno de los máximos defensores de estas otras posturas integradas, va algo más lejos al afirmar que los nuevos espacios y tecnologías digitales permiten que los jóvenes sean productores culturales de pleno derecho. También les permite escapar del control de los mayores, o incluso, como señalan Aguiar, Farray y Brito (2002: 13)⁷, reivindicar y tomar por asalto el espacio virtual en ausencia de espacios propios y como respuesta “ante el fracaso de la escuela y de las instituciones educativas que perpetúan la cultura adulta”⁸.

Las nuevas generaciones profesan a su vez valores paganos pasados por el tamiz de la virtualidad⁹. La espiritualidad pagana supone una reacción en contra de la dominación tecnológica sin por ello excluir la destreza “instintiva” de la que disponen para evolucionar junto a ella. Estas destrezas van acompañadas, según afirman estos mismos jóvenes, de estructuras mentales y comportamientos diferenciales. El uso que este grupo hace de los medios lleva la impronta de una continua posición de vigilancia y cautela ante los medios, de una participación distante, impermeable a la persuasión, que se resiste a ser asimilado a la posición de espectador pasivo. Este grupo de jóvenes prefiere *surfear* por los distintos canales en vez de someterse a las lógicas y disciplinas de la programación. Otro rasgo diferenciador de los *pantalleros* es procesar ingentes cantidades de información con una tremenda rapidez (o navegar de manera discriminada en la *infosfera*).

Semejante perfil cognitivo y comportamental está siendo cuidadosamente observado desde hace tiempo por las ciencias psicológicas y de la educación, como indica el hecho que la prestigiosa (*mainstream*) revista estadounidense *New Directions for Child and Adolescent Development* (Nuevas direcciones del desarrollo de los niños y adolescentes) dedique un número especial a estas temáticas bajo el título “Human Technogenesis: Cultura Pathways Through the Information Age” (2004, número 105). Esta línea de trabajo gira en torno al concepto de tecnogénesis definido como “el proceso mediante el cual los humanos construyen, manipulan e interactúan con las tecnologías de la información, dando lugar a un proceso de desarrollo interactivo que de manera continuada condiciona nuestra

7. Basándose en las propuestas de R. Gubern (1996) en *Del bisonte a la realidad virtual*. Enred@ndo.com.

8. Rushkoff es uno de los más acérrimos defensores y miembro activo de la nueva generación. Entre las publicaciones de este grupo de jóvenes “integrados” la ya desaparecida revista de culto *Mondo 2000* jugó un papel crucial.

9. El paganismo, en sus distintas versiones actualizadas como el tecnopaganismo, es la religión que en los países anglosajones presenta la mayor tasa de crecimiento durante las últimas dos décadas: véase Dery, 1995 y Purkiss, 1998.

representaciones y experiencias del mundo” (Sharman, 2004: 17-18). Según estos planteamientos, la interacción con las tecnologías de la información conduce a la adquisición de nuevas funciones y estructuras mentales y a modos culturales y sociales diferenciados. Este tipo de estudios consideran que la tecnogénesis condiciona el desarrollo evolutivo (ontogénesis), originando de este modo nuevas formas de comportamientos adaptativos (el de los *pantalleros*, por ejemplo) en el marco del nuevo escenario de la evolución (el ciberespacio)¹⁰.

Lejos de ser meras manifestaciones aisladas, estos trabajos llevan tiempo suscitando gran interés en la Asociación Americana de Psicología (APA), como evidencia el reconocimiento científico otorgado a la revista *CyberPsychology & Behavior*. Como señalamos en otros estudios (Gordo López, 2005), esta revista se presentó en 1998 con el objetivo de promover e incentivar investigaciones sobre las formas en las que “las nuevas tecnologías están cambiando el modo en que vivimos, jugamos, trabajamos, e interactuamos”. Entre los temas que se incluyen en el folleto del editor podemos destacar los siguientes:

Demografías de los usuarios de Internet... aprendizaje a distancia... aislamiento social... servicios de salud mental a través de Internet... efectos neuropsicológicos de los multimedia... soportes de realidad virtual en la medicina... debates sobre la restricción de los contenidos de Internet... la cuestión del acceso universal a Internet... Adicción a Internet... fobia a los ordenadores... y otros muchos temas de importancia actual.¹¹

Las analogías que identifican el ciberespacio con una mente común, con una extensión cognitiva de nuestras mentes, son indisolubles, como veremos más tarde, de las esperanzas democratizadoras y de los reduccionismos biológicos asociados actualmente a los usos específicos de las nuevas tecnologías. También son indisolubles de las representaciones de los adolescentes y jóvenes en relación a las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) en el contexto actual de “maduración” y “desarrollo” de la sociedad de la información.

La relación entre jóvenes y hábitat tecnológico supondrá asimismo, según estas visiones, una transformación del trabajo, que pondrá fin al esfuerzo físico e impondrá formas más democráticas y responsables al tiempo que ensalzará el sentido de comunidad en el ámbito de la cultura corporativa. Tapscott (2000: 41)

10. Las tesis de los *pantalleros* (o integrados) y los estudios psicológicos acerca de la tecnogénesis son igualmente compatibles con otras posturas defensoras últimas de la tecnologización del cuerpo, en la medida que conciben el cuerpo como el obstáculo último que les impide la fusión completa con las ondas y redes informáticas, o la fusión última con las tecnologías y espacios de la información. Facetas comunes a estos movimientos, como se aprecia en los trabajos de uno de sus reconocidos líderes, Moravec (1999), son que el cuerpo biológico supone un obstáculo para el buen funcionamiento de los sistemas económicos y de la sociedad tecnológica y que la desaparición del cuerpo y la externalización de la mente se proclama como un fenómeno inevitable en la cadena evolutiva: para una presentación crítica de estos argumentos remitimos a los trabajos de H. Figueroa-Sarriera (1995).

11. *CyberPsychology & Behavior*, MaryAnn Liebert: Nueva York.

también afirma que en las relaciones entre jóvenes y ciberespacio, en su incipiente cultura, “podemos ver los contornos de la nueva cultura del trabajo, de la nueva empresa y de la nueva sociedad”¹².

Estas posturas más optimistas o “integradas”, al igual que las visiones apocalípticas, movilizan nociones homogéneas y abstractas de infancia/juventud en su relación con la tecnología. En efecto, conectan la mitología sobre la infancia con una mitología paralela acerca de la tecnología. Los jóvenes se representan en posesión de un talento natural, de una creatividad espontánea, que es en cierta forma revelada a través del ordenador.

Bien sea a través del televisor o el ordenador, la tecnología se presenta como un agente transformador de los jóvenes, de sus estructuras mentales y rasgos psicológicos, de sus estilos de conocimiento y aprendizaje. Tanto los “apocalípticos” como los “integrados” recrean un determinismo tecnológico: la tecnología es la causante de todas las pérdidas (defunción de la infancia) y beneficios (liberación de la generación electrónica), independientemente de los entornos socioeconómicos, las diferencias de clase, capital cultural...

Este tipo de representaciones de tecnología y juventud contribuyen a un “etiquetado” de espacios y relaciones sociales donde se diluyen “las diferencias existentes entre los distintos grupos sociales y sus relaciones de fuerza a lo largo de la historia de sus posiciones” (Martín Criado, 1998: 74). Pero estos determinismos “hacen” algo más que diluir las diferencias: construyen nuevos órdenes y categorizaciones.

La homogeneización que caracteriza a ambos grupos de explicaciones reproduce las lógicas de las explicaciones de la psicología del desarrollo y sus continuos deslizamientos de lo específico a lo general, de “el niño” a “los niños”, de lo que se es a lo que se tiene que ser, o a lo que supuestamente se tiene que ser, promoviendo así una tendencia a patologizar las diferencias (Burman, 1999) o, como hemos apuntado, aunque sea a pie de página, hacia discursos evolucionistas que presuponen que para superar la “criba” de la selección natural se precisa desarrollar altas dosis de interactividad, de caos y desorden.

La mayoría de los informes existentes en nuestro país sobre las nuevas tecnologías y la juventud conjugan, aunque con un retraso considerable¹³, los tópicos señalados anteriormente, bien sea del lado de los argumentos apocalípticos o integrados. Ambas posiciones, como hemos indicado, coinciden a la hora de movilizar representaciones homogéneas de tecnologías y juventud. Así es común escuchar que los adolescentes o los jóvenes son “los principales agentes de la penetración tecnológica y el cambio comunicativo de sus hogares” (Sobрино, 1999: 62), y el

12. Citado en Aguiar, Farray y Brito (2002: 12).

13. El primer informe FOESSA que menciona las TIC se publica en 1994 (sección realizada por S. Lorente). Uno de los primeros monográficos que publica el INJUVE sobre juventud y TIC aparece en el número 46 de la *Revista de Estudios de Juventud* en 1999, también bajo la coordinación de S. Lorente.

papel de rito de paso que tienen las tecnologías multimedia para la juventud. Este artículo plantea también una serie de correspondencias entre la tecnología y los distintos grupos de edades: los adolescentes están más cercanos a la consola, los jóvenes al ordenador y los adultos al consumo de aparatos electrodomésticos y electrónicos convencionales.

En un estudio más reciente, *Jóvenes, relaciones familiares y tecnologías de la información y la comunicación*, encontramos nuevas evidencias sobre la naturalización de la relación entre jóvenes y juventud que recurren para ello a toda una serie de analogías biologicistas. Aunque extensas, merece la pena reproducir algunas de las afirmaciones extraídas de dicho estudio:

“La única *novedad* de las mal llamadas *nuevas* tecnologías reside en que esto [la comunicación humana] se hace usando el recurso del electrón y del fotón. La sociedad de la información, pues, constituye una legítima *matriz social* desde la que se puede realizar el análisis de la sociedad, en su conjunto, de la familia, en particular, y de la juventud en cuanto miembro primigenio de la familia, aún más en particular. Podría decirse, haciendo una alegoría de corte médico, que la sociedad de la información constituye un ubicuo, circundante y vital *líquido amniótico* que nos rodea por doquier, nos proporciona el alimento de la información y nos mantiene comunicados con el entorno.” (Lorente, Bernete y Becerril, 2004: 280)

“Siempre es la juventud la que más usa las TIC, como sabe cualquiera sin necesidad de hacer recurso a una investigación. Los jóvenes encuentran connatural el uso del teléfono móvil, del ordenador, del correo electrónico y del multimedia, mientras que los adultos lo hacen más con el teléfono fijo, la radio y la televisión. Los jóvenes sienten más necesidad de la tecnología, la usan más, ven más positivas sus repercusiones [...] Hablando en términos *darwinianos*, cabría decir que los jóvenes se están adaptando muy bien a la nuevas condiciones informo-comunicacionales de entorno, y que dejará de haber brecha generacional cuando los jóvenes de hoy sean los adultos de mañana. Por tanto, es cuestión de esperar una generación. Hay que decir que esto ha sido así desde que el *Homo Sapiens Sapiens* se despegó de sus antecedentes eslabones evolutivos, y constituyó el binomio cerebro/mano prensil como la base de su imparable evolución (tecnológica, y por tanto, cultural, en un sentido holístico). Los jóvenes de hoy, adultos de mañana, se verán a su vez cohibidos ante nuevos recursos informo-tecnológicos que los jóvenes del futuro, hoy nonatos, manejarán con soltura. Por tanto, no cabe más hablar de esta permanente dialéctica, por conocida e inevitable.” (Lorente, Bernete y Becerril, 2004: 295)

“Uno esperaría que, con una socialización tan igualitaria, que *plancha* [sic] a todos por igual, jóvenes varones y jóvenes hembras [sic]

tuvieran similares comportamientos frente a las tecnologías de la información y de la comunicación. Los tienen más similares en cuanto a opiniones, pero no en cuanto a actitudes y comportamientos. El teléfono móvil es el gran terreno de las chicas, el ordenador e Internet lo es más de los chicos.” (Lorente, Bernete y Becerril, 2004: 298)

Análisis, analogías y estilos narrativos de esta índole, cuyo rigor estará sujeto a las estrategias metodológicas e hipótesis de partida, pueden incurrir en visiones un tanto estereotipadas de la relación jóvenes-tecnología, al tiempo que contribuyen a la construcción de determinados nichos de mercado para perfiles sociodemográficos específicos¹⁴. Debemos pues considerar con prudencia las nociones abstractas y homogeneizadoras de la vida de los jóvenes y de sus relaciones con las nuevas tecnologías. De lo contrario, corremos el riesgo de eclipsar espacios de relaciones y fuerzas que se dirimen actualmente entre distintas formas de participación en la identidad digital social¹⁵.

No debería sorprendernos, por lo tanto, que la sociedad de la información siga viendo en los jóvenes y las nuevas tecnologías un recurso de inestimable valor; una visión que de manera indistinta a si se ajusta o no al nuevo estado de la evolución de la especie en la era virtual, proporciona un paraíso para la flexibilización del trabajo, las redes de oportunidades y la publicidad personalizada (como podemos ver en el film *Minority Report* —informe en minoría— de Spielberg, 2004). Y todo ello sin perder el control de gestión y alfabetización de los jóvenes, ahora en situaciones de vulnerabilidad, determinada no ya por su “desarrollo” evolutivo, sino por su falta de desarrollo económico y vital, por trayectorias socio-laborales instaladas en la precariedad.

Así pues la noción “juventud” hereda y redefine distintos significados de nociones anteriores de infancia. La exclusión social de la vida adulta, racional y autorregulada, de las políticas sociales, todo ello como carta de naturaleza para una prolongada alfabetización previa en los órdenes y disciplinas sociales, encuentra una nueva forma de exclusión social, ahora, en las nociones ampliadas de juventud. Más no ya por cuestiones de edad o inmadurez, sino por cuestiones de vulnerabilidad sociolaboral, en la que las “trayectorias en precariedad” y los “itinerarios desestructurados o erráticos” aparecen como modalidades de transición emergentes para un parte destacable de jóvenes (Casal, 1999; citado en Megías et al., 2005: 14). Estas trayectorias diacrónicas y desacompasadas evocan en cierto senti-

14. En el mismo monográfico se publica el estudio “Los escenarios del teléfono entre los jóvenes suecos” (págs. 67-79). En este trabajo encontramos afirmaciones del tipo “No hay ningún otro período de edad en el cual se cambie tan radicalmente el comportamiento telefónico”. Así se reafirma una vez más la verdad incuestionable de los ciclos evolutivos y de los discursos y lógicas sociales que los presuponen.

15. El trabajo de C. Feixa (2005) acerca del uso diferencial de los móviles entre jóvenes es un buen ejemplo de la imposibilidad de construir categorías homogéneas. A pesar de que el consumo de móviles es muy elevado en todos los grupos de jóvenes y adolescentes, al mismo tiempo hay “una infrautilización del móvil de los chicos y chicas de padres con una alta formación académica frente a los de alto poder adquisitivo”.

do algunos de los rasgos y comportamientos en red de la generación electrónica descritos más arriba, además de fomentar nociones de dependencia familiar, y con ello un regreso a nociones tradicionales de familia. Además, las nuevas mediaciones y consumos tecnológicos incitan novedosas integraciones de los tiempos de ocio y de trabajo de jóvenes y adultos, como pasamos a ilustrar brevemente en un último apartado de este capítulo, anticipándonos de este modo a una de las principales tesis de este estudio.

3. INDIVIDUO-FAMILIA, OCIO-TRABAJO, JUVENTUD-TECNOLOGÍA: PLATAFORMAS DE INTEGRACIÓN

En un reportaje que *El País Semanal* publica tras una visita al centro neurálgico de Microsoft situado en la pequeña ciudad de Redmond, se transmite el nuevo reto del gigante informático: liderar en breve la revolución de los hogares y el entretenimiento. Una vez conseguido el objetivo de dominar el tiempo de trabajo —nueve de cada diez ordenadores operan con el sistema Windows—, el hogar y el modo de divertirse es el próximo reto de la multinacional. Como afirma en el reportaje J. Allard, uno de los discípulos más prometedores de Bill Gates: “Microsoft lleva 30 años centrada en las actividades que se realizan entre las 9:00 y las 17:00. Nosotros, ahora, vamos a por el periodo de entre las 17:00 y las 21:00.”¹⁶

El mensaje de Microsoft es claro. Aún así resulta interesante reparar en las prescripciones sociales que acompañan la casa futura interactiva de Microsoft como se aprecia en la siguiente descripción que proporciona a la periodista del *EPS* Pam Heath, responsable de la división de la casa digital:

“La casa de Microsoft puede ver, sentir y reaccionar en función de las cámaras, micrófonos, sistemas táctiles y chips de radiofrecuencia instalados en ella. La tecnología, sin embargo, no invade la casa ni agrede a sus habitantes. Puede utilizarse o despreciarse. Nada más entrar, por ejemplo, una pantalla táctil situada en la pared informa de dónde están los niños, después de localizarlos con un GPS (localizador por satélite). Heath cuenta que los padres, sin embargo, han decidido desactivar esa opción en el adolescente. Ya confían en él lo suficiente como para no seguirle los pasos. ‘Somos conscientes de la importancia de proteger la intimidad’, dice. [...] El lugar más importante de la casa lo ocupa, como en casi todas, la televisión, convertida en un auténtico centro de entretenimiento digital. Se pueden ver películas bajo demanda descargadas de Internet, escuchar música recomendada por amigos conectados al Messenger (que también es de Microsoft), jugar con miles de personas a un videojuego, hablar con la

16. “Viaje al centro de Microsoft”, reportaje de Patricia Fernández de Lis, aparecido en *El País Semanal* el 18 de enero de 2006.

abuela por videoconferencia. Todo ello gracias a la consola Xbox 360, que, como una gigante piraña, ha devorado al resto de los habitantes del salón (el DVD, el equipo de música, el sistema de cien en casa, el teléfono...).

Un amplio sector de población, al menos el de clases medias, que según las estadísticas oficiales coincide con el tercio de población que se declara usuario habitual de la sociedad de la información en nuestro país (capítulo 3), se sentiría extrañamente cómodo en este prototipo de casa digital.

Situarse en “el mismo centro de la vida urbana en el futuro digital” requiere como condición indispensable recurrir a valores de familia, en torno al entretenimiento y ocio compartido, gracias a las grandes dosis de interactividad e interoperabilidad tecnológica de la casa digital del futuro. No obstante esta imagen de familia futura recurre a nociones de adolescentes cuidadosamente observados, en el caso de no infundir confianza a los adultos responsables de su control, o por el contrario dueños de su propio gobierno y educación en la casa digital, sin por ello desprenderse de los buenos usos y hábitos asociados a valores tradicionales de familia, relaciones y educación, o al menos redefinirlos, a partir de procesos y técnicas que permiten “invisibilizar” o gestionar su mayor o menor presencia¹⁷. Así queda explicitado en el reportaje referido cuando la responsable de la casa digital de Microsoft afirma que “leer un libro digitalizado a un niño puede convertirse en una experiencia multimedia” (p. 36)¹⁸.

La vuelta a la familia a través de necesidades económicas y de dependencia conlleva, por consiguiente, unidades de consumo colectivo (como ya podemos apreciar con la disponibilidad actual de *home-cinema*), además de las ya establecidas unidades de consumo individuales (como el móvil, el DVD, el MP3, PAD...), además de un reapropiación y definición de los buenos usos sociales y educativos, sin por ello perder la oportunidad de socializar a los más jóvenes en la cultura digital y “tempranas” experiencias multimedia (a través de “leer un libro digitalizado a un niño”).

Este tipo de planteamiento supone reconsiderar la madeja de mediaciones y desplazamientos que se está generando actualmente en torno a nociones cambiantes de juventud, y en relación con la mayor o menor penetración de la sociedad de la

17. En la mayoría de los informes y textos de juventud, al igual que en este artículo sobre Microsoft, la relación padre/madre e hijos/as, aparece igualmente naturalizada, reproduciendo de este modo representaciones tradicionales de familia, que a su vez desplaza a los márgenes otros tipos posibles de relación entre adolescentes/jóvenes o incluso otras nociones de familia no necesariamente nucleares ni heterosexuales. Por ello preferimos utilizar en esta ocasión el término “adultos en control de su educación” en lugar de padres/madres.

18. M. Domínguez e I. Sádaba (2005) en un excelente artículo presentan y desmitifican los miedos y mitos infundados en torno a la transformación de las prácticas culturales de los jóvenes en el momento tecnológico actual, y en particular en torno al tópico que afirma la desaparición acelerada de la lectura entre los más jóvenes. “Transformaciones en las prácticas culturales de los jóvenes en España”, *Revista de Estudios de Juventud*, 70: 23-28.

información en patrones de ocio. Este enfoque no se limita, por tanto, a reconocer a los jóvenes como uno de los nichos de consumo más importantes, tampoco se limita a identificar la tendencia social que encumbra los valores actualmente adscritos ahora a la juventud, previamente coto exclusivo de la infancia (hedonismo, irresponsabilidad, volatilidad, satisfacción inmediata, incapacidad de frustración) (Lasén, 2000).

Al igual que otros autores como P. Willis (1978), somos de la opinión de que las condiciones materiales de la cultura juvenil, aunque siguen participando de las fuerzas reproductivas del capital (desde las escuelas, las fábricas, en las calles y las casas... digitales), han virado hacia niveles de gran complejidad, lo que supone a su vez repensar los viejos modelos de análisis y “experiencias” y medios de socialización. Y en este proceso tampoco podemos olvidar el modo que las nociones de clase y género (y, cada vez más, el origen cultural o étnico), de inclusión/exclusión social, siguen teniendo una gran centralidad entre las distintas forma de ser adolescente o joven, sus experiencias e itinerarios singulares y diferenciales, aunque no por ello carentes de tendencias comunes. Si bien es cierto que tampoco sabemos muy bien, al menos desde la mirada sociológica, cómo estas nociones, junto con los distintos grados de alfabetización tecnológica, se conectan a las formas culturales y procesos de estructuración social emergentes.

4. PROPUESTA Y OBJETIVOS

La transformación desde un modelo de sociedad industrial hacia la sociedad de la información es un proceso irreducible a la mera aparición y vulgarización de las tecnologías de la información y la comunicación. Como hemos intentado mostrar a lo largo de este primer capítulo, el desarrollo de las tecnologías no pueden disociarse del contexto social y político en el que se emplean; tampoco de las condiciones históricas y de las tensiones sociales que las hacen posible. Como bien afirma Manuel Area (2002: 61): “Sin una economía capitalista defensora del mercado libre a nivel planetario, sin una sociedad de consumo en masa de bienes y productos culturales, sin la hegemonía política y económica de la cultura occidental, difícilmente las tecnologías digitales hubieran tenido el avance y el desarrollo fulgurante producido en estos últimos años. Y viceversa, sin la presencia de las redes telemáticas, ni de los medios de comunicación sociales, o de los ordenadores personales, probablemente el fenómeno de la globalización política, cultural y económica no sería una realidad tal como la conocemos en el presente.”

La globalización tampoco puede reducirse a la aparición en escena de estas nuevas tecnologías y, al igual que las relaciones entre jóvenes y tecnologías, antecede a la aparición y profusión de las tecnologías de la información y comunicación (Area, 2002). La relación entre distintas representaciones de infancia y los avances tecnológicos, como hemos señalado, ha sido consustancial al “desarrollo” industrial de occidente, y siguen visualizándose como uno de los principales impulsores (*drivers*) para el desarrollo de la sociedad de la información.

En semejante encrucijada de asimetrías económicas, políticas y culturales:

- ¿Qué itinerarios de desarrollo económico y vital depara la sociedad de la información a los jóvenes en función de sus condiciones socioeconómicas, culturales y de género particulares?
- ¿A qué tipo de reestructuraciones sociales dan lugar representaciones homogéneas y naturalizadas de los jóvenes y las tecnologías digitales?
- ¿Qué grupo de jóvenes y perfiles sociodemográficos son más proclives a situarse en zonas de integración tecnosocial? ¿Qué otros sectores de juventud son más tendentes a zonas vulnerables o de exclusión?
- Las relaciones diferenciales que establecen los jóvenes con las tecnologías digitales, el trabajo y el ocio, ¿permiten anticipar de algún modo las reestructuraciones, los cambios y las movilizaciones sociales por venir?

Intentar responder a estas cuestiones supone plantearse un problema sociológico más que técnico. Las respuestas necesitan, a nuestro entender, de enfoques que combinen una comprensión sociocultural e histórica de lo tecnológico con análisis estructurales de las condiciones materiales que atraviesan en la actualidad distintas nociones y formas de juventud.

Intentaremos situar las relaciones entre los jóvenes y la tecnología, y los discursos en torno a las mismas, en correspondencia con otras dimensiones estructurales como el ocio y el trabajo. Nuestro objetivo, por lo tanto, es identificar los tipos ideales de relaciones, actitudes y vivencias de los jóvenes en relación con las nuevas tecnologías atendiendo pues a las variables básicas de edad, género y clase social, como variables estructurales, y las variables tipo y frecuencia de uso de las TIC en relación a dimensiones de ocio y trabajo.

Si otros estudios sobre las relaciones entre jóvenes y TIC se han centrado en las temáticas de la violencia, la adicción, el abuso sexual o las relaciones familiares, nosotros hemos optado por analizar otros aspectos más estructurales de cara a políticas sociales de mayor alcance.

Esta investigación pretende aportar por tanto una serie de evidencias de procesos de reestructuración y cambio social, a partir del estudio de las relaciones entre ocio, trabajo y tecnología en la vida y trayectoria de jóvenes concretos, y a través de las explicaciones individuales o en grupos de discusión de estos mismos jóvenes, sin por ello dejar de situar la comprensión de las mismas en el marco más cartográfico que aportan los informes especializados basados en estadísticas sociales y tendencias de mercado.

Y todo ello, en parte, pasa por reconsiderar la centralidad del trabajo en nuestra sociedad, atendiendo a los nuevos sentidos que está adquiriendo, entre los que se incluyen no sólo gratificaciones materiales-económicas sino afectivas, de reconocimiento, y el modo en que la creatividad individual empieza a ser un artículo de

consumo y distinción. Es decir, se crean redes de posicionamiento y de capital complementarias en estos otros tejidos sociales donde la noción de trabajo adopta formas cercanas al ocio, la creatividad y la gestión finalista y altamente individualizada del yo a través de líneas condensadas de texto que caracteriza en buena medida las comunicaciones entre los jóvenes (pero no sólo)¹⁹. Veremos a su vez qué relación existe entre esta otra concepción o tipo de trabajo y las redes de oportunidades y discursos finalistas que median las comunicaciones y usos de las tecnologías digitales, en particular, las tecnologías de la conversación.

19. En relación a esta otra forma de trabajo propia de la industria cultural capitalista, Paolo Virno (2002) señala que “los procedimientos comunicativos, cercanos al ocio y la creatividad, son luego destinados a hacer las veces de medios de producción hasta en los sectores más tradicionales de la economía contemporánea”. *Gramática de la multitud*. http://usuarios.lycos.es/pete_baumann/gramatica.html.

2. Metodología del estudio

1. DISEÑO MIXTO DISCURSIVO

Los capítulos tercero, cuarto y quinto del presente estudio recogen los resultados del trabajo de campo desarrollado para el análisis de las representaciones y relaciones entre los jóvenes y las tecnologías de la información y la comunicación en la Comunidad de Madrid.

Siguiendo los planteamientos esbozados en el capítulo anterior, hemos tratado de profundizar en los diversos tipos de posicionamientos de los jóvenes ante las TIC, tipos de uso y valoración de las mismas, atendiendo a las dimensiones de trabajo/estudio y ocio, con especial énfasis en la telefonía móvil y las herramientas conversacionales más populares (correo electrónico, mensajería instantánea y *chats*), en función de las variables estatus socioeconómico, sexo, edad y tipo de centro educativo (para los más jóvenes) y situación laboral (el resto).

Para ello, la presente investigación compagina la lectura de bibliografía especializada, informes oficiales y fuentes estadísticas secundarias, con un trabajo de campo centrado en la producción de materiales cualitativos. Aunque el diseño metodológico podría considerarse mixto, el uso que hacemos de los datos estadísticos está principalmente encaminado a “objetivar” en plano sociodemográfico nuestro primer abordaje del objeto de estudio. Esta mirada más centrada en “hechos” y “datos” sociales aporta un referente desde donde empezar a desplegar el análisis discursivo del resto de materiales narrativos que constituyen el núcleo principal de este estudio.

A continuación pasamos a resumir brevemente las distintas fuentes y tipos de materiales seleccionados y producidos a lo largo del trabajo de campo (febrero 2004-noviembre 2005).

1.1. Rastreo bibliográfico e informes oficiales

En la bibliografía se encuentran detalladas todas las fuentes a las que se ha acudido para revisar, actualizar y completar los aspectos centrales del tema que nos ocupa. Aspectos que abarcan el amplio espectro temático de las TIC, los nuevos modelos de ocio y comunicación, los contextos que los producen y en los que se reflejan, y la relación de los jóvenes con todo ello. Este rastreo incluye además el acercamiento a informes oficiales y materiales sectoriales de gran interés para nuestros propósitos, además de algunos estudios previos que habíamos realizado sobre temáticas afines. Entre los informes queremos destacar los realizados por la Fundación Auna (2005), por su énfasis en la necesidad de complementar los informes estadísticos con visiones más cualitativas y comprensivas de la sociedad de la información, y el informe *Digiworld2005* (Fundación IDATE, 2005) por la visión actualizada que ofrece de las principales tendencias de la sociedad de la información en España. Aunque por motivos distintos, igualmente útiles fueron los informes de la Fundación BBVA (2005) sobre la sociedad de la información, de Telefónica (2004) y las estadísticas trimestrales proporcionadas por AIMC. También dispusimos del DVD de la última encuesta de la juventud en España (INJUVE, 2005) beneficiándonos de algunos de los datos actualizados proporcionados por esta saga de cuestionarios ya clásica. Por último, la presentación sociodemográfica del espacio TIC/Internet que ofrecemos en la primera parte del capítulo 3 están en deuda con un trabajo conjunto que llevamos a cabo con el investigador Mario Domínguez para la revista de *Cuadernos de Información Económica* de la Fundación de las Cajas de Ahorro sobre el estado actual de la sociedad de la información en nuestro país (Domínguez y Gordo López, 2005).

1.2. Fuentes cuantitativas complementarias

Reforzamos el trabajo de campo cualitativo con el análisis de diversos datos cuantitativos, que nos permiten acentuar o incidir en aspectos sociodemográficos concretos en torno a las TIC y los jóvenes.

En algunos casos, los datos provienen de referencias bibliográficas convenientemente citadas, algunas de las cuales ya hemos identificado. Sin embargo, resulta especialmente interesante, por la novedad que supone y su adecuación a nuestros propósitos, el análisis de los datos obtenidos a partir de una encuesta de reciente realización entre estudiantes de la Universidad Complutense de Madrid. Nos referimos a un cuestionario diseñado y administrado por el equipo dirigido por Fernando Álvarez-Uría, profesor del Departamento de Sociología IV de la UCM, en el contexto de la investigación I+D (2002-05) *La psicologización del yo en la sociedad de los individuos*.

Encuesta con más amplios propósitos (fruto de una investigación paralela), pero de la cual hemos seleccionado una serie de preguntas pertinentes para nuestra investigación. Concretamente, las preguntas relacionadas con los usos y valoración de

la *web*, sus principales servicios y aplicaciones conversacionales, cruzadas además por las variables socioestructurales de interés (estatus social, sexo y edad).

Conviene aclarar que esta encuesta fue respondida exclusivamente por una reducida muestra de estudiantes universitarios de las Facultades de Psicología y Ciencias Políticas y Sociología (n=610) de la Universidad Complutense de Madrid, cuestión que ha de ser tenida en cuenta a la hora de valorar la representatividad de los datos reflejados. En cualquier caso, en nuestra investigación, este acercamiento cuantitativo no pretende ser más de lo que realmente es: un contrapunto que refuerce o matice algún aspecto de los recogidos y analizados en otro tipo de fuentes, ya sean secundarias, ya sean fruto de nuestro trabajo de campo cualitativo (véase Ficha técnica, figura 2.1).

Figura 2.1. Ficha técnica del cuestionario

Ámbito: Estudiantes de las Licenciaturas de Psicología y Sociología, Universidad Complutense de Madrid (Campus de Somosaguas).
Universo: Estudiantes matriculados en las licenciaturas de Psicología (N= 3066) y Sociología (N= 1736) de la UCM durante el curso académico 2004-05.
Tamaño de la muestra: 610 estudiantes: 412 de la licenciatura de Psicología y 198 de la licenciatura de Sociología.
Puntos de muestreo: El cuestionario fue administrado en un total de 30 clases de las licenciaturas de Psicología y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid en los turnos de mañana y tarde y en relación a los distintos cursos y especialidades.
Procedimiento de muestreo: Muestreo polietápico, aplicando en una primera fase el procedimiento de muestreo estratificado con afijación proporcional por cursos y especialidades (de 5º curso en Sociología y de 4º y 5º en Psicología) en cada Facultad considerada. En una segunda fase, se seleccionaron grupos y turnos por muestreo aleatorio simple.
Error muestral (muestreo estratificado): Muestra de Psicología: 2,3% Muestra de Sociología: 3,3%
Recogida y análisis de los datos: Cuestionario autoadministrado a los estudiantes en el aula en presencia de los investigadores entre marzo y junio de 2005. Grabación realizada por la empresa CUANTER. Análisis de datos realizado con SPSS 12.0 mediante técnicas univariantes y bivariantes.
Fuente: Investigación I+D <i>La psicologización del yo en la sociedad de los individuos</i> (Ref.: SEC2002-01427), dirigida por Fernando Álvarez-Uría (2002-2005).

Este cuestionario permitió profundizar en la profusión que Internet y las aplicaciones conversacionales están teniendo en las clases medias y clases bajas con movilidad ascendente. A diferencia de otros informes y estadísticas oficiales, este cues-

tionario ofrecía la posibilidad de emplear información desglosada acerca del uso y la valoración en función de las principales herramientas conversacionales (correo electrónico, Messenger y *chats*). Dicho desglose permitía igualmente el cruce de estas valoraciones y hábitos con variables sociodemográficas de interés para nuestros objetivos de investigación.

La muestra presenta una sobrerrepresentación de las mujeres debido al mayor número de estudiantes mujeres en las licenciaturas de Psicología (65% aproximadamente) y Sociología (55% aproximadamente) en la UCM. A esta asimetría contribuyó el hecho de que el cuestionario fuera administrado durante los últimos meses del curso académico 2004-05, en los que los estudiantes suelen faltar más a clase que las estudiantes. Para el propósito del presente estudio no consideramos relevante ponderar la muestra a partir de su distribución en la población universitaria de referencia, sino a partir del universo de jóvenes de la Comunidad de Madrid donde la distribución tiende a igualarse.

Antes de la explotación y análisis descriptivo de las secciones y variables seleccionadas, procedimos a una transformación previa de sus datos (ponderación por medio de la variable sexo que permitiera reducir la sobrerrepresentación de las mujeres) y la recodificación de distintas variables, por ejemplo, la variable edad, a partir de los intervalos de edad utilizados por la encuesta del INJUVE (2005).

Por último, en lo que respecta al empleo de fuentes estadísticas secundarias provenientes de estudios sociológicos, también hicimos uso de algunas de las tablas de valoración sobre los mejores canales de expresión y participación, según edad, sexo, situación laboral y estudios, publicadas en el reciente estudio del INJUVE/FAD, *Jóvenes y política. El compromiso con lo colectivo* (E. Megías, 2005: 78, 360). Estas tablas sirvieron para documentar las actitudes y valoraciones cambiantes acerca de los distintos medios de comunicación, indicando a su vez, el modo que Internet ha pasado a ser el canal de expresión y participación mejor valorado por los jóvenes españoles.

1.3. Técnicas cualitativas

Las técnicas para explorar los posicionamientos de los jóvenes ante las TIC, y en general, sus opiniones y representaciones de la sociedad de la información (y, como irá surgiendo a partir de sus propias declaraciones, *sociedad móvil*, cultura *messenger* y del adosado) fueron: **entrevistas cualitativas individuales semiestructuradas, grupos de discusión y grupos triangulares.**

En general, estas técnicas y el diseño de la parte cualitativa de la investigación que las integraba, trataba de profundizar en las relaciones diferenciales entre jóvenes de distintas edades, estatus social, sexo y situación/itinerario sociolaboral. No obstante, cada una de ellas perseguía aportar elementos diferenciados y complementarios para el enfoque analítico global.

Mientras los grupos de discusión y las entrevistas individuales son técnicas cualitativas ampliamente utilizadas en investigación, los grupos triangulares resultan más extraños y, por ello, menos aplicados. Nos detenemos ahora, de manera breve (pues no es nuestra labor el desarrollar un tratado metodológico), en la razón que sitúa a estos grupos triangulares como herramienta válida e interesante para nuestros objetivos.

Buena parte de su utilidad reside en el tipo de información que nos proporciona, que completa la paleta de enfoques discursivos que nos ayudarán a elaborar el posterior análisis. Así, con las entrevistas individuales cubrimos las referencias a situaciones personales, producidas desde el “adentro” y la subjetividad de la persona, que quiere proyectar una imagen al entrevistador.

Por su parte, los grupos de discusión (en los que la persona que los modera ha de adoptar un papel más observador y menos directivo) nos permiten reconstruir los discursos representativos y latentes del grupo social de referencia o pertenencia. Es decir, el “afuera”, constituido por la tensión entre el “nosotros” y el “los otros”.

Como señala Conde (1996), en el punto intermedio encuentran los grupos triangulares su razón de ser y su interés: ocupar el espacio discursivo de transición entre el “adentro” (lo personal) y el “afuera” (lo representacional). Mientras tales espacios suelen ser articulados y cerrados (pues así son las proyecciones, los roles, las adscripciones y los estereotipos), los grupos triangulares se sitúan en un espacio más abierto e inestable, que requiere de un papel más activo, orientado y pragmático, tanto por parte del moderador del grupo triangular como por parte de la persona encargada de su análisis. Así, en estos grupos, los discursos suelen construirse de manera paralela en función de dos polos: a) los entrevistados hacen suyos discursos de “afuera” (desplazamiento desde “los otros”/“nosotros” hacia el “yo”); b) los entrevistados proyectan hacia fuera lo que está “dentro” (desplazamiento desde el “yo” hacia “los otros”/“nosotros”). Diferenciación que Fernando Conde (1996: 302-303) denomina entre el “espacio de la identidad” y el “espacio de la acción”¹.

A la hora de diseñar el perfil de las personas que integrarían esas dinámicas cualitativas, consideramos las variables que se ajustaban a nuestro interés y que, por otra parte, mejor podían recoger la diversidad de perfiles representativos.

En primer lugar la edad, adaptada por tramos en función de lo que pensamos que podría suponer un mejor aprovechamiento de los potenciales de las tres técnicas empleadas. Así, los grupos triangulares, en los que la participación del moderador

1. Conde, F. (1996). *La vivienda en Huelva. Cultura e identidades urbanas*. Huelva: Empresa Pública del Suelo de la Junta de Andalucía. En el anexo del trabajo de Conde se explican detalladamente las características y aplicaciones de los grupos triangulares, especialmente en relación con las de las entrevistas individuales y los grupos de discusión. Recomendamos acudir a la lectura de este anexo para familiarizarse con estas metodologías de rastreo cualitativo, más aún por cuanto Conde es uno de los precursores e impulsores de la aplicación de los mencionados grupos triangulares en investigaciones como ésta.

es más activa e implicada, estuvieron compuestos por los más jóvenes (en tramos de 12 a 15 años y de 16 a 18 años), en previsión de que su discurso fuera algo más desarticulado; las entrevistas individuales se realizaron al tramo de edad que compone el núcleo central de los jóvenes sobre los que se vuelca el interés de nuestra investigación (tramos de 18 a 20 años y de 21 a 24 años); y los grupos de discusión tuvieron como protagonistas a los más mayores (de 25 a 29 años), con discursos probablemente más estructurados en torno a la situación laboral (o precariedad sociolaboral).

A partir de ahí, jugando con tales tramos de edad, consideramos otras variables importantes. Por supuesto, el sexo: evidente en las entrevistas individuales; inevitablemente descompensado en los grupos triangulares (pero procurando que no fueran sólo de chicos o sólo de chicas); y equilibrado en los grupos de discusión (igual proporción de chicos y de chicas).

El trabajo: entre los jóvenes en edad de haber concluido o estar concluyendo los estudios, valoramos el hecho de que unos tuvieran trabajo y otros no, tanto por el hecho de que en determinados trabajos se incide o se posibilita un uso determinado de las tecnologías, como por la (en teoría) mayor capacidad económica de los trabajadores, o la posibilidad de emancipación y salida del hogar familiar, con la posibilidad de nuevos y diferenciados usos del tiempo y el espacio. Además, dentro de la variable trabajo, consideramos la condición del mismo en el sentido de que fuera más o menos estable o más o menos precario.

El tipo de relación con la tecnología, concretamente con los ordenadores e Internet, también se consideró como variable a la hora de diseñar las entrevistas y grupos (especialmente las entrevistas): uso habitual, diario, que presupone una mayor familiarización con el entorno Internet/nuevas tecnologías; o uso ocasional, más esporádico.

Consideramos la clase social, especialmente en aquellas entrevistas que no incluían la variable trabajo. Respecto a los más jóvenes (grupos triangulares) se consideró que el centro educativo fuera público, concertado o privado, guardando las proporciones entre las posibilidades. Esto puede ser indicativo también de clase social, aunque existen muchos matices que nos empujan a tomar ciertas cautelas, según casos².

2. Esta puntualización viene a colación de algunos aspectos observados en la investigación *La brecha generacional en la educación de los hijos* (Rodríguez y Megías, 2005), en la que surgió de forma persistente el debate entre educación pública y privada, que se constituía en una de las primeras y más importantes preocupaciones de los padres, situados en una encrucijada que, por lo fuerte y asentado del discurso social, se vive como realmente decisiva e inquietante. En este sentido, la tendencia general sitúa a la enseñanza privada como auténtica aspiración de cualquier padre/madre que quiera “lo mejor para sus hijos/as”, propiciando que en casos se realicen esfuerzos económicos por encima de las posibilidades familiares. En última instancia, el discurso asimila la elección como muestra de movilidad social o asentamiento de clase (procurar que mi hijo crezca entre “iguales”, sin los problemas que acechan a la enseñanza pública, “espejo” o reflejo de los problemas de las sociedad). En cualquier caso, el sentido del discurso no hace más que confirmar la brecha simbólica entre ambas posibilidades (lo público, lo privado), que se viven como auténticos indicadores de clase.

Todo esto, en lo que se refiere a los usuarios (jóvenes). Para tener también la visión de los adultos y educadores entrevistamos, por un lado, a padres y madres de los mismos jóvenes entrevistados, intentando guardar la proporción entre hombres y mujeres (padres-madres), y valorando equitativamente la relación de sus hijos con los ordenadores e Internet (habitual-ocasional).

Por otro lado, también entrevistamos a profesores de los centros educativos en los que cursan sus estudios los jóvenes, así como a algún experto en la materia, especialmente desde una perspectiva alternativa o distinta al planteamiento más “oficial” del uso y papel de las nuevas tecnologías (representantes de canales o plataformas virtuales alternativas y caracterizadas por su activismo).

Las entrevistas y los grupos realizados (los grupos de discusión mucho menos, como corresponde con la naturaleza de su dinámica), fueron preparados a partir de un guión que, en cualquier caso, resultaba flexible en la medida que cada caso concreto requiriera de una adaptación determinada en pos de un resultado más enriquecedor. Guión compuesto a partir de los ejes temáticos que centraban el interés de nuestra investigación: hábitos y usos asociados, relación con el trabajo/formación/sociabilidad, papel de la tecnología en su mundo relacional, estereotipos asociados.

2. TRABAJO DE CAMPO CUALITATIVO

Una vez expuesta la metodología empleada, y explicadas las razones de la elección de las diferentes técnicas y variables, pasamos a detallar el perfil concreto de las entrevistas y grupos realizados.

2.1. Entrevistas individuales semiestructuradas

A. Usuarios

18-20 AÑOS	21-24 AÑOS
Chico, uso diario, clase alta	Chica, uso diario, con trabajo estable
Chica, uso ocasional, clase alta	Chico, uso diario, con trabajo estable
Chica, uso diario, clase media	Chica, uso diario, con trabajo ocasional
Chico, uso diario, clase media	Chico, uso diario, con trabajo ocasional
Chica, uso diario, clase baja	Chica, uso ocasional, con trabajo ocasional
Chico, uso diario, clase baja	Chica, uso diario, sin trabajo/con trabajo ocasional
	Chica, uso ocasional, sin trabajo
	Chico, uso ocasional, sin trabajo

B. Padres-Madres

Padre, clase alta, hijo/a usuario/a frecuente
Madre, clase alta, hijo/a usuario/a ocasional
Padre, clase media, hijo/a usuario/a frecuente
Madre, clase media, hijo/a usuario/ frecuente
Padre, clase alta, hijo/a usuario ocasional
Madre, clase alta, hijo/a usuario frecuente

C. Educadores/Expertos

Educador de centro privado/concertado
Educador de centro público
Investigadores/Expertos (red independiente)

2.2. Grupos triangulares

3 grupos de 12-15 años (centro privado/concertado/público)
3 grupos de 16-18 años (centro privado/concertado/público)

2.3. Grupos de discusión

Dos grupos de discusión mixtos de 8 personas cada uno (4 chicos + 4 chicas), entre 25 y 29 años:

GD1:	Con trabajo estable
GD2:	Con trabajo precario o en paro

Las dinámicas se desarrollaron sin aparentes problemas metodológicos. Tanto entrevistas como grupos (triangulares y de discusión) fueron grabados en audio, para su posterior transcripción y análisis.

De las transcripciones entresacamos los literales que ilustran el análisis cualitativo del trabajo de campo realizado. Para señalar el perfil de la persona o personas de cuyas palabras rescatamos el literal, indicamos entre paréntesis los datos pertinentes: nombre de pila en el caso de las entrevistas individuales (simplemente para identificar sexo, pues no rompe ningún anonimato), GT para los grupos triangulares y GD para los grupos de discusión; a continuación se señalará la edad del entrevistado o la franja de edad del grupo, así como cualquier otra variable que defina el perfil seleccionado.

3. Sociedad de la información/cultura *messenger*

Las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) aparecen a menudo al frente de discursos que les atribuyen el protagonismo de grandes cambios y transformaciones. Tanta es la importancia que se les concede que se llega incluso a afirmar que hemos entrado en un nuevo periodo: la era de la llamada “sociedad de la información” y, últimamente, la “sociedad interactiva”. En efecto, el discurso dominante en torno a las TIC afirma que la presencia de éstas en cualquier actividad humana es imparable y que su utilización está provocando un cambio hacia la mejora del conjunto de la sociedad y, en consecuencia, de la calidad de vida de los ciudadanos.

En el momento de globalización actual¹, bajo el signo de la nueva economía del capitalismo, el cambio tecnológico, lejos de constituir una poderosa herramienta para aminorar las desigualdades sociales, las amplifica, bien sea agrandando las brechas ya existentes —intergeneracionales, entre estratos sociales con distintos niveles educativos, nortes y sures— o generando otras nuevas —los alfabetizados y los analfabetos digitales—. Asimismo, el entramado socioeconómico en el que aparecen las tecnologías digitales del momento, tiende a naturalizar y homogeneizar las relaciones de los jóvenes y las tecnologías, obviando las diferencias materiales y culturales (de ocio, relaciones y consumo...) que condicionan dichas relaciones, y de este modo, velar las nuevas asimetrías y reestructuraciones sociales resultantes.

1. Aunque el discurso mercantilista propio de la economía neoliberal domina el momento actual de avance tecnológico, como señala Area (2002: 66), y “por extensión de los planes y proyectos gubernamentales que definen el desarrollo de la sociedad de la información a medio plazo”, sería un error asimilar la globalización al momento actual de las TIC, eclipsando de este modo las distintas acepciones y modalidades de globalizaciones y sus formaciones sociohistóricas y políticas. Álvarez-Uría (1998); Area (2004); Bautista (2004); Gallego (2002) ofrecen visiones de amplio espectro acerca de la globalización desde problemáticas socioeconómicas concretas en torno a la educación y las nuevas tecnologías, y la democracia en tiempos neoliberales.

Como hemos señalado en el capítulo primero, los avances tecnológicos no pueden comprenderse al margen de las condiciones económicas, sociales y culturales que los hacen posibles. Tampoco pueden abordarse en su debida complejidad a través de determinismos sociales o tecnológicos, o a partir de modelos homogéneos de desarrollo, en la medida que los cambios no se producen de una manera lineal ni ordenada, ni tienen el mismo efecto en los distintos grupos sociales ni dentro de cada uno de ellos. De lo contrario, corremos el riesgo de reproducir una visión interesada en resaltar las bondades de la sociedad de la información, y en el etiquetado y regulación de sus buenos y malos usos, al igual que fomentar distintas categorías de participación e inmersión en red². Estas visiones apenas dejan sitio para la discrepancia o el análisis crítico, tanto del proceso acelerado de las innovaciones tecnológicas como de los efectos sociales y culturales de dicho proceso (Zubero, 1998).

En el contexto actual de la sociedad española son cada vez más las personas entre 14 y 35 años con un capital cultural medio elevado, en casa pero sin casas, con trayectorias sociolaborales discontinuas y precarias, aunque para muchos ya habituales, a quienes, como a los niños y niñas de épocas pasadas, se les atribuye un vínculo con y una predisposición hacia las “nuevas” tecnologías. Al mismo tiempo, estas circunstancias impiden separar el tiempo y las tecnologías de producción/estudio de los tiempos y tecnologías del ocio, el entretenimiento y las relaciones sociales. Más difícil resulta aún para muchos adolescentes y jóvenes conciliar la vida familiar, la escuela y el barrio, en parte, porque cada vez son más las clases medias bajas con movilidad social ascendente que identifican bienestar con vivir en adosados. Y cada vez más las familias con adolescentes y jóvenes a solas (con Internet) en sus ratos de ocio a diario, alejados físicamente de los entornos de socialización más próximos, que identifican la buena educación con centros educativos “selectos” y “bilingües”. En fin, un amplio sector de la población juvenil con tiempos de ocio, estudio y familia altamente estructurados que desde la escuela empresa³ (o empresa educativa) y los adosados se alfabetizan en cuerpo y alma en las lógicas de gestión y producción del yo propias de la nueva economía.

La supuesta brecha generacional en la que participan las TIC, por otra parte, da carta de naturaleza a las administraciones y las multinacionales de la sociedad de la información para analizar a la población más joven en sus usos y relaciones con las tecnologías digitales, a través de estudios de mercados e informes. Tanto es así que la juventud, en abstracto, es considerada por la administración y las empresas del sector TIC como uno de los principales impulsores de la sociedad de la información.

2. El informe de Telefónica 2004 presenta una sección titulada “Manual del ciudadano *on-line*. Decálogo de acciones básicas de alfabetización para ser un ciudadano *on-line*”. Entre las diez acciones recomendadas a los ciudadanos para incorporarse a la sociedad de la información incluye “utilizar la mensajería instantánea” “establecer un debate mediante los *chats*” y “tener una identificación electrónica”. Telefónica, SA (2004). *La sociedad de la información en España 2004*: 84-87.

3. Retomo el término “escuela empresa” de los análisis de J. Varela y F. Álvarez-Uría (1991). *La arqueología de la escuela*. Madrid: La Piqueta.

Estas son algunas de las condiciones de posibilidad que propician estudios como el que aquí presentamos. No obstante, antes de pasar a considerar las relaciones entre adolescentes y jóvenes y las TIC en función de distintas variables sociodemográficas, en este capítulo identificamos brevemente las principales tendencias de la sociedad de la información en España, con especial énfasis en el mundo Internet. Para ello hemos recurrido a estudios de mercado, informes especializados, encuestas oficiales de juventud, así como parte de los resultados obtenidos por un cuestionario diseñado originariamente en el marco de una investigación dirigida por el sociólogo e investigador de la Universidad Complutense, Fernando Álvarez-Uría, y en la que tuvimos la oportunidad de participar.

La identificación de las tendencias de la sociedad de la información a partir de estos datos secundarios permitirá contextualizar los análisis e interpretaciones cualitativas posteriores (en capítulos 4 y 5). La segunda parte del presente capítulo presenta un estudio de caso de la denominada “cultura *messenger*”.

1. TENDENCIAS GENERALES DE LAS TIC

Según los índices de desarrollo que se publican en el ámbito mundial, España ocupa la posición antepenúltima en la Europa de los 15 (EU-15) y la decimotercera en la EU-25, obteniendo la mejor posición en la dimensión social (ISI, 2004)⁴.

El mercado de la sociedad de la información sigue estando dominado por el móvil, con un notable ritmo de crecimiento. La penetración de la telefonía móvil ha alcanzado durante el último año un nivel del 91%, siendo una vez más el motor de este crecimiento el tráfico de SMS, seguido en menor medida por los videojuegos, la personalización del terminal y la música, mientras que la contribución de los MMS es aún incipiente.

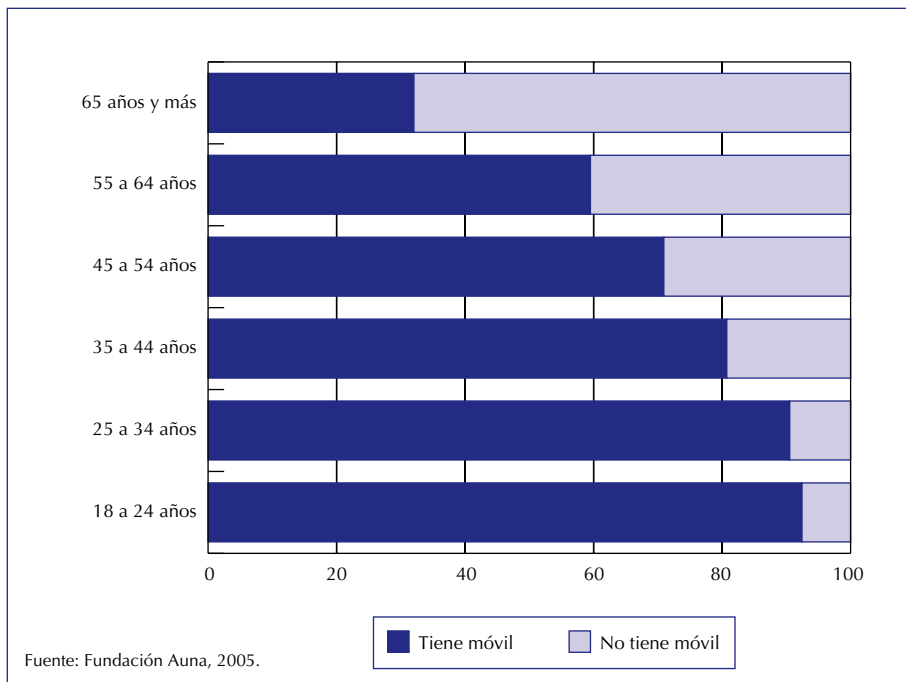
Dado el elevado índice de penetración de la telefonía móvil en España (91%), es evidente que sus implicaciones sociales son extensivas a la gran mayoría de los ciudadanos. Sin embargo, son los usuarios más jóvenes los que han integrado el uso de la telefonía móvil de forma más rápida. Este sector de población se sitúa por delante del resto, tanto en conocimiento como en uso.

Es lo que ya en el informe *eEspaña 2003* (Fundación Auna, 2003) se denominó “generación móvil” y que designa al grupo de usuarios con edades inferiores a los 24 años. Éstos están modelando los nuevos hábitos de uso y consumo vinculados a los móviles.

4. Las peores puntuaciones se obtuvieron en el Índice de Acceso Digital (mide la capacidad general de los individuos de un país para acceder y utilizar las TIC) y en el Network Readiness Index (valora el entorno de mercado, político y tecnológico de un país, así como el grado de preparación y uso de las TIC por parte de individuos, empresas y gobiernos).

Por edades, el 92,4% de los jóvenes entre 18 y 24 años tiene teléfono móvil, mientras que este porcentaje disminuye hasta el 70,9% en el rango de edades comprendidas entre los 45 y 54 y desciende hasta el 32% en los mayores de 65 años (gráfico 3.1).

Gráfico 3.1. Distribución por edades de usuarios de telefonía móvil en España (%)



El envío de mensajes SMS es percibido por los usuarios como uno de los usos más importantes. Sin embargo, la recepción de información a través de mensajes aparece como el uso menos valorado. Con respecto a otros servicios ofrecidos por la telefonía móvil, la percepción de localización ubicua y permanente es lo que más valoran los usuarios más jóvenes de telefonía móvil. Los expertos consideran que esto es debido a la influencia de los padres/madres, que muestran interés por la seguridad y control de sus hijos mediante el teléfono móvil, siendo éste uno de los principales motivos para la compra del primer móvil. Los juegos y otros servicios relacionados con el ocio así como los mensajes multimedia son percibidos como una ventaja pero, por el escaso poder adquisitivo de los jóvenes, su uso todavía no se ha extendido mayoritariamente.

En línea con este tipo de análisis social de la telefonía móvil, los distintos informes y estadísticas contemplados apuntan a que los móviles han pasado a convertirse en una característica esencial de la retórica popular y comercial.

Como señala C. Feixa (2005: 12):

“La industria de telefonía móvil ha captado la forma mediante la cual la juventud hace servir el móvil y la fomenta, por ejemplo, a través de juegos televisivos relacionados con series de televisión dirigidas a un público adolescente. Durante las pausas comerciales de programas como *Compañeros* o *Al salir de clase* se propone a los telespectadores participar en un concurso: se tiene que contestar a una pregunta relacionada con los acontecimientos del episodio en curso y enviar la solución y el código de la serie mediante un mensaje instantáneo, precisamente con el móvil. Cuando la ‘necesidad’ es la de hacer una votación, como por ejemplo elegir quién es el *Gran Hermano* expulsado de la semana, los jóvenes explican cómo la posibilidad digital es más divertida que los ‘viejos’ mecanismo de comunicación.”

En términos generales, los datos indican que la recuperación del sector TIC se ha consolidado en los últimos años en España. También han cambiado las referencias, dadas ahora por los avances en banda ancha, convergencia de servicios y progresiva digitalización del hogar y el individuo. La banda ancha ha pasado a situarse como el medio preferente de acceso a Internet, siendo el ADSL la tecnología de referencia, complementada con el aumento de la penetración del PC en los hogares. Según un informe de AIMC (octubre-diciembre 2005) “el 64% de los hogares en España se conectan a Internet a través del ADSL (51% en 2004) y casi el 29% tiene red inalámbrica *wi-fi*”⁵. En sentido contrario cabe destacar la situación de estancamiento en la que se encuentra la implantación de la televisión digital terrestre (TDT) con elevados precios y escasa presencia en los hogares.

Se dibuja de este modo un nuevo escenario de progresiva transición al formato digital, en especial en ámbitos tan relevantes como el ocio y la comunicación, en los que, según el informe de la Fundación IDATE (2005)⁶, se detectan las siguientes tendencias:

- Auge masivo de la mensajería instantánea y desarrollo de las bitácoras (*blogs*), indicativo de una tendencia a la interacción directa, personalización (e individualización) de contenidos (comunicaciones).
- Crecientes niveles de convergencia e interoperabilidad entre tecnologías y soportes comunicacionales, con una progresiva adaptación de los contenidos en pos de mayores niveles de interactividad tecnológica y social.
- Consolidación del mercado de descarga musical y cinematográfico en formato DVD, y del mercado de videojuegos (descarga *on line*, juegos en red y en el móvil).

5. *Ciberp@is*, 16 de febrero de 2006: 9.

6. Queremos expresar nuestro agradecimiento a Fernando Garrido, codirector del Observatorio para la Cibersociedad, por habernos hecho llegar una copia de este informe.

2. USO DE INTERNET EN ESPAÑA⁷

A pesar de la aparente recuperación en las pautas de crecimiento de la sociedad de la información, los españoles siguen mostrándose reacios a utilizar la red: dos de cada tres ciudadanos no la utilizan, bien porque no perciben que sea un instrumento útil o bien por falta de interés.

Sólo el 37% es usuario, porcentaje muy alejado del 60% que se registra en el Reino Unido, del 57% de Alemania, del 49% de Italia y del 42% de Francia (AIMC, abril-mayo 2005). En lo tocante a su evolución, en el 2004 España registró un crecimiento de algo más del 20%, idéntico al incremento que se producía justo un año antes.

El informe realizado por la Fundación BBVA (octubre 2005) revela que la mitad de los hogares españoles dispone de ordenador (el 79% de los cuales dispone de un único ordenador), adquiridas las dos terceras partes después del año 2000. El 40% de los hogares con ordenador lo tiene en la habitación de los hijos, mientras que el 51% lo tiene ubicado en una habitación de uso común, como el cuarto de estar o en un despacho. Los hijos resultan, en la mayoría de los casos, los propietarios de los ordenadores y sus usuarios. Pese a la notable implantación de ordenadores en los hogares, sólo el 31% de éstos está conectado a Internet; no obstante la red ha seguido ganado adeptos año tras año. Si en 1997 apenas había un millón de internautas en España, actualmente están conectados 16,5 millones, el 44% de la población mayor de 15 años. El número de internautas ha crecido además un 40% en el último año y medio.

Estas cifras coinciden con los datos obtenidos por un estudio del INJUVE a partir de un cuestionario administrado en noviembre y diciembre de 2002 a 1.918 personas en 46 municipios y 29 provincias de las 17 comunidades autónomas, en ciudades de más de 50.000 habitantes⁸.

Aunque no hay excesivas diferencias por clase social en la ubicación del ordenador en los hogares, el televisor, según este estudio, tiende a ubicarse en los espacios privados de las clases bajas y medias-bajas, mientras que el ordenador se sitúa en las dependencias más privadas (dormitorios, estudios/despachos) de las clases medias-altas y altas. La mayor personificación de los televisores en las clases trabajadoras encuentra un patrón inverso en lo que respecta a la ubicación de los ordenadores por tipo de vivienda (Tabla 3.1) y clase social (Tabla 3.2)⁹.

7. Parte de los datos y argumentos presentados en esta sección están basados en el trabajo de Mario Domínguez y Ángel J. Gordo López publicado en 2005 en *Cuadernos de Información Económica*, 189: 119-140.

8. Aportamos algunos datos de la ficha técnica del cuestionario diseñado y administrado en este estudio para contextualizar las distintas alusiones que haremos al mismo a lo largo de este capítulo, S. Lorente, F. Bernete y D. Becerril (2004). *Jóvenes, relaciones familiares y tecnologías de la información y de la comunicación*. Madrid: INJUVE.

9. Lorente, Bernete y Becerril, 2004: 55-56.

Tabla 3.1. Ubicación del PC por tipo de vivienda

Ubicación del ordenador	Se encuentra con más frecuencia en
Salón/comedor	Apartamento pequeño
Cuarto de estar	Chalet adosado
Otros dormitorios	Piso pequeños de menos de 100 m ² Casa unifamiliar
Estudio/despacho	Piso grande de 100 m ² o más

Fuente: Lorente, Bernete y Becerril, 2004: 55.

Tabla 3.2. Ubicación del PC por clase social

Ubicación del ordenador	Se encuentra con más frecuencia en
Otros dormitorios	Obreros cualificados Obreros no cualificados
Estudio/despacho	Clase alta y media/alta

Fuente: Lorente, Bernete y Becerril, 2004: 55.

El PC (de sobremesa o portátil) continúa siendo la vía esencial de acceso. En 2004 el porcentaje de usuarios que accedía a través de este medio superaba el 97%, frente a poco más de un 7% que lo hacía a través de otros dispositivos como el teléfono móvil. Tales datos sugieren que el incremento del uso de Internet y el acceso de un mayor porcentaje de la población a la sociedad de la información, requieren un progresivo aumento de la penetración de los ordenadores personales. En este sentido, si bien la tasa de penetración del PC, ligeramente inferior al 50% de los hogares, se encuentra todavía muy alejada de la tasa de países como Suecia y Holanda, que rondan el 80%, la distancia con respecto a la media europea se ha reducido en los últimos años, situándose en poco más de cuatro puntos porcentuales.

En lo relativo a la penetración de Internet en los hogares españoles es importante recordar que más del 68% de los jóvenes (15-29 años) sigue viviendo en casa de los padres/madres, según el *Informe 2004. Juventud en España* (INJUVE, 2005) (gráfico 3.2).

El número de ordenadores en los hogares correlaciona con el tipo/tamaño de la vivienda. El siguiente gráfico (gráfico 3.3) señala una relación entre tamaño de la casa y posesión del ordenador, siendo el chalet adosado el tipo de vivienda donde existe un mayor porcentaje de ordenadores (82,9%) mientras que la casa unifamiliar es la que presenta el menor porcentaje (15,6%).

Gráfico 3.2. Penetración de Internet en los hogares y familias españolas

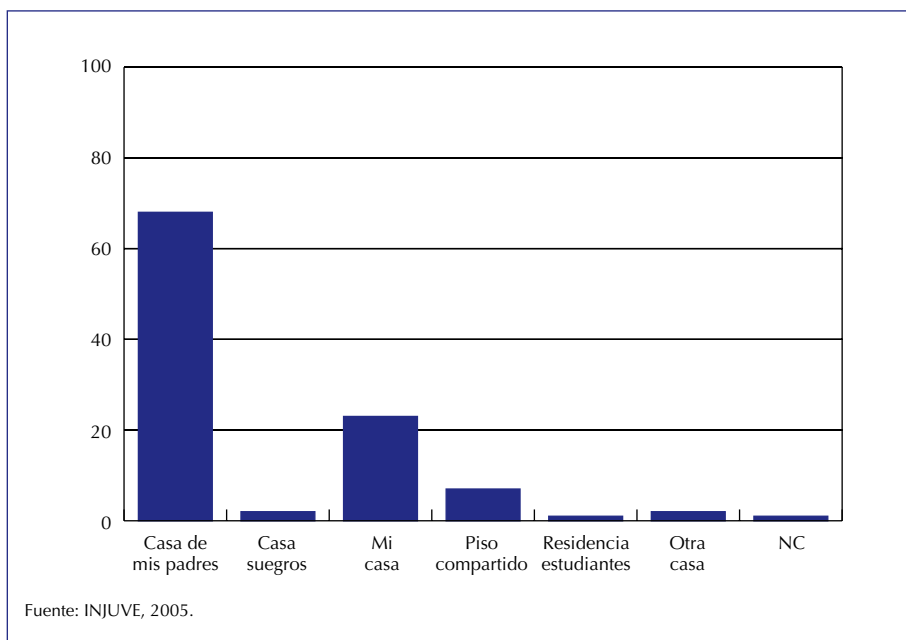
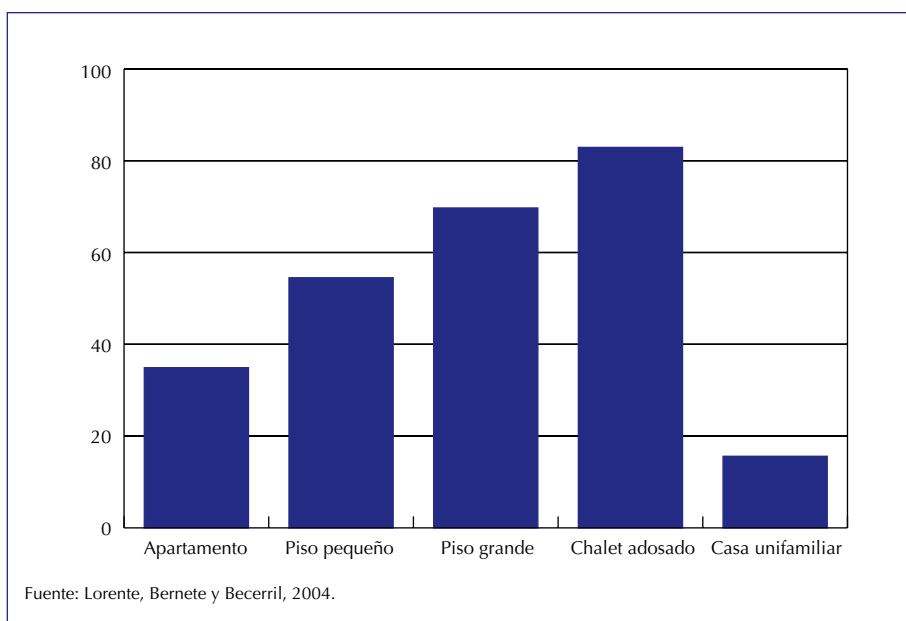


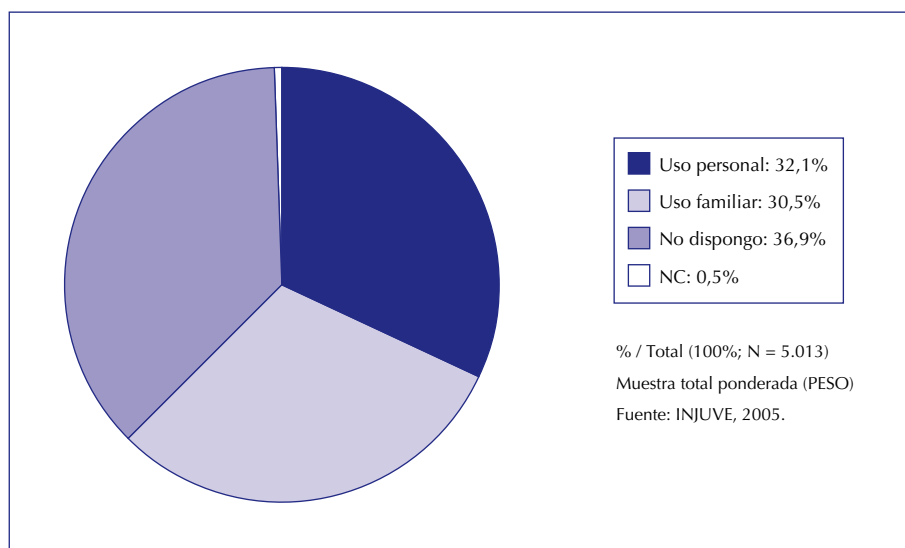
Gráfico 3.3. Tamaño de la casa y posesión de ordenador



En cuanto al perfil del usuario medio, según el informe de BBVA (2005) sería un varón (55%), menor de 36 años (63%), con estudios de Bachillerato, Formación Profesional o universitarios (73%) y de nivel socioeconómico medio (42%) o alto (38%). Por estos datos se comprueba que además de las grandes diferencias según género y estudios, existe una brecha importante entre generaciones. Según la encuesta, el 59% de las personas que declaran no navegar por Internet, son mayores de 51 años. Este dato concuerda con las razones que alegan para ello: desinterés (43%), dificultad de uso (22,5%) e ignorar por completo qué es Internet (19,9%). Estos perfiles apenas si han variado desde la aparición de Internet como fenómeno social.

En lo relativo a la penetración de los ordenadores e Internet entre los jóvenes (15-29 años), el 36,9% no dispone de ordenador y sólo un 41,5 % tiene acceso a Internet/www, porcentaje repartido por igual entre el uso familiar (20,7%) y el uso personal (20,8%) (gráfico 3.4) (INJUVE, 2005).

Gráfico 3.4. Penetración de Internet entre los y las jóvenes (15-29 años) españoles



Por lo que se refiere al género se ha producido una mejora en cuanto al acceso a Internet de la mujer, situando a España en posición similar a la del contexto europeo. En el año 1997 España contaba con un 33,10% de mujeres conectadas a Internet (AIMC, 2003), mientras que en el 2005 representan ya un 45%, lo que supone una mejora sustancial (gráfico 3.5).

Las diferencias de acceso y uso de Internet tienden a desaparecer entre la población juvenil, si bien persiste la tendencia al uso más familiar por parte de las jóvenes y al uso más personal de los jóvenes (gráfico 3.6).

Gráfico 3.5. Perfil del usuario de Internet

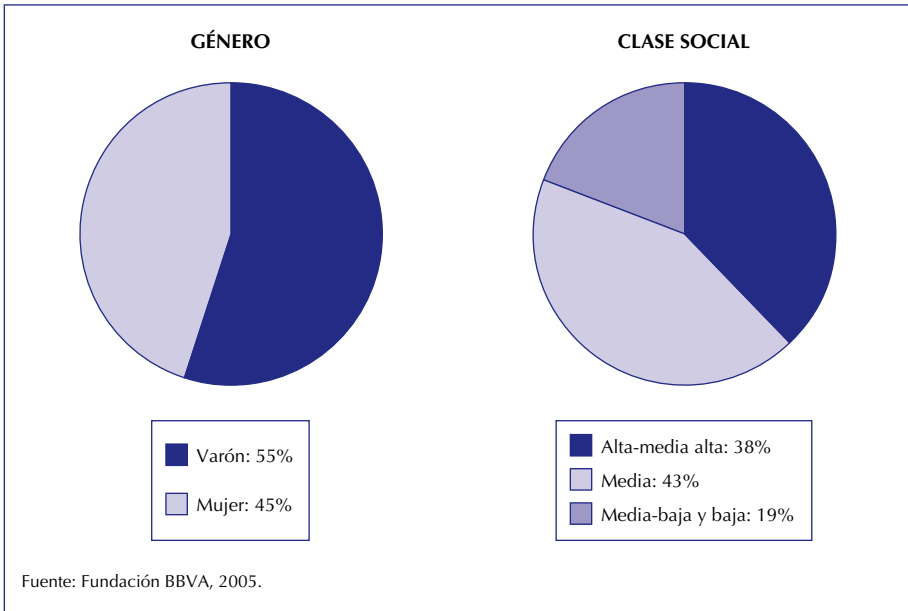
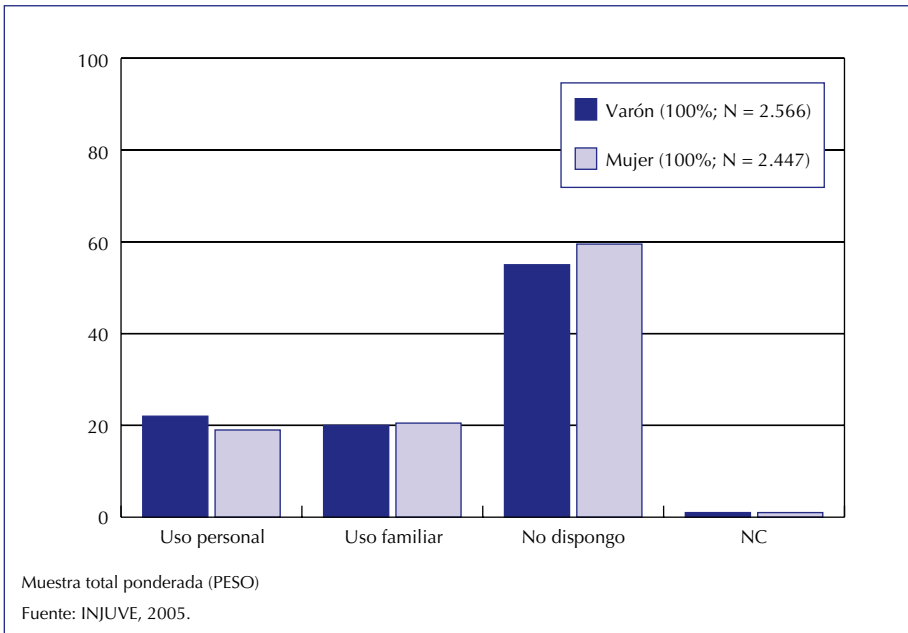
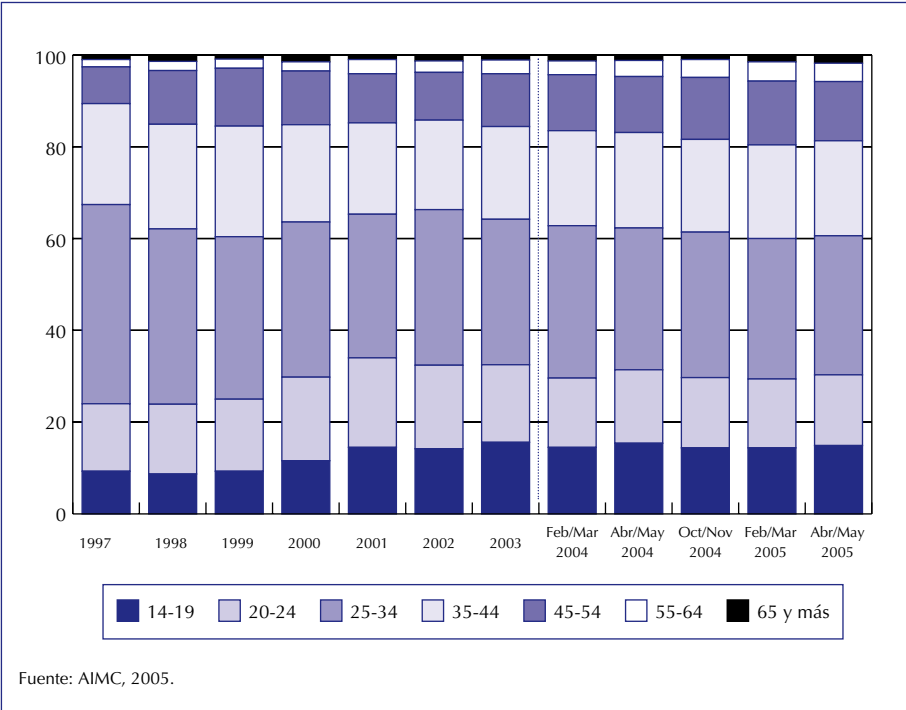


Gráfico 3.6. Tipo de acceso a Internet/www de los y las jóvenes, por género



En cuanto a la edad (gráfico 3.7) vemos apuntar tímidamente la entrada de los mayores de 55 años hasta llegar a un minúsculo 4,5% en 2005, por lo que cabe deducir que comienzan a integrarse en el desarrollo tecnológico que se está produciendo dentro de la sociedad.

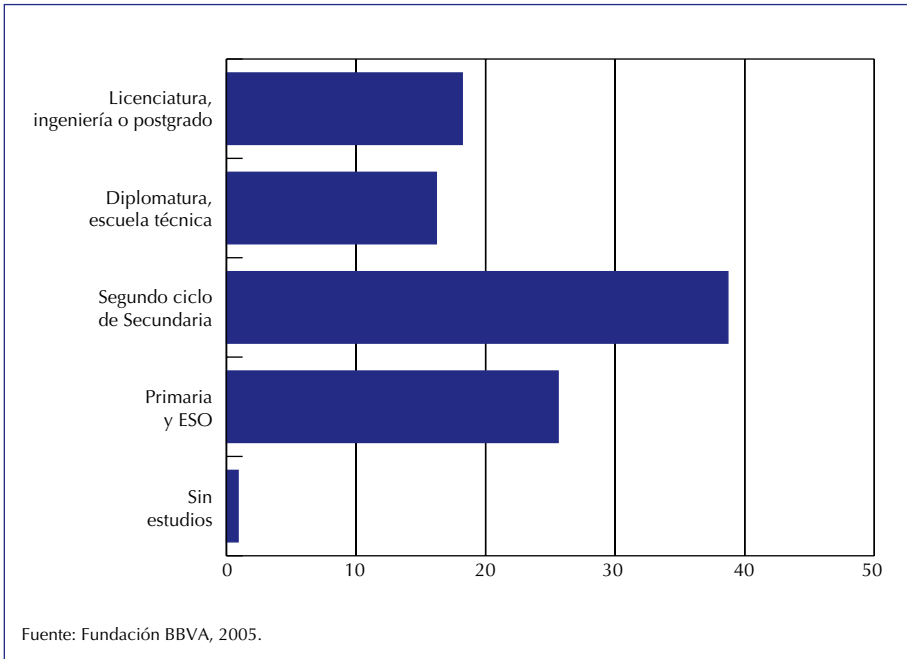
Gráfico 3.7. Perfil por edad de los usuarios



Si se considera la distribución poblacional por grupos de edad (gráfico 3.7), la penetración más alta se produce en el grupo de 14 a 19 años (siendo el 14,9% de usuarios) seguido por el grupo de 20 a 24 años. Esta distribución sugiere que el grupo de 14 a 19 años se sitúa como el gran motor de crecimiento, seguido por el grupo de 20 a 24 años con tasas de leve crecimiento (del 14,7% en 1997 al 15,4% en 2005).

Una mirada agregada de estos datos plantea que más del 80% de los usuarios se encuentran entre los 14 y los 44 años. El grupo comprendido entre 14 y 34 años, edades más cercanas a las nociones actuales de juventud, supera el 63% de los usuarios de Internet. De este 63% total de usuarios de Internet, el 64,3% son estudiantes de Primaria y Secundaria, y el 34,4% están cursando estudios superiores (gráfico 3.8).

Gráfico 3.8. Nivel de estudios



En cuanto al nivel socioeconómico, son los individuos que pertenecen a la clase media y media alta los que mayoritariamente acceden a Internet (gráfico 3.9). Este grupo está en su mayoría formado por trabajadores y profesionales cualificados que viven en ciudades grandes y medias, con un alto nivel de estudios y un alto nivel tecnológico. Tras el incremento de la clase media-media en detrimento de las clases media-alta y alta a finales de los noventa¹⁰ tampoco se aprecian variaciones significativas en cuanto al perfil por clase social durante los últimos años. La clase baja sigue, igual que los mayores, impermeable a Internet.

El lugar preferente para conectarse es el hogar (66%), un tercio se conecta desde el trabajo y algo menos del 20% desde terminales públicos y centros de enseñanza. Entre las personas que actualmente tienen un empleo, la mitad se conecta desde el centro de trabajo, mientras que el 58% de los estudiantes lo hace desde el centro de enseñanza (gráfico 3.10). En términos generales, destaca ante todo la tendencia a privilegiar el hogar hasta duplicar el porcentaje en apenas ocho años, pasando del 34,2 al 65,6% en el 2005, en detrimento del resto de lugares de acceso como el trabajo o el centro de estudios.

10. Probablemente debido al abaratamiento de los costes de conexión y de los equipos para hacerlo (ordenador personal y módem) y los mayores índices de endeudamiento de las familias, coincidiendo con una estabilización del valor del dinero (con la estabilización de tipos de interés bajos durante los últimos cinco años, hasta diciembre de 2005).

Gráfico 3.9. Perfil por clase social de los usuarios

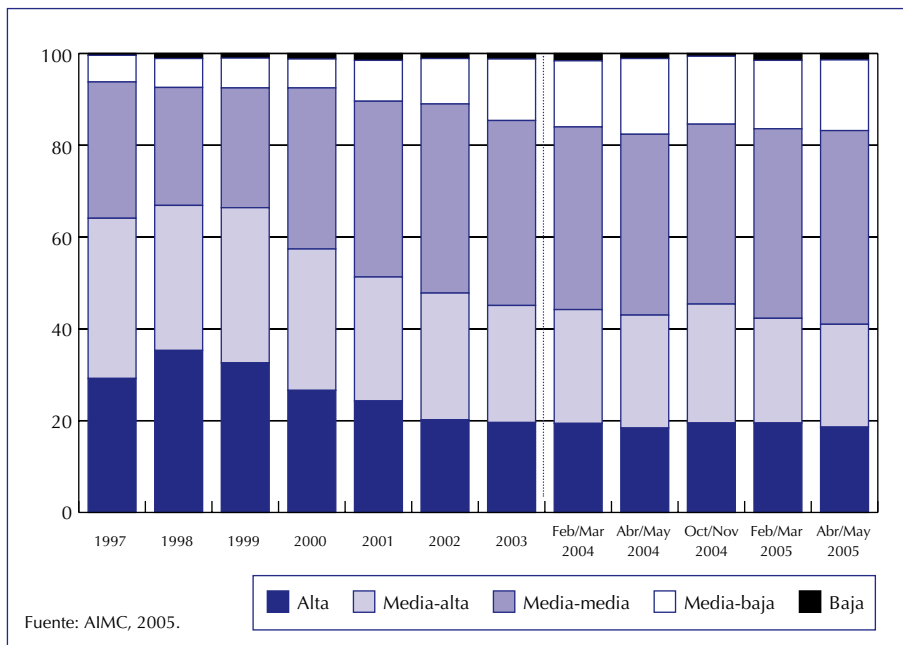
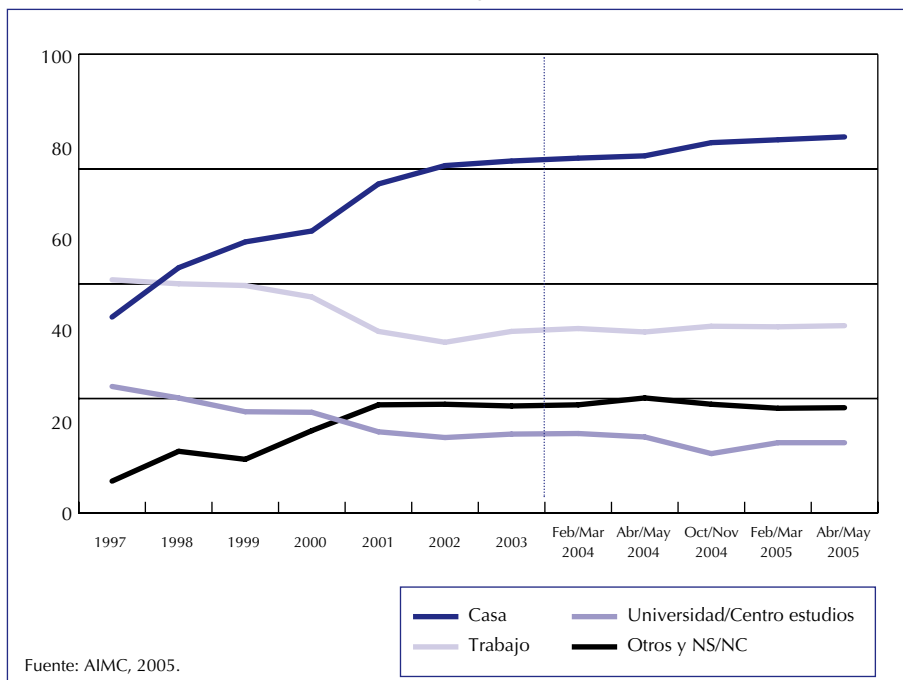


Gráfico 3.10. Lugar de acceso

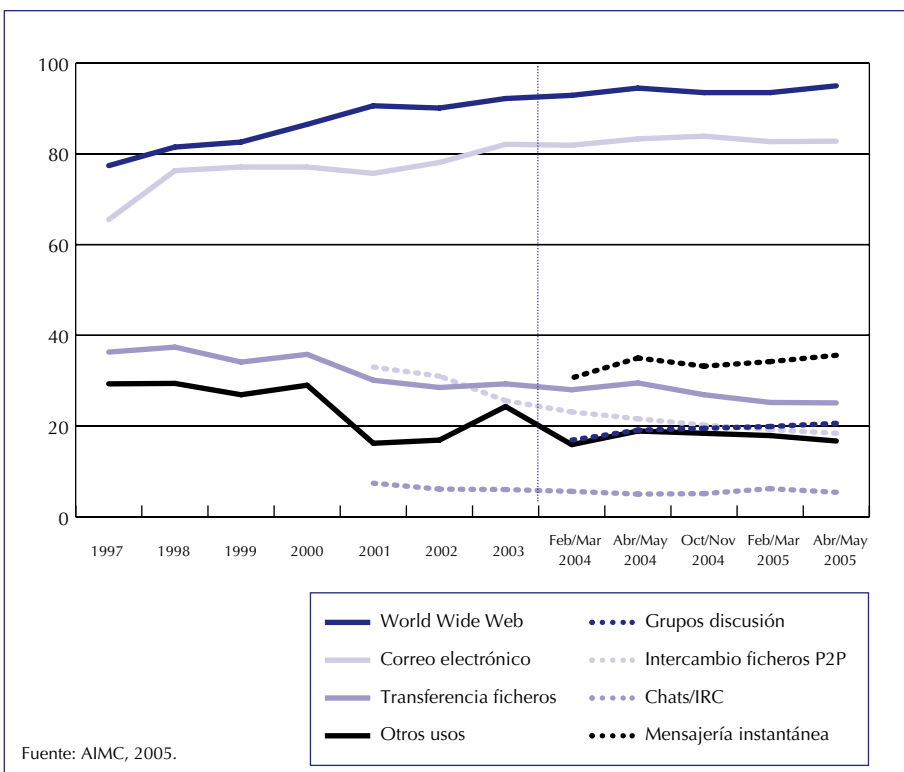


La progresiva “domesticación” del lugar del acceso y uso de Internet se debe a que la franja de edad mayoritaria en el acceso a Internet (de 14 a 34 años) tiene una tasa de actividad laboral relativamente baja. La tendencia de consumo “personal” de las TIC coincide con una progresiva individualización de lo social y con la informatización del sector secundario.

Otro estudio, en esta ocasión de MSN Search International, indica que el 71% de los internautas españoles recurre a Internet cuando necesita respuestas rápidas, por delante de otras posibles fuentes de información como la pareja, padres, amigos, libros o periódicos. ¿Y qué buscamos fundamentalmente? Pues información sobre eventos en nuestras localidades (46%), datos complementarios para exámenes (39%), reseñas de películas (32,9%) e información sobre una empresa antes de ir a una entrevista de trabajo (28,1%) (Domínguez y Gordo López, 2005).

Tales datos son coherentes con la evolución de los servicios utilizados (gráfico 3.11). Según la AIMC, navegar a través de la World Wide Web se consolida como una actividad casi siempre realizada cada vez que el usuario se conecta, por ejemplo para solicitar información. En segundo lugar se ubican los aspectos más relacionados con la personalización, como son el correo electrónico y la mensajería instantánea (ante todo gracias al programa Messenger).

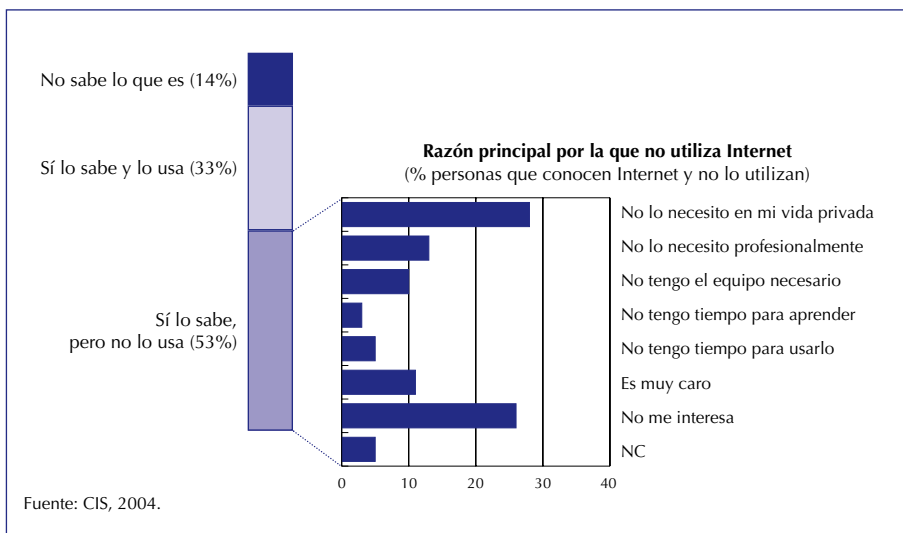
Gráfico 3.11. Servicios utilizados en el último mes



Por último, cabe indagar en las valoraciones que hacen los usuarios de la red. Lo que más valoran es la gran cantidad de información que contiene y las inmensas posibilidades de encontrarla, más que en ningún otro lugar. También se valora en especial que la amplitud de la red permite conocer mejor lo que está sucediendo en otros países, ya que se considera que la información que facilitan los medios de comunicación nacionales es muy limitada. Otro de los aspectos especialmente valorado de la red por los internautas es que les permite contactar con facilidad con personas que tienen los mismos intereses o aficiones a través de los foros. Por su parte, para los no usuarios, la red contiene demasiada información que llega a convertirse en ruido. Tanta que es difícil saber qué es lo realmente importante y qué lo superfluo¹¹. Quienes no tienen el hábito de navegar creen que es mucho mejor hablar por teléfono o leer un libro que pasar el tiempo frente al ordenador (Fundación Auna, 2005; Telefónica, 2004).

También merece la pena destacar, entre aquellos que conocen el uso de Internet, los motivos que les llevan a no utilizarlo, porcentaje que según el barómetro del CIS de enero de 2004 alcanza una cifra del 53% (gráfico 3.12). El motivo principal reside en que no lo necesitan en su vida privada (28%), o profesionalmente (13%) o que sencillamente no les interesa (26%). Sólo el 11% no utiliza Internet por su precio.

Gráfico 3.12. ¿Sabe lo que es Internet?



11. La cultura de los *blogs* ha desarrollado una técnica que permite discriminar el grano de la paja, las intervenciones legitimadas de los revienta-foros o mete-ruidos informacionales, mediante un sistema de asignación de rangos de legitimidad o autoridad (o carta de presentación) que denominan “karmas”. Una intervención precedida por la posesión de varios karmas llamará más la atención que otra desprovista de ellos o informáticamente “deskarmada”. Sobran los comentarios...

3. VALORACIÓN Y USO DE INTERNET POR PARTE DE LOS JÓVENES

Atendiendo a las estadísticas presentadas, si el sector de población comprendido entre 14 y 34 años supone el 63,4% de los usuarios de Internet en España, resulta lógico que los jóvenes estén siendo cuidadosamente observados en sus relaciones digitales. Más aún si consideramos que el desarrollo de la sociedad de la información depende de aplicaciones de éxito masivo, lideradas actualmente por la telefonía móvil y mensajes de texto (que asciende a un tercio de las ganancias de las grandes empresas de telefonía), y de la vertiginosa penetración e impacto social de los programas de mensajería instantánea (y sus interoperabilidades).

A las cifras sociodemográficas y de uso aportadas anteriormente se suman las actitudes y valoraciones cambiantes que los jóvenes expresan acerca de los distintos medios. Entre la población juvenil española Internet ha pasado a ser el canal de expresión y participación mejor valorado (51,9%), seguido por los centros educativos en general (40,5%), los grandes medios de comunicación (29,2%) y los teléfonos móviles (27,4%) (Tabla 3.3).

Tabla 3.3. Valoración sobre los mejores canales de expresión y participación, respuesta múltiple (%)

Internet	51,9
Escuela/instituto/universidad	40,5
Grandes medios de comunicación (radio, televisión, prensa)	29,2
Teléfonos móviles (mensajes SMS...)	27,4
Centros de juventud, organismos oficiales dirigidos a los jóvenes	14,1
Medios de comunicación alternativos (radios locales, fanzines...)	10,4
ONGs	5,0
NS/NC	3,8
Centros sociales autogestionados, okupas...	0,4
N	1.200

Fuente: Megías, 2005: 77.

En el mismo estudio del que extraemos estos datos, y a partir del cruce de los mismos con otras variables de clasificación, aparecen los siguientes datos de interés para nuestro estudio¹²:

Las mujeres puntúan más que los hombres en la valoración de los centros educativos (43% por 33% de ellos) y los teléfonos móviles (29% por 26%). Los hom-

12. Megías, E. (coord.) (2005). *Jóvenes y política. El compromiso con lo colectivo*. Madrid: INJUVE/FAD: 78 y 360.

bres obtienen puntuaciones más elevadas que las mujeres en su valoración de Internet (54% por 50%) y los grandes medios de comunicación (31% por 27%). Los varones de 15-16 años son los que mejor valoran Internet con 4 puntos porcentuales por encima de la media, así como los/las jóvenes cursando estudios de Bachillerato y ESO (nueve puntos y ocho puntos respectivamente por encima de la media). Las peores valoraciones de Internet se encuentran entre los jóvenes que cursan Módulos de FP y los que están en paro (cuatro y tres puntos por debajo de la media).

Los y las jóvenes de entre 15 y 18 años, los estudiantes de ESO, las personas en desempleo, las personas en paro y aquellas que no participan en ninguna ONG, conforman el grupo que valora a los móviles por encima de los grandes medios de comunicación. Las diferencias más significativas entre estos sectores de juventud las encontramos entre los 15-18 años, diferencias que tienden a disminuir en casi 10 puntos porcentuales en relación con la franja de 19-20 años, y 15 puntos con la población de 23-24 años (Tabla 3.4).

En función de la edad y estudios se aprecia una elevada valoración del móvil en la población de ESO (27%), sólo cinco puntos por debajo de los jóvenes que no estudian (30%), y una diferencia creciente según se van pasado a ciclos de formación superior, llegando la diferencia a alcanzar 16 puntos en relación con los estudiantes que cursan estudios medios superiores (20%). Aparece pues una relación inversa entre niveles de capital cultural y valoración del móvil (Tabla 3.5).

En lo que respecta a la situación laboral, los jóvenes que no trabajan valoran en primer lugar Internet (53%) seguido por los centros educativos (46%), mientras que quienes ostentan trabajos esporádicos se decanta más por los medios alternativos que los que trabajan (15% por 9%) y quienes están en paro valoran más los centros sociales que ninguno que los otros grupos (Tabla 3.5). Como se afirma en el estudio, “estos últimos (los parados) puntúan por debajo de la media general a los teléfonos móviles y las ONGs” (Megías, 2005: 78).

Por lo tanto, son los jóvenes más jóvenes los que mejor valoran Internet (y los móviles). Los jóvenes con niveles culturales inferiores y situaciones laborales más precarias son los que peor valoran Internet (que a su vez coincide con los que muestran tasas más bajas de conexión). El creciente rejuvenecimiento de la red corre parejo a diferencias de género (más poblado y mejor valorado por los jóvenes que por las jóvenes) y una mayor presencia de las clases media-media y media-baja. Este hecho coincide también con la progresiva retirada de las clase alta de Internet y, quizá lo más preocupante, la escasa penetración de este medio entre las clases bajas o trabajadores no cualificados (y sus hijos).

En el caso concreto de España, estos fenómenos correlacionan con la inversión de la pirámide poblacional, la recuperación económica, las crecientes tasas de inmigración y, como ya hemos apuntado, la dificultad de emancipación económica y social de un amplio sector de adolescentes y jóvenes.

Tabla 3.4. Valoración sobre los mejores canales de expresión y participación, según sexo y edad, respuesta múltiple (%)

TOTAL	SEXO		EDAD					
	Varón	Mujer	15 a 16	17 a 18	19 a 20	21 a 22	23 a 24	
Escuela/Instituto/Universidad	32,8	42,9	41,4	43,5	40,5	39,8	38,4	
Internet	54,1	49,6	54,5	51,2	50,9	51,5	51,9	
Grandes medios comunicación	30,9	27,4	28,3	30,1	26,7	26,5	33,3	
Medios alternativos	12,2	8,5	8,1	6,7	12,1	10,6	13,1	
Teléfonos móviles	27,4	28,7	34,3	35,9	25,9	24,6	20,5	
Centro social autogestionado	3,7	4,1	2,0	1,9	3,9	6,4	3,4	
Centros de juventud	14,1	16,8	8,1	10,5	16,4	16,7	16,5	
ONGs	5,0	4,8	4,5	4,8	5,6	4,2	5,7	
Otras	0,4	0,3	1,0	1,0	0,4	0,0	0,0	
NS/NC	3,8	4,3	4,0	2,4	3,0	4,9	4,4	
N	1.200	615	198	209	232	264	297	

Tabla 3.5. Valoración sobre los mejores canales de expresión y participación, según situación laboral y estudios, respuesta múltiple (%)

TOTAL	SITUACIÓN LABORAL			QUE ESTUDIA					
	Trabajo	En paro	Trabajo esporádico	No trabajo	ESO	Bachillerato	Módulos FP	Medios Superiores	No estudios
Escuela/Instituto/Universidad	40,5	35,1	25,4	39,2	42,3	45,6	44,1	52,0	29,9
Internet	51,9	51,9	47,6	49,2	55,5	56,5	48,3	53,7	49,6
Grandes medios comunicación	29,2	31,8	31,7	27,7	27,0	28,6	35,0	21,3	33,1
Medios alternativos	10,4	10,5	11,1	15,4	8,0	6,8	11,2	14,0	9,7
Teléfonos móviles	27,4	29,1	15,9	22,3	36,5	26,5	25,9	20,3	30,1
Centro social autogestionado	3,7	2,0	9,5	6,9	1,5	4,8	2,8	7,0	2,1
Centros de juventud	14,1	15,3	12,7	15,4	4,4	15,0	11,9	20,0	13,6
ONGs	5,0	4,3	1,6	4,6	4,4	3,4	7,0	7,0	3,8
Otras	0,4	0,0	0,0	0,0	1,5	1,4	0,0	0,3	0,0
NS/NC	3,8	4,5	12,7	5,4	2,9	3,4	3,5	0,7	6,4
N	1.200	399	63	130	137	147	143	300	473

4. USO Y VALORACIÓN DE LA RED: EJEMPLO A PARTIR DE UNA MUESTRA DE JÓVENES UNIVERSITARIOS

En este apartado veremos la influencia que Internet y el uso de sus distintas aplicaciones (correo electrónico, páginas *web*, *chats*, mensajería instantánea, Messenger) está teniendo en las clases medias y clases bajas con movilidad ascendente¹³. Para ello recurriremos a un análisis descriptivo de una selección de preguntas de un cuestionario originalmente diseñado en otro contexto de investigación¹⁴ y administrado a una muestra de estudiantes universitarios de la Universidad Complutense de Madrid de la Facultades de Ciencias Políticas y Sociología y Psicología¹⁵.

Llegado este momento, el lector podría preguntarse por la necesidad de generar más datos entre tanto informe de la sociedad de la información: ¿por qué no limitarse a “explotar” datos secundarios actualizados? Pues bien, la importancia del Messenger durante los últimos cinco años, especialmente entre jóvenes y adolescentes, no queda debidamente reflejada en los cuestionarios y estudios oficiales sobre la juventud y las TIC. En buena parte de los informes de juventud consultados, la interpretación, la frecuencia y la valoración de las herramientas conversacionales no aparecen desglosadas. En algunos casos, y a pesar de ser una de las herramientas estrellas en la red durante los últimos cinco años, las preguntas destinadas al estudio de programas de mensajería instantánea se omiten o aparecen sin desglosar.

Este es el caso del cuestionario realizado para el *Informe 2004. Juventud en España*. En el apartado “Inmersión en Internet”, agrupa en un mismo ítem herramientas conversacionales de muy distinta índole, como muestra la formulación del ítem (P87E4) “Charlas interactivas, chats, IRC, etc.” La tipología es incluso más exigua en el estudio de Lorente, Bernete y Becerril (2004: 327). En el cuestionario diseñado por estos investigadores la pregunta 37 incluye únicamente tres ítems: los *chats*, el correo electrónico y el acceso a páginas *web*. Lo anterior evidencia el desfase ya histórico entre las miradas oficiales y expertas en torno a temáticas de los jóvenes.

13. Aunque todavía con escasa incidencia en nuestro país, otros fenómenos a explorar en un futuro muy cercano son *blogs* y los *foto blogs* (al igual que la páginas *wi-ki*) o incluso, la emergente aparición de una nueva plataforma de redes: la web 2.0. Queremos agradecer a Rubén Blanco, investigador especializado en el estudio sociológico de los espacios digitales y, en particular, de los *blogs*, haber compartido sus análisis en el foro de Cibersomosaguas (Grupo de Investigación sobre la Cibercultura y los Movimientos Sociales) en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, UCM, febrero de 2006.

14. Este cuestionario fue desarrollado en el proyecto de investigación I+D *La psicologización del yo en la sociedad de los individuos* (Ref.: SEC2002-01427), dirigida por Fernando Álvarez-Uría (2002-2005).

15. A la hora de tratar los datos es importante señalar que el cuestionario se administró en proporción desigual en las licenciaturas de Psicología (n= 412) y Sociología (n= 198) como requerían los objetivos de la investigación para la que fue diseñado el cuestionario, hecho que no afecta a la presente investigación. Conviene igualmente señalar la desigualdad de género que presenta la distribución de la muestra, sobrerrepresentada por las mujeres. Este hecho obedece a la mayor presencia de mujeres en la educación superior, más aún en las Ciencias Sociales y de la Salud (como Psicología). También responde al mayor nivel de absentismo entre los hombres. La muestra fue ponderada a partir de la variable sexo.

Nuestro objetivo es proporcionar pues una mirada humilde y descriptiva, pero desglosada, para las principales herramientas conversacionales (correo electrónico, Messenger y chats) en función de distintas variables de clasificación, en su mayoría variables sociológicas clásicas o estructurales. Para ello tenemos que recurrir al cuestionario ya referido, y a la muestra de estudiantes universitarios a los que se les administró.

Antes de pasar a describir el tipo y frecuencia de uso y valoración de las principales herramientas conversacionales, conviene señalar las características sociodemográficas básicas de la muestra, tras su previa ponderación por la variable sexo (peso) (n= 610, 305 hombres y 305 mujeres).

La moda para la variable edad se sitúa en el intervalo 20-24 años (62%), seguido por el intervalo 17-19 años con un 23% (gráfico 3.14).

La muestra incluye un 57% de estudiantes universitarios de clase media, un 34% de clase baja y un 9% de clase alta (gráfico 3.13). El cruce de las variables percepción subjetiva de clase social e ingresos familiares indica una fuerte presencia de clases medias-bajas y medias con deseo de movilidad social ascendente.

Gráfico 3.13. Clase social

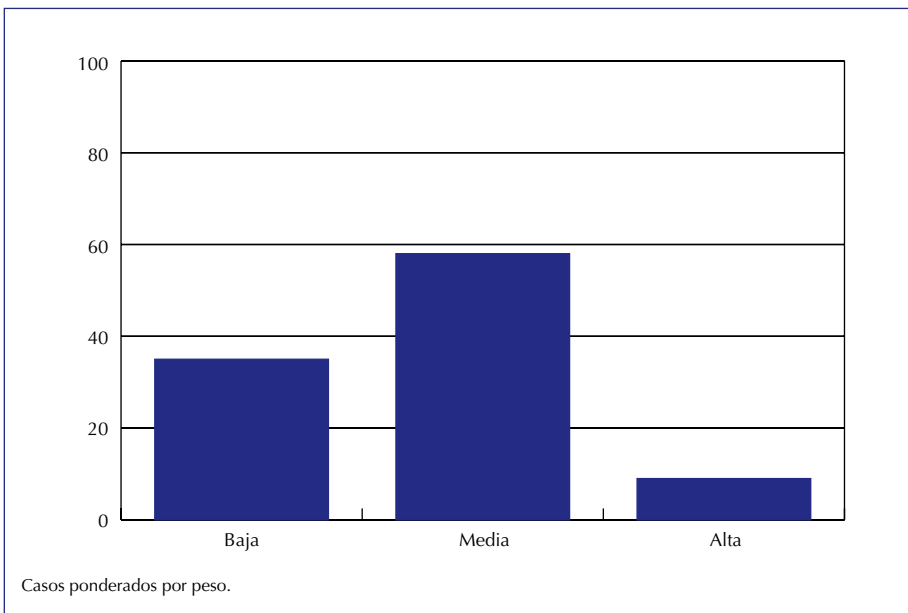


Gráfico 3.14. Edad

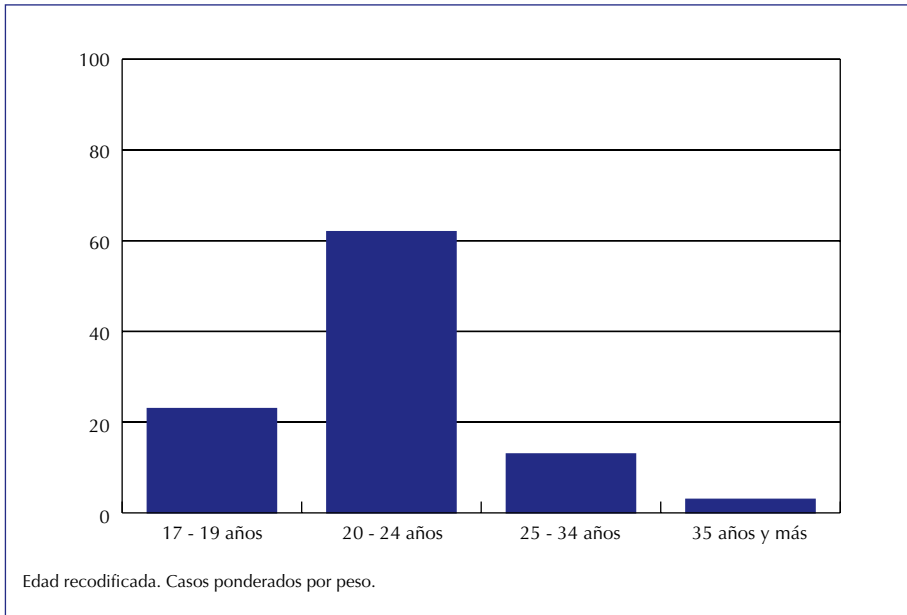


Gráfico 3.15. Porcentajes de usuarios de Internet

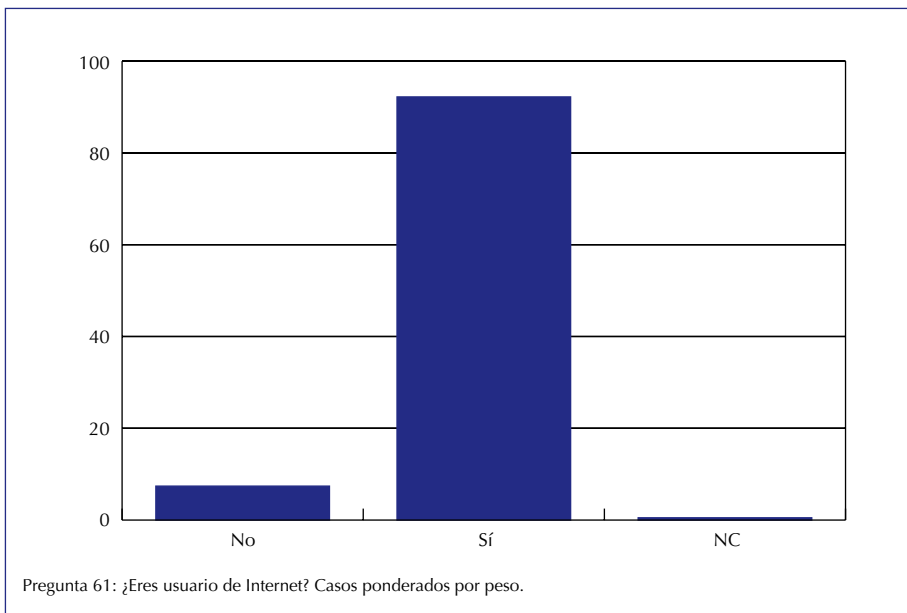


Gráfico 3.16. Uso de Internet según sexo

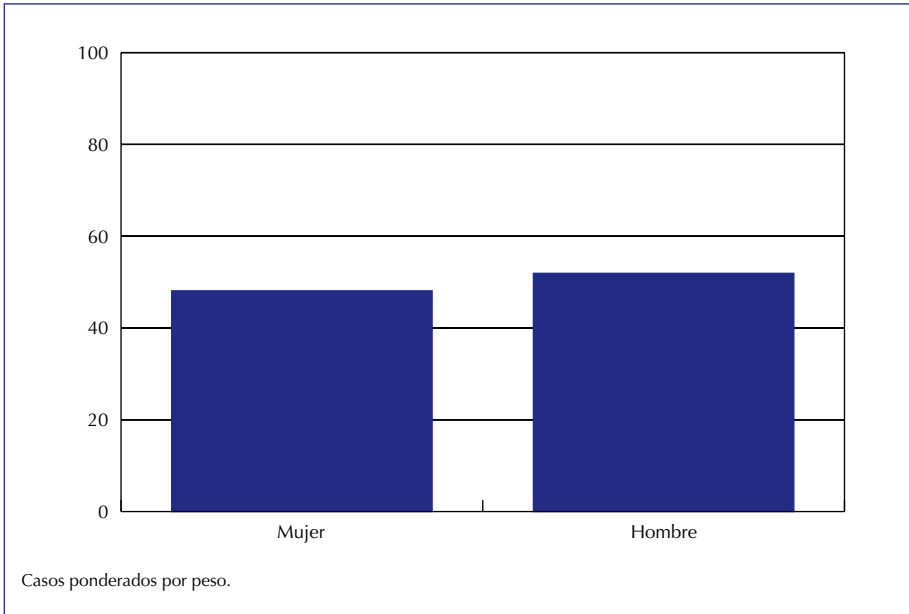


Gráfico 3.17. Uso de Internet según edad

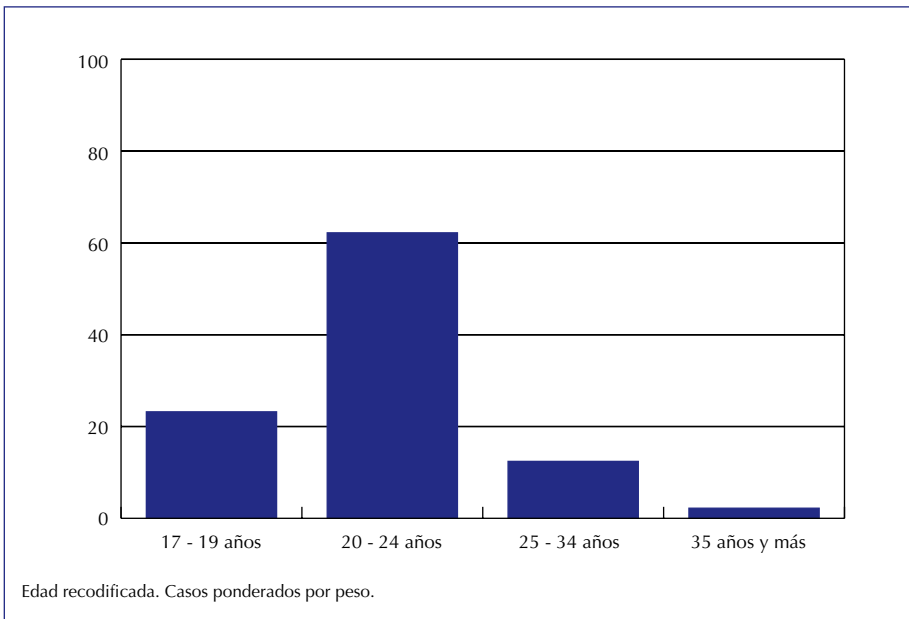
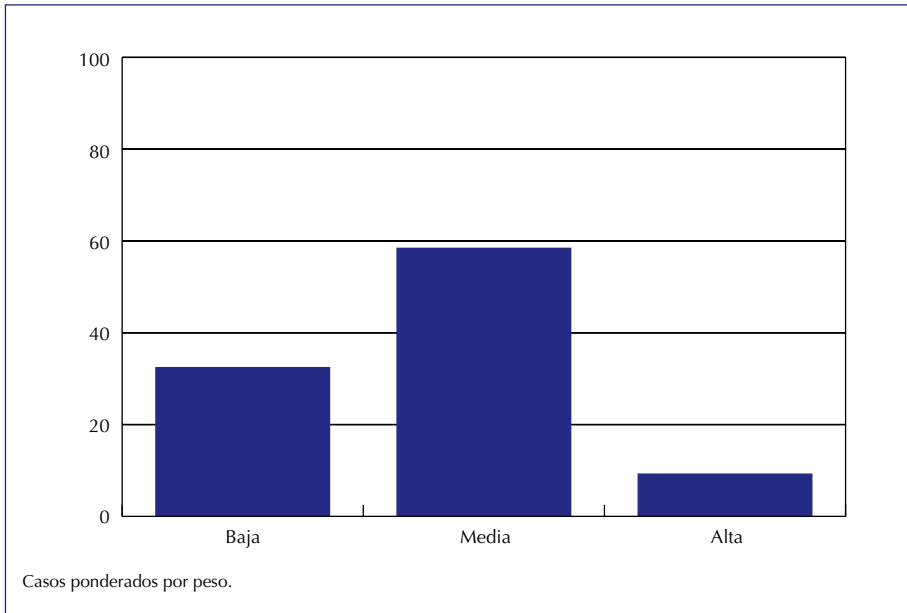


Gráfico 3.18. Uso de Internet según clase social



4.1. Frecuencia de uso de las herramientas conversacionales

En una primera toma de contacto destaca la alta difusión y uso de Internet (92%) entre esta muestra de universitarios, superando con creces los promedios de los informes oficiales presentado anteriormente. En el perfil de usuario apreciamos una mayor igualdad en lo relativo al sexo (48% mujeres y 52% hombres) que en la población general (45% mujeres y 55% hombres en España). Predominan los usuarios de clase media (58%), seguidos por los de clase baja (32%) y alta (9%). En lo relativo a la edad, la franja de 20-24 años (62%) y 17-19 años (23%) supera la media de uso poblacional para estos intervalos de edad.

Tras una primera caracterización sociodemográfica de la muestra, pasamos a ver las frecuencias de uso de la red (www, transferencia de archivos, etc.) y las herramientas conversacionales más extendidas entre los usuarios españoles (correo electrónico, *chats* y Messenger), en función de las variables estructurales previamente identificadas.

Las aplicaciones más utilizadas a diario por los estudiantes son la *web* (34,1%), el correo electrónico (29,2%) y el Messenger (24,2%). Este orden se altera ligeramente según la frecuencia de uso semanal: el correo electrónico (54,3%), la *web* (48,2%) y el Messenger (32,6%) (Tabla 3.6).

Tabla 3.6. Frecuencia de uso de aplicaciones Internet (%)

	FRECUENCIA DE USO	%
WWW	Varias veces al día	34,1
	Varias veces a la semana	48,2
	Un par de veces al mes	10,5
	Nunca o casi nunca	6,1
	NS/NC	1,0
Correo electrónico (e-mail)	Varias veces al día	29,2
	Varias veces a la semana	54,3
	Un par de veces al mes	12,3
	Nunca o casi nunca	3,8
	NS/NC	0,3
Chats, IRC	Varias veces al día	3,1
	Varias veces a la semana	9,3
	Un par de veces al mes	15,3
	Nunca o casi nunca	71,0
	NS/NC	1,3
Mensajería instantánea	Varias veces al día	24,2
	Varias veces a la semana	32,6
	Un par de veces al mes	14,6
	Nunca o casi nunca	26,9
	NS/NC	1,6
Transferencia de ficheros (FTP)	Varias veces al día	6,7
	Varias veces a la semana	28,1
	Un par de veces al mes	24,2
	Nunca o casi nunca	39,3
	NS/NC	1,7
Foros de discusión	Varias veces al día	3,8
	Varias veces a la semana	6,0
	Un par de veces al mes	13,5
	Nunca o casi nunca	74,1
	NS/NC	2,6
Intercambio de archivos	Varias veces al día	15,2
	Varias veces a la semana	25,9
	Un par de veces al mes	27,9
	Nunca o casi nunca	29,5
	NS/NC	1,5
Telefonía IP	Varias veces al día	2,8
	Varias veces a la semana	7,2
	Un par de veces al mes	6,2
	Nunca o casi nunca	80,7
	NS/NC	3,2
Bitácoras, Weblogs	Varias veces al día	1,5
	Varias veces a la semana	3,8
	Un par de veces al mes	7,4
	Nunca o casi nunca	87,3
	NS/NC	1,8

Navegar a través de la *web* se consolida como una actividad casi siempre realizada cada vez que los usuarios se conectan. En segundo lugar, se ubican los aspectos más relacionados con la personalización, como son el correo electrónico y la mensajería instantánea.

Destaca el escaso uso de las aplicaciones más comunitarias como los *chats* (3,1 y 9,3%) y los foros (3,8 y 6,0%). Estas herramientas conversacionales más colectivas y anónimas, en un breve período de tiempo, han sido desplazadas (o incorporadas, como veremos más tarde) por la mensajería instantánea (Messenger). El uso del Messenger entre los universitarios entrevistados ocupa el tercer lugar, presentando, aún así, un nivel de difusión inferior al del resto de la población (que supone más de una tercera parte del uso total).

Esta tendencia hacia la personalización presenta unos patrones parecidos al conjunto de internautas españoles (véase gráfico 3.11). Según AIMC (abril-mayo 2005), el aspecto comunitarista de los grupos de los foros, e incluso de los *chats*, descienden a casi la mitad de los índices que ocupaban hace cuatro años. Vemos por lo tanto cómo Internet se convierte en un dispositivo de individuación, tanto para la población general como para la muestra universitaria entrevistada¹⁶.

4.2. Frecuencias de uso de las herramientas conversacionales según variables sociodemográficas

Las siguientes tablas (3.7 a 3.12) indican que el grupo que más utilizan el *chat* son los universitarios de 17 a 19 años, seguidos por el grupo de 20 a 34 años. En el caso del uso de la navegación en la red, se aprecia una distribución de uso más común entre los distintos grupos de edad. Finalmente, el grupo de 17-19 años encabeza los porcentajes de uso, aunque se aprecia cómo desaparece el interés por los mismos en edades superiores.

Destaca el mayor uso que realiza el grupo de 25 a 34 años (con asociaciones significativas en las tres aplicaciones conversacionales) y la mayor igualdad de uso entre las distintas clases sociales que en la población general de internautas. Aunque estos resultados deben ser interpretados con cautela, no obstante invitan a reflexionar sobre el papel fundamental que juega la educación a la hora de aminorar el efecto de las diferencias, por ejemplo, de clase y género, en el acceso y tipo de uso de las aplicaciones conversacionales. Las variaciones que presenta esta muestra universitaria respecto a la población general pueden también ser debidas a una aceleración de los procesos de individuación y uso personalizado en las clases bajas y medias-bajas, lo que a su vez correlaciona con la progresiva retirada de las clases altas de la red y la creciente presencia de las clases medias, como apuntan las tendencias sociodemográficas de desarrollo de la sociedad de la información (consideradas previamente).

16. Atendiendo a esta tendencia de personalización e individuación de la red, llama la atención la reducida permeabilidad de las *weblogs* entre los internautas españoles. Este fenómeno está mucho más difundido entre otros países que lideran los índices de desarrollo de la sociedad de la información. Todo ello permite pensar que el nivel de personalización/individuación de la red se pueda empezar a considerar como un indicador de los niveles de desarrollo de la sociedad de la información en los distintos países y regiones. Una tendencia que hemos igualmente confirmado en el trabajo cualitativo de esta investigación, así como en otras investigaciones paralelas.

Aun así, una mirada más detallada indica mayor uso del correo electrónico y del Messenger por parte de las clases altas y, aunque en porcentajes muy bajos, un mayor uso de los *chats* por parte de la clase baja.

Tabla 3.7. Frecuencia de uso del correo electrónico según clase social y edad

EDAD RECODIFICADA	FRECUENCIA DE USO CORREO ELÉCTRONICO	CLASE SOCIAL TRABAJO PADRE			TOTAL
		BAJA	MEDIA	ALTA	
17 a 19 años	Varias veces al día	29,4	22,4	30,0	25,0
	Varias veces a la semana	47,1	44,7	50,0	45,8
	Un par de veces al mes	11,8	25,0	10,0	20,0
	Nunca o casi nunca	11,8	6,6		7,5
	NS/NC		1,3	10,0	1,7
	Total	100,0	100,0	100,0	100,0
20 a 24 años	Varias veces al día	26,7	28,1	41,7	29,2
	Varias veces a la semana	55,4	60,3	44,4	57,1
	Un par de veces al mes	16,8	7,5	13,9	11,0
	Nunca o casi nunca	1,0	3,5		2,4
	NS/NC		0,5		0,3
	Total	100,0	100,0	100,0	100,0
25 a 34 años	Varias veces al día	44,8	32,4		37,5
	Varias veces a la semana	41,4	64,7	100,0	54,7
	Un par de veces al mes	13,8	2,9		7,8
	Total	100,0	100,0	100,0	100,0
Más de 35 años	Varias veces al día	50,0	14,3		30,8
	Varias veces a la semana		71,4		38,5
	Nunca o casi nunca	50,0	14,3		30,8
	Total	100,0	100,0		100,0

Intervalo Significativo: más de 35 años, Chi-Cuadrado: 6,96; NS: 0,03, CC: 0,59 y Gamma: 0; casos válidos categoría = 13; n muestral (peso) = 530

Tabla 3.8. Frecuencia de uso del correo electrónico según clase social y sexo ¹⁷

SEXO	FRECUENCIA DE USO CORREO ELECTRÓNICO	CLASE SOCIAL TRABAJO PADRE			TOTAL
		BAJA	MEDIA	ALTA	
Mujer	Varias veces al día	23,4	26,8	26,7	25,8
	Varias veces a la semana	54,5	60,4	56,7	58,2
	Un par de veces al mes	19,5	8,7	13,3	12,5
	Nunca o casi nunca	2,6	3,4		2,7
	NS/NC		0,7	3,3	0,8
	Total	100,0	100,0	100,0	100,0
Hombre	Varias veces al día	37,4	26,8	55,6	32,2
	Varias veces a la semana	46,2	55,5	27,8	50,5
	Un par de veces al mes	11,0	12,8	16,7	12,5
	Nunca o casi nunca	5,5	4,9		4,8
	Total	100,0	100,0	100,0	100,0

n muestral (peso) = 530

17. En los casos que los cruces no arrojen asociaciones significativas, nos limitamos a reproducir las tablas de frecuencias.

Tabla 3.9. Frecuencia de uso de los *chats*/IRC según clase social y edad

EDAD RECODIFICADA	FRECUENCIA DE USO CHATS/IRC	CLASE SOCIAL TRABAJO PADRE			TOTAL
		BAJA	MEDIA	ALTA	
17 a 19 años	Varias veces al día	8,8	2,6		4,1
	Varias veces a la semana	11,8	7,8	10,0	9,1
	Un par de veces al mes	23,5	13,0	10,0	15,7
	Nunca o casi nunca	52,9	75,3	70,0	68,6
	NS/NC	2,9	1,3	10,0	2,5
	Total	100,0	100,0	100,0	100,0
20 a 24 años	Varias veces al día	1,0	4,0	2,7	3,0
	Varias veces a la semana	11,8	11,1	2,7	10,4
	Un par de veces al mes	21,6	12,6	16,2	15,7
	Nunca o casi nunca	64,7	71,7	78,4	70,3
	NS/NC	1,0	0,5		0,6
	Total	100,0	100,0	100,0	100,0
25 a 34 años	Varias veces al día		8,6		4,5
	Varias veces a la semana	10,3	2,9		6,1
	Un par de veces al mes	3,4	17,1		10,6
	Nunca o casi nunca	82,8	68,6	50,0	74,2
	NS/NC	3,4	2,9	50,0	4,5
	Total	100,0	100,0	100,0	100,0
Más de 35 años	Varias veces al día		50,0		27,3
	Varias veces a la semana	100,0	33,3		63,6
	NS/NC		16,7		9,1
	Total	100,0	100,0		100,0

Intervalo Significativo: 25 a 34 años, Chi-Cuadrado: 17,25; NS: 0,028, CC: 0,45, Gamma: -1,40, Número de casos válidos: 66. n muestral (peso) = 530

Tabla 3.10. Frecuencia de uso de *chats*/IRC según clase social y sexo

SEXO	FRECUENCIA DE USO CHATS/IRC	CLASE SOCIAL TRABAJO PADRE			TOTAL
		BAJA	MEDIA	ALTA	
Mujer	Varias veces al día	1,3	3,4	3,4	2,7
	Varias veces a la semana	7,8	6,7	6,9	7,1
	Un par de veces al mes	18,2	13,4	13,8	14,9
	Nunca o casi nunca	70,1	74,5	72,4	72,9
	NS/NC	2,6	2,0	3,4	2,4
	Total	100,0	100,0	100,0	100,0
Hombre	Varias veces al día	3,3	4,9		4,0
	Varias veces a la semana	14,1	11,0		11,3
	Un par de veces al mes	17,4	14,0	15,8	15,3
	Nunca o casi nunca	65,2	70,1	84,2	69,5
	Total	100,0	100,0	100,0	100,0

n muestral (peso) = 530

Tabla 3.11. Frecuencia de uso de mensajería instantánea según clase social y edad

EDAD RECODIFICADA	FRECUENCIA DE USO MENSajería INSTANTÁNEA	CLASE SOCIAL TRABAJO PADRE			TOTAL
		BAJA	MEDIA	ALTA	
17 a 19 años	Varias veces al día	27,3	35,1	40,0	33,3
	Varias veces a la semana	27,3	32,5	50,0	32,5
	Un par de veces al mes	24,2	11,7		14,2
	Nunca o casi nunca	18,2	19,5	10,0	18,3
	NS/NC	3,0	1,3		1,7
	Total	100,0	100,0	100,0	100,0
20 a 24 años	Varias veces al día	22,0	19,6	24,3	20,8
	Varias veces a la semana	39,0	35,7	40,5	37,2
	Un par de veces al mes	13,0	16,1	18,9	15,5
	Nunca o casi nunca	25,0	27,6	16,2	25,6
	NS/NC	1,0	1,0		0,9
	Total	100,0	100,0	100,0	100,0
25 a 34 años	Varias veces al día	24,1	18,2		20,8
	Varias veces a la semana	13,8	21,2		17,5
	Un par de veces al mes	3,4	18,2		11,1
	Nunca o casi nunca	55,2	42,4		47,6
	NS/NC	3,4		100,0	3,2
	Total	100,0	100,0	100,0	100,0
Más de 35 años	Varias veces al día	50,0	50,0		50,0
	Varias veces a la semana	50,0	33,3		41,7
	NS/NC		16,7		8,3
	Total	100,0	100,0		100,0

Intervalo Significativo: 25 a 34 años, Chi-Cuadrado: 35,80; NS: 0,00, CC: 0,62, Gamma: -0,42, Número de casos válidos: 63. n muestral (peso) = 530

Tabla 3.12. Frecuencia de uso de mensajería instantánea según clase social y sexo

SEXO	FRECUENCIA DE USO MENSajería INSTANTÁNEA	CLASE SOCIAL TRABAJO PADRE			TOTAL
		BAJA	MEDIA	ALTA	
Mujer	Varias veces al día	15,4	23,3	27,6	21,4
	Varias veces a la semana	35,9	36,7	41,4	37,0
	Un par de veces al mes	12,8	12,7	13,8	12,8
	Nunca o casi nunca	30,8	24,7	13,8	25,3
	NS/NC	5,1	2,7	3,4	3,5
	Total	100,0	100,0	100,0	100,0
Hombre	Varias veces al día	31,9	23,6	16,3	26,5
	Varias veces a la semana	25,3	28,5	42,1	28,4
	Un par de veces al mes	14,3	17,6	15,8	16,4
	Nunca o casi nunca	28,6	30,3	15,8	28,7
	Total	100,0	100,0	100,0	100,0

n muestral (peso) = 530

Estas tablas también indican un mayor uso diario del correo electrónico por parte de la clase alta, especialmente en el grupo de edad de 20 a 24 años con un 41,7%

frente al 26,7% y 28,1% de las clases bajas y medias. La frecuencia de uso del correo electrónico también muestra diferencias de género, con un mayor uso a diario de los hombres de clases baja (37,4%) y alta (55%) frente al 23,4% y el 26,7% de las mujeres de estas clases respectivamente.

Las diferencias de uso existente entre la clase alta y baja queda patente en la frecuencia y hábito de uso de los *chats*/IRC, en especial en el grupo de más jóvenes (de 17 a 19 años). Mientras que el uso de los *chats* en este grupo de edad es inexistente en la clase alta y alcanza una puntuación muy baja en la clase media (2,6%), la clase baja lo usa en un 9% a diario. Curiosamente, el uso de los *chats* se restringe a las clases medias en intervalos de edad superiores, con un 4,0% en el grupo de 20 a 24 años y un 8,6% en el grupo de 25 a 34 años.

Las pautas de clase detectadas en el uso de los *chats*/IRC aparecen invertidas para el grupo de 17 a 19 años en lo que respecta al uso de la mensajería instantánea. Estas diferencias quedan más reducidas, aunque ligeramente, a favor de las clases altas en el grupo de edad de 20 a 24 años. Los jóvenes de clase alta no utilizan el Messenger. Para el grupo de 25 a 34 años la tabla de contingencia presenta una asociación significativa con valor negativo ($\text{Gamma} = -0,42$). Los hombres universitarios de clase baja utilizan el Messenger en un porcentaje que dobla a las mujeres de esta misma clase. Esta diferencia es inexistente en las clases media y alta.

4.3. Experiencia y valoración de las herramientas conversacionales

El correo electrónico obtiene un reconocimiento unánime por parte de los distintos grupos clasificatorios, que inciden en la necesidad de su control para evitar mensajes basura, en la necesidad de promover su desarrollo y, en tercer lugar, en un reconocimiento moderado de su influencia. A mayor edad, mayor influencia del correo electrónico, que suele estar más desprestigiado entre los más jóvenes por su falta de interactividad y tiempos asincrónicos. Las clases baja y media reconocen más su influencia que las altas. Sin embargo, son las clases altas, los hombres y el grupo de 20-24 años, quienes piensan que debería promoverse su desarrollo, quizá por considerarlo deficitario tal y como está en el momento actual. Y son también los hombres, las clases altas y el grupo de 25-34 quienes piensan en mayor porcentaje que debería estar más controlado para evitar correo basura (*spam*) (Tabla 3.13).

La falta de opinión acerca de los *chats* es la principal valoración de este tipo de espacios comunicacionales. Esta indiferencia o desconocimiento presenta mayores porcentajes en mujeres (51,3%) que en hombres (32,7%), y en la clase baja (52%) frente a las clases medias (35,9%) y altas (40%), siendo el grupo de 20 a 24 años y de más de 35 años los que menos falta de opinión tienen al respecto. Esta indiferencia encuentra complemento en la segunda valoración más frecuente: “nos aborrega a todos, deberíamos dejar de utilizarlo”. En esta valoración negativa los hombres doblan a las mujeres (un 21,8% frente al 9,9% de ellas), y las clases medias manifiestan una mayor frecuencia que el resto de clases en la crítica de

esta modalidad de comunicación sincrónica y colectiva. Curiosamente, son las clases altas, los estudiantes universitarios mayores de 35 años y los más jóvenes (17 a 19 años) los que valoran más positivamente los *chats*, aunque con una intensidad moderada (Tabla 3.14).

El Messenger, con diferencia, aparece como el programa conversacional mejor valorado. Presenta perfiles parecidos, aunque más elevados, que el correo electrónico en lo referente a su utilidad, y se aleja de la necesidad de control que predomina en la valoración de los *chats*. El Messenger ha influido más positivamente en las mujeres (2 puntos porcentuales por encima de los hombres) y en las clases bajas (3 puntos porcentuales por encima de la media). En lo relativo a la edad, son los grupos de 17-19 y 20-24 los que expresan una influencia más positiva del Messenger en sus relaciones personales. Curiosamente, es el grupo de 17-19 años el que apuesta más intensamente por la promoción del Messenger. Estas valoraciones deben entenderse, como decíamos anteriormente, en la gran rapidez y nivel de difusión de esta herramienta entre la población general, en especial los jóvenes, durante los últimos cuatro años (Tabla 3.15).

5. TECNOLOGÍAS DE INTEGRACIÓN TECNOSOCIAL: EL FENÓMENO MESSENGER¹⁸

A continuación analizaremos detenidamente el modo en que la mensajería instantánea ha aterrizado en el centro de nuestros hogares y centros educativos con una creciente presencia en el ocio, la sociabilidad y la gestión de la identidad social de los jóvenes (y en más del 60% del total de usuarios de Internet), y el modo en que esta presencia encuentra correspondencias con formas emergentes de trabajo y productividad.

5.1. Del *chat* a la cultura *messenger*

¿A qué obedece el éxito de los programas de mensajería instantánea? ¿En qué medida el interés que manifiestan ahora las multinacionales, los empresarios y las administraciones por la mensajería instantánea participa de estrategias capaces de reducir las diferencias existentes entre los usos conversacionales informales y el fomento de los usos comerciales y administrativos de Internet? El análisis de las principales herramientas comunicacionales, sus relaciones y usos entre los jóvenes puede arrojar cierta luz sobre estos interrogantes.

Los *chats*/IRC ofrecen la posibilidad de interactuar con otros usuarios conectados a salas virtuales, bien sea de manera abierta y visible (en el foro general) o bien a

18. Los argumentos en esta sección están basados en algunos de nuestros trabajos previos: Gordo López (2005; 2006) desarrollados como parte del proyecto de investigación I+D *La psicologización del yo en la sociedad de los individuos* ya citada, y dirigida por Fernando Álvarez-Uría (Ref.: SEC2002-01427).

Tabla 3.13. Valoración del correo electrónico según sexo, clase y edad, repuestas múltiples (%)

	SEXO		CLASE SOCIAL			EDAD				TOTAL
	Mujer	Hombre	Baja	Media	Alta	17-19	20-24	25-34	Más de 35	
Ha influido positivamente en mis relaciones personales	21,9	17,8	19,9	21,4	9,5	12,3	21,4	20,5	59,7	19,8
Me sirve para escapar de mis problemas	1,3	1,0	2,3	0,4	1,4	0,5	1,6			1,1
Dada su utilidad, habría que promover su desarrollo	21,2	25,7	19,1	25,7	26,4	12,4	28,3	24,5	6,5	23,6
Nos aborrega a todos, deberíamos dejar de utilizarlo	0,3	3,0		2,7	1,4	4,3	1,0			1,7
Me siento inquieto e irritable si paso unos días sin usarlo	1,3	1,0	0,7	1,3	1,4	2,7	0,8			1,1
Antes era un juego y ahora me sobrepasa. Me gustaría no usarlo	0,3			0,2			0,2			0,1
Debería estar más controlado para evitar mensajes basura	23,5	31,7	30,4	24,4	37,9	32,3	24,7	33,6	27,3	27,7
Permanezco conectado más tiempo del que me gustaría	0,3	1,0		1,1		0,5	0,8			0,6
No hacer nada, está bien como está	9,4	5,9	8,5	6,5	11,2	7,2	7,3	10,8		7,6
Se ha convertido en un medio básicamente publicitario	3,6	5,0	4,2	4,6	2,7	5,8	3,7	4,9		4,3
Me permite conocer a más gente, mejorar mi vida	0,3	1,0	1,9			2,1	0,2			0,6
Ha cambiado mi vida y forma de relacionarme	0,3	1,0	1,5		1,4		1,0			0,6
Deberían regularlo o controlarlo más	1,8		0,7	0,9	1,4	1,0	0,8	0,9		0,9
No sé, no tengo opinión al respecto	11,5	3,0	7,7	7,1	4,1	10,4	6,4	3,8	6,5	7,1
NS/NC	3,3	3,0	3,0	3,5	1,4	8,5	1,6	0,9		3,1

Tabla 3.14. Valoración de los chats/IRC según sexo, clase y edad, repuestas múltiples (%)

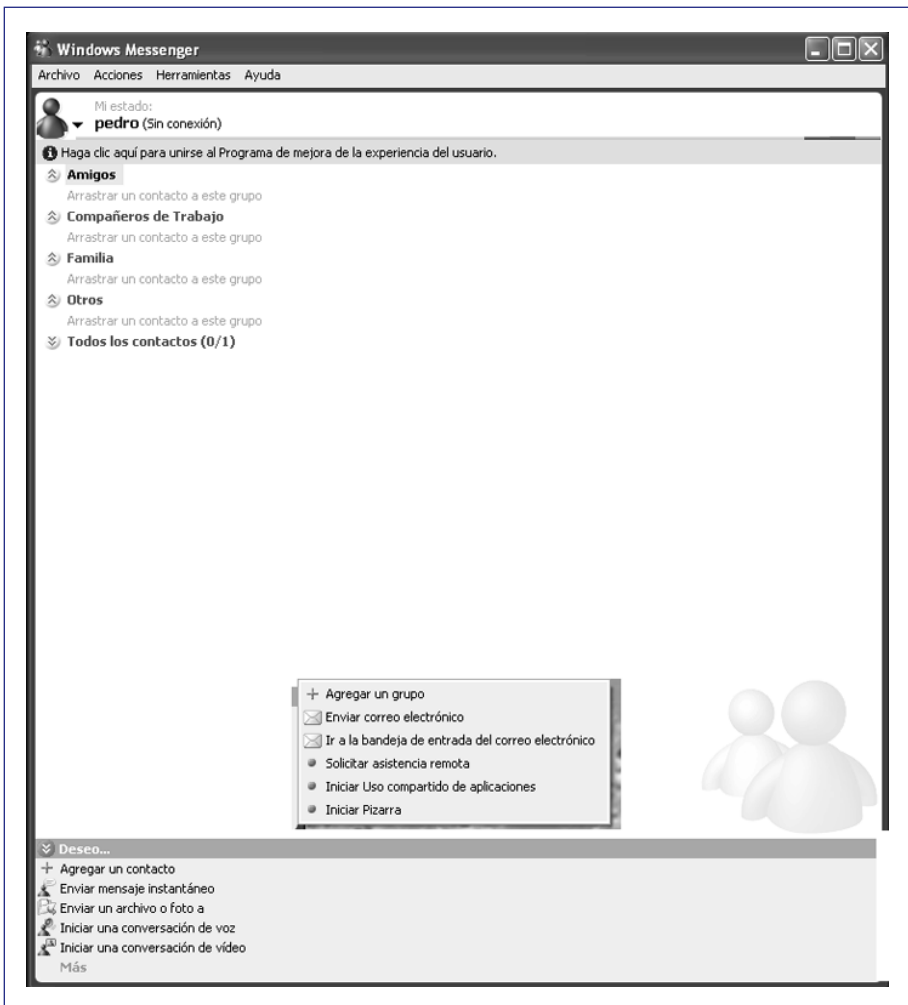
	SEXO		CLASE SOCIAL			EDAD				TOTAL
	Mujer	Hombre	Baja	Media	Alta	17-19	20-24	25-34	Más de 35	
Ha influido positivamente en mis relaciones personales	3,1	3,0	0,7	4,0	5,4	4,7	2,9		6,5	3,0
Me sirve para escapar de mis problemas	1,3	5,0	4,2	2,9	1,4	0,5	4,2	4,0		3,2
Dada su utilidad, habría que promover su desarrollo	0,5	2,0	0,4	2,0			1,0	4,9		1,3
Nos aborrega a todos, deberíamos dejar de utilizarlo	9,9	21,8	13,7	17,9	12,8	20,7	14,5	13,7	27,3	16,1
Antes era un juego y ahora me sobrepasa. Me gustaría no usarlo	0,5			0,4		0,5	0,2			0,2
Debería estar más controlado para evitar mensajes basura	1,0			0,9		0,5	0,4		6,5	0,5
Permanezco conectado más tiempo del que me gustaría	0,5		0,4	0,2			0,4			0,2
No hacer nada, está bien como está	5,6	6,9	2,9	7,1	14,2	2,0	9,1	1,9		6,3
Se ha convertido en un medio básicamente publicitario	0,8	1,0		1,5			1,4			0,9
Me permite conocer a más gente, mejorar mi vida	2,8	4,0	2,2	4,4	1,4	2,5	3,7	4,0		3,4
Ha cambiado mi vida y forma de relacionarme	0,8	2,0	0,7	2,0		1,5	1,7			1,4
Deberían regularlo o controlarlo más	14,0	9,9	10,1	11,8	19,3	11,3	13,5	5,9	6,5	11,9
No sé, no tengo opinión al respecto	51,3	32,7	52,0	35,9	40,0	42,6	39,5	55,0	6,5	41,6
NS/NC	7,9	11,9	12,9	9,0	5,4	13,1	7,5	10,6	46,8	10,0

Tabla 3.15. Valoración del Messenger según sexo, clase y edad, repuestas múltiples (%)

	SEXO		CLASE SOCIAL			EDAD			TOTAL
	Mujer	Hombre	Baja	Media	Alta	17-19	20-24	25-34	
Ha influido positivamente en mis relaciones personales	27,3	25,7	29,6	24,9	25,1	28,5	28,0	19,3	26,5
Me sirve para escapar de mis problemas	2,6	3,0	0,4	4,4	1,4	5,8	2,2		2,8
Dada su utilidad, habría que promover su desarrollo	8,4	14,9	15,9	9,7	9,8	15,2	12,0	4,0	13,0
Nos aborrega a todos, deberíamos dejar de utilizarlo	1,0	3,0	1,5	2,2	2,7	5,8	0,2	4,0	2,0
Me siento inquieto e irritable si paso unos días sin usarlo	1,5		0,7	0,6	1,4	1,0	0,8		0,7
Antes era un juego y ahora me sobrepasa. Me gustaría no usarlo	0,3	1,0		0,9	1,4		1,0		0,6
Debería estar más controlado para evitar mensajes basura	4,8	4,0	3,0	5,0	5,4	1,5	5,5	4,0	6,5
Permanezco conectado más tiempo del que me gustaría	3,6	2,0	1,5	2,8	7,1	4,2	2,6	0,9	2,7
No hacer nada, está bien como está	10,5	7,9	5,5	11,2	8,2	10,4	10,7	0,9	9,1
Se ha convertido en un medio básicamente publicitario	3,6		1,8	1,5	2,7	1,0	2,0	1,9	1,7
Me permite conocer a más gente, mejorar mi vida	1,0	3,0		2,7	5,7	1,0	2,1	4,0	2,0
Ha cambiado mi vida y forma de relacionarme	1,0	2,0	2,3	1,3			2,5		1,5
Deberían regularlo o controlarlo más	1,8		0,4	1,1	1,4	1,0	1,0		0,9
No sé, no tengo opinión al respecto	27,6	23,8	30,2	22,8	26,4	18,7	23,2	47,3	40,3
NS/NC	5,1	9,9	7,2	8,9	1,4	5,8	6,0	13,7	40,3

través de mensajes privados. A diferencia de los mensajes de correo electrónico, de los foros o las listas de distribución, las conversaciones en los chats no quedan registradas. La popularidad de los *chats* a lo largo de la década de los noventa es actualmente compartida con los programas de mensajería instantánea. Estos programas combinan las lógicas de los *chats* (que permiten la comunicación instantánea entre grupos de personas, de manera abierta y sin control previo) con las del correo electrónico (mensajes privados y no instantáneos). También permiten crear una lista de contactos (o agregados), saber si están conectados además de poder entablar conversaciones simultáneas, enviar mensajes instantáneos, intercambiar archivos de texto o imágenes, ir a un *chat*, compartir aplicaciones, iniciar una conversación de vídeo u otras opciones como aparece en el cuadro de diálogo “deseo...” en la parte inferior izquierda de la siguiente imagen (figura 3.1).

Figura 3.1. Acciones posibles en el Windows Messenger, versión 4.7



Si en las primeras aplicaciones de mensajería instantánea desarrolladas a mediados de los noventa, como el ICQ¹⁹, los contactos se extraían del ciberespacio, en los programas actuales, como el Messenger de Microsoft, los contactos se extraen del mundo real. Las primeras versiones del ICQ permitían saber qué usuarios estaban conectados a Internet, mientras que el Messenger sólo aporta información sobre la conexión de nuestra lista personal de agregados. En este sentido, autores como Kiektik (2005) afirman que se ha pasado del “te busco” de los primeros programas, al “estoy aquí” que define gran parte de la lógica de la mensajería instantánea actual. Asimismo, si en el ICQ la identidad del usuario está asociada a un código numérico, la identidad del usuario en el Messenger está asociada a su dirección de correo electrónico. A este respecto, Jiménez y Vela (2005:13) señalan que cuando damos nuestra dirección de Messenger, “también abrimos las puertas de nuestra esfera privada, integrando al otro en nuestra red social electrónica, al tiempo que nosotros nos incorporamos a la suya.”

La mensajería instantánea de Microsoft ha integrado en un único programa de fácil manejo otras herramientas (el correo electrónico, los *chats* y los *blogs*) y servicios disponibles en Internet (intercambio de ficheros, conexiones de voz y vídeo, navegación, compartir archivos, envío de SMS, telefonía por Internet) (Jiménez y Vela, 2005). También ha hecho posible que las comunicaciones con personas desconocidas, como las que proporcionan los *chats*, queden relegadas a un segundo plano. Como apuntábamos antes, en los *chats* la mayoría de los encuentros son efímeros y anónimos, sin que el apodo (o *nick*) de los participantes aporte necesariamente ningún rasgo de identidad o forma de entablar nuevas conversaciones en un futuro, a diferencia de lo que ocurre en el Messenger donde el apodo queda asociado a una dirección de correo electrónico.

Así pues, las relaciones que se establecen actualmente entre los *chats* y la mensajería instantánea, como las dos herramientas conversacionales más utilizadas, quedan fijadas de la siguiente forma:

- Los *chats* representarían la idea de “espacios virtuales públicos” (como una discoteca o sociedad anónima) mientras que la mensajería individualizaría las comunicaciones establecidas (fiesta privada o sociedad limitada).
- En las salas de *chat* se conoce gente cuya relación es posteriormente reforzada o desarrollada a través de la mensajería instantánea. Cuando el grado de intimidad de un *chat* es suficiente, es posible pasar al segundo nivel de confianza que proporcionaría el Messenger (Gordo López, 2006).

Por tanto, los programas de mensajería instantánea refuerzan la percepción individualizada de las comunicaciones mediadas por ordenador a través de la integración de otras herramientas de comunicación e incluso de otras modalidades de mensajería instantánea. Este proceso promueve a su vez el establecimiento de relaciones jerárquicas con otras herramientas, desplazándola en algunos casos

19. El acrónimo ICQ proviene de la transcripción fonética de la expresión “I seek you” (te busco).

(como los *chats*), a una posición subalterna o de preámbulo para interacciones con “amigos”, “compañeros de trabajo”, “familia”, “otros contactos” o “todos los contactos” como apreciamos en la figura 3.1.

El trabajo de asimilación, integración e individualización que acompaña el uso multitudinario de estos programas (usados por el 70% de los internautas en el Estado Español), proporciona a su vez un medio con enormes posibilidades para la administración y el gobierno digital. A continuación veremos cómo la propia configuración técnica del Messenger de Windows lleva inscritas estas tendencias.

5.2. La configuración técnica y social del Messenger

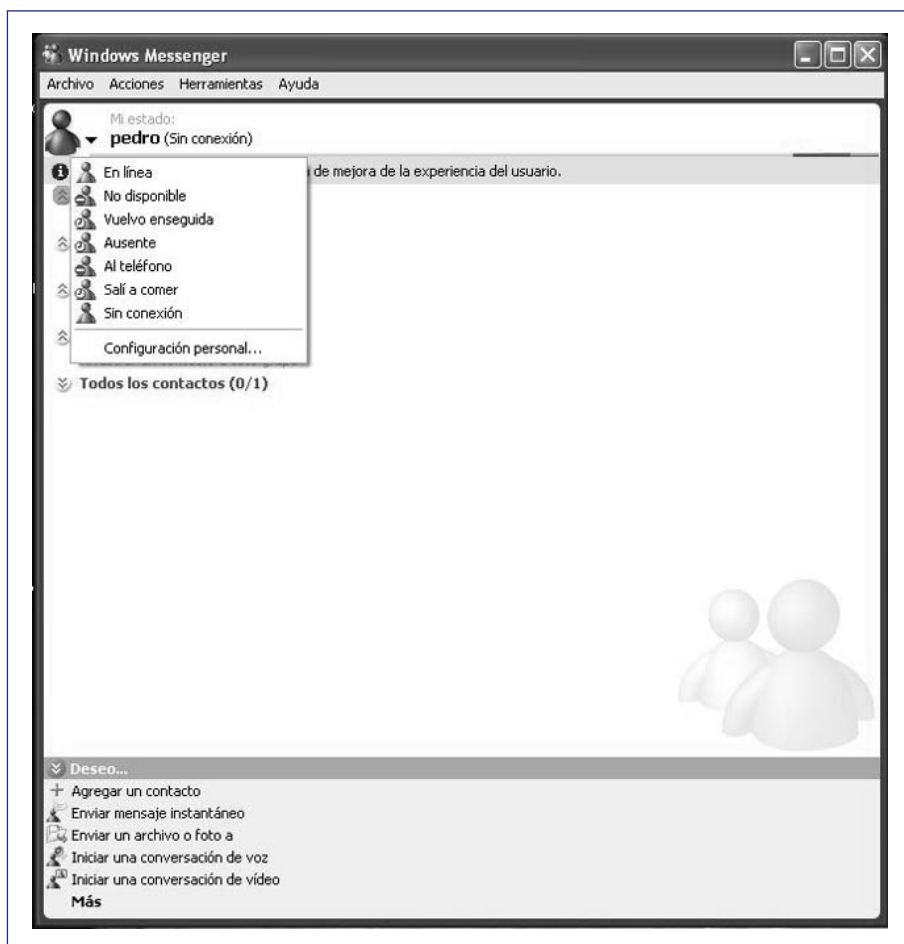
La configuración del programa permite al usuario optar por distintos grados de disponibilidad como se aprecia en la imagen (figura 3.2). El Messenger proporciona toda una gama de recursos para gestionar una presencia e interacción más propia de otros ámbitos sociales. Por ejemplo, el rechazo a mantener una conversación privada en un *chat* a través del silencio o el bloqueo del usuario puede traducirse, en el contexto del Messenger, en formas más correctas o socialmente aceptadas como apreciamos en los siguientes iconos y “etiquetas” de accesibilidad (figura 3.2). Estas características aparecen “aumentadas” en la versión 7.0 Beta del Messenger que permite acceder al programa en estado invisible o “sin conexión”.

La gestión de la accesibilidad y la presencia virtual que facilita el Messenger está inspirada en la posibilidad de mirar y no hablar, mantener conversaciones privadas o en la información que las salas *chat* proporcionan continuamente sobre las entradas y salidas del resto de usuarios.

El acceso a los *chats* depende del número máximo de usuarios aceptados en cada sala, de las decisiones de sus administradores humanos o electrónicos o del grado de saturación de los servidores o portales que los alojan. Con el Messenger estas “mediaciones” son evitadas facilitándose una conexión individual, voluntaria y más directa (y ahora invisible con la versión 7). El acceso directo, no obstante, está acompañado por una constante toma de decisiones sobre el estado de disponibilidad del usuario que puede definir a partir del uso de etiquetas e iconos preestablecidos (“al teléfono”, “vuelvo enseguida” “no disponible”, etc.). Como recuerda Domínguez (2005: 5), el usuario “hace una puesta en escena en la que recurre siempre a las ‘fachadas’²⁰, al decoro, a la cortesía, etc., es decir, recurre a un manejo estratégico de impresiones”. Semejantes recursos perfilan una esfera de sociabilidad con mayor margen para gestionar el cómo, el cuándo y con quién hablar en redes de contactos predeterminados, siendo el propio usuario, a menudo, el único vínculo entre los agregados. Todo ello repercute en un mayor margen de individualidad y de referencialidad del yo, lo que a su vez aporta un mayor control de las incertidumbres y las emociones inesperadas que acompañan a menudo otras formas de interacción.

20. Domínguez alude aquí a la noción de “fachada” de Goffman (1987) entendida como dotación expresiva en la que está implicado el yo individual de la interacción social con el medio de interacción o “escenario”.

Figura 3.2. Opciones de conexión y disponibilidad del MSN Messenger, versión 4.7



La mensajería instantánea es hoy en día un activo importante para las campañas publicitarias personalizadas en la medida que aporta información sobre la disponibilidad del usuario, sus contactos y mundo relacional en la red (Kiektik, 2005). Esta posibilidad está igualmente recogida en la configuración del programa, como apreciamos en el siguiente cuadro de diálogo extraído de las opciones generales del programa. En la parte inferior de la figura 3.3 aparece el siguiente texto “Únase a nuestro Programa de mejora de la experiencia del usuario y contribuya a mejorar la calidad, seguridad y rendimiento del software y los servicios de Microsoft”. Este reclamo construye y presupone que “en calidad” de usuarios tenemos una cierta responsabilidad y compromiso con la mejora del programa (y, por desplazamiento metonímico, de nuestra empresa, de nuestra comunicación, etc.). Esta construcción discursiva antecede a la opción de “Permitir que Microsoft recopile información anónima sobre cómo utilizo su software y servicios”.

Figura 3.3. Sección Personal en Opciones, del MSN Messenger, versión 4.7



Las ocasiones que brinda la mensajería instantánea no se agotan en la publicidad ni en agrandar las bases de datos de Microsoft sobre nuestro comportamiento en red. Un lugar común en las empresas del sector servicios es proporcionar a todos sus empleados una cuenta de Messenger. Con este tipo de iniciativas las empresas aseguran la comunicación en red de sus empleados al tiempo que proyecta a los clientes conectados al Messenger una imagen de continua disponibilidad, pasando así a ser cliente “agregado” de la empresa. Las categorías de agregados que el programa ofrece por defecto —“compañeros de trabajo”, “otros”— (véase figura 3.1) indican cómo algunas de estas oportunidades comerciales consideradas en el diseño y *marketing* del programa.

Las administraciones locales y nacionales tampoco pierden el tren de la mensajería instantánea, como revela el acuerdo adoptado por la administración belga para

la implantación del DNI virtual. Además de los datos que constan en el documento tradicional, el DNI virtual incluye el certificado de autenticación y la firma electrónica del titular, permitiendo a los ciudadanos “identificarse con seguridad ante la administración para realizar servicios a través de Internet, como pedir una placa de matrícula del coche, declarar un accidente de trabajo o preparar su certificado de residencia. También puede [el ciudadano] comprobar a tiempo real quién, cuándo y para qué accede a sus datos cualquiera de las administraciones (federal, regional o municipal)” (Reventós, 2005: 5).

Más relevante si cabe para nuestra línea de argumentación, es el acuerdo adicional que el gobierno belga ha establecido con Microsoft, “que permitirá que los jóvenes se identifiquen en el Messenger de MSN con este documento digital” con el propósito de hacer más segura la navegación infantil (Reventós, *ibid.*).

No es de extrañar pues, que la mensajería instantánea se haya convertido en una herramienta de comunicación personal y de trabajo imprescindible para muchas personas (especialmente jóvenes y adolescentes) (Jiménez y Vela, 2005), educadas en el autocontrol, la autorregulación, en el saber compaginar los tiempos de trabajo y los tiempos de ocio. Más aún si la potestad de la regulación y el control virtual es compartida por la administración y las multinacionales, con el propósito de velar por el desarrollo e institucionalización de identidades digitales fiables y observables en red.

El modo en que estos avances tecnológicos combinan e integran otras herramientas, posibilitando su existencia y alto grado de “penetración” en distintos ámbitos, forma parte de sinergias y órdenes tecnosociales de mayor amplitud. Desde esta mirada de mayor espectro, ¿sería lícito establecer algún tipo de correspondencia entre la popularidad del Messenger y nociones de economía basada en redes de oportunidades? ¿A qué es debido que gran parte de los adolescentes centren tanto ocio y contactos en estos espacios? ¿En que tipo de economías de relaciones y de trabajo estas plataformas socializan a los adolescentes y jóvenes?

Hasta el momento hemos visto cómo la mensajería instantánea incita comunicaciones personales, reforzando la dimensión individual de un yo amplificado en sus posibilidades de control y reflexión, haciendo una vez más visible cómo los procesos de autorregulación e interacción en red son compartidos con otros agentes sociales (administración) y económicos (Microsoft). En vez de suprimir la variedad de herramientas comunicacionales disponibles, el Messenger permite integrarlas y ordenarlas en una única plataforma técnica. La configuración del Messenger amplifica la gestión del mundo inter-personal. También lleva adscrita la participación del mundo laboral, la multinacional y la administración.

De este modo, la mensajería instantánea está pasando a ser un revulsivo para amortiguar los contrastes existentes entre distintos usos (informales y formales) de la red además de, como veremos ahora, un activo importante para equiparar y fijar correspondencias progresivamente entre las identidades reales y las virtuales. Este tipo de procesos permiten a su vez empezar a encauzar, por ejemplo, las

preocupaciones que algunos padres, madres y educadores manifiestan sobre la adicción de los adolescentes al Messenger. Otras voces por el contrario ven motivo de celebración en la utilización masiva del Messenger entre nuestros pantalleros menores (*screen-agers*). A Juan Cueto (2005) la adicción al Messenger de los jóvenes, que se pasen tecleando los mejores años de la vida, le pone de muy buen humor. También aprecia el hecho de que la mensajería instantánea fomente el gusto por la escritura y la lectura, asignatura pendiente de la educación reglada, al tiempo que produce nuevos géneros comunicativos. Igualmente fomenta nuevos estilos literarios. Como señala Cueto “lo harán con faltas de ortografía, con vocabulario inventado (...) que recuerda mucho a los experimentos vanguardistas de Joyce y Burroughs, la escritura automática y simultánea de los surrealistas o la intertextualidad multimedia de los setenta.”²¹

5.3. Rituales de implementación de la identidad digital

Las emociones cobran formas y significados distintos a través del Messenger y sus comunicaciones mediadas por ordenador. Como señala Mora (2004) estas interacciones “parecen corresponder a un punto medio que no cabría explicarse a través de ninguna de las partes de la díada ficción/realidad debido no sólo a su carácter, sino también a las condiciones en las cuales tienen lugar las interacciones en el ciberespacio”. No obstante, estos límites empiezan a ceder a medida que las comunicaciones virtuales reproducen el orden de otras formas de interacción social, proporcionando a su vez una sensación de copresencia y corporeidad. Las interacciones y conversaciones en los *chats* y el Messenger elevan las palabras a la categoría de hechos, reforzando de este modo la primacía del sujeto que construye frente al contexto o escenario de interacción social (véase el ejemplo de Mayans de *striptease* virtual: 2003). Domínguez (2005) repara en la capacidad de las comunicaciones virtuales para recodificar anclajes identitarios a partir del uso de apodos y de autorrelatos que devienen en más fiables atendiendo al alto coste creativo y social que supone mantener identidades ficticias en relaciones más regulares y “sostenidas”.

La rutina, la referencialidad, las relaciones sostenidas, la asociación entre apodos y direcciones de correo junto a la opción de visualizar imágenes de los interlocutores en un margen de la pantalla del Messenger, todo ello contribuye a la asignación de una identidad y su correspondiente fijación a una imagen cada vez más corporeizada y en control. Como afirma Domínguez (2005: 6) estos procesos interrelacionados permiten “tener un manejo suficiente de ese cuerpo virtual, un control rutinario que le haga aparecer como un actor fiable, siendo esa sensación de control la que nos permite y obliga a hacernos cargo de nuestra actuación, a sentirnos responsables de nuestros actos y de sus consecuencias en el plano identitario”. Así pues, este tipo de comunicaciones mediadas por ordenador sirve para

21. Sobre el potencial creativo y productivo de nuevos géneros literarios de la comunicación mediada por ordenador, véase el texto de J. Mayans (2002). *El género chat*. Barcelona: Gedisa.

restablecer y fijar la conexión entre el cuerpo virtual como lugar de identidad y la aprehensión cognitivo-emocional, en control de sí misma, como lugar de experiencia corpórea. De este modo los rituales de comunicación con fuertes cargas emocionales ayudan a corporeizar identidades virtualizadas.

¿Podemos establecer algún tipo de correspondencias entre las comunicaciones, relaciones y gestión del yo en el Messenger y el tipo de imágenes que presentaban las explicaciones apocalípticas y mesiánicas en torno a la relación entre infancia/juventud y las tecnologías de la comunicación? Las identidades virtuales corporeizadas y sus gobiernos altamente conectados y ordenados suscitan nuevos interrogantes. ¿Nos encontraremos ante una infancia y juventud abocada a órdenes parecidos a los presagiados por Rushkoff? ¿En qué medida este tipo de conectividad supone una inversión de los términos, es decir, la proyección de lo interior en lo exterior, la redefinición pública de la intimidad o la identidad personal o incluso concebir la realidad virtual como realidad aumentada? (Gordo López y Burman, 2004).

La amplia difusión de las tecnologías conversacionales, como es el caso del móvil, el correo electrónico, los foros de debate, los *chats* y, últimamente, la mensajería instantánea, los *weblogs* o bitácoras (Joyanes, 2004), responde a las posibilidades comunicativas que brinda en tiempo real y diacrónico, a la atracción de las líneas de texto en banda estrecha, así como a la capacidad de mezclarse unas con otras, generando e inventando de este modo nuevas combinaciones (acceder al Messenger o la televisión digital a través de los móviles de última generación) entre lo público y lo privado, entre la esfera individual y la social y, como veremos para el caso de los jóvenes, a la gestión diferencial del tiempo de trabajo, del tiempo de ocio y más recientemente el tiempo de la familia.

El Messenger, como veremos detenidamente en la sección de análisis cualitativo (capítulos 4 y 5), también permite a los adolescentes y jóvenes establecer una red de oportunidades (“por si acaso”) y alfabetizarse en prácticas gerenciales y finalistas tan necesarias en la nueva economía. En vez de suprimir la variedad de contactos, modalidades de comunicación e incluso identidades digitales, el Messenger las integra y ordena en una única plataforma técnica con importantes conexiones y posibilidades para el mundo “íntimo-emocional”, laboral, de mercado e incluso para la administración. De esta forma, el Messenger aparece como un activo capaz de estimular el crecimiento de la sociedad de la información y del conocimiento de manera más homogénea y compatible con las lógicas globales en desarrollo.

Paradójicamente, una de las características más destacadas de esta sociedad red son procesos de galopante individualización (personalización de uso de productos y servicios TIC) y retorno a nociones de ocio en familia, y de gestión racionalizada y finalista del yo virtual, aunque con efectos y resonancias en la identidad “verdadera”.

En el mismo escenario cabría igualmente situar el creciente interés de distintos agentes sociales e instituciones por profundizar en el estudio de nociones cam-

biantes de juventud y sus relaciones con las TIC, así como sus implicaciones para dinámicas emergentes de socialización en los nuevos órdenes comunicativos y laborales de la sociedad de la información. En este mismo contexto, las descripciones e inferencias estadísticas y sus indicadores sociales están siendo complementados con estudios etnográficos de la sociedad red y la cibercultura²².

La mayoría de los informes de mercado y los especialistas aconsejan complementar los diagnósticos e inferencias estadísticas con estudios más comprensivos y detallados de buenas prácticas, incluyendo el uso de la sociedad de la información por parte de grupos “minoritarios” y, en teoría, opuestos a las leyes del mercado, así como las necesidades y demandas generalizadas en lugar de creación de nuevos productos.

22. Véase la sección que Fundación Aúna (2005) dedica en sus últimos informes a reseñas relevantes de publicaciones sobre la sociedad de la información en distintas disciplinas sociales.

4. Redes de oportunidades y gestión del yo

En las páginas siguientes enlazamos y enriquecemos la panorámica trazada hasta el momento, con el análisis del trabajo de campo realizado, que nos aporta el acercamiento a las explicaciones y prácticas sociales relativas a la manera en que los jóvenes establecen su relación con las nuevas tecnologías e Internet. De forma esencial en base a la manera en que se crean y establecen nuevas pautas de ocio, comunicación y sociabilidad, pero también como medio a partir del cual acercarnos, a partir de la tríada ocio-trabajo-TIC, al análisis social. Serán pues estos tres elementos los que estructuren transversalmente nuestro análisis, que también tendrá en cuenta variables básicas como la edad, el género y la clase social. Todo ello nos permitirá hablar de determinados tipos ideales en la relación jóvenes-nuevas tecnologías.

Dividiremos el análisis en dos grandes bloques. En el primero (capítulo 4) nos adentraremos en toda una serie de mitos y convicciones que sustentan buena parte de las convenciones sociales relativas a la manera en que se entabla la relación jóvenes-tecnología, y la forma en que ello determina el sentido y la interpretación de los distintos usos. Todo ello atendiendo a lo que denominamos “cultura *messenger*”, por ser la mensajería instantánea, y en concreto el programa Messenger de Microsoft, uno de los fenómenos que aglutinan muchos de los principales elementos que determinan una nueva forma de entender las redes de oportunidades, las mediaciones tecnológicas, y la manera en que los jóvenes se observan en ellas¹.

1. Esta primera parte centra la mayoría de sus argumentos en el análisis de los jóvenes de menor edad (a partir de sus palabras y de las palabras de los adultos que los educan y observan), mientras que será sobre todo en el segundo bloque (capítulo 5) cuando, teniendo en cuenta lo escuchado entre los jóvenes de mayor edad, con discursos más centrados en el análisis social, podamos completar una visión a partir de la cual establecer determinados tipos ideales.

Además nos adentraremos más concretamente en la manera en que las TIC se constituyen en una nueva forma de establecer y desarrollar formas de relación y comunicación, y las tensiones discursivas que ello origina en su fusión con las maneras “tradicionales” de relación (las relaciones “cara a cara”, para entenderlos). También abordaremos cómo el uso de sistemas como el Messenger o los *chats* dan lugar a nuevas maneras de recrear identidades personales, íntimas y blindadas de mis “otros yos”.

En el segundo bloque (capítulo 5) desarrollaremos algunos tipos ideales a partir de los cuales poder entender algo mejor la manera en que se establece la relación jóvenes-tecnología, siempre en función de la *tríada* ocio-trabajo-TIC, y en el contexto socioeconómico y educativo de los jóvenes. Por ello, esta visión cobra sentido a partir de los análisis de los grupos de discusión realizados con los jóvenes de mayor edad, que completan la visión de entrevistas y grupos triangulares gracias a unos argumentos fundamentalmente centrados en su relación con el mercado laboral. Así, completamos la visión que posibilita establecer un análisis en términos de antes-ahora, y que aporta elementos muy enriquecedores para apuntalar argumentos de índole estructural, y no sólo en torno a usos y hábitos tecnológicos.

1. MITOS DE LA SOCIEDAD TECNOLÓGICA Y DE LA RELACIÓN JÓVENES-TIC

En el contexto de la denominada sociedad de la información, parte de la distinción social entre los jóvenes tiene que ver con la rapidez de obtener información y la posibilidad de gestionar adecuadamente las relaciones sociales, los grupos de pertenencia y adscripción, así como administrar o “consumir” el tiempo de la mejor manera posible (en ocio, en trabajo). En función de esta situación, las nuevas tecnologías ofrecen toda una serie de potenciales que se insertan indisolublemente en esa idea de que cuanto más, mejor (más trabajo, más amigos, más relaciones, más ocio...) y cuanto más nuevo, mejor (nuevos agregados, nuevas aplicaciones tecnológicas, nueva generación de móviles, nueva información...), partiendo además de la constante asimilación de “lo joven” o “la juventud” como un valor social en sí mismo, asociado a lo nuevo, lo moderno, lo desenfadado, lo divertido, lo actual... lo que va con los tiempos. Por supuesto, esta asimilación de “lo joven” con “lo tecnológico”, como apuntábamos en el primer capítulo, plantea toda una serie de contrapartidas básicas a la hora de poder descifrar muchos de los fenómenos sociales al respecto, sobre los que entraremos algo más tarde: cuando el entramado simbólico de buena parte de los valores que conforman lo que es “joven”, se construye a partir del señalamiento de lo que teóricamente no lo es (responsable, maduro, trabajador), parece lógico que buena parte de esas características se trasladen a la manera en que se observan las aplicaciones tecnológicas, que caminan de la mano de esos jóvenes.

Internet, los teléfonos móviles, representan la constante posibilidad de estar “conectado”, “enganchado” (sin el componente de adicción que se atribuirá a

“otros”: los *freaks* o raros), relacionado, sabiendo al instante y de manera constante qué está pasando, y dónde. En un mundo definido por la velocidad, la movilidad y la intrascendencia (en el sentido de que lo que vale ahora puede que no valga dentro de un minuto, o de que “lo pesado” o “no ligero” bloquea nuestras cuentas y servicios), sólo la tecnología de última generación será capaz de actualizar al instante la información te permitirá “estar”, incluso “ser”. “¿Cómo quedas con tus amigos si no tienes móvil? ¿Cómo te relacionas? ¿Cómo te localizan?”

Fantasia, por tanto, de un acceso constante y unos recursos infinitos al alcance permanente de la mano, alimentada además por la sensación de que, precisamente en la sociedad de la información, los grandes medios de comunicación manipulan, mienten, y sirven a los intereses de los grupos empresariales que los sustentan (como veíamos en el capítulo 3 en torno a la valoración que hace los jóvenes de los principales medios de comunicación)². Por ello será necesario contrastar y acudir a fuentes más “independientes” y autónomas si se quiere saber la “verdad”, si se quiere tener información actualizada y de primera mano. En función de este argumento, emerge con fuerza la convicción de que es en Internet, medio de difusión y comunicación que mantiene aún cierto resquicio de “independencia” (en ocasiones a costa de “veracidad” aunque ello no parece restar “credibilidad”), donde pueden contrastar y enterarse de lo que pasa. Así lo indican recientes datos, obtenidos a partir de investigaciones dirigidas por la FAD, y ya citados en este informe: Internet se sitúa a la cabeza cuando los jóvenes son preguntados por los mejores canales de expresión y participación.

«—*Dependencia, claro, a la hora de buscar información. Nosotros los universitarios necesitamos buscar información en cualquier sitio y a cualquier momento; no sabes en qué momento va a ser. Así que te quiten Internet...*» (NACHO, USUARIO HABITUAL, 21 AÑOS, TRABAJO OCASIONAL)

Esa visión de Internet como medio de comunicación, expresión e información con un alto componente de autonomía, de igual forma que ocurre con los móviles (hablo cuando quiero, con quien quiero, donde quiero... siempre que tenga “saldo” y “cobertura”), genera que tienda a ser observado como un canal a la carta, que cada cual configura y utiliza en función de sus intereses, objetivos y necesidades. Pero además de esa capacidad para crear un canal de expresión e información a la medida de cada cual, el gran atractivo de Internet descansa en su asociación con un lugar en el que se encuentra todo, y todo a mano. Herramienta, por tanto, que reúne todas las posibilidades existentes en ocio, trabajo, estudio y relaciones personales, y todas al alcance del teclado y sin salir de casa.

«—*No sé, lo que tienes al alcance... yo qué sé... “¿quieres algo?” Pues ahora vas ahí... y lo encuentras.*» (GT, 17 AÑOS, COLEGIO PÚBLICO, CLASE MEDIA-BAJA)

2. Asentamos este planteamiento en lo contrastado a partir de *Jóvenes y política. El compromiso con lo colectivo* (Megías, 2005).

«—Yo creo que esa es la ventaja que tiene esto, que no sólo se ha socializado la relación de Internet con esas historias sino que además ahora todo el mundo sabe de todo, pero bueno. Ahora tú entras a Google y ahora nadie es un erudito que te puede dejar en evidencia, sabes dónde está, esto es así ¿qué más? te bajas el disco y en dos días sabes también.»

(GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLE)

«—Hasta yo, que no lo utilizo, cualquier cosita pues vas “Oye tengo dudas ¿sabes esto? Pues no.” Pues vas... la solución, ya no vas a la enciclopedia a mirarlo, vas directamente.» (MADRE DE USUARIA OCASIONAL, CLASE ALTA)

En definitiva, Internet como *lugar* en el que está todo, y para todos (los que accedan a él), por lo que será un lugar en el que *hay que estar*. Más aún por cuanto el análisis de su importancia y de sus capacidades se realiza desde el seno de una sociedad que observa el conocimiento y las aplicaciones tecnológicas no ya como el futuro, sino como el mismo presente: todo el mundo habrá de saber desenvolverse con estas herramientas, habrá de estar en el espacio virtual en el que tienen lugar las cosas que se asocian con la noción de progreso, pues de ello depende su adecuada socialización y desarrollo profesional. Más aún los jóvenes, que siendo protagonistas en el primer plano del presente, representan, en sí mismos y porque así los observa el conjunto de la sociedad, el futuro.

En este sentido, no podemos dejar de señalar las aparentes contradicciones de un discurso social que sitúa al universo simbólico asociado con “lo joven” como un valor en sí mismo, por todos perseguido (así lo recogen los medios de comunicación, la publicidad, el ocio, etc.), al tiempo que aleja a los y las jóvenes de las posiciones en las que verdaderamente se toman las decisiones y se determinan los rumbos, en base a la disociación entre “lo joven” y “lo adulto” como la diferenciación entre “lo irresponsable” y “lo responsable”. Aunque queremos hacer hincapié en el intencionado matiz en el sentido de que la contradicción es “aparente”, pues resulta tremendamente operativa para que cada actor social se reconozca y sea reconocido, instalándose en las comodidades de las ventajas que ello le reporta: los adolescentes porque, aunque alejados de los centros de decisión, gestión y planificación, se divierten y *desfasan* sabiendo que el conjunto social lo entenderá como algo propio de su condición juvenil y, por tanto, de lo que no parecen tener culpa (“están en la edad”); los adultos porque, a pesar de soportar de vez en cuando los inconvenientes de aceptar la irresponsabilidad de su jóvenes, no sienten amenazadas sus posiciones de poder por esas dosis de rebeldía controlada y reglada (generalmente restringida al ocio).

Partir de estas premisas nos da una idea del potencial simbólico que atesora Internet. Por un lado, porque, como medio de información y comunicación relativamente nuevo y emergente, además de asociado al universo de “lo joven” por la vía generacional, se erige en un canal respecto al cual se están definiendo las estrategias de control o regulación en función de su estadio de maduración o desarrollo, hecho que permite a los usuarios (en este caso los y las jóvenes, que

son el objeto principal de nuestra investigación) estar algo más cerca de un lugar en el que ocurren las cosas o, cuando menos, te las cuentan y las puedes contar sin intermediarios aparentes. Visión relativa a la democratización de los canales de información y comunicación que tiene mucho que ver con una concepción neoliberal de esa democratización como la capacidad de propia gestión, regulación y acceso a la información “verdadera”. En cualquier caso, representación bastante cercana de lo que, hoy por hoy, puede asociarse con “autonomía” o libertad de gestión de la información (y de uno mismo).

Por otro lado, porque dice generalizar (¿democratizar?) las posibilidades para que, toda aquella persona que tenga un ordenador y una conexión adecuada, disfrute de las mismas opciones de ocio, tenga las mismas posibilidades de relación, o pueda acceder al mismo tipo de información (aunque en el Estado Español, como veíamos, sólo una de cada tres personas acceden a Internet). En este sentido, no pocas veces pudimos escuchar cómo algunos entrevistados incidían en el hecho de que, con Internet, “todo el mundo puede saber de todo”, todo el mundo puede ser un experto en cualquier tema, por lo que la posibilidad de que se generen pautas de distinción cultural queda convenientemente matizada o redefinida (simplemente con teclear puedo bajarme la última canción del grupo más extraño y oscuro, puedo acceder a la página en la que se explican las últimas tendencias, o puedo conocer el último cotilleo o rumor). Pero ante tal argumento conviene señalar dos cosas. En primer lugar, que esta postura formará parte esencial de lo que, más adelante, desarrollaremos como argumentos característicos de las clases medias formadas, esencialmente, por jóvenes profesionales cualificados (integrados en los tipos ideales que denominaremos *de banda ancha*); es decir, que no todos los jóvenes compartirán esta visión tan “entusiasta” de Internet y las nuevas tecnologías. En segundo lugar, que estos procesos no evitan nuevas formas de marginación o distinción, que tienen que ver con la posesión de determinado capital tecnológico, pero también de cierto capital cultural. También abordaremos este punto más adelante.

Esta visión de Internet como un *medio total*³ o un *todo en uno*, parece suprimir la noción de límites (tengo acceso “a todo” de forma fácil y cómoda, sin esfuerzo) y genera la sensación, entre los jóvenes socializados en función de este discurso, de “estar perdiéndose algo” si no tienen a su alcance la posibilidad de conectarse a Internet. Así, la conexión a Internet representará todo tipo de oportunidad de ocio (quedar y hablar con amigos o conocidos, bajarse música o películas, jugar con videojuegos...), trabajo (estar presente en las bases de datos de las empresas, mandar *curricula*, enterarse de ofertas...) o estudio (acceder a información para realizar los trabajos de clase, hacer cursos *on line*...). Y ya se sabe que, en una socie-

3. Significado, mito o tópico discursivo que nos reenvía a los estudios sociológicos de otras instituciones y poderes de regulación y disciplinamiento, denominados en la literatura como “instituciones totales” (Coser, 1978; Goffman, 1984). Instituciones totales en el sentido de globales que ahora, como Internet, dan la posibilidad a sus usuarios de participar en su propia construcción. Una excelente colección sobre instituciones totales se encuentra en la carpeta de la revista *Archipiélago*, 37, titulada “Miseria de las instituciones totales” (VVAA, 1998).

dad tan competitiva e individualista (porque así se define a sí misma), *perder comba* en la carrera de superespecialización y formación continua hacia la vida adulta (cuya frontera de paso ineludible parece ser el trabajo), se interpretará como algo fatal.

«—Yo creo que hay que apostar por ello... porque es que es el futuro, se sabe, y además que un día lo hablábamos, de los inventos pues posiblemente Internet sea uno de los mejores inventos que se ha hecho en este siglo, o sea que y es muy importante por... por o porque es una vía de... de yo qué sé, de que todo el mundo está comunicado. Que en una escuela de enseñar a manejar, a moverte por Internet es fundamental, o sea que yo creo que... que eso que es, vamos, fundamental de... te enseña en luego además, ámbito profesional te van a exigir saber moverte, así que... »

(NACHO, USUARIO HABITUAL, 21 AÑOS, TRABAJO OCASIONAL)

El hecho de procurar no perder oportunidades en el seno de la sociedad tecnológica, competitiva e hiperespecializada, no sólo tiene que ver con la propia posesión de las herramientas adecuadas, sino con esa fantasía de actualización o renovación constante de la información, que determina de manera esencial el uso. Es decir, que no basta con tener un PC con la conexión a Internet de banda ancha, o un móvil de nueva generación, pues es necesario que ambos elementos estén en constante disposición de uso si se pretende aprovechar al máximo sus capacidades: PC constantemente encendido (bajando música o películas, con la ventana del Messenger abierta por si entra alguien interesante...) y móvil siempre operativo y con cobertura (por si algún amigo quiere contactar, por si surge alguna oportunidad de trabajo...). Esta lógica gerencial y finalista, basada en perder el menor número de oportunidades posibles (“por si acaso”), se esconde en la base de muchos de los argumentos que emplean los adolescentes para ensalzar el uso del Messenger como medio de comunicación (más tarde abordaremos este aspecto), y los no tan adolescentes a la hora de justificar el sentido del uso que dan a Internet y al móvil: los canales siempre abiertos y en constante conexión.

«—Yo siempre que estoy en el ordenador le tengo puesto.

—Sí.

—Yo también.

—Cuando no me apetece hablar, pues no hablo y ya está.

—Yo lo que suelo hacer normalmente, tengo tarifa plana y no me cuesta nada estar con el Internet puesto, me pongo en estado sin conexión en el Messenger y entonces puedo ver los contactos que tengo y si veo que se conecta alguien a quien tengo que decir algo importante, pues me conecto.» (GT, 13-14 AÑOS, COLEGIO CONCERTADO)

«—Es un problema, y tengo un problema, yo a lo mejor estoy jorobada por eso (...) Te digo que para mí es un problema porque uso sólo el ordenador para el Messenger, aunque si me lo dice mi padre y le digo que no, que lo uso para un huevo de cosas, pero es mentira, yo sólo uso el ordenador para el Messenger, y así puedo decir que es una gran pena que todo el

ordenador, con todas las cosas que tienen más que el Messenger, no utilizo nada. Bueno sí, para bajar canciones eso sí, y para descargar de la máquina las fotos, pero no lo utilizo para nada más, para nada más.

—Moderador: *¿Hasta qué punto crees que empiezas a tener un problema?*

—*Hasta el punto de que llegas de la calle y te conectas, o comía y ya al Messenger, y si estoy en la siesta pongo el altavoz alto, y estoy en la siesta, que para mí es sagrada, pero así, si suena, lo miro...»*

(GT, 17 AÑOS, COLEGIO PRIVADO, CONFESIONAL)

«—*¿Utilizas el ordenador normalmente?*

—*Sí, mucho. Lo tengo siempre encendido.*

—*¿Y dónde está el ordenador en tu casa?*

—*Al lado de mi cama, en la mesa, en el cuarto.»*

(ANTONIO, USUARIO HABITUAL, 18 AÑOS, CLASE MEDIA-ALTA)

Como ya hemos apuntado anteriormente, paralelamente a esa fantasía relativa al contacto permanente y al acceso y los recursos infinitos, existe una tendencia a mitificar la relación de los jóvenes con la tecnología, y en concreto con los ordenadores e Internet, en el sentido de presentar a una juventud tecnologizada y perfectamente familiarizada con el lenguaje y las aplicaciones telemáticas. Visión que poco tiene que ver, según reconocen los propios protagonistas (jóvenes estudiantes, docentes), con la realidad generalizable de la formación escolar al respecto, cuyas lagunas parecen responder a la idea de delegar al propio mito la formación concreta en el uso y conocimiento de las TIC, lo cual contribuye a reproducir buena parte de las divisorias de clase ancladas en la relación ocio-trabajo-nuevas tecnologías. Es decir, que a pesar de la generalización del mito relativo a una juventud tecnológica o tecnologizada, asistimos a importantes vacíos curriculares que acrecientan las diferencias sociales en base al capital tecnológico y cultural de cada cual.

A la luz de lo escuchado en grupos y entrevistas, es probable que la realidad no se ajuste, cuando menos no de forma generalizable, a lo que el imaginario o la creencia social proyecta. Ya en anteriores capítulos hemos aportado datos concretos sobre la proporción de hogares que dispone de equipamiento y conexiones como las que se requieren para navegar por Internet, por ejemplo. Tales datos parecen refrendarse a partir de muchas de las explicaciones que encontramos en nuestro trabajo de campo. En varios sentidos.

«—*Los chavalines además, que lo manejan... porque como nacen que tienen ordenador en casa, pues... que te lo manejan que te dan clase (risa) que desde pequeñitos empiezan “plan, plan, plan, plan” y dices, “Pero bueno, yo que me ha costado aquí un horror” (risa)»*

(MADRE DE USUARIA HABITUAL, CLASE MEDIA)

En primera instancia, la tendencia a la diferenciación o confrontación entre el tiempo de ocio y el de responsabilidades (con lo que ello supone respecto a lo que se interpreta como “responsabilidades”), y su asimilación respecto a lo que

diferencia “lo joven” frente a “lo adulto”, presupone el sentido de los usos y los hábitos relativos a Internet y los ordenadores por parte de los más jóvenes, de tal manera que la convicción relativa a la realidad de tales usos es general. Así, frente al discurso oficial (que manejan nuevos padres y educadores) de la tecnología como herramienta esencial en el desarrollo académico y profesional de los jóvenes, y como elemento que propicia que desarrollen mejor determinadas capacidades o potencialidades en un contexto social inevitablemente tecnológico, en la práctica se asume una relación con los ordenadores mucho más limitada, y fundamentalmente centrada en el ocio.

En contra de la idea de la naturalización de la relación joven-tecnología, casi como si esta fuera algo consustancial a su naturaleza y respecto a lo que, por tanto, se desenvuelven con total naturalidad, lo cierto es que los propios interesados afirman restringir su uso a aplicaciones que sólo pretenden aprovechar la posibilidad de relacionarse de otra manera con sus amigos y conocidos, o de obtener alternativas de ocio de forma fácil y económica. Más allá de tales usos, las aplicaciones académicas o escolares parecen reducirse a la ayuda que Internet brinda a la hora de realizar trabajos o “deberes”, en un ejercicio (muchas veces de “corta y pega”) que desde los docentes, pero también desde bastantes jóvenes, se interpreta como, cuando menos, discutible en lo que se refiere a su validez o adecuación formativa.

En cualquier caso y en definitiva, esta gestión de la información resulta perfectamente compatible con las visiones que, en el marco del neoliberalismo, identifican al buen político con el buen gestor de todo tipo de capitales, incluyendo el capital relacional, comunicacional y tecnológico. En este sentido, parece lógico preguntarse hasta qué punto este “corta y pega” no forma parte del mismo discurso gerencial que se encuentra en la base de las potencialidades atribuidas a Internet y las nuevas tecnologías, como modos de aprovechar todas las oportunidades existentes, o de perder las menos posibles.

«—Moderador: *¿Para estudiar y trabajar vale Internet?*

—*Para buscar la información.*

—*Siempre que te piden algún trabajo, siempre lo buscas ahí.*

—*Te dicen “un resumen de no sé qué” y lo buscas, y no te lo lees ni nada.*

—*A mí no me mandan muchos trabajos, pero yo recuerdo que mi hermano cuando... no teníamos todavía el ordenador en casa, y tenía que coger a mano y ponerse a... y cuatro, cinco folios... y ahora copiar, pegar, imprimir, y se acabó... pones el papel en la impresora.*

—*Ya tienes el trabajo hecho.»*

(GT, 15 AÑOS, COLEGIO CONCERTADO Y CONFESIONAL)

Aceptando que, en muchas ocasiones, los usos “académicos” o formativos de los ordenadores e Internet, giran en torno a cuestiones como las que refleja la cita, los mismos docentes también se muestran desorientados con la manera en que se suele incluir la formación en las nuevas tecnologías en los planes de estudios de colegios e institutos: no hay demasiados huecos para insertar contenidos, en oca-

siones se intenta enseñar cosas de un nivel demasiado básico para la media, y en muchos casos (clases medias y altas) el equipamiento que tienen los alumnos en casa supera al que tienen en la escuela, motivo por el cual pierden interés (va muy lento, faltan programas...). O al contrario: jóvenes de clases bajas que no pueden aplicar en casa (por carecer de PC, o de conexión a Internet) los conocimientos impartidos en los centros educativos. Todo ello, además de que los usos preferidos de los alumnos no tienen cabida en las horas lectivas destinadas a las clases de informática.

«—Quizá desde ningún sitio se sabe cómo introducir muy bien las nuevas tecnologías, las propias programaciones que serán para los chavales incluyen siempre una cuestión relacionada con la informática, pero esas cuestiones relacionadas con la informática o a veces ellos ya están cansados de verlas, porque se relaciona con programas como el Word o programas... aplicaciones así ofimáticas, o cuando subimos un poco nivel, levantamos un poco el nivel y se les pide... pues lo ves por complicado... (...)

—Lo típico que intentaron hacer en el aula de informática es en plan conectarse al Messenger para ver si por casualidad hay un compañero suyo que en otro colegio pues esté en ese mismo momento conectado... hablar con él. Eso les llama la atención, pero luego a la hora de manejar herramientas, lo que son herramientas informáticas que se necesita... pues unos conocimientos, se necesita estudiar, se necesita manejar conceptos, que eso ya no les llama la atención, pues porque no tiene una aplicación inmediata. Eso lleva un camino de conocimiento que por supuesto exige que tú trabajes... (...)

—El colegio sí que tiene buenísimas intenciones. Quiero decir, por ejemplo en la informática tenemos dos aulas de informática con conexión ADSL. Internet alta velocidad. Prácticamente todos los chicos pasan por el aula de informática, quiero decir en los cursos primeros de la ESO hay una asignatura de informática y propias de tecnología que tienen tecnología de la información, y todos pasan por aquí, desarrollan los temas propios de tecnología, y es una cuestión que les llama como es lógico mucho la atención... quizás menos que en años anteriores. Yo llevo allí muchos años dando la asignatura de informática y ¡hombre!, es un cambio, porque hace diez o doce años era complicado encontrarse con un aula donde el 50% tuviera ordenador. Entonces venía la hora de informática... hacer lo que fuese era un reto. Hoy en día pues la informática, la mayoría... ahora este aula de aquí que tenemos aquí, porque es nueva de este año pasado, y los equipos son bastante nuevos, pero hemos encontrado ya que con el aula que teníamos antiguamente, pues que prácticamente todos los alumnos en el ordenador... son mejores en casa que de los que disponen en el aula, en donde es un poco difícil la situación, el intentar motivarles en ese sentido. Pero bueno, ahora nos encontramos con esa dificultad. Los equipos son buenos y sí que el colegio intenta estar al día en nuevas tecnologías.» (DOCENTE DE SECUNDARIA, COLEGIO PRIVADO Y CONFESIONAL)

Se crean, por tanto, procesos por los que se desarrollan *curricula* no oficiales, frente a los oficiales (la formación común), algo que incide en determinadas brechas sociales, reforzadas además por las diferencias de clase y género. Asistimos así a situaciones o procesos por los cuales jóvenes universitarios de clase trabajadora pueden llegar a sentirse alienados (en nuestros grupos y entrevistas, principalmente mujeres) por el hecho de sentirse “obligados/as” a comenzar o retomar, en periodos correspondientes a estudios superiores (Universidad), determinados usos del ordenador, precisamente porque no tuvieron la formación adecuada en el periodo escolar en el que sería necesaria.

«—Yo lo que recuerdo del instituto, cuando estaba en primero de Bachillerato fue cuando me enteré de que había aula de informática, no sé si la había antes, pues... que no, vamos. A mí cuando me llevaron la primera vez creo que fue en primero de Bachillerato o cuarto de la ESO, pero creo que fue ya en Bachillerato. Y, hala, nos llevaron un día como de excursión al aula de informática: un ordenador para cuatro personas, o cada tres casi. Vamos, que no lo aprovechaba realmente, y bueno, un profesor para toda la clase, que no podía ir explicándole niño por niño cómo funcionaba aquello. Yo recuerdo que abrió un montón de ventanas y vamos, que no fue buena la experiencia. Y creo que nunca más nos llevaron, o alguna vez más, pero vamos, en mi experiencia, en mi caso no fue una buena experiencia. No tuvimos contacto con Internet ni con la informática en general, por lo menos en el instituto. Luego ya en la universidad sí hay un aula de informática y tienes derecho a utilizarla, pero vuelves a lo mismo: si no lo tienes en casa, no sabes utilizarlo, no te va a dar por entrar al aula de informática y ponerte a aprender allí; no sé...»

(CRISTINA, 22 AÑOS, USUARIA OCASIONAL, CON TRABAJO)

Estas observaciones respecto al largo camino por recorrer en lo que se refiere a la presencia de los contenidos y recursos tecnológicos en los centros educativos y planes de estudios, encuentran reflejo en los datos que ofrece el Eurobarómetro de 2002 (*Flash Eurobarometer: Internet and the Public at large*; Noviembre de 2002), que sitúan a España en la séptima posición en este sentido, con un 21% en el uso de Internet en los centros universitarios, y un 10% en la proporción de quienes se conectan desde centros de acceso público.

Además, como señala el informe *eEspaña2004* de la Fundación Auna (2005), el nivel de penetración de las TIC en los centros educativos de Primaria y Secundaria de España, a partir del indicador “páginas web”⁴ entre centros privados y centros públicos a nivel estatal presenta un fuerte contraste. Este informe identifica notables diferencias en el grado de penetración de las TIC en los centros educativos públicos y privados, así como las aplicaciones docentes de estas tecnologías en la educación.

4. “Este indicador resulta relevante ya que permite la comunicación e interacción entre los distintos colectivos que forman parte del proceso educativo (alumnos, profesores y Asociaciones de Padres de Alumnos) y, al mismo tiempo, disponer de una página web, aunque sólo tenga un carácter informativo, representa una señal acerca de la implicación y compromiso de estos centros con la SI.” (Fundación Auna, 2005: 215)

Por tanto, nos encontramos ante una serie de realidades y contradicciones, que dibujan un perfil de adolescentes expertos en sacar el máximo provecho a los ordenadores e Internet a la hora de configurar su tiempo de ocio y de relaciones, al tiempo que aún parecen lejos de adentrarse en terrenos informáticos con aplicaciones de otro tipo, más centradas en la programación o en la formación. En este sentido, muchos expertos y educadores cuestionan el mito de la juventud tecnolozizada, cuanto menos en términos de que resulte algo representativo de una realidad generalizable.

«—Quizá desde ningún sitio se sabe cómo introducir muy bien las nuevas tecnologías... las propias programaciones que serán para los chavales incluyen siempre una cuestión relacionada con la informática, pero esas cuestiones relacionadas con la informática, o a veces ellos ya están cansados de verlas, porque se relaciona con programas como el Word o programas... aplicaciones así ofimáticas, o cuando subimos un poco nivel levantamos un poco el nivel y se les pide... pues lo ves complicado, entonces yo creo que hay también un poco un mito de que los adolescentes todos manejan muy bien el ordenador, pero yo creo que es falso. Manejan muy bien el ordenador en lo que se refiere a comunicaciones, cuando tiene que comunicarse con sus... que pasa lo mismo con los mensajes de móvil. Son capaces de adecuar lenguajes nuevos ¿no? cortos para mandar más mensajes, pero luego lo que se refiere al instrumento tal, como máquina, pues tampoco hay un control y un dominio de esa máquina.»

(DOCENTE DE SECUNDARIA, COLEGIO PRIVADO Y CONFESIONAL)

«—Moderador: Ordenador... ¿la gente de vuestra edad suele tener?

—Sí.

—Propio yo creo que no, pero vamos la gente no suele usar...

—No, pero la gente lo usa.

—Los usan, pero yo creo que nada más para chatear.

—Bueno mucha gente lo usa para chatear, pero yo qué sé... para buscar cosas en el Google o en Internet.

—Es lo que hacemos, de todo un poco.

—Moderador: ¿Quién creéis que suele usar más los ordenadores? ¿Los más jóvenes o los más mayores?

—Pues yo creo que la gente de nuestra edad, y luego pues hasta los veinte.

—La gente de veinte años un poco para arriba.

—Y luego los adultos es más para trabajar: lo tienen en el trabajo.

—Moderador: ¿En el colegio lo usáis?

—Bueno, yo he estudiado informática.

—Lo hemos usado en unas clases de inglés para buscar información, tenemos ordenador en clase.

—Ya, pero más bien el de clase no lo utilizamos... entre clase y clase más bien, jugamos o algo pero...

—Moderador: ¿Creéis que necesario saber usarlos?

—Sí, porque te pueden llegar a ser muy útiles.

—A lo mejor del ordenador va a ser... ya se va a utilizar para muchas más cosas, yo creo.

—Y además una buena fuente para buscar cosas y todo eso, hay muchas cosas malas, pero yo creo que...

—Si lo sabes utilizar te puede servir de un montón de cosas.»

(GT, 13-14 AÑOS, COLEGIO CONCERTADO)

«—Muchas veces te sorprendes de qué tipo de alumnos son los que más usan la mensajería. Quiero decir que a veces piensas que tiene que ser el alumno más... por decirlo así, más... más preparado, técnicamente mejor, y a lo mejor no; a lo mejor resulta que el que académicamente se muestra peor, pues ese es el que más domina todo lo que tiene que ver con conexiones, con... quizá por esa misma razón es por lo que académicamente va peor.» (DOCENTE DE SECUNDARIA, COLEGIO PRIVADO Y CONFESIONAL)

El último extracto de una entrevista da buena muestra de esa diferenciación, en la práctica, entre lo que se presupone que ha de ser la formación curricular en relación con la tecnología y lo que es, en base al *currículum* oculto que propicia la clase y condición de cada cual, y en relación a los usos predominantes. En cualquier caso, dejando de lado tales usos, es cierto que existe la tendencia a naturalizar la relación entre jóvenes y tecnología, fundamentalmente en base a la observación de que “lo tecnológico” o “lo informático” responde a un lenguaje específico con el que hay que familiarizarse.

Es en este punto en el que se explicita lo que se interpreta como una brecha generacional, que sirve de marco para los argumentos generales: los jóvenes, como generación (difusa, inespecífica: valgan aquí todos los entrecomillados y toda la prudencia que matice convenientemente el término “generación”), han nacido y crecen al mismo tiempo que se ha desarrollado el lenguaje tecnológico, por lo que sus claves les resultarán tan cercanas como lo puede ser el aprender a leer, a escribir, o a hablar inglés. Ello, insistimos, a pesar de que casi todo el mundo parece asumir lo restringido y limitado de los usos (centrados en el ocio y la comunicación). Es decir, los jóvenes, por serlo, tendrán la clave para manejarse con cercanía y naturalidad en el lenguaje y la operativa tecnológica, a pesar de que sus conocimientos concretos parezcan estar restringidos al conocimiento de las claves básicas para navegar por la red, o utilizar el Messenger o el correo electrónico. Conocimientos que, en realidad, apenas requieren de habilidad en el manejo de determinadas herramientas informáticas, lo que nos conduce a pensar que el punto de inflexión tiene más que ver con la asimilación de los propios conceptos genéricos de nuevas formas de comunicación y entretenimiento: entender qué significa, para qué sirve y por qué se utiliza el Messenger, por ejemplo; más que saber utilizarlo.

«—Yo por ejemplo hablo con mi primo, que tiene a lo mejor dieciocho o veinte años, y él todos sus contactos y relaciones con colegas, iba a decir que no estén en Madrid, pero incluso los que están en Madrid, es a través

del Messenger. Pero él no le da ninguna importancia a eso. Él no le otorga un significado, un sentido especial, sino que yo mantenía a través del teléfono normal, mi móvil, cuando tenía dieciocho años, él lo mantiene en Messenger. Pero él no considera que eso sea distinto, según lo que hablo con él, considera que lo que se ha trasladado es del objeto teléfono fijo al objeto messenger, que es realmente un objeto bastante inmaterial. Pero no considera que luego, eh, las relaciones de amistad o de pareja que el pueda tener sean tan distintas a la que yo pueda tener. Lo que ha cambiado un poco es la mediación, el cauce, el canal. Pero las sigue teniendo bastante similares. Ha cambiado, por supuesto, la instantaneidad y ese tipo de cosas. Pero yo lo que hablo con él, es que lo ve totalmente normal, y con quien realmente tiene la diferencia es con sus padres que no lo saben usar.»

(EXPERTO, INVESTIGADOR EN TIC Y MIEMBRO DE UNA RED INDEPENDIENTE)

«—El Messenger se supone que son los colegas... no sé, es como... como llamar por teléfono... como llamar por teléfono a un colega, para charlar un rato...» (JAVIER, 24 AÑOS, USUARIO OCASIONAL, SIN TRABAJO)

Por tanto (como enfatizan los dos extractos reflejados), lo que determina la diferencia que origina la naturalización de la relación joven-tecnología, es que han cambiado parte de los canales a través de los cuales se comunican de forma habitual (así como la valoración y relación con los ya existentes, como apuntábamos en el capítulo 3), los cuales pueden resultar extraños para personas que han crecido rodeándose de otro tipo de canales. Claro que la velocidad a la que surgen y se desarrollan nuevos canales provoca que las “brechas” generacionales sean cada vez más cortas: hablar a través del Messenger en lugar de por el móvil, por ejemplo, cuando la generalización del móvil es bastante reciente. O incluso usar versiones distintas, más o menos actualizadas, del Messenger.

En este sentido, resulta imprescindible señalar que la propia tríada que conforman las TIC, el ocio y el trabajo (no siempre entendido en función de la idea de trabajo remunerado, como veíamos al final del capítulo 3), como tres ejes interrelacionados a partir de los cuales abordar el análisis, en relación a otros muchos argumentos y análisis latentes en la sociedad que se entrecruzan para propiciar discursos globales y sólidos, dan lugar de este modo a una nueva forma de entender el concepto “generación”.

Es así porque hablar de “generación tecnológica” pierde todo su sentido atendiendo a las características de un mercado definido por la velocidad, la movilidad, los recorridos itinerantes y la rápida obsolescencia, en el que en el escaso margen de cuatro o cinco años pueden cambiar de manera esencial no sólo las aplicaciones en sí mismas, sino los paradigmas a partir de los cuales interpretar y valorar la tecnología y su relación con los seres humanos (que no así los discursos y las relaciones estructurales e históricas que los median). Por ello, un joven de 25 años puede llegar a sentirse tan lejos de uno de 15 como para no entender el tipo de usos que éstos hacen de determinadas herramientas o canales, y por ello el análisis genera-

cional habrá de ser cauteloso y considerado en función de tramos etarios ajustados al ritmo del mercado y de los grandes y rápidos cambios que propicia⁵.

Frente a esta visión de jóvenes “tecnologizados”, los adultos tienden a aumentar la brecha simbólica aceptando la distancia generacional que les separa del “lenguaje tecnológico”, que asumirán complicado, extraño y, en muchos casos, indescifrable. Considerando que el esfuerzo para “comenzar de cero” es excesivo (“si no sé ni programar un vídeo...”), en muchos casos innecesario (“no lo necesito...”) y, casi siempre, escasamente operativo (“los jóvenes deben saber manejarse tecnológicamente, porque de ello depende su futuro, mientras nosotros, adultos, ya estamos en nuestro futuro”). Asumiendo, por tanto, que la tecnología “es cosa de jóvenes”.

«—El ordenador ha estado en casa... yo recuerdo de siempre. Es muy... es una cosa más dentro de la familia, entonces los niños cuando ya nacieron había ordenador en casa, entonces el contacto con el ordenador ellos lo han tenido siempre.

—Entrevistador: Claro, siempre han estado usándolo...

—Sí, para ellos es una herramienta normal. Para mí, y yo soy más mayor, me ha costado, pero...

—E: Pero lo utilizas también...

—Sí, sí, sí. No tanto como ellos, por supuesto, pero yo también lo utilizo. En el trabajo tengo que utilizar, me ha costado ¿eh? arrancarme (risa), pero una vez que lo coges (...) Es que hay gente que se niega, ¿no? Porque lo pillan un poco tarde...

—E: Claro, que eso es la generación.

—...a ciertas edades, en la generación nuestra sobre todo... yo creo que le tenemos como un poco más de respeto, no miedo, pero que no nos gusta, y a las mujeres...

—E: A determinada edad...

—...yo tengo ya 51 castañas, o sea que...»

(MADRE DE USUARIA HABITUAL, CLASE MEDIA)

«—En mi casa yo creo que mi padre es el que más... controla mejor el ordenador... las cosas más importantes del ordenador. Mi padre es el que instala las cosas siempre y el antivirus y todo eso siempre lo hace mi padre.

—Yo no... de hecho lo hago yo. Mi padre no hace nada, dice que...

5. Pese a que algunos autores intenten trazar análisis generacionales en función de tramos etarios muy concretos y definidos, la realidad de los análisis de los propios jóvenes tiende a desmentir o matizar los mismos. Así, en nuestras entrevistas y grupos observamos cierta ritualización en torno a los 20 años como edad que marca el paso de usos adolescentes a usos más adultos de las tecnologías. Y ello suele resultar independiente del contexto de socialización o uso en el que han crecido o a partir del cual se han formado tecnológicamente. En cualquier caso, consideramos tremendamente osado, como hemos señalado en lo relativo a nociones homogéneas y abstractas de infancia y juventud (capítulo 1), establecer parcelaciones etarias en un tema tan cambiante y con tantas implicaciones sociales como el que nos ocupa.

—Mi padre, pues depende. El antivirus, por ejemplo, sí que me lo instaló él, pero las cosas que no sabe cómo se instalan... el modem y algo así, eso lo hago yo. También tengo un vecino que está estudiando informática y me llevo muy bien con él, y cuando tengo algún problema le llamo y me ayuda. Pues normalmente yo, con ayuda de mi vecino.

—Moderador: ¿Y por qué creéis que vosotros manejáis un poco más si sois mucho más pequeños?

—Yo creo que porque Internet no salió hace mucho tiempo, y entonces pues la gente mayor... y hombre mi padre sí que lo necesita para su trabajo, pero mi madre por ejemplo no lo necesita para nada, y como tampoco se ha familiarizado con ello desde pequeña, pues no...»

(GT, 13-14 AÑOS, COLEGIO CONCERTADO)

«—También eso es provocado por la sencilla razón de que... si tú cuando tuviste 15 años, cuando tuviste 18, 20 años, cuando has tenido esa edad, no has tenido ese ordenador, pues no puedes llegar a entender perfectamente qué... qué está pasando con tu hijo o tu hija con esa edad que tiene ese ordenador. Puedes más o menos eh... también no sé, ponerse en su lugar, pero muy difícilmente lo vas a conseguir.

—Entrevistador: O sea, que crees que es un problema de educación más o menos.

—Más o menos. Sí, sí, sí, porque... La persona que en realidad pues... su juventud no ha estado en contacto con el ordenador y mucho menos ya con Internet y tal, pues muy difícilmente lo va a llegar a entender.»

(PADRE DE USUARIA OCASIONAL, CLASE BAJA)

Tales argumentos respecto a las diferencias generacionales relativas a la relación y la forma de entender y usar la tecnología (que fundamentalmente diferencian a jóvenes de adultos), no son ajenos a quienes son señalados como protagonistas (los y las jóvenes), que se reconocen en ellos. Es decir, que asumen lo real de los mismos, de la misma manera que asumen otros muchos discursos de hondo y sólido calado social en relación a las cosas que son “de jóvenes” (salir por la noche, la música, las drogas, la diversión, los videojuegos, etc.), o que implican “rebel-día”. Otro asunto será valorar los motivos o intereses que sustentan tales asociaciones, y la manera en que se producen respecto al tema concreto que nos ocupa.

En cualquier caso, no extraña encontrar en los grupos de discusión alusiones, en ocasiones de forma seria, en ocasiones en clave de humor, que giran en torno a la idea de las diferentes “estructuras mentales” que tendrán ellos, como jóvenes, respecto a generaciones como las de sus padres o abuelos (modo de *transgresión* integrado en los límites de la familia). Aceptar esto llegó a provocar auténticas carcajadas a partir del simple hecho de imaginar a la abuela de uno de los participantes usando un móvil de última generación que le habían regalado, por ejemplo.

«—¿Sabéis que los móviles de última generación se pueden mandar... se pueden conectar con... con el Messenger, no?

—Sí.
 —¿Sabéis de alguien que tenga esta facilidad o...?
 —Yeah, yeah [riendo]... mi abuela. Mi abuela [riendo], a mi abuela le ha tocado un móvil de éstos.
 —[Risas]
 —¿Le ha tocado en una rifa o algo?
 —Sí, le ha tocado, el de Telefónica éste. Le llamaron el otro día.
 —Es de Amena ¿no? El...
 —No, eh... de Movistar.
 —Movistar.
 —Le tocó...
 —Y puede conectarse al Messenger vía teléfono, el teléfono móvil ¿no?
 —Sí... pero vamos, lo... se lo regalará a algún nieto, no sé...
 —[Risas]» (GT, 17 AÑOS, COLEGIO PÚBLICO, CLASE MEDIA-BAJA)

La asociación de aplicaciones como el Messenger o los *chats* a nuevas y características formas de comunicación “juvenil” llega, en muchas ocasiones, a asimilarse como un característico rito de paso propio de esos años, en función de la época histórica que ha tocado vivir a los jóvenes contemporáneos. Es decir, que si eres joven hoy, será habitual o natural que tus formas de relación y comunicación pasen por el ordenador e Internet como respuesta a las inquietudes, intereses, expectativas y referentes identitarios propios de los adolescentes que crecen en la sociedad tecnológica. Eso sí, tal rito de paso se acepta como eso, como un paso, tan propio de un momento concreto de la etapa vital juvenil, que se acepta sin atisbo de duda que desaparecerá con el simple paso de unos años. De esta manera se evita sentirse señalado por las connotaciones inmersas en la ausencia de responsabilidad, siempre encuadradas en el terreno simbólico del ocio que contribuye a definir la propia identidad juvenil: “cuando crezca, y madure, dejarán de interesarme estas cosas, propias de momentos jóvenes, despreocupados y desresponsabilizados”. Visión de “crecer” o “madurar” que, de nuevo, nos sitúa ante el trabajo como pilar esencial de la tríada, en el sentido de que crecer implica trabajar, que a su vez presupone una falta de tiempo para el ocio y la tecnología en su vertiente más lúdica y relacional.

«—Moderador: ¿A gente de qué edad creéis que le interesa más o usa más Internet?
 —Pues a nuestra edad.
 —A nosotros.
 —M: A vuestra edad... ¿Y por qué?
 —Sí, porque los más jovencitos no se enteran y los que ya tienen veinte años no...
 —No te creas, que últimamente...
 —Bueno...
 —Que cada vez eso empieza más pronto.
 —...los mayores yo creo que se aburren, menos tu hermano, que a tu hermano le gustan todas las cosas, pero mi hermana se aburre, mi hermana se mete para ver el correo a ver si le han mandado algo y ya está.

—Pero tampoco te creas ¿eh? Mi padre tiene 50 años y también está en Internet ahí...

—[Risa]

—...todas las noches.

—Moderador: O sea, que cuanto más mayor eres, más te vas aburriendo de esas cosas.

—No sé, yo creo que cansa.

—Pues en mi familia hay un vicio grande de Internet, porque mi tía también tiene casi cincuenta años y está con Internet todo el día, sobre todo por las noches.

—Porque vuestros padres ¿usan el ordenador?

—Hombre, mi padre sólo, porque mi madre no sabe.

—Mi padre, si quiere bajarse una película que quiere ver y eso sí, pero para lo demás no.

—Pero no... por ejemplo ¿no sabéis si la gente de la edad de vuestros padres pues se mete en Messenger, o chatea, o eso?

—Hombre, sí, pero no tanto como la gente como nosotros, y una pequeña parte.

—Pero poca. » (GT, 15 AÑOS, COLEGIO CONCERTADO Y CONFESIONAL)

Por supuesto, existirán casos que contradigan esta marcada división generacional, pero ello no impide que la brecha simbólica sea socialmente operativa. Que ambas partes de la “frontera” acepten la misma, supone, en buena parte, asumir que el lenguaje, la mecánica y el funcionamiento de gran parte de las nuevas tecnologías, se interpretarán en clave generacional.

De ahí que asistamos a lo que podríamos denominar como cierta *infantilización* de la red⁶. Es decir, reducción a unas claves de entendimiento y aceptación “juvenil” (adolescente, más bien) de gran parte de los mecanismos y las temáticas que articulan la comunicación tecnológica. Por ejemplo (y a la cabeza de ello), la generalización del lenguaje escrito mediante abreviaturas, onomatopeyas, emoticones o símiles fonéticos que, obviando toda regla lingüística y académica (asociada a lo formal, “lo adulto”), marcan la pauta de cómo “debe ser” la comunicación en Internet y mediante mensajes de móvil: rápida, ágil, espontánea, fresca... “joven”⁷.

«—Luego hay otra desventaja que tiene el Messenger, según los profesores, sobre todo que las abreviaturas... que pones sólo una “t”, la letra...

6. Un periodo antecedido por momentos previos donde prevalecían la visión del ciberespacio como lugar anárquico, seguido de una representación del ciberespacio como reservorio de todo tipo de encuentros y posibilidades sexuales (cibersexo o fase sexuada), hasta llegar a la fase actual de “infantilización”, que coexiste con la mercantilización de Internet (Gordo López y Cavia, 2003). Estas fases no se reemplazan una a otras, sino que se redefinen y reconstituyen mutuamente. De lo contrario estaríamos abogando por el mismo discurso evolutivo y etario que pretendemos mantener lejos de nuestra argumentación.

7. En el siguiente capítulo abordaremos los importantes matices que resulta necesario señalar al respecto de la “agilidad” y, sobre todo, la “espontaneidad” del lenguaje empleado en los sistemas de mensajería instantánea.

—Es que creo que por escribir “que” con “k” no creo que en un examen se te olvide cómo que escribirlo; vamos, es que la gente...

—Moderador: ...independientemente de cómo escribáis... es... vuestro lenguaje en la vida cotidiana ¿es correcto?

—Yo creo que es... no cambia.

—Yo... es que a lo mejor, si estás muy enganchado al Messenger, pues a lo mejor sí que te equivocas alguna vez, pero vamos, que es que yo no lo veo tan exagerado como lo dicen ellos.»

(GT, 13 AÑOS, COLEGIO PRIVADO Y CONFESIONAL)

«—Entrevistador: ¿Los niños utilizan las cosas de una forma, y luego los mayores...?

—Sí, sí, o sea, por ejemplo, yo creo que está claro que sí, un adolescente no lo utilizará igual que una persona de treinta años, porque los adolescentes lo que hacen... el típico ligoteo, mucho mensaje, mucho toque, mucho toque, y el adolescente no juega tanto al toque, ni los mensajes tampoco se esmeran mucho. El nivel adquisitivo de una persona de treinta años... he dicho antes adolescente, bueno, da igual... el nivel adquisitivo de una persona treinta años, es mucho mayor, por lo tanto que no se para a dar toquecitos, sino que llama directamente, el adolescente se ciñe a eso.

—E: Manda mensajes.

—Claro, Internet es lo mismo, el adolescente se pone a indagar, a buscar para.. yo qué sé, ver cosas que... prohibidas entre comillas, sin embargo una persona mayor, yo creo que lo utilizarán en otro aspecto. Sí, está muy enfocado.

—E: Y sobre el tipo de lenguaje que se utiliza, también un poco relacionado con las edades, sobre el tipo de lenguaje de los mensajes...

—Sí, el famoso... las famosas abreviaturas. Se nota, se nota, porque yo le mando un mensaje a mi padre, y mi padre no se entera de nada, pero de nada. Es como... tiene que decírselo a un compañero que es más joven para que le descifre mi mensaje, y en la forma en la que te lo manda también, porque suelen ser, mis padres por lo menos, es que “Te he mandado el dinero. Besos” y no sé, es todo muy telegráfico y “tal, tal, tal” sin embargo entre los amigos que es como más... bueno “¿Qué tal? Nosequé, nose cuántos”. Sí, bueno, se hace mucho más “besitos, un besazo muy grande”. Y no sé, se nota, se nota... porque ahora mismo... yo cuando sea mayor lo utilizaré como una adolescente.»

(LETICIA, USUARIA OCASIONAL, 20 AÑOS, CLASE ALTA)

La última afirmación del extracto resulta de especial interés y corre pareja a esa hipótesis sobre la necesidad de “infantilizar” el uso de la red como vía para la introducción de aspectos poco desarrollados, como el e-comercio, la e-administración y en general el e-gobierno. En la discusión sobre la sociedad de la información y la *generación net/red* barajamos una mirada crítica sobre la naturalización de la relación joven-nuevas tecnologías, y ahora vemos cómo algunas de estas consideraciones pueden empezar a cobrar nuevos matices desde la observa-

ción de los discursos. Por ejemplo, que el nuevo usuario, que el futuro usuario, tenga un perfil parecido al uso que hacen actualmente los adolescentes.

A este respecto, en otro estudio veíamos el modo que los informes de mercado y evaluaciones de desarrollo de la sociedad de la información, en especial aquellos realizados por las grandes multinacionales de la telefonía móvil, vislumbraban nuevos nichos “creativos” entre los grupos sociales marginales (indimedia, nodo50, o las movilizaciones populares como las del 13-M). En estos informes también comprobábamos que después de alcanzada una “saturación” suficiente del mercado de telefonía móvil, los ejecutivos que no supieron en un principio apreciar el potencial tremendo que escondía los primeras envíos de SMS (o llamadas perdidas), ahora no quieren dejar pasar el uso que de ellos hacen los adolescentes⁸. De este modo, el uso que hagan los adolescentes de los móviles y el tipo de comunicaciones que entablan o puedan entablar en un futuro próximo serán de máximo interés para el mercado de las TIC.

En este sentido es necesario destacar el papel que ocupa el teléfono móvil en el entramado de los nuevos canales de comunicación, en este caso entre los y las jóvenes. No es ésta una investigación que tenga como objetivo analizar el papel del móvil entre los más jóvenes, aunque sí considerarlo como parte de los modos de comunicación asociados a las nuevas tecnologías, en los que la interoperatividad y el empleo de códigos lingüísticos de nuevo cuño juegan un papel destacado, no sólo como muestras de nuevas formas de relacionarse, sino también como auténticos símbolos a partir de los cuales se configuran determinados aspectos de los procesos de identificación juvenil (algo que ya comenzamos a desarrollar en el capítulo 3).

El caso es que el móvil, a pesar de ser un “invento” de no hace tantos años, ha pasado a formar parte indisoluble de los procesos de comunicación y relación juvenil. Bien es cierto que muchos de los y las más jóvenes ya han crecido y se han desarrollado en un entorno en el que el móvil se asume como una herramienta habitual y generalizada. Pero, aún así, resulta sorprendente la contundencia con la que buena parte de los entrevistados afirman su absoluta dependencia del mismo, como lazo esencial de contacto con su grupo de pares y como cordón

8. Algo parecido ocurría en las empresas españolas en las que pudimos llegar a hacer estudios de mercado. Mientras que la empresa privada incitaba el uso de intranets, los usuarios de las empresas públicas escapaban del alto grado de vigilancia y falta de privacidad de los sistemas oficiales de comunicación electrónica interna (memo o *e-mail*) a través del uso de mensajes cortos, facilitados por otras aplicaciones no especializadas en comunicación telemática, pero que se generaba a partir del sistema de trabajo de documentos compartidos en el *host* de la empresa (por ejemplo, a través de los mensajes cortos que permitía el sistema Novell) (Gordo López, 1994; 1995). Otro ejemplo se haya en las opciones que brindan los infrarrojos y *bluetooth* para la comunicación anónima en espacios públicos. Actualmente, esta opción de comunicación “gratuita” entre (terminales/dispositivos digitales) móviles en distancias cortas, es usada para propiciar encuentros en espacios públicos entre determinados sectores sociales, en su mayoría no-heterosexuales, pero no sólo (Gordo López y Cleminson, 2004). La empresa de las TIC incita, aunque no invita directamente, a este tipo de usos en “construcción”, adoptando así la tendencia emergente de espacios y tecnologías en construcción (versiones Beta) o de código abierto (*software* libre).

umbilical que les une permanentemente con tal grupo⁹. Necesidad de estar localizado y de poder localizar al instante que, en última instancia, no tiene tanto que ver con las conversaciones telefónicas, como con los mensajes vía SMS, auténticos protagonistas de los usos del móvil por parte de los adolescentes. Por cuestiones monetarias, por un lado, pero no sólo: a través de los mensajes (como ocurre con los *e-mails* y el Messenger, aunque con matices bien distintos, como veremos) se pueden decir cosas que difícilmente se dirían en persona, escudándose en un canal que, en base a “lo virtual” de la transmisión (no hay gestos, miradas o señales), elimina o transforma miedos, dudas o reparos: si el resultado no es el esperado, el mensaje se perderá en el limbo de lo etéreo, lo confuso, lo que quizás nunca se dijo...

«—Moderador: *¿Y si tenéis que estar sin móvil?*

—*Buñ, fatal, fatal.*

—*M: ¿Fatal?*

—*O sin móvil, o sin saldo.*

—*M: ¿Por qué?*

—*Porque no te puedes comunicar con la gente, no sé...*

—*Luego muchas veces las facturas... a mí me pasó... que facturas de teléfono... ahora creo que debo a mi padre 40 euros.*

—*Pero es contrato...*

—*No, pero es teléfono de casa.*

—*Yo es que desde el teléfono de casa llamé siempre a los móviles.»*

(GT, 13 AÑOS, COLEGIO PRIVADO Y CONFESIONAL)

«—*Las relaciones entre las personas ya se han configurado en torno al móvil, claramente porque... Por ejemplo, ayer iba a ir a trabajar y me presenté en... donde trabajo, y me dijeron que no, que no tenía trabajo [risa] y que había ido para nada vamos, básicamente. Y me habían estado llamando al móvil y yo lo tenía apagado ¿no? Entonces ya es como que... si no tienes móvil ya arreglártelas como puedas porque... ni te van a... o sea te van a llamar al móvil, la gente para decirte que queda, que no queda, yo qué sé... Si has quedao con una persona y esa persona al final no va a ir, lo más probable es que te mande un mensaje al móvil también... Y tú se supone que lo tienes que leer, ver que no va a ir y tal, pero si tienes el móvil apagado todo el día, pues no te llega y... vas, entonces hay como una dependencia en el sentido de que... si vas a hacer algo con una per-*

9. En este sentido, como ejemplo de la manera en que el móvil se constituye en ese vínculo o “cordón umbilical” (y no sólo con el grupo), recordamos una campaña de Airtel que, bajo el eslogan “¡Mamááááá!”, presentaba los servicios de un botón que, desde cualquier lugar y 24 horas al día, ponía a disposición del cliente la ayuda requerida, desde una ambulancia hasta un servicio de reparación de coches en carretera, pasando por cualquier tipo de información solicitada. Lo interesante de la campaña es que, en su exposición gráfica (anuncio televisivo), mostraba a niños/as, jóvenes y adultos que, en situaciones de desesperación, gritaban “¡Mamááá!”, en un acto que recuerda a los gritos de impotencia de infantes en reclamo de la ayuda de una madre que todo lo soluciona; ello sitúa el vínculo entre la infancia y la emoción en el primer plano de las estrategias de promoción de servicios que buscan constituirse, de tal manera, en ese vínculo o cordón umbilical (ejemplo tomado de González Lobo, 2002: 185).

sona, quedar... o tienes que ir a trabajar, estás obligado en todo momento a... a encender el móvil antes para ver si hay algún mensaje o para ver si han cambiado los planes o no.

—Entrevistador: *O sea, que tú crees que crea más dependencia el móvil que...*

—*¿...que Internet? Sí, en ese sentido yo creo que sí. Porque lo de Internet bueno... como que es una dependencia más personal ¿no?, como que a ti te apetece hacerlo y no puedes. Pero lo del móvil ya está metido ahí, dentro de la interacción.»*

(PAULA, USUARIA HABITUAL, 22 AÑOS, CON TRABAJO OCASIONAL)

«—Moderador: *¿Móvil tenéis?*

—*Sí.*

—*M: ¿Lo usáis mucho?*

—*Es básico para mí.*

—*Te lo juro que no es porque me estás haciendo una entrevista: yo es que sin el móvil te lo juro que no soy nada.»*

(GT, 17 AÑOS, COLEGIO CONFESIONAL, CLASE MEDIA)

El caso del móvil, además, presenta características peculiares por cuanto son los propios padres quienes, en muchas ocasiones, reconocen iniciar a sus hijos en el uso del mismo como forma de cierto control durante el tiempo que pasan fuera de casa. Regalando un teléfono móvil al hijo o a la hija cuando éstos cumplen determinada edad se crea el lazo que, como nuevo cordón umbilical, conecta a los jóvenes con sus padres, que tendrán la capacidad de saber en cada momento dónde (y quizás con quién) están. Pero, al mismo tiempo, ese mismo regalo inicia a los hijos en la gestión novedosa de su nueva identidad “móvil” y virtual, de sus contactos y de su propia configuración de los tiempos y hábitos, además de poner la semilla de nuevos consumos diferenciales relacionados con la tecnología y las diferencias de clase que lleva asociada (distinción social a partir de determinados consumos tecnológicos). En definitiva, contribuye a reforzar su emergente identidad como seres “autónomos” y autoorganizados, aunque en continua relación y disponibilidad, además de en gestión de ambas (como ocurre también en el Messenger, algo que ilustrábamos en el capítulo 3).

«—*Pues yo me acuerdo que mi padre, el primer teléfono móvil que... de los que salió en España que... bueno o... que aparecían, porque a mí me dijo “Ah, toma, toma éste...”, y yo lo veía y creía que era un inalámbrico de casa y... era muy grande, muy grande, y... me dice “venga, te lo llevas al colegio” y yo muerta de vergüenza y diciendo, “¿Pero cómo me voy a llevar esto al colegio, se van a reír de mí, que me voy a... me voy a traer el teléfono de casa?” Y me decía él “que no hombre, que no, que si te pasa algo tienes el teléfono” y yo le decía a mi padre que ni para atrás, que no. Y ya al año siguiente o así, ya cuando la gente empezaba ya a tener móviles, así a verse más, pues ya... me animé un poco más, pero yo me acuerdo que... no sé, pero yo era pequeña, me acuerdo que es... de los primeros móviles... ladrillos.» (LETICIA, USUARIA OCASIONAL, 20 AÑOS, CLASE ALTA)*

Apuntamos en el anterior párrafo la idea de consumo tecnológico (o de aplicaciones tecnológicas, más bien) como elemento de identificación y diferenciación, asociado a novedosas nociones de clase y distinción. Más adelante abordaremos cómo estos procesos dan lugar, por un lado, a nuevos nichos de mercado que aprovechan esta asociación entre capital tecnológico y clase social, mientras, por otro lado, procuran nuevos grupos de ciudadanos marginados o desclasados.

Ahora nos limitaremos a hacer hincapié en la manera en que la tecnología se inserta, como un nuevo consumo, en los procesos en los que éste (el consumo) contribuye a dar forma a los símbolos a partir de los cuales se reproduce la identidad juvenil en un momento en el que no existen otros referentes tan claros. Es decir, que como ocurre con la ropa, los símbolos asociados a la música, o los patrones de ocio, el hecho de tener (adquirir, comprar) las herramientas tecnológicas más avanzadas o novedosas (como un móvil de nueva generación con todas las aplicaciones, o una conexión a Internet más potente y con mayor capacidad), situará al joven en un lugar en el que será socialmente reconocido y a partir del cual, por tanto, podrá situarse en un estatus diferenciado. Y a la velocidad que avanzan las TIC, no es que la adquisición de las mejoras tecnológicas sitúen a su usuario en un lugar privilegiado, sino que es la carencia de las mismas la que coloca a quien las sufre en la posición de debilidad, desventaja, e incluso marginación social¹⁰.

«—Moderador: *¿Creéis que la gente de vuestra edad, es normal que diariamente use el Messenger?*

—No.

—*Depende de la gente.*

—M: *¿Entonces sois raros o qué?*

—*Un poco sí, somos privilegiados, no raros; hay mucha gente que tiene ordenador pero por ejemplo, no tiene ADSL.*

—*El padre es el que permite hablar por Internet, y que los padres puedan hablar por teléfono, claro. Yo cuando no tenía ADSL no era por lo que pagábamos, era por “suelta que a ver si me están llamando.”*

—*Pero por ejemplo, la gente de nuestra clase...*

10. En *Una mirada al universo cultural de los jóvenes* (FAD, 2005), librito-resumen de la colección de estudios emprendidos por la FAD y el INJUVE, realizábamos una exposición de los elementos transversales que contribuyen a elaborar un análisis global de los jóvenes, en el cual incluíamos a los consumos como uno de los fenómenos significativos en la cultura juvenil: “El consumo se plantea en el discurso de los jóvenes como un elemento definitorio de la cultura juvenil: las modas que se siguen, el aspecto que se asume, la música que se oye, la utilización que se hace de los medios de comunicación, la práctica en el empleo de audiovisuales, las formas y fórmulas de ocio que se frecuentan... Todo forma parte de un mundo de consumo definitorio de lo que es ‘ser joven’. Esta circunstancia, que en términos absolutos parecería obvia e irrelevante, adquiere todo su significado cuando se entiende que las determinadas fórmulas de consumo no sólo diferencian sino que también identifican. Es decir, no es sólo que quienes son jóvenes se comportan así, sino que quienes desean serlo tienen que comportarse de esa manera. Esto cierra el círculo de la socialización y de la atribución de estereotipos.” (op. cit.: 51). Las obras de M. Douglas (1998) y P. Willis (1996), figuras relevantes del análisis cultural, nos ayudarán a entender mejor la manera en que esos consumos culturales se insertan en los procesos sociales de distinción y diferenciación.

—Una amiga mía tiene ordenador pero ni siquiera tiene Internet. Claro que mucha gente que tiene ordenador tiene la Encarta pero para buscar información así lo básico.» (GT, 15-16 AÑOS, COLEGIO CONCERTADO)

«—Pero vamos que ahora te digo... entre el eDonkey o el Bittorrent es con lo que estoy funcionando y... a la hora de, claro a la hora de coger ficheros de la última película con Bittorrent sin problemas, y a la hora de buscar ya algo exquisito, de decir... a pues quiero esto de nosequé de los Beatles o nosequé, tiene que ser a través del eDonkey porque es una red en la que ya... hay más usuarios...

—¿Y conoces a más gente que lo utilice... así de tu círculo...?

—Sí, la verdad es que al nivel que yo pueda utilizarlo pues... no conozco mucha gente. No sé, la verdad es que de lo que es mi círculo no...»

(PADRE DE USUARIA OCASIONAL, CLASE BAJA)

Todos los planteamientos desarrollados en relación a los mitos y fantasías que rodean a la sociedad tecnológica, especialmente en relación a los más jóvenes (acceso universal, cómodo y fácil; renovación constante e inmediata de la información; naturalización de la relación joven-tecnología; aplicación educativa y laboral, desarrollo de nuevas capacidades, progreso...), tienden a traducirse en determinadas visiones o proyecciones de cómo será la evolución de esas tecnologías en un futuro próximo. Tales proyecciones, muchas veces alimentadas por el cine, la literatura y los medios de comunicación, suelen girar en torno a determinadas ideas generalmente aceptadas por el conjunto de la sociedad: caminamos hacia una mayor dependencia de lo tecnológico, que progresivamente va copando mayores áreas de la gestión de nuestra vida cotidiana, hasta hacerse verdaderamente indispensable. Dependencia que tendrá que ver, fundamentalmente, con la centralización de las operaciones que organizan nuestra vida en torno a máquinas u ordenadores, sin cuya ayuda llegaremos a sentirnos desvalidos, desprotegidos, solos. Sin ir más lejos, observando el presente: ¿qué pasa si pierdes el móvil o si un virus te borra el disco duro del ordenador? ¿no están todos tus contactos, tus proyectos, tus trabajos, buena parte de tus opciones de ocio, en tales aparatos tecnológicos?

La fantasía de esa sociedad tecnológica tiende a dibujar tal futuro, que se enmarcará en un escenario en el que predominará la completa y absoluta interoperatividad (aparatos con los que podrás conectarte a Internet, hablar por videoconferencia, escuchar música, ver películas...), las miniaturas, la robótica más avanzada, y la extensión de las aplicaciones tecnológicas a terrenos tan imprescindibles como la Medicina. Mientras los argumentos más centrados en el mito tecnológico parecen obviar los mecanismos sociales que propician que los procesos de desarrollo tecnológico sea tal cual son, tampoco podemos ignorar las voces que señalan que tras esos procesos se encuentra la economía, la empresa y el gobierno (entendido en sentido amplio) que determina los “ritmos” y el sentido de los “avances”.

Dentro de esos mismos ejercicios de proyección de futuro, surgen algunas voces que desarrollan una idea distinta y muy interesante. Idea que también gira en

torno a la mayor dependencia, pero explicada a partir de argumentos contrarios: tras extender las bondades de la era tecnológica, tras convencernos de la necesidad del progreso técnico e informático, tras hacernos partícipes de un mercado centrado en el consumo de herramientas y aplicaciones, tras meternos en la rueda de la obsolescencia y la renovación constante, y tras procurar que sintamos una dependencia simbólica, virtual, física, de un mundo tecnológico que configura nuestro tiempo de ocio, nuestro trabajo y nuestras relaciones personales, quienes han procurado tal situación (mercado, poder) comenzarán a restringir nuestras posibilidades de seguir integrados, de seguir avanzando, creando nuevas inseguridades y consiguientes dependencias de nuevo cuño. Es decir, ponerte el caramelo (del desarrollo, la influencia, el progreso, el poder, el conocimiento, la autonomía) al alcance de la mano... para luego quitártelo.

«—Yo creo que todavía no ha llegado, o sea ahora mismo está en el nivel de que todo el mundo lo conozca, se maneje perfectamente con ello, no le cueste muy caro, tal... pero llegará un punto en que... en que pues eso, tendrá que empezar a ser... yo creo que tirará a ser algo más restrictivo, se intentará controlarlo completamente y sacarle más beneficio.»

(JAVIER, USUARIO OCASIONAL, 24 AÑOS, SIN TRABAJO)

«—Me imagino que todo lo que tiene que ver con la robótica, con la inteligencia artificial que... me imagino que en este momento mucho trabajando también sobre tecnología aplicada a la Medicina, en lo que se refiere a... se habla mucho a veces de pequeños... sin que sean capaces de incluso, de circular por nuestro torrente circulatorio, de las células, de observar las que están en mal estado, y luego todo lo que tiene que ver con la comodidad. Lo que decía antes, la robótica... que cada día seamos más dependientes de las máquinas, menos autónomos quizá.»

(DOCENTE DE SECUNDARIA, CENTRO PRIVADO Y CONFESIONAL)

2. SOBRE LOS USOS Y EL *DEBER SER* DE LAS RELACIONES TECNOSOCIALES

Al acercarse a la manera en que los jóvenes analizan su relación con los ordenadores, Internet y las TIC, una de las primeras cosas que se pueden percibir es la tendencia a lo que podemos denominar dualización o disociación, por un lado temporal y, por otro, espacial. Eso sí, disociación más bien teórica que determina el sentido de determinados análisis sociales, pero que, en la práctica, no ofrece límites o diferenciaciones (ocio-trabajo, “virtual”-“real”) tan claros o, cuando menos, tan estáticos. Fundamentalmente, a medida que aumenta la edad y el joven adquiere nuevas responsabilidades (por lo general asociadas al trabajo), tales disociaciones dejan de plantear límites tan meridianos, en función de tendencias analíticas que iremos observando.

Respecto a los más jóvenes (los adolescentes), la disociación temporal actúa en el sentido de que, a pesar de asumir (de forma inevitable e inseparable de la socie-

dad tecnológica en la que se observan inmersos) que la tecnología representada por el PC se sitúa en el plano de lo indispensable respecto al desarrollo profesional y laboral, su relación con esa tecnología, como adolescentes que son, se circunscribe, en esencia, al tiempo de ocio. Ordenadores e Internet, por tanto, como una opción más de ocio y entretenimiento, a la altura de la televisión y la lectura (por poner dos ejemplos de ocio “casero” que los propios entrevistados suelen emplear como referencia), pero quizás con un mayor componente de “adecuación” a la “modernidad” o al desarrollo tecnológico, que sitúa a dicha opción en un papel claramente diferenciado en lo que respecta a su simbolismo generacional: opción de ocio natural y adecuada a nuestra realidad y naturaleza como adolescentes contemporáneos (“es lo que nos toca, pues ya hemos nacido con ello”).

Observar esta asociación (desde los jóvenes, pero también desde los adultos), entre la tecnología e Internet y el ocio “joven”, nos permite rescatar análisis ya realizados en otras investigaciones relativas a los jóvenes, especialmente en lo que se refiere a la manera en que crean y proyectan sus procesos de identificación. Muchos de estos análisis quedan compilados y resumidos en *Una mirada al universo cultural de los jóvenes* (FAD, 2005), documento en el que se señalan cómo existen cuatro elementos que se sitúan como “fenómenos significantes en la cultura juvenil”, a saber: el ocio, la dualización o disociación del tiempo y los espacios, las relaciones grupales y los consumos¹¹. Los cuatro elementos, de una u otra forma, con mayor o menor peso, y con matices diferentes, estarán presentes a lo largo de nuestro análisis.

Más adelante abordaremos cómo se insertan en este contexto las relaciones grupales entre los usuarios (siempre como marco de referencia respecto a un uso y una proyección totalmente individual, que observa en el grupo “virtual” la posibilidad de la excepcionalidad, el “por si acaso”). Pero desde el mismo arranque de este epígrafe comprobamos cómo el ocio y la disociación de tiempo y espacio son elementos que los protagonistas sitúan en el primer plano de sus argumentos respecto a los usos que hacen de las TIC, con independencia del sentido en el que tales disociaciones se hagan o no efectivas, y siempre en el marco de la tríada ocio-trabajo-TIC que centra nuestro interés y nuestro análisis. Anteriormente ya mencionamos el consumo de tecnología como forma de distinción social, punto que retomaremos en el próximo capítulo.

En función de estos argumentos relativos a los procesos de disociación, en el sentido en el que se hacen, los estudios o el trabajo serán los espacios reglados, “ajenos”, en los que prima la responsabilidad, que por otra parte será la única que verdaderamente se atribuya (desde jóvenes y adultos) a los y las jóvenes. Evidentemente, tal discurso no puede ser elevado al nivel de categoría homogénea respecto a los jóvenes (¿qué jóvenes?), y no corresponde más que a una representación, integrada en los argumentos que menos inquietudes provocan a las administraciones o instituciones que los observan y estudian (lo que demuestran las tendencias

11. Op. cit.: 48-51.

a problematizar o analizar como problemas situaciones de rebeldía controlada y completamente ajena a los centros de decisión y gestión). Pero tampoco podemos obviar la fuerza social de tal discurso, base de buena parte de los argumentos que no sólo se emplean desde los adultos, sino que tienden a reproducir los mismos que son señalados en tales papeles de irresponsabilidad, hedonismo y diversión.

Frente a esos espacios aparentemente ajenos, y siempre en base a esta abstracción de jóvenes, el ocio parece constituirse en el único y auténtico “espacio propio”, lugar en el que se sitúan y reconocen frente al resto, y en el que se reivindican como generación, o más bien como tiempo simbólico, frente a los adultos (que serán quienes sí vivan el peso de la responsabilidad: trabajo y familia). En este sentido se establece la clara disociación de tiempo y espacio: entre el tiempo reglado de la escuela y la universidad, y el tiempo de ocio, principalmente representado por el fin de semana y la noche, en el que “lo normal” será salir, relacionarse, beber, etc. Tales argumentos contribuyen a naturalizar, en un sentido muy claro, una relación entre los jóvenes y el trabajo-ocio-tecnología, que se traduce en los procesos tendentes a la homogeneización que, a la postre, originan auténticas distinciones sociales o brechas estructurales.

«—Los fines de semana hay más personas conectadas.

—Bueno, depende.

—Hombre, si es por la tarde no, porque está todo el mundo en la calle.

—No, pero no sé, yo a veces me conecto por la noche y no sé...

—Moderador: Pero ¿por qué hay más tiempo y más gente, o por qué charláis de cosas diferentes?

—Yo me conecto más entre semana que el fin de semana.

—Hombre, yo depende de lo cansado que esté.

—Porque los viernes te vas.»

(GT, 15 AÑOS, CENTRO CONCERTADO Y CONFESIONAL)

«—Entrevistador: ¿Cómo te gusta dedicar el tiempo libre, a qué lo dedicas y qué es lo que haces normalmente...?

—Bueno, pues... básicamente me gusta ver deportes en televisión, pues campeonatos del mundo de balonmano y tenis, mucho tenis, y luego pues Internet, sobre todo chatear por Messenger, hablar con la gente y tal, y... bueno los correos electrónicos y nada... si necesito una cosa buscar en Google y todo eso.» (NACHO, 21 AÑOS, USO DIARIO, TRABAJO OCASIONAL)

Los ordenadores e Internet se insertan en esta estrategia de disociación, pero con un matiz diferencial. Por un lado, responden perfectamente a esa dualización, en el sentido de que los propios adolescentes explicitan que los usos en los que centran su relación con las TIC se circunscriben, casi en exclusiva, al tiempo de ocio: “chateo, me bajo música, veo películas, navego por Internet en busca de curiosidades o para resolver dudas, juego con videojuegos...” Ello nos sitúa ante la clave que, pese a la generalizada asunción respecto a que es esencial desenvolverse de manera adecuada con los ordenadores, empezando desde los centros educativos para desembocar en los entornos laborales, prácticamente elimina de los opinio-

nes de los jóvenes una relación con los ordenadores que no tenga lugar en sus casas, en sus habitaciones. En el instituto tengo un aula de informática, sí: pero mi auténtica relación con el PC la tengo en casa, en mi tiempo de ocio, y es para ese ocio doméstico para el que necesito el ordenador e Internet. Argumentos que inciden en el aumento progresivo de un uso personalizado y desde casa, en un proceso que hace compatible una tendencia por un lado a la individuación del uso de las TIC, pero, por otro lado, cada vez más estructurada en torno a la idea del retorno a la familia como base de los valores eternos e importantes (ello explicaría algunos procesos por los que se traslada el PC de las habitaciones de los hijos a despachos o salas comunes, donde el uso personal del ordenador se integra con la presencia constante del resto de la familia). Evidentemente, cuando el joven se piensa en edades laborales, las explicaciones evolucionan, como veremos.

Por tanto, los ordenadores e Internet entran a formar parte de esa diferenciación simbólica entre tiempo de ocio y tiempo de estudio/trabajo, que no es otra que entre lo propio (“hago lo que quiero, cuando quiero, con quien quiero”) y lo ajeno (“tengo que hacer lo que tengo que hacer”). Más aún por cuanto hablamos de chicos y chicas que, en la gran mayoría de los casos (sólo dos jóvenes entrevistados vivían fuera del hogar familiar) viven en casa de los padres; lugar que, sin dejar de resultar cercano (en algunos casos de desestructuración o conflicto familiar, ni eso), no representa el espacio en el que se desarrollan los elementos en los que se reconocen. Por ello, Internet como ventana que abre su casa, su habitación, hacia el mundo exterior (o más bien hacia un mundo paralelo), en el que sí se encuentra con los pares, los amigos, los conocidos (el *chat* o el Messenger como el bar o el parque en que se encuentran después de clase), sintiéndose, por ello, en un espacio propio. Y todo eso, además, a modo de cierta *venganza* hacia la regulación de sus tiempos a la que induce la mencionada disociación: en Internet me organizo y gestiono como quiero, sin que nadie me imponga tiempos ni reglas.

Esta asociación del espacio Internet (sobre todo en lo que se refiere al Messenger), como espacio de ocio y relaciones, resulta perfectamente compatible con la aceptación de que es en la calle, en los bares, con los amigos, de noche, donde un joven-adolescente ha de desarrollar sus principales estrategias relacionales. Por ello, ocupar tales momentos (fines de semana por la noche) frente al ordenador, parece situación restringida a quienes tienen problemas para entablar tales relaciones, o a los denominados *freaks*, como desarrollaremos más adelante. Todo lo que no responda a esos *malos usos*, será aceptado como una manera natural, adecuada, de ocupar el tiempo libre, entre semana o en las mañanas o tardes de los fines de semana. Entonces no importan tanto las horas que se pasen delante del ordenador.

Todo lo dicho no impide, como hemos apuntado, que el discurso evolucione cuando los jóvenes crecen y empiezan a tener contacto con el mundo laboral, algo que, en cualquier caso, no puede observarse como contradictorio pues responde a su propio planteamiento evolutivo: “creceré y dejaré de tener tanto interés en aplicaciones o usos *de adolescente*, sólo centrados en mi tiempo libre.” Por

un lado porque el discurso generalizado que compone lo que se concibe como *buenos usos* o *usos adecuados* de la tecnología (que enseguida abordaremos), presupone la progresiva criba o selección de prácticas y contenidos, en pos de una diversificación del tiempo libre más acorde con lo que exige la edad.

Por otro lado, y de manera especialmente significativa por hacer referencia a los límites de la disociación temporal de la que hablamos, porque asistimos a procesos por los que los tiempos de ocio y trabajo se entremezclan, o se redefinen, en base precisamente a la manera en que la tecnología contribuye a configurarlos. Así, atendiendo en este caso a la situación de jóvenes de mayor edad, será común que en los lugares de trabajo los jóvenes tengan correo electrónico o Messenger, con el que poder establecer redes internas con el resto de trabajadores, pero con el que también poder mantener permanente contacto con amigos y conocidos del exterior, regulando de manera autónoma e independiente sus propios momentos de desconexión o descanso para hablar o entretenerse con esas personas externas al trabajo. En función de esta idea de ocio que participa del tiempo de trabajo para hacerlo más llevadero, escuchamos voces en los grupos de discusión que, partiendo de los argumentos más integrados en los procesos tecnológicos que suelen corresponder a los jóvenes profesionales de clases medias y ascendentes, parecen negarse a trabajar si no cuentan con esa posibilidad de conectarse al Messenger. Y en el lado contrario de tal proceso por el que se entremezclan los tiempos, tendremos el claro ejemplo de cómo el teléfono móvil ha propiciado que el trabajo ocupe en ocasiones el tiempo libre o de ocio, gracias a la posibilidad que tendrán las empresas de tener siempre localizados a sus trabajadores, aunque se encuentren fuera del teórico espacio y horario laboral. Cuestión que se acentúa en el caso de los autónomos o trabajadores por cuenta propia, siempre pendientes de nuevas posibilidades de trabajo, siempre pendientes del móvil, por tanto.

«—Realmente no sé, de las ocho horas que estás trabajando realmente productivas son cuatro... la gente habla por teléfono... yo creo que está bien... que te distrae... no sé, te hace el trabajo más ameno... está bien, tampoco te... no sé... te quita algo de tiempo.»

(JAVIER, USUARIO OCASIONAL, 24 AÑOS, SIN TRABAJO)

A partir de este último planteamiento podemos comprobar también cómo se produce la disociación por espacios, a pesar de esas invasiones parciales que se van produciendo a medida que el joven se adentra en el mundo laboral. Espacios que dejan de ser físicos y pasan a ser móviles, flexibles, adaptables, moldeables a las necesidades y a las búsquedas. Así, en lo que se refiere a los sistemas de mensajería instantánea, con el Messenger a la cabeza, el espacio virtual se transforma en ese espacio propio equiparable a los bares y plazas en los que se encuentran durante los fines de semana, a la salida del trabajo o, en función de la mencionada invasión, en los que paran a media mañana para tomar un tentempié y fumar un cigarro.

Respecto a los más jóvenes, aún alejados de las responsabilidades laborales, el planteamiento de Internet como espacio o lugar encaja perfectamente en la visión

del ocio como universo en el que se desarrollan sus procesos de identificación frente a los adultos, en base a ese tipo ideal tan generalizado que antes señalamos: durante las noches de los fines de semana, en plazas, bares y discotecas, lugares en los que se encuentran con los pares y en los que no se encuentran con quienes no lo son (los adultos); durante la semana, en el Messenger o en el *chat*, lugar en el que (en teoría) tampoco entran padres, profesores o adultos, y hacen y dicen lo que quieren, y a quien quieren. En este sentido, durante la semana laboral también podemos apreciar esa brecha o disociación entre lo propio y lo ajeno, que, como hecho novedoso, entra en los propios hogares familiares, antes terreno “controlado”, y en el que ahora se puede encontrar un punto de encuentro que corresponde con un espacio virtual y alternativo, propio y autorregulado. Posibilidad, además, de poder encontrarte con los amigos en esos mismos lugares si tus padres no te dejan salir, o alargando el tiempo después de haber salido, en una nueva muestra de cómo se constituye Internet en el canal para reivindicar o hacer efectiva la autorregulación del tiempo propio.

«—Entrevistador: *¿qué les gusta hacer a tus hijos en el tiempo libre, en su tiempo de ocio? ¿qué hacen normalmente?*

—*¿En el tiempo de ocio? Pues mi hijo... todo su tiempo es ocio, entonces juega al ordenador, y de vez en cuando al fútbol, y eso es todo el tiempo, todo ese tiempo. Y mi hija... ¿su tiempo de ocio?, pues aparte de la música... pues lee, pero poco, sale con los otros, chatea algo por la noche (...) se quede despierta... y bueno, yo creo que la música es lo principal.*

—Entrevistador: *¿Chatea también? ¿Utiliza ordenador normalmente?*

—*Chatea... habla (...) Oigo mucho que teclea, además, eee... de prisita.*

—Entrevistador: *Porque ¿lo tiene en la habitación, el ordenador?*

—*Claro, entonces la escucho, entonces supongo que hablará, no sé con quién. Pero sí, por la noche.»* (MADRE DE USUARIA OCASIONAL, CLASE ALTA)

Respecto a esta idea de la disociación espacial (o de amplificación de espacios sociales) cabe señalar algún ejemplo paradójico que sirve para ilustrar cómo determinadas aplicaciones tecnológicas contribuyen a redefinir o ampliar la noción de espacios y horarios antes observados desde otro prisma. Por ejemplo, los denominados cibercafés, o los locutorios (en muchos casos se están juntando ambos espacios), lugares en crecimiento que permiten a las personas que quieren conectarse a un terminal de ordenador con una conexión a Internet: o bien porque no tienen PC en casa, o bien porque no tienen la conexión o el equipo adecuado, o bien porque no pueden disponer de él libremente, o simplemente porque quieren estar entretenidos en un lugar rodeado de gente (conocida o desconocida), con la que puede jugar *on line* o intercambiar impresiones.

Lo interesante que ocurre con estos lugares es que, probablemente en contra de la teórica imagen de sitios en los que personas individuales acuden en solitario a chequear el correo, llamar por teléfono, mandar mensajes, buscar información o pasar el rato (imagen a partir de la cual el espacio al que acude el usuario no sería tanto el espacio físico del local como el espacio *virtual* en el que pasa el tiempo

que esté allí), lo que suele ocurrir es que se constituyen en auténticos puntos de encuentro, con la doble lectura que ello supone. Por un lado, punto de encuentro con las personas con las que puedes chatear o jugar en el espacio virtual a partir de la terminal de ordenador que te corresponde. Pero, por otro lado, punto de encuentro físico con otras personas que acuden a ese mismo local, como una posibilidad más de estar rodeado de gente con la que poder compartir conversación, refresco, o una partida *on line*. Esta observación de los cibercafés y locutorios como lugares en los que, aunque teóricamente se acude como excusa para conectarte con el *exterior* (espacio virtual), se producen y procuran relaciones físicas, encaja perfectamente con lo que algunos autores (Augé, 1993; Certeau, 2000; Delgado, 1998; Gordo López y Cleminson, 2004) definen como los *no-lugares*, tradicionales espacios de paso, sin trascendencia y en los que aparentemente no tienen cabida relaciones, pero que han pasado a constituirse en verdaderos espacios productivos de relaciones e intercambios: “en el cibercafé o locutorio conozco a gente con la que entablo relación, o acudo para ver a determinada gente, o incluso quedo allí como punto de encuentro a partir del cual organizar una tarde de ocio.” El caso adquiere tintes especialmente relevantes en el caso de la población inmigrante, que encuentra en estos lugares un auténtico espacio a partir del cual canalizar sus redes de sociabilidad, además de un referente cultural y de identificación de primera importancia.

«—El locutorio que está al lado de mi casa, ahí hemos... hemos conocido a muchísima gente pero porque cuando recién abrieron los locutorios, pues empezamos a llegar de muchísimos países, chinos, rumanos, ucranianos, colombianos, peruanos, de todos, de todos los colores habidos y por haber y... y el dueño del locutorio se le ocurrió empezar... a instalar cosas en los computadores y a empezar a hacer partidas en red, y los fines de semana el locutorio está lleno porque vamos muchos a jugar en red ahí, y todos saben los cientos de... es que ahí todos jugamos en red. Y al final eso ha hecho que nos conozcamos muchísima gente ahí y de ahí han salido relaciones laborales, amistades, algún rollo raro.»

(GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

A partir del mencionado mito referido a Internet como fuente de recursos infinitos e inabarcables, la propia fantasía deriva en todo un planteamiento sobre el sentido de los usos (adecuados, inadecuados) de una tecnología que tiende a ser interpretada como un arma de doble filo si no se actúa en función de lo que se podría entender como una *guía de buenas prácticas*. En primer lugar, la certeza de que Internet plantea todo un mundo de infinitas posibilidades conduce a que se acepte la necesidad de seleccionar, cribar y contrastar contenidos, separando grano de paja y restringiéndose a “lo necesario” y “lo importante”. Claro, que el asunto será observar a partir de qué principios ha de producirse tal “selección”, y cuáles son los parámetros que definen “lo necesario” y “lo importante”. Una cosa parece evidente, y es que, desde el tiempo presente, (casi) nadie asumirá para uno mismo caer en usos que no respondan a tales principios, en base a una experiencia y madurez que permite diferenciar los malos usos: en el pasado, cuando comienza la

relación con Internet y la tecnología, se acepta como normal una fase en que se experimenta, se prueba y se pierde el tiempo; pero, eso sí, todos parecen haber superado tal fase en el presente, con independencia de su edad (o bien porque sólo doy buen uso a la tecnología, o bien porque, pese a usarla de manera poco adecuada en alguna ocasión, sé diferenciar perfectamente cuáles son los buenos usos).

«—Respecto a la información, pues que puedes sacar todo lo que quieras... de información, películas o buscar en el diccionario o yo qué sé, cualquier cosa. Pero, por otro lado... bueno, es un poco saturación de información porque sabiendo, o sea, teniendo allí tantas cosas, uno al final no se centra en una cosa sino que toca un poco de todo, pero bueno, eso me parece positivo... en realidad porque... no sé... (...) Hay que tener un poco de criterio a la hora de seleccionar, porque te puedes encontrar con cualquier chorrada que en realidad... o sea está mal, o no es la definición que buscas o no es correcta y te puedes confundir y tal... Pero yo creo que... que vamos que... sí que se puede ir seleccionando bien, o sea comparando un poco lo que te encuentras por un lado y por otro sí... yo creo que sí. A lo mejor no te encuentras algo aquí como una definición exacta, o... o un libro... Bueno, sí, también te puedes encontrar libros y cosas.» (PAULA, USUARIA HABITUAL, 22 AÑOS, TRABAJO OCASIONAL)

«—Yo antes me perdía, antes de entrar a los chats, me perdía buscando información.

—Claro, es que yo en mi caso nunca he tenido fase de esa, nunca he tenido, desde el principio hasta...

—Sí, pero hay circunstancias de... en Internet, en las que es un poco...

—Yo he aprendido, he mejorado, a calcular bien las fuerzas y a buscar.»

(GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLE)

Es evidente que en este planteamiento nos falta el punto de referencia que permita entender mejor a qué se refieren cuando hablan de buenos y malos usos de la tecnología (fundamentalmente, de Internet). La clave no reside tanto en la *productividad* del tiempo sentado frente a la pantalla del PC, como a lo que podemos llamar, también en términos económicos, el *coste de oportunidad* de ese tiempo. Es decir, qué dejo de hacer por estar empleando el tiempo en el ordenador, tiempo que se considera (de nuevo siguiendo el símil económico), como de *inversión* en redes de oportunidades (más contactos, más información, más posibilidades de ocio y trabajo... "por si acaso"). Es entonces, en la consideración de esas cosas que se dejan de hacer, cuando surgen los usos estigmatizados y los estereotipos referidos a los "enganchados", los *freaks* o los raros, siempre que la persona no encaje en el perfil de quienes "verdaderamente", necesitan Internet para forjarse tales redes (los muy tímidos, los que no pueden salir de casa, los nuevos en la ciudad, etc.).

Lo que quizás resulta más interesante del planteamiento es que los buenos usos no tendrán tanto que ver con los contenidos o aplicaciones que se da a Internet, por ejemplo (obviando aquellos que tienen una evidente carga delictiva o de ética dudosa), como con dejar de hacer determinadas cosas que responden a lo que

sería el deber ser de las relaciones y los comportamientos socialmente aceptados como “normales”. Es decir, que si el conjunto social elabora un discurso a partir del cual buena parte del universo simbólico, y buena parte de los propios procesos de identificación juvenil, se escenifica o recrea en el tiempo de ocio reglado y mercantilizado, que tiene lugar en bares y plazas, durante la noche y los fines de semana, dejar de actuar en función de tal parámetro de lo que es un comportamiento de ocio juvenil asumido como natural, será puesto bajo sospecha. Así, un mal uso de Internet será dejar de salir o de quedar *físicamente* con los amigos para estar delante del ordenador.

En esta línea, existe cierta tensión analítica que escenifica la contraposición entre los espacios en los que tienen lugar las relaciones. Por un lado, Internet procura que todo esté al alcance de la mano, y que desde la casa o la habitación de cada cual se pueda tener acceso a todo un mundo de posibilidades de ocio y relaciones, sin necesidad, por tanto, de salir fuera de ese espacio “virtual”. Pero, por otro lado, nos encontramos con lo que se interpreta como escenario “normal” de las relaciones “normales”, sobre todo en lo que se refiere al tiempo de ocio, que es en el que se interpreta que se deben establecer las relaciones “físicas” (en el entorno laboral se acepta como ventajoso, por el tiempo que ahorra y la mejora de productividad que supone, el contacto vía *e-mail* o Messenger): la calle, los bares, las plazas, los parques...

En función de esta contraposición, el tiempo empleado frente al ordenador, en el espacio “virtual” que en “lo físico” se reduce a las cuatro paredes de la sala en la que se encuentre el PC, se interpreta como tiempo que no se está en la calle, con la gente. En el momento en que se elige estar en casa, frente al ordenador, chateando o jugando, en lugar de “relacionarse” (físicamente) y divertirse con los amigos, en los momentos en los que la norma (el imaginario social, fundamentalmente referido al universo simbólico de los adolescentes) interpreta que “lo natural” es salir, se estará cayendo en lo interpretado como “malos usos”. Es lo que antes denominábamos el “coste de oportunidad” del uso de la tecnología: qué cosas se dejan de hacer por estar frente al ordenador, siempre que ese tiempo no suponga un reforzamiento de las redes de oportunidades o redes sociales, que no sustituyan ni mermen las ya existentes¹².

«—A mí me parece excesivo estar cuatro horas aquí... Si hubiese estado dos horas, tranquilamente, hubiera sacado realmente el mismo beneficio ahí... pero cuatro horas... las podía haber dedicado a otras cosas, haberme bajado al bar. He perdido un poco el tiempo.» (GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLE)

12. En *La brecha generacional en la educación de los hijos* (Rodríguez y Megías, 2005) ya señalábamos cómo los padres de hijos pequeños apuntaban, fundamentalmente en comparación con sus propios recuerdos de infancia, a la “pérdida” de la calle (niños que no juegan ni se relacionan con otros) como uno de los motivos que ocasionaban jóvenes más individualistas, con menos imaginación y menor capacidad para relacionarse. Pérdida que ponían en estrecha relación con el desarrollo tecnológico (niños que tienen de todo en sus habitaciones), aunque también atribuían a una serie de nuevos “peligros” asociados a la vida en la calle (delincuencia, violencia, drogas...).

«—Yo creo que en el momento en que tu relación con el ordenador afecta o influye en tu relación con el resto del mundo, pues ya... ya es negativo. Pero claro es que muchas veces la relación con el resto del mundo se hacen por ordenador, entonces...»

(PEDRO, USUARIO HABITUAL, 24 AÑOS, CON TRABAJO HABITUAL)

Pero conviene señalar que este planteamiento, que parte de determinadas convenciones sociales y de lo que se entiende como políticamente correcto, adquiere matices bien distintos cuando los jóvenes de mayor edad realizan sus análisis desde la posición que su trayectoria vital les procura en el contexto de la *tríada* ocio-trabajo-TIC. Entonces podremos identificar determinados tipos ideales que tienden a desmitificar las posibilidades o facilidades de relación que se atribuye a “la calle”, a “lo físico” (en este caso será el tipo ideal que denominaremos *de banda ancha*): no es tan fácil conocer a gente en la calle, o en el parque, por lo que no tendrá que ser interpretado como un problema, o como una carencia, el hecho de relacionarse a través de Internet.

Trasladado al terreno de las “responsabilidades”, dejar de estudiar o de hacer los trabajos escolares también será considerado como un mal uso; sin embargo, curiosamente, en las entrevistas no son pocos los jóvenes que reconocen que, en ocasiones, han desatendido sus obligaciones escolares por estar chateando o jugando en el ordenador, mientras resulta muy complicado encontrar a algún chico o chica que reconozca explícitamente que, alguna vez, ha preferido quedarse en casa chateando que salir con los amigos (más allá de las limitaciones de horarios de salida que tienen por su edad: vuelvo a casa a mi hora y, entonces sí, me pongo a chatear). Todos estos reconocimientos, no se puede obviar, se realizan a toro pasado, cuando los usuarios reconocen periodos en los que experimentaron algún grado de enganche o adicción a la diversión y las relaciones mediadas por la tecnología, en cualquier caso asumido como algo pasado, “superado”.

«—Yo creo que es cuestión de... yo creo que a cierta edad te absorbe, vamos, no sé, lo que vas descubriendo cosas y tal, pues, yo creo que es... no sé, la novedad. Luego ya ah... eh, te quedas con lo que realmente va contigo. Al principio yo creo que todos...

—Sí, salvo excepción de...

—Que no dejan...

—Yo me acuerdo que cuando me... me conecté a Internet por primera vez, pues me... me pasaba el día buscando cosas, o sea... buscando cosas [riendo] en... en un buscador pues, no sé, que... que siempre me habían interesado, de grupos, musiquero y... La cosa era buscarlo, antes de los chats y de... pero luego ya, pues, pues, lo aplicas a lo que realmente te, te acaba interesando o motivando a ti, en realidad, una vez que has pasado esa primera fase.» (GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLES)

«—Moderador: ¿cuándo diríais que alguien tiene un problema con Internet?

—Cuando alguien está enganchado.

—Por ejemplo, cuando alguien le dices bajas, vas a venir a la calle y dice que no o algo.

—Cuando prefiere Internet a salir a la calle, o prefiere Internet a... vamos cuando Internet (provoca) desajustes de comida, de sueños y todo eso.»

(GT, 15 AÑOS, COLEGIO CONCERTADO, CONFESIONAL)

Por tanto, buenos usos ajustados al deber ser de las relaciones sociales para los jóvenes, que todos parecen tener muy claro: sé qué es lo importante (ver, quedar, salir con los amigos) y qué ha de ser algo que ocupe el resto de huecos (chatear, navegar por Internet). Claro que asumir que se conocen los mecanismos de las relaciones “verdaderas” y las cosas “importantes”, y que se actúa en base a ellas, propicia que, una vez cumplidos estos requisitos (no dejo de ver ni de quedar con mis amigos), la configuración del tiempo de ocio se vea redefinida de manera importante como consecuencia de las nuevas posibilidades que ofrece Internet.

Existe una disyuntiva en torno a la cual se ejemplifican en ocasiones el sentido de los usos de la tecnología, que se circunscribe a la manera en que se emplea y maneja Internet, y más concretamente los sistemas de mensajería instantánea (*chats*, Messenger) y diversas opciones de webs personalizadas (*fotologs*, *blogs*, etc.). Es lo que podríamos denominar la tensión entre el estar a la espera y el ir en la búsqueda (que, en función de los argumentos más vehementes, llega a constituirse en una diferenciación entre ser *voyeur* o ser exhibicionista).

Es así porque el uso de Internet, el Messenger, los *chats*, *fotologs* y demás, asociado a momentos ocasionales en los que “no hay nada más que hacer”, y motivado por la “curiosidad”, sin más teórica aspiración que “pasar el rato”, estará situado en el lado opuesto a un uso predispuesto, conscientemente orientado a la búsqueda de relaciones, para lo cual se entiende que se sobreexpone el yo, o la identidad que se quiere transmitir en pos de ese objetivo (cayendo en esa suerte de exhibicionismo que se considera tan obsceno). Es decir, no pasa nada si “entro a cotillear” o a ver “qué pasa” (estoy a la espera de lo que pueda pasar... “por si acaso” surge algo interesante), aunque ocasionalmente pueda entablar algún tipo de relación, porque mi auténtico centro relacional se encuentra donde tiene que estar (en la calle, en el plano de lo físico), que es donde yo muestro mi identidad, mi yo. Sin embargo, el uso que queda connotado de manera bien distinta será el referido a quienes despliegan, consciente y activamente, todas sus estrategias para realizar el mayor número de “contactos” posibles (ir en la búsqueda), buscando un tipo de relaciones que pueden o no trascender la pantalla, pero que no podrán sustituir a las “auténticas”. La connotación negativa es inmediata: si lo hacen será porque lo necesitan, no saben, o no quieren hacerlo en el “mundo real”. De nuevo conviene señalar que estos elementos, que encuentran buena parte de sustento en el imaginario colectivo relativo a la manera en que la tecnología se inserta y media en las redes sociales, encuentran mayor acomodo entre los adolescentes (que, frente a jóvenes de mayor edad, parten de una representación muy distinta de la relación ocio-trabajo-TIC), o entre adultos que se autoexcluyen de los procesos de integración tecnológica.

En cualquier caso, la diferenciación resulta tan operativa (a nivel simbólico) para discriminar usos, que incluso usuarios habituales de Internet y de aplicaciones como los *photoblogs* o los *blogs*, la emplean para resaltar los matices que diferencian su uso, adecuado, de aquél que no lo es, aunque el tiempo que se emplee sea el mismo. Así, mostrar muchas imágenes propias, o contar muchas cosas sobre uno mismo, será observado bajo el prisma negativo de la mencionada predisposición, búsqueda o necesidad, siempre asociada a una pretensión por establecer contactos a partir de la mejor exposición (exhibición) de uno mismo, o de lo que se quiere transmitir de uno mismo. Mientras tanto existirán acercamientos indirectos, que te sitúan “a la espera” de la novedad o la anécdota, y que, si bien pueden caer en el estereotipo del “cotilla” (es fácil parapetarse tras el anonimato que propicia Internet, tribuna desde la que puedes mirar sin ser visto), no estarán asociados al perfil de quienes no cuentan con las habilidades sociales suficientes para entablar relaciones “normales”. En definitiva, que la diferencia entre “buenos” y “malos” usos no estriba tanto en el tiempo empleado (siempre que no implique dejar de hacer las cosas que hay que hacer: estudiar, trabajar, salir con los amigos) como en la manera en que se enfoca y se lleva a cabo ese tiempo en la red.

«—¿Usas Messenger muy a menudo?

—Sí, lo suelo utilizar por la noche.

—A diario...

—Sí, para comunicación instantánea uso Messenger.

—Y chat no, no participas.

—No.

—Y foros o algo así...

—Suelo leer foros, pero no participo.

—Y fotolog...

—Sí, pero me rallé.

—¿Y por qué te rallaste?

—Te cuento la historia entera...

—Sí, bueno, hasta donde me quieras contar.

—...No, es que hay fotologs que me gustaban y otros que se dedican a poner autofotos y en plan, como de bien me lo paso, y me repatean el culo. Entonces lo que yo quería, era tener un fotolog en el que no hubiera una sola foto mía ni nada que contar. Historias en plan, las cosas que he hecho... ¿sabes? sólo información sobre cosas que me puedan gustar, y que puedan tener cierto grado de importancia. Por eso me lo hice.

—¿Y qué tipo de cosas pones?

—No sé, al principio ponía más cosas sobre música, cosas de arte... no sé qué... chorradas también.

—Cosas que tienen que ver contigo...

—Hombre, yo creo que cualquier cosa que pones tiene que ver contigo no? O sea que no pongo ahí... pero siempre que pones una foto que te gusta tiene que ver contigo

—¿Y la gente que escribe son conocidos, o...?

—Pues al principio, los cuatro amigos que lo sabían, y el resto eran desconocidos, luego al final ya, pues son conocidos.

—Y tú escribes en otros fotologs...

—Sí.

—De gente conocida o...

—Conocida y desconocida.

—¿Y qué te impulsa a escribir en un fotolog?

—Por ejemplo, hay un fotolog que me gusta mucho, pues porque la música que pone, no sé, cualquier cosa...entonces es curioso.

—Pero me has dicho que no te gustan nada esos que ponen pues para mostrarse ellos de cierta manera...

—Mira, pues porque yo veía gente en los fotologs y luego les veía por la calle y sabía sus vidas, ¿sabes? A lo mejor, pasaba al lado de alguien y era como una persona famosa, ¿sabes?... Entonces pasas a su lado y sabes qué día hizo tal, qué día hizo cual...

—¿Pero tú crees que la gente se muestra tal cual es?

—Pues depende ¿no? O sea, yo lo que creo es que hay gente que usa el fotolog para mostrar cosas que a lo mejor una de dos, o que no saben cómo mostrar, o se las inventan, ¿sabes? En plan, como que ligan más por el fotolog...

—O sea, que crees que la gente se hace pasar por cosas que no...

—Claro, pero igual que... o sea, hay gente que se hace pasar por cosas que no son... no que no son, sino que... también creo que pone cosas que le apetece poner, ¿sabes?... o sea, no tener un fotolog en plan para exhibirte más, sino, mostrarte más como lo que quisieras ser, simplemente poner cosas, no sé... como por ejemplo poner una foto de tu cocina.

—¿Pero eso tú lo ves como algo negativo?

—Lo veo como algo que no comparto, pero cuando estoy en ellos, pues sí [risas]. No me gusta verlos pero acabo picando. O sea, gente que en cierto modo te genera curiosidad y tiene un fotolog, pues siempre pico...»

(LORENA, USUARIA HABITUAL, 22 AÑOS, TRABAJO ESPORÁDICO)

La lógica de no perder oportunidades descansa en el fondo de la argumentación respecto a la elección de determinadas aplicaciones conversacionales (*chats*, Messenger y móviles, principalmente), justificando o dando pautas, además, de los recorridos o transiciones entre unas y otras. Es decir, que con independencia de que el análisis sea realizado casi en exclusiva en torno al ocio y las relaciones personales (por los más jóvenes o adolescentes), o teniendo en cuenta y priorizando las aplicaciones laborales (jóvenes de mayor edad), lo cierto es que existe una idea de fondo que ayuda a conformar una base discursiva general: conviene familiarizarse con la tecnología para no perder oportunidades (de trabajo, de ocio), “por si acaso” (conozco gente, me ofrecen trabajo...).

En esta línea argumental, las trayectorias de uso asumidas como naturales encuentran acomodo y justificación: primera fase de experimentación y curiosidad en torno a los *chats*, plataformas en las que puedes charlar con personas a

las que no conoces previamente, y de las que no tienes ninguna pauta ni referencia; práctica que se entiende en clave de “juego” y que, según cuentan, termina por “saturar”, “cansar”, o incluso crear auténticas “patologías”. Es entonces cuando se acepta como consecuente el paso al Messenger, aplicación que presenta las cualidades de inmediatez, velocidad e interactividad del *chat*, pero diferenciada de aquélla en que en este caso, teóricamente, se habla con personas que previamente conoces, pues previamente han tenido que conseguir tu contacto o *nick*. Es decir (como anticipábamos en el capítulo 3), que el paso del *chat* al Messenger se puede entender como el paso de las sociedades anónimas a las sociedades limitadas, que permiten una mayor capacidad de gestión y organización de los propios contactos, que es lo mismo que decir una mejor gestión del yo: hablo con quien quiero, cuando quiero, y sabiendo con quién hablo y en qué momento quiero hacerlo¹³.

En el siguiente capítulo entraremos con mayor detalle en las características concretas que convierten al Messenger en un medio de comunicación tan atractivo y extendido entre los jóvenes internautas. Sin embargo, apuntamos ya esta diferenciación, como una muestra más de la forma en que se interpretan las ventajas de esta forma de comunicación en el contexto del máximo aprovechamiento de las oportunidades que ofrece, en el “por si acaso” que venimos mencionando. Sobre todo en función del aspecto clave que diferencia a los *chats* del Messenger, que no parece ser tanto el hecho de que, desde la teoría (la práctica desmiente en muchas ocasiones lo real de este aspecto), en el Messenger sólo hablas con gente ya conocida, mientras en el *chat* te “abordan” los desconocidos, como otro elemento que se inserta directamente en la lógica de los “buenos usos” que desarrollamos anteriormente: el Messenger te permite, en función de tu lista de contactos, “aceptar” o no al interlocutor que quiere ponerse en contacto contigo, y hacerlo en el momento que consideres oportuno. Es decir, que la oportunidad de establecer el contacto siempre está presente, en base a una posición de “espera” que permite gestionar, dosificar o temporizar las conversaciones de la manera que se considere más oportuna (como en las prácticas de automatización a las que nos referíamos en el capítulo 1).

Será frecuente entre los más jóvenes reconocer que la carpeta de “contactos” del Messenger (como podemos ver en el apartado correspondiente del capítulo 3) esté repleta de potenciales interlocutores, mucho de los cuales serán práctica-

13. Esta idea de sociedades limitadas, en las que entran los contactos que tú quieres, frente a la ausencia de “control” en los *chats*, procura una importante diferenciación del Messenger respecto al *chat* en lo que respecta a una de las “amenazas” o “peligros” que se asocian a Internet y que estigmatizan el uso de los *chats*: el sexo como instrumento de abuso y de aprovechamiento de unas personas sobre otras. Peligros potenciados por la posibilidad de ocultar la personalidad, de mentir, de fingir la propia identidad, de falsear la edad o el sexo, etc. Cuestiones todas ellas que se esconden tras muchos de los argumentos que rechazan y estigmatizan el uso de *chats* (no sabes con quién estás hablando realmente), al tiempo que justifican el empleo del Messenger (sólo hablo con mis agregados, a quienes, teóricamente, conozco). La conciencia general asume que el delito y el abuso se adapta a las nuevas situaciones y emplea todos los recursos que ofrecen las nuevas tecnologías, y esa convicción alimenta el lado más prudente respecto a los posibles peligros que acechan en la red (“a saber qué es lo que pretende alguien que se mete en un *chat*”, que será un “extraño”, un “desconocido”).

mente desconocidos (amigos de amigos, etc.), mientras uno se sitúa a la espera de que quizás algún día uno de esos contactos quiera entablar conversación contigo: mientras hablo con otra gente, mantengo otros muchos contactos “por si acaso” algún día surge alguna relación interesante. Es lo que se constituye en la auténtica red de oportunidades a la que hacíamos referencia desde el mismo título del capítulo.

En el lado contrario, los *chats*, como ya hemos mencionado, se interpretan desde una perspectiva de predisposición personal mucho más activa, que probablemente implique una interactividad amplificada, pero que se observa bajo el prisma de las “máquinas de aprendizaje” de B. Skinner (1968): eres tú quien entras para entablar el contacto, mientras el Messenger, desde la asunción de que es “normal” que esté siempre conectado, te permite estar a la espera de lo que pueda ocurrir.

«—El Messenger se supone que son los colegas... no sé, es como... como llamar por teléfono... como llamar por teléfono a un colega, para charlar un rato... lo del chat yo lo tengo como algo más... como algo más predefinido, te dan una base y... aparece gente que... no sé...»

(JAVIER, USUARIO OCASIONAL, 24 AÑOS, SIN TRABAJO)

«—Cuando entraba al chat estaba cinco horas ahí, y ahora el Messenger y tal, pues... lo tengo ahí encendido y de vez en cuando me pongo a mirar...
—Claro.

—...Pero antes estaba apagado pero porque el Messenger es gente conocida y...

—Sí.

—Y sabes algo de esa gente y que no necesitas estarte tanto tiempo.»

(GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLE)

«—Parece que el Messenger pues es eso, es un colega y tal, que...

—Es un proceso social realmente.

—Mmm.

—Yo creo que también, lo veo un poco, se ve un poco, yo creo debe ser, más nega.. más negativo el chat, pero vamos, que tampoco te puedo dar una opinión.

—A no ser que sea un chat especializado.»

(GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

Esta lógica de los “buenos usos” o usos “adecuados” de la tecnología e Internet asociada al objeto y la predisposición ante los mismos, determina la manera en que se observan otro tipo de plataformas de comunicación en Internet, más allá de los mencionados *chats* y Messenger. Por ejemplo, los foros relativos a aficiones concretas, *hobbies*, o *chats* especializados. En este caso, la asunción de que el motivo de participar en estos foros no reside en la “necesidad” de conocer o contactar con otras personas, como en satisfacer dudas o necesidades relativas a algún interés concreto (videojuegos, deportes, música, trabajo, estudio...), o en compartir experiencias referidas a esos campos de interés con personas que tienen

las mismas aficiones, despoja a estos medios de relación y debate “virtual” de la consabida connotación en el sentido que son plataformas para gentes que no saben relacionarse en la “vida real”, en el “cara a cara”. Es más, en el contexto de la mencionada sociedad tecnológica, y en base al discurso integrado en la lógica del progreso y en la integración de las nuevas formas de relación y comunicación, medios como los foros o los *chats* especializados llegan a ser observados como una manera acorde e inmejorable de aprovechar todas las opciones de comunicación e información que ofrecen las TIC (“no perder oportunidades”, o aprovechar al máximo las oportunidades que ofrece la tecnología). Por ello no nos habrá de extrañar escuchar, como así hicimos en alguna entrevista realizada, cómo un padre animaba y apoyaba la participación, por parte de su hija, en foros políticos o de implicación/activismo local, como forma inmejorable de participar en el desarrollo de la comunidad, pero también como vía de alfabetización política y tecnológica. De nuevo, será el objeto, el motivo, el fin de los usos (y no tanto la manera en que se llevan a cabo), el punto de partida que determine si éstos se observan como “buenos”, “necesarios”, o no.

«—¿Y tu hija ha participado en alguna cosa...? ¿Tú sabes... de que haya participado en algún tipo de...?»

—Sí. Ha participado en foro. Yo sé que ella había participado en el foro de Fuenlabrada.com, y era un foro que le gustaba mucho... porque además pues... eh, coincidió que conoció ahí en el foro a una persona que ponía sus comentarios... Y bueno, pues era una persona con ideas bastante... bastante conservadoras, bastante fachas y... eso pues la hervía un poco la sangre y le hacía se metiera...

—Se metiera con él.

—Respetando, que yo sé que ella... eso no le faltó y tal... Y bien y, disfrutaba con el tema ese, estaba también enganchada al asunto. Creo que ahora no... Lo ha dejado, me imagino que también por lo mismo, por el tema de la pereza, de que de alguna forma ella, como te digo prefiere también estar en la calle que estar ahí...» (PADRE DE USUARIA OCASIONAL, CLASE BAJA)

En cualquier caso, tras la contundencia de las enunciaciones, la observación de los datos nos obliga en muchas ocasiones a señalar que no siempre la teoría de los planteamientos coincide con la puesta en práctica de los mismos (a partir de los datos cuantitativos). Así, aunque este tipo de comunicación e información sea objeto de lo que se considera como “buen uso”, “se constata la no notoriedad ni participación en los foros de discusión, *newsgroups*, *usenet*, etc., por parte de los jóvenes. Los datos son abrumadores en este sentido ya que el 60% no ha accedido nunca a un foro de discusión, mientras que un 16,7% apenas lo ha hecho con una frecuencia menor a una vez al mes (Lorenzo, 2005: 72).

Todas estas consideraciones relativas a los usos de las TIC actúan a nivel general, aunque también conviene señalar alguna diferencia por género. Y ello a pesar de que, al mismo tiempo, se señalan las bondades de la “no distinción de la red en cuanto al género o al sexo de los navegantes, en este caso de los jóvenes. Los por-

centajes de uso en cualquiera de estas características tanto de los varones como de las mujeres resulta muy similar en todas ellas, con pequeños descensos en el uso de algunos de los servicios como los foros de discusión en las mujeres y un ligero incremento de éstas en el uso de los correos electrónicos, siendo muy similares en la navegación, la disponibilidad de la tecnología en el hogar y el uso de las mismas, tanto en el personal como en el familiar. (...) Especialmente si comparamos estos datos con los obtenidos por sus mayores donde sí existe una diferencia entre acceso, navegación y uso de las TIC's entre hombres y mujeres" (Lorenzo, 2005: 73, 79).

Atendiendo a estas aseveraciones, resulta interesante destacar algunos aspectos. En primer lugar, que las consideraciones relativas a Internet como canal que no atiende a discriminaciones o diferenciaciones por género presentan, en la observación de los datos, pequeñas diferencias entre los usos que hacen chicos y chicas: todos usan Internet por igual, pero existen diferencias más o menos destacables en el caso concreto de cada uso de la red. Claro que la observación de los elementos respecto a los cuales las chicas parecen presentar un menor uso que los chicos (*chats*, Messenger), conducen a que nos preguntemos si la manera en la que muchas veces quedan connotados los usos de estos canales, en la tensión entre la "necesidad", la "predisposición", y la "espera", no pudiera ocasionar cierto retraimiento en algunas chicas a la hora de explicitar que son usuarias de estos canales.

Este aspecto hipotético encajaría con alguno de los elementos señalados en otros estudios relacionados con la manera en que se relacionan chicos y chicas (en este caso, en torno al sexo y la sexualidad: *Jóvenes y sexo*; Megías, Rodríguez, Méndez y Pallarés, 2005), donde pudimos comprobar cómo las adolescentes se mueven constantemente en la incómoda tensión entre "esperar" o "acudir", ante cuya decantación actuarán invariablemente determinados estereotipos fuertemente asentados en el imaginario. Sin embargo, la lógica del *chat* como espacio íntimo y anónimo nos conduce a pensar que, en este caso, dicha tensión no tendría por qué tener reflejo en la práctica de los usos. Otra cosa será la explicitación de los mismos.

En cualquier caso, la observación de nuestro trabajo de campo cualitativo (al calor y cobijo de un grupo existirá menor temor a reconocer posiciones que, individualmente, parecen tener menor corrección política) incide, en bastantes casos, en todo lo contrario. Primero, porque en ninguna ocasión pudimos constatar que las chicas se mostraran más reticentes que los chicos a hablar de su uso de *chats* o Messenger (con independencia de que siempre suele existir reticencia a reconocer el uso del *chat*). Segundo, porque escuchar a los padres y madres de usuarios nos da una idea de los estereotipos de género que se manejan, atendiendo al uso de Internet: hijos más centrados en usos ligados a aficiones (música, videojuegos) o a trabajos escolares; hijas más centradas en hablar con las amigas y representadas como más propensas a los "malos usos" o usos "abusivos" mediados por las TIC. Evidentemente, este estereotipo que manejan los adultos consultados no encaja

con los datos ofrecidos, y en sí mismo puede ser una de las causas que provoquen que se retroalimente y recree el mismo. Pero lo que sí es cierto es que, de uno u otro modo, las diferencias de género siguen siendo dignas de ser tenidas en cuenta, más aún en un contexto (el de las nuevas tecnologías), que parte de premisas relativas a la igualdad, la democratización del acceso y la universalidad, como puntos fuertes de su desarrollo.

En segundo lugar, cuando son los propios adultos quienes analizan su uso personal de los ordenadores e Internet, y los hijos e hijas ratifican los mismos al ofrecernos su visión sobre ellos, el estereotipo de la diferenciación por género se clarifica aún más: madre que no sabe usarlo o lo usa para “cotillear” y “ver tiendas”; padre que lo usa para labores “profesionales” o “logísticas” (o que incluso enseñan a sus hijos, en base a los conocimientos que les proporciona su labor profesional, a manejar el PC).

En este sentido, volvemos al análisis en clave generacional y de (como los propios entrevistados señalan) “estructuras mentales”, en el sentido de que los adultos tienen mayor dificultad para comprender adecuadamente el lenguaje informático y el uso de las TIC, salvo en los casos en los que se han visto obligados a “reciclarse” por exigencias profesionales: por eso las madres (más alejadas de la integración laboral que las nuevas generaciones de mujeres) se reconocen más alejadas de los ordenadores, y por eso los padres que sí se manejan con ellos lo hacen, o se dice que lo hacen, a partir de usos profesionales (las nuevas aplicaciones de ocio, comunicación y entretenimiento asociadas a Internet parecen cosa del universo “juvenil”). Idea de “estructuras mentales” que, a la postre, tiene reflejo en hábitos y usos asociados a las TIC.

«—Moderador: *¿Pero consideraréis que sabéis manejarlo, más menos?*

—*Es que mi padre es informático, entonces desde pequeña pues sí, más bien sé, sé más que la mayoría de la gente.*

—*M: La mayoría de gente de tu edad, y que vuestros padres... ¿vuestros padres saben manejar el ordenador?*

—*Mi padre sí, mi madre ...*

—*Mi madre no sabe utilizar el Word.*

—*Mi padre sí que sabe más que yo en algunas cosas, quiero decir, por ejemplo en todo lo que es instalar en el ordenador programas, la Bios, todo eso con programas que yo... porque ha tenido que formatear bastantes veces ordenador.»* (GT, 15-16 AÑOS, COLEGIO CONCERTADO)

«—*Te podría decir que las mujeres dependen más quizá del teléfono móvil, quizás del ordenador dependemos más los chicos, los hombres... Personalmente no te sabría identificar tanto, según se dice es eso, pero vamos, personalmente tampoco lo he vivido tan exagerado. A lo mejor para utilizar el ordenador para juegos y videoconsolas está claro que los chicos más que las chicas, y... lo del teléfono móvil, yo no he notado tan exagerao...»* (JUANJO, USUARIO HABITUAL, 19 AÑOS, CLASE MEDIA)

3. PROCESOS DE INDIVIDUACIÓN, FAMILIA Y CONTROL

En términos generales, la situación de disociación espacial (virtual) tiene lugar en un contexto en función del cual buena parte de los jóvenes de clases medias y altas construyen todo un microcosmos con su habitación como epicentro. Lugar, dentro del hogar familiar, en el que cuentan con la equipación suficiente como para no necesitar mayores recursos de entretenimiento y comunicación que no impliquen salir fuera de casa para relacionarse físicamente¹⁴. Es decir, teniendo a mano (en sus propias habitaciones) el PC con Internet (en el que también pueden ver películas, jugar a videojuegos o escuchar música), teléfono móvil, equipo de música, incluso televisión y DVD, acumulan, en el reducido espacio físico de sus “cuartos”, sus necesidades de ocio y relación. Y en esta tendencia al enclaustramiento de los hijos descansan buena parte de las construcciones relativas a sus carencias relacionales y sociabilizadoras: “mi hijo se encierra en su habitación y no se relaciona con nadie”. Pero el caso es que Internet les brinda la posibilidad de relacionarse con otras personas sin salir de su microcosmos, organizado a su manera y sin excesivas injerencias de los padres.

Acudimos en este punto a las reflexiones de C. Feixa¹⁵ que ha dedicado algunos de sus estudios sobre los jóvenes a analizar ese microcosmos en que se constituye la habitación, fundamentalmente a partir de la observación de casos concretos:

“En los últimos años la habitación de los adolescentes ha vuelto al primer plano de la cultura juvenil, experimentando una gran metamorfosis. Como consecuencia de la emergencia de la cultura digital que hemos analizado, se ha hecho posible la comunicación interpersonal desde el propio espacio privado: del teléfono familiar controlado por los padres y situado en el comedor o en el pasillo se ha pasado al teléfono celular personalizado que se puede usar desde la habitación; de la comunicación escrita por carta se ha pasado a la comunicación digital SMS, *e-mail* o *chat*. Gracias a Internet, los adolescentes han aprendido a acceder a comunidades virtuales que están mucho más allá de su habitación. Y gracias a los videojuegos (consola, GameBoy, PlayStation), pueden practicar desde su casa lo que antes tenían que hacer en las públicas salas de juego. Se amortigua el conflicto generacional, pero aparecen nuevas brechas (cada vez más sutiles) que separan a padres e hijos. Unos y otros comparten cada vez durante más tiempo el mismo espacio (si tenemos en cuenta el retraso en la emancipación familiar, están condenados a vivir más tiempo

14. Podemos encontrar ejemplos extremos de estos procesos en comunidades que desarrollan algo así como un tecno-autismo, que les lleva a encerrarse en sus cuartos durante años, pues encuentran todo lo que aparentemente necesitan en la tecnología que les rodea entre sus cuatro paredes. Existen casos de esta naturaleza constatados en Japón (Buckingham, 2000), y sobre ellos volveremos al hilo del perfil de los conocidos como *freaks*, en este caso a partir de la autoexclusión social.

15. Feixa, C. (2005). “La habitación de los adolescentes” en *Papeles del CEIC*, 16.

con sus padres que con sus futuras familias). Ya no están obsesionados en marchar del espacio compartido (entre otras cosas, porque no se lo pueden permitir) y buscan espacios propios que puedan compensarles: la cultura de la noche, los viajes y la habitación propia.”

Asunto distinto será cuando el joven no cuenta con PC en su propia habitación, algo que suele ocurrir a los más pequeños, o en base a ese proceso apuntado de trasladar el ordenador de las habitaciones a los cuartos comunes, sin dejar de tener en cuenta además las diferencias de clase en este sentido (como apuntábamos en el capítulo 3). Entonces tal microcosmos se encontrará en construcción, en función de un proceso que se interpreta casi inevitable. Por un lado, porque la ausencia de los padres en el hogar (largas jornadas laborales) o, en ocasiones, su presencia inadvertida (cada cual haciendo sus cosas), procura que el uso del PC no esté excesivamente controlado, más allá del establecimiento de “turnos” de uso cuando hay más de un miembro de la familia que lo necesita. Por otro lado, porque suele asumirse que el crecimiento y desarrollo de los hijos implica la necesidad de procurar un uso personalizado y autoorganizado de las TIC, con un mayor grado de autonomía e “independencia” dentro del propio hogar familiar; más aún por cuanto una herramienta como el ordenador está indudablemente ligada a lo que se asimila con el signo de los tiempos, y con el necesario desarrollo tecnológico en el que debe insertarse el crecimiento de los más jóvenes (que se familiarice con el lenguaje del ordenador cuanto antes para que no “se quede atrás”).

En función de esta situación, bastantes jóvenes cuentan con su propia conexión a Internet en su propia habitación. Pero también es cierto que asistimos a un proceso de desarrollo tecnológico (consecuente con el predominio de determinados valores asociados a la familia y a lógicas neoliberales concretas) que incide en la interoperatividad y centralización de la tecnología del hogar en torno a un único y completísimo operativo tecnológico, que aglutinaría a su alrededor a toda la familia, y marcaría la manera en que se organiza y gestiona el hogar familiar (baste recordar el ejemplo señalado en el capítulo 1 sobre los planteamientos de futuro, en relación con el tipo de aplicaciones tecnológicas que quiere desarrollar una multinacional tan potente como Microsoft). De igual forma, se incide en la existencia de aparatos multifunción (televisión que integre el ordenador, por ejemplo), como manera de acercar a todos los miembros de la familia a un uso equiparable, que elimine las teóricas barreras generacionales que siempre parece que hay que vencer cuando de tecnología se habla, a partir de la reducción a lo común o lo cotidiano de procesos aparentemente supertecnificados (que tenga todo al alcance de mi mando a distancia, por ejemplo).

«—No te voy a decir 30 años, pero sí 50 años, que les da miedo un teclado y que evidentemente a la hora de reservar un... un pasaje de avión o de tren no se van a poner al teclado. No se van a poner al teclado. Sin embargo, si estuviera aquí en el televisor, sí se van a poner pero por la sencilla razón...

—Ya está integrado.

—...porque el televisor ya está más integrado, lleva mucho más tiempo con nosotros, el mando a distancia ya es un miembro más de la familia, por el que nos peleamos todos además en la familia. Y entonces pues es mucho más fácil su manejo, y además cuando ya Internet esté aquí integrado totalmente debe de seguir esa tónica... un poco por narices. (...) Yo apuesto por lo que, por el que en el futuro solamente vas a tener un aparato que se va a llamar “televisión-ordenador”, que se va a llamar como le quieras llamar y ahí lo vas a tener ya todo. (...) Yo creo que los tiros tienen que ir por ahí para recoger ya ahí a todo el mundo, para que ya no se desate ahí nadie y que todo el mundo pueda hacer uso de Internet.»

(PADRE DE USUARIA OCASIONAL, CLASE BAJA)

«—Yo creo que lo que hacen, es meter todos los aparatos en uno, pero para mayor facilidad.

—¿Del usuario?

—Del usuario. Entonces, es lo que la gente busca, la gente yo creo que, al aparecer todas estas cosas, todas estas nuevas tecnologías, pues claro, se va acomodando, y claro, al acomodarse, pues dices “Yo quiero algo que no me tenga que mover” por ejemplo, antes era lo... que para ver una película utilizabas el vídeo, y luego pues un DVD, y luego que si el DVDx, que puedes ver DVD, MP3 y lo que sea, pues metes ahí mil cosas. La gente lo que quiere es buscar algo que le sea muy cómodo, para no tener que tener cincuenta mil aparatos en casa, y que con un solo aparato tenerlo todo, entonces lo que se está buscando... nos vamos haciendo más cómodos en ese sentido, y claro, si las grandes industrias de... ven que... que el usuario, o el que demanda el aparato quiere... pues cuanto más mejor.» (LETICIA, USUARIA OCASIONAL, 20 AÑOS, CLASE ALTA)

Esta idea de la interoperatividad responde a lo que autores como Julio Cabero (2002: 32) interpretan como otro mito relativo a la tecnología: “Un mito que ha sido constante a lo largo de la evolución de la historia de la tecnología ha sido el de la existencia de una única tecnología, es decir, la existencia de una supertecnología que puede aglutinar a todas las demás y sea más potente.”

«—Yo creo que hay caminos. Estamos en, en otra primera fase. En la fase B. Toda la música que quieras, todo lo tienes accesible, al mes... te sale por once euritos... y después (...) que a lo mejor será lo normal... luego llegas ahí, pues eso, luego llegas a casa, ¿no? y todo ahí.»

(GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLE)

El extracto anterior ejemplifica la tendencia a la centralización del ocio en torno a tecnologías interconectadas y multifuncionales, auténtico mito emergente de la sociedad tecnológica, y que encaja perfectamente con las nuevas estrategias Microsoft para, tras hacerse con el protagonismo en el sector del trabajo, conseguir lo mismo con el ocio. Con un ocio centrado en el hogar familiar, en torno a

lo que hemos denominado “cultura del adosado”, que sitúa a las nuevas tecnologías en el primer plano de las configuraciones relativas a los tiempos, espacios y hábitos, pero también a los valores y referentes identitarios que propicia el contexto neoliberal y de *retorno a la familia*. La cita también coincide con la *estrategia Microsoft* en el sentido de dibujar la tendencia en función de una planificación de mercado concreta (“primera fase”; “fase B”), algo que nos anticipa el debate o las tensiones discursivas que propician las reflexiones sobre la influencia de la economía y el mercado en el desarrollo de las nuevas tecnologías y las necesidades asociadas, como veremos en el próximo capítulo.

El equilibrio entre esos procesos de individuación y el mencionado retorno a determinada idea de familia, provoca que, en ocasiones, se originen auténticas redes internas en el propio hogar familiar (Intranet, a partir de sistemas como el *router*), en función de las cuales todos los miembros de la familia estarán conectados por Internet, compartiendo canales comunes pero también guardando su propia intimidad y gestión del yo (cuentas de correo y de Messenger individuales y personalizadas). Evidentemente, este caso parece reservado a los hogares con un mayor nivel adquisitivo.

«—¿Cuántos ordenadores tenéis en casa?

—Suenan ridículo pero esto parece una empresa pública: tenemos dos portátiles y dos de sobremesa en este momento.

—Y te iba a preguntar... ¿tenéis conexión a Internet en todos?

—Sí, no sé si lo dicho antes, el mayor es ingeniero informático, no tiene nada que ver pero bueno, hemos hecho una red interna, tenemos conexión ADSL y tenemos una tipo wifi sin cable, y demás y nos podemos conectar todos. Esto ya era un poco lioso, y al final hemos decidido poner un router y nos conectamos todos.

—O sea, que todos os podéis conectar a Internet y todos tenéis conexión ADSL.

—En efecto, sí.» (PADRE DE USUARIO FRECUENTE, CLASE ALTA)

Además, a partir de las entrevistas, especialmente aquéllas realizadas a jóvenes de mayor edad, podemos percibir una manera de interpretar la “autonomía” o “independencia” de los hijos que viven en el hogar familiar, asociada a la tenencia de un PC propio. En función de una situación de tardía emancipación, pero en la que algunos jóvenes cuentan con trabajos esporádicos que les reportan determinados ingresos, y otros muchos gozan de una asignación monetaria regular por parte de los padres, la práctica totalidad de los ahorros de los jóvenes estarán dedicados al ocio o la compra de equipamiento o complementos dedicado al tiempo libre, por lo que no resulta extraño que puedan adquirir sus propios PCs, con lo que ello supone de simbólica legitimidad respecto a su uso y control: “yo me lo pago, yo lo uso como quiero.” Así, asistimos a una especie de autonomía tecnológica, en función de la cual el joven no deja de ser económicamente dependiente de sus padres, pero encuentra una parcela de autogestión o autocontrol en el espacio virtual que le propicia el ordenador e Internet.

«—¿Vives con tus padres?
 —Sí.
 —Tienes una habitación para ti solo...
 —Sí.
 —¿Y qué tienes en la habitación... tienes ordenador, tienes equipo de música...?
 —Tengo un ordenador y no tengo equipo de música; sí tengo un ordenador, la habitación no es, no es muy grande.
 —Y de cosas tecnológicas, ¿qué tienes, tienes móvil... tienes...?
 —Tengo móvil, tengo un... un discman, ordenador... y nada más...
 —¿Te interesa la tecnología, así, en general?
 —Eh... sí, sí me interesa...o sea... yo cuando tuve, cuando tuve dinero, pues me compré el ordenador... me lo compré yo...
 —Te lo compraste tú...
 —Sí... como estuve trabajando saqué pasta y... sí, no sé, sí... si tuviera algo más de pasta pues a lo mejor me compraba... esto para... eh... un aparato de estos para almacenar MP3...
 —El ordenador... o sea... es tuyo...lo usas cuando quieres...
 —Sí... es una CPU, así... y está ahí...
 —Y lo usas ¿para... qué...?
 —(...) ahora... o sea, o sea Internet lo tengo todo el día...»

(JAVIER, 24 AÑOS, USUARIO OCASIONAL, SIN TRABAJO)

«—(Mi hija) está todo el día, cuando está la habitación, está todo el día con el ordenador enchufao.
 —¿Lo tiene en la habitación?
 —El ordenador suyo está enchufado las 24 horas del día.
 —¿Sí?
 —Sí, esté o no esté, ya que es su habitación, los dos los ordenadores de mis hijos, los dos están las 24 horas del día enchufaos.
 —¿Y tiene ordenador... cada uno el suyo, verdad?
 —Cada uno tiene el suyo, se lo han comprado ellos además.
 —¿Sí?
 —Cada uno se ha comprado el suyo, cada uno tiene su ordenador, yo tengo el mío también (...)
 —O sea, cada uno tiene su ordenador personal en la casa, ¿no?
 —Sí, nosotros sí, pero los chicos se han comprado el suyo, cada uno se ha comprado el suyo.» (MADRE DE USUARIA FRECUENTE, CLASE MEDIA)

Frente a esta situación de aparente autonomía en relación al uso de la tecnología, encontramos una paradoja, fruto de las trayectorias vitales y las necesidades de quienes dan el paso a la autonomía “real” (quienes viven fuera del hogar familiar, que en lo que respecta a nuestra muestra es la minoría). Entonces, cuando el/la joven tiene que hacer frente a todos los gastos asociados al alquiler de la vivienda y la manutención, el equipamiento tecnológico, más allá del necesario en sus

entornos laborales, pasa a desplazarse del primer plano de las necesidades “vitales”, o cuando menos de las posibilidades inmediatas e individuales¹⁶.

Ante esta situación, no resultará extraño que quienes comparten piso como solución para tener acceso a la vivienda (lejos de la casa de los padres), compartan el PC de igual forma que comparten el resto de muebles o electrodomésticos de la casa, en una solución que les pone al alcance los recursos que proporciona, pero limita su uso en función de la disponibilidad de una herramienta que han de compartir. Por tanto, cierta vuelta a una situación de dependencia, a costa de la mayor autonomía respecto a la familia: no dependo de mis padres, pero sí de que mis compañeros de piso paguen el alquiler, las facturas, la conexión ADSL, compartan o me presten el ordenador...

«—Vivo en casa de mi novia porque ella compartía piso con unas amigas y ellas se fueron, se quedó libre la casa, aproveché y me metí en la casa con otro amigo...

—¿Tienes ordenador en la casa?

—Sí.

—¿Tuyo... o compartes?

—Ahora mismo, comparto.

—¿Con tu novia?

—Sí.

—¿Lo tenéis en la habitación?

—Mmm... es un portátil.

—¿Y qué tipo de disponibilidad tienes con el ordenador, lo usas cuando quieres...?

—Es que yo ahora mismo... ella lo usa mucho y nos lo repartimos, lo que pasa es que el otro compañero tiene otro y es un Mac, y es más potente, para cosas de música, de montaje de vídeo y tal, él también hace algunas cosillas y lo comparto con él.

—¿Lo tiene en el piso?

—En el piso, sí. En el piso tenemos dos, el portátil de ella y el Mac... (...)

—¿Y usas los dos por igual?

—Eh... sí, hombre, ahora mismo, sí uso más el Mac porque estoy haciendo cosas, estoy trabajando, estoy haciendo... grabando música en él y... con el Mac. Pero cuando tengo que utilizar Internet, si está libre...»

(PEDRO, 24 AÑOS, USUARIO HABITUAL, CON TRABAJO HABITUAL)

En cualquier caso, en esta supuesta tensión entre los procesos de individuación tecnológica y los de control del uso (por parte de los padres o agentes educativos), entre la propensión a la tenencia y personalización de las herramientas de

16. Contamos con algunos datos al respecto que refuerzan esta idea: “Los jóvenes emancipados continúan sin contar con un ordenador en más del 50% de los casos, destacando un 62% en el caso de los casados que no tienen un ordenador, mientras que los jóvenes solteros se mantienen por encima de la media en la posesión de un ordenador.” (Lorenzo, 2005: 69).

información y comunicación de nueva generación, y la asunción de que en Internet circulan toda una serie de contenidos “prohibidos” que es necesario regular y controlar, la práctica parece indicar que esos procesos de control se quedan en buenas intenciones, consejos y advertencias genéricas. Por un lado, porque (en las edades en las que se interpreta que los jóvenes han de ser controlados) en muchos casos los ordenadores suelen estar en el propio micromundo en que se constituye la habitación del hijo, cuando no es enteramente “propio”. Por otro lado, porque los mismos padres y madres asumen la ignorancia respecto a los usos verdaderos que sus hijos dan al ordenador y a Internet, más allá del vago señalamiento de que “navegan”, “buscan información” y “chatean”. Y ante esta constatación, los propios adultos proyectan (así lo interpretamos) el deseo del “buen uso” por parte de sus hijos, en el sentido del ordenador como elemento para el estudio y el apoyo escolar. Las palabras de los jóvenes parecen desmentir la realidad de tales usos.

«—¿Cada uno tenéis un ordenador?

—Sí, cada uno tenemos uno.

—Normalmente lo... bueno, ¿está controlado por algún tipo de...? No sé, ¿lo controla el ordenador el padre o algo así?

—Supongo que sí, yo desde luego no. Supongo que sí, sé que le controla a mi hijo el ordenador porque le quita... le quita alguna historia para que sólo pueda hablar y no pueda jugar.

—Ya, ya, o sea que él controla todos los ordenadores desde el suyo, ¿no?

—Sí, lo que pasa es que mi hijo, los controles se los pasa por el forro, y entonces los levanta, y cuando mi marido se entera pues lleva jugando en red hacía cuatro meses.

—¿Sí?

—Y yo de eso no tengo ni idea.

—El se va buscando sus triquiñuelas...

—Sí, sí, sí, da igual, da igual lo que le pongas.»

(MADRE DE USUARIA OCASIONAL, CLASE ALTA)

«—El ordenador ¿dónde lo tiene ella puesto...? ¿lo tiene en la habitación?

—Lo tiene en la habitación. Y allí pues pasa ella muchas horas también haciendo sus trabajos. De... de sus estudios.

—¿Lo usa para trabajar también?

—Para trabajar, claro. Para hacer su... como si dijéramos, sus deberes y... para muchas cosas. (...) Para hacer... pasar apuntes, hacer trabajos y... bueno, no sé si para más... para más cosas.»

(MADRE DE USUARIA HABITUAL, CLASE BAJA)

«—Moderador: ¿Cómo lo usáis?

—Hay unas pautas que te marcan: primero estudiar, está claro. Y luego, si queda tiempo, un ratillo... pero entre semana normalmente como mucho un cuarto de hora al día, o media hora. Pero sobre todo los fines de semana lo uso más.

—Yo igual. Yo tampoco tengo... primero estudiar y luego, si tengo un rato, pues al ordenador.

—Yo más bien lo mismo pero... cuando llegó a casa me conecto un momento, hago alguna cosilla y ya me pongo a hacer lo demás.

—Moderador: O sea, que son vuestros padres los que os controlan el tiempo.

—Sí.

—Moderador: ¿Y os controlan también qué cosas hacéis con el ordenador o...?

—Sí, más bien, o sea... el historial y todo eso...

—Mi padre no. Mi padre tampoco me controla mucho eso. A veces estoy un rato en el ordenador y me dicen "qué haces", tal, que estás chateando y eso.

—Sí, pero tampoco cada vez que dejas el ordenador y te vas pues se asoman a ver qué has hecho.

—No, eso a mí no me...

—Tampoco estar vigilando. Sólo te preguntan a veces; tú les dices y normalmente confía en ti; a no ser que vean algo, pero a mí nunca me han...

—A mí también como ellos. De vez en cuando entran, te miran lo que haces, pero a mí el historial y nada de eso no me lo miran.

—Moderador: ¿Por qué creéis que os controlan un poco?

—Pues porque hay muchas cosas que nosotros no tenemos que mirar y no debemos mirar, porque en Internet no sólo hay cosas para nosotros, hay cosas para adultos que... no sé... información también...

—Además, hay veces que te saltan cosas...

—A mí no. A mí no me salta nada.» (GT, 13-14 AÑOS, COLEGIO CONCERTADO)

Curiosamente, pese a que el discurso oficial sobre las bondades de la tecnología (en especial los ordenadores e Internet) y de la relación de los jóvenes con ella, y de todos los beneficios que ello reportará para los estudios y la formación de los hijos, suele ser bastante habitual que uno de los castigos impuestos por la obtención de malas calificaciones en el colegio o instituto sea reducir drásticamente las horas de uso del PC, cuando no sacar el mismo de la habitación del hijo. Es evidente, en función de medidas como ésta, que tras la inevitable asunción de la *necesidad tecnológica* ("que mis hijos no se queden atrás"), también como implícita manera de consumir clase y distinción ("que mis hijos no tengan menos que el resto"), habita la velada sospecha de que esas mismas herramientas esconden todo un universo de ocio y "tentaciones" que puede provocar, a los hijos menos constantes, la pérdida de tiempo para el estudio, cuando no situarlo en posiciones más peligrosas (hablar con desconocidos por Internet, acceder a páginas prohibidas...).

«—Conversando con los padres cuando hay dificultades de aprendizaje o cuando hay dificultades con las notas, que los chicos van mal, lo primero que te dicen a lo mejor como tutor es ¿qué hago? ¿le quito el ordenador? Esto antes, evidentemente, no aparecía. Antes un padre decía ¿qué puedo hacer? ¿le castigo, le quito del fútbol? Entonces decías que porqué; es

importante, cómo le vas a quitar de que hagan deportes, es un chico ¿no? y tiene que desarrollar su cuerpo, y tiene que hacer deporte. Pero ahora uno se queda un poco perplejo ante esta pregunta ¿no? qué le hacen, y le quito el ordenador, le quitó el cable, y si ya no puede funcionar con el ordenador, y uno no sabe qué responder, porque claro, si el ordenador en la educación lo entendemos como una herramienta de apoyo, pues si uno le quita el ordenador, pues a lo mejor le está haciendo mal. Pero claro, es que es posible que el ordenador no se esté utilizando como una herramienta de apoyo, sino como decíamos antes, que el ordenador le sirva sólo para mi tiempo libre, y si el tiempo libre aumenta porque el ordenador me... no sé... eso, me lleva el tiempo que entonces... lo que antes era 1 hora al día para que yo pudiera pues hablar por teléfono cuando no existía el ordenador, se ha convertido en que me descargo música con el Messenger, con mis amigos en... que me meto en una página web a ver no sé, miles de temas ¿no? Entonces, no sé, son actividades que me van restando mi tiempo de estudio al final, entonces yo creo que el ordenador se utiliza muy poquito como herramienta de estudio, herramienta de trabajo, y que es más bien todo lo contrario: se utiliza como, como ocio, entonces eso a veces los padres... lo primero que admiten los padres, que se sienten que el ordenador les está robando el tiempo y que es por culpa del ordenador... (...) fundamentalmente eso, les está quitando mucho tiempo, y entonces allí también hay un factor. Pero yo creo que fundamentalmente la cosa de ordenadores, tiempo de ocio, y realmente les está restando tiempo de... de estudio, de preparación.»

(DOCENTE DE SECUNDARIA, COLEGIO PRIVADO Y CONFESIONAL)

Por ello no extraña que muchos padres, más aún quienes no manejan las claves básicas del lenguaje informático o la navegación por la red, encuentren en el uso del ordenador por parte de sus hijos un nuevo quebradero de cabeza, que enfrenta lo que teóricamente parece que deben hacer (“procurar a mis hijos el más completo equipamiento tecnológico posible”), con la constatación de que algo hacen o algo ocurre en el ciberespacio, que provoca que pierdan el tiempo. En función de esta tensión argumental (encontrar el equilibrio entre lo necesario y lo nocivo), que buena parte de los más jóvenes hacen suya, uno de los resultados palpables es la estigmatización de los *chats* como compendio de todos los aspectos más negativos de Internet, y de la pérdida de tiempo que suponen los malos usos de la tecnología.

«—Yo en cuanto a relaciones personales le veo como un... Cuchillo de doble filo... Un cuchillo de doble filo, o sea, porque... bueno, pues, tristemente, cuántas veces no ha pasado, nos hemos enterado, ¿no? Pues que... unas niñas han sido engañadas por un tipo, nosequé, o unos niños han sido engañados por un tipo, nosecuántos, y todo eso pues claro, pues eso es lo malo del Internet, por así decir, no hay un control y eso implica que... evidentemente el pez grande siempre tiende a comerse... a comerse al pez pequeño. Eso es lo que yo le veo malo en cuanto a ese lado del cuchillo...» (PADRE DE USUARIA OCASIONAL, CLASE BAJA)

Es entonces cuando surge la necesidad de “controlar” el uso que los hijos hacen del ordenador. Pero claro, es complicado controlar lo que no se entiende y, sobre todo, es difícilmente controlable. Además de cierto desconocimiento por parte de muchos padres, también es cierto que nos movemos en un terreno de complicada regulación.

Quizás uno de los aspectos más interesantes de esta disyuntiva, sobre todo en función de lo que los usos de los adolescentes indican (ocio, mensajería instantánea...) es la alta aceptación de la disciplina y el control como paradigmas de los usos adecuados de los ordenadores en relación a Internet (con los móviles ocurre igual, aunque su empleo está mucho más generalizado y la dependencia es mucho mayor, por lo que resulta aún más ficticio, obviando la realidad de quedarse “sin saldo”). Es decir, que los más jóvenes (por descontado, los adultos), parecen asumir sin atisbo de duda que su relación con Internet ha de ser controlada y regulada, al tiempo que suelen reconocer lo impreciso y vago de tal control, más allá del establecimiento de “turnos” de uso entre diferentes miembros de la familia, en los casos en los que es necesario.

«—Hombre, yo hay veces que cuando se van mis padres, me meto cuatro o cinco minutos, que juego a un juego o algo.

—Yo creo que sí que engancha generalmente, pero... y que por eso creo que hay que controlarlo y que los padres lo controlen.

—Sí, hay que controlarlo.» (GT, 13-14 AÑOS, COLEGIO CONCERTADO)

Respecto a esta regulación o control, que sería más del tiempo que del tipo de uso, el estudio de Lorente et al. ofrece algún dato: preguntados (los usuarios) sobre la existencia de algún tipo de regla explícita o implícita que regule el uso del ordenador en el hogar familiar, las mayores proporciones de reconocimiento de la existencia de esas reglas se da entre los jóvenes de menor edad (24%), descendiendo progresivamente a medida que aumenta la edad, en el tramo de los 15 a los 29 años (además, en “uno de cada cuatro hogares en los que se reconocen normas para la utilización de los ordenadores, participan los jóvenes de la casa en su regulación”). Los porcentajes que aceptan la regulación crecen cuando se pregunta en particular por Internet (Lorente, Bernete y Becerril, 2004: 224-225). Cabe señalar que, desde los argumentos de entrevistas y grupos triangulares, las posiciones se magnifican, quizás en la tensión existente entre que deba existir tal regulación o que exista realmente.

4. LA IMPORTANCIA DEL MESSENGER COMO ESPACIO RELACIONAL

Nos centramos a continuación en uno de los medios que protagonizan la comunicación en Internet (en este caso, entre los jóvenes): el Messenger. A tenor de lo escuchado en entrevistas, grupos triangulares y grupos de discusión, el Messenger protagoniza buena parte de los usos que de la red hacen los internautas, y se sitúa a la cabeza de los canales a través de los cuales se relacionan y establecen contacto entre ellos. Aparte de la constatación de su uso desde la observación de las

explicaciones, con matices diferenciados en función de la edad (tendencia a la especialización o restricción orientada de su uso), lo interesante es observar cuáles son los argumentos a partir de los cuales interpretan y justifican su uso, que permitirán entender algo más el tipo de símbolos, referentes y expectativas contribuyen a crear el imaginario relativo a Internet como canal de comunicación y relación, y dan lugar a lo que denominamos como “cultura messenger”.

Entre las ventajas o cualidades del Messenger que destacan los jóvenes, encontramos en primer lugar las que tienen que ver con la comodidad y la supresión de la distancias, pues te permite mantener conversaciones regulares con personas muy lejanas, además con un coste económico que, para la mayoría de los usuarios jóvenes, es nulo (conexiones que pagan los padres) o, cuando menos, asumible. Frente al coste que puede suponer hablar por teléfono, Internet propicia mayor frecuencia de contactos y conversaciones “sin límite” ni restricciones, por lo que el tiempo pasa a tener una medida relativa y ampliamente flexible (en la factura de teléfono sabes exactamente cuánto tiempo hablas, y cuánto te cuesta cada minuto, por ejemplo). Motivo económico que destacan, sobre todo, en clases bajas o económicamente menos pudientes, mientras tiende a desaparecer a partir de las clases medias y, por supuesto, en las altas: en la cultura de la *tarifa plana*, la asunción de que Internet centraliza todo un mundo de posibilidades (ocio, trabajo, gestión del hogar) deriva en la convicción de que el dinero empleado es “rentable”; por no hablar de que, cada vez más y al hilo de la asunción del mito de la sociedad tecnológica, se empieza a asumir como una “necesidad” (te pierdes demasiadas cosas si no tienes Internet), por lo que el dinero gastado será considerado como bien empleado, como necesario.

«—Ahora cuándo lo uso eh... es para, sobre todo porque en el grupo de música hacemos, aparte de los ensayos y tal, llevamos todo el proceso de carteles, de diseño de CDs... es un rollo bastante autogestionado no... entonces también tema prensa... entonces... casi todas las noches cuando tocas y tal pues tienes que quedar para que uno vaya a recoger una cosa, y muchas veces es difícil hacerlo por teléfono porque tienes que llamar a todo el mundo... no es que quedes expresamente en el Messenger pero te conectas y dices las cuatro cosas que faltan... o sea, no acostumbro a usar el Messenger para hablar con nadie sabes... para... (...) Las ventajas... Uff... bueno, primero que es gratis.»

(PEDRO, USUARIO HABITUAL, 24 AÑOS, TRABAJO HABITUAL)

«—Moderador: ¿Por qué se mete la gente conectada al Messenger?
—Yo por ejemplo no es para hablar con los que estoy viendo todos los días de mi vida, ahora mismo yo más que nada lo hago para hablar con los del pueblo, que hace un montón que no le veo, o con yo qué sé...
—Como con mazo de gente hablas como si estuvieras en la calle, pero estás en tu casa y te enteras de mazo de cotilleos... o ves un nick que a lo mejor dice algo para ti, que no sé... [risa]»

(GT, 17 AÑOS, COLEGIO PRIVADO, CONFESIONAL)

Esa posibilidad cierta de, de algún modo, suprimir las distancias, permite entablar relaciones fundamentadas en una presencia y un contacto constante y regular, base sobre la cual se edifica la confianza que origina o refuerza amistades, o relaciones del tipo que se quieren tener. En este sentido, el tipo de valores que se ponen en práctica nos podría remitir al análisis que ya realizamos en *Jóvenes y relaciones grupales* (Rodríguez, Megías y Sánchez, 2002), en el que comprobamos cómo precisamente la “presencia” y el “contacto” eran considerados por los jóvenes como dos principios esenciales sin los cuales no se puede originar una amistad, en el sentido de que la auténtica amistad hay que regarla día a día, demostrando que se está al lado de la persona querida, que además habrá de comportarse de forma recíproca. Sin embargo, pese a que el Messenger permite esa aparente cercanía y presencia, ese “estar” a partir del cual puede surgir la “confianza” que genera las relaciones, conviene destacar que su uso principal no parece estar restringido, ni siquiera centrado, en las personas más íntimas, con las que se tiene más relación “en la calle” (más amistad, más confianza, más intimidad “física”), sino en otras personas, con las que se entablan relaciones distintas, que probablemente en la calle, en el cara a cara, no serían tal cual son. Es decir, presencia y contacto “virtuales” como modo de establecer nuevas redes de relaciones y de oportunidades, en la línea del “por si acaso” del que ya hablábamos anteriormente.

«—Él eh... pues... ¿sabes? Ha conocido a varias personas por Internet y... y a ver cómo fue, sí, uno le empezó a conocer y se contaban un montón de sus historias y tal, y ahora esa persona es una amiga, pero muy buena amiga, que... tiene a Víctor como primera persona a la que le cuenta todos sus problemas familiares, de pareja y de todo tipo y eso ha surgido a través de Internet, y no sólo... vamos, tiene varias amistades de ese tipo que... son unas amistades bastante... que aunque no se ven tanto, pero el hecho de chatear todos los días y tal, pues sí que crea ahí una base bastante fuerte.

—¿O sea que tú sí que crees que puede haber una relación bastante importante?

—Por lo que he visto, sí. O sea... Yo tampoco lo entiendo porque tampoco me ha pasado a mí, y yo no... ¿sabes? Que no... no sé, no lo haría, en el sentido de que no daría tanta confianza a alguien que no conozco... que no he visto nunca, o que simplemente me escribe que ni siquiera oigo su voz, pero vamos, que pasar pasa, claro que sí que se puede, porque otra gente sí que lo hace.» (PAULA, USUARIA HABITUAL, 22 AÑOS, TRABAJO OCASIONAL)

«—No sé muy bien de qué van las conversaciones... Muchas veces suelen ser de... ya no sólo Messenger, sino en foros del colegio o de una determinada discoteca, suelen ser cosas de esas: preguntar quién ha ido a la discoteca este fin de semana, son comentarios acerca de ellos, o que éste ha bebido mucho este fin de semana, otra se ha ido con fulanito. Son temas propios que ahora se pasan al foro. Antes no existía el foro... por las tardes hasta que te dejaban tus padres y comentar esas cosas, pero no en un foro, o dar un paseo charlando, o se sentaban en un banco, charlan de las

cosas que habían pasado el fin de semana, que era lo que uno le impresionaba. Pero hoy en día estas cosas son mucho más inmediatas, en lugar de acceso el viernes, que es cuando nos dejaban salir, pues se hace inmediatamente, y ya está el foro abierto comentando lo que pasó el sábado, la discoteca...» (DOCENTE DE SECUNDARIA, COLEGIO PRIVADO Y CONFESIONAL)

«—En plan... para gente que vive lejos, amigos que no están aquí o... con la gente de la universidad para... no sé, para ver qué tal o yo qué sé... para hacer un poco el chorra.»

(PAULA, USUARIA HABITUAL, 22 AÑOS, TRABAJO OCASIONAL)

Pero además de tener la capacidad de propiciar una relación “cercana” con gente que físicamente está “lejana”, el Messenger permite establecer una comunicación a la carta, en el sentido de que la propia persona la configurará a su medida, y en función de sus intereses y predisposiciones puntuales. Frente a comunicaciones “físicas”, en las que las personas no se pueden abstraer a la influencia de los sentidos (ver, tocar, gesticular, etc.), que marcan de manera definitiva la comunicación en un proceso concreto de interactividad (pueden interpretarte en función de tus gestos, de tu comportamiento, o interpellarte simplemente por verte), la comunicación a través de los sistemas de mensajería instantánea de Internet permite una gestión mucho más individual de los encuentros, sin por ello impedir que estés en contacto con otras personas siempre que quieras. Es decir, que ante la inevitable influencia del contexto grupal en las relaciones “físicas”, el Messenger permite la individualización de los procesos de comunicación, pero sin que ello implique caer en el aislamiento: “hablo con quien quiero, cuando quiero, y soy yo quien decido en todo momento.”

Esta capacidad queda resumida o aglutinada en una de las posibilidades que ofrece el Messenger, y que destacan sus usuarios como una de sus mayores ventajas: la capacidad para, dentro de tu lista de contactos (nadie a quien no hayas admitido previamente, o a quien no hayas dado tú mismo tu contacto o *nick*, podrá comunicarse contigo), poder aceptar o no la posibilidad de mantener una conversación en cada momento. En primer lugar, sólo agregarás a quien tú quieras, y nadie “indeseado” podrá contactar contigo. En segundo lugar, que incluso dentro de tus agregados podrás decidir, en cada instante, si quieres “aceptar” su invitación a conversar, o incluso si quieres “eliminar” a un contacto por el que ya has perdido tu interés. Gráficamente, la imagen sería la de gente que, teniendo tu dirección (y tú sólo das tu dirección a quien consideras que, quizás en alguna ocasión, te puede apetecer que te haga una visita), llama a tu puerta; entonces tú observas por la mirilla de la puerta y decides si abres o no.

«—Moderador: ¿Dar el Messenger os parece algo muy privado o...? —No sé, no porque no es como un chat, tú le puedes eliminar luego. Puedes ponerle no admisión, no eliminarle, pero él no puede hablar contigo, o puedes eliminarle directamente luego o sea que, es como un chat pero más seguro.» (GT, 13-14 AÑOS, COLEGIO CONCERTADO)

«—Hombre, por ejemplo, yo conozco a una persona de un día y me entra, pues no le voy a dejar. Pero si veo que otro día nos vemos y que empieza a caer bien, pues vale, pero a mí no me gusta agregar a la gente que no conozco de nada, igual se siente molesto porque le haya agregado, y voy que le hable y no sepa quién soy.

—Yo es que a mí, si me agregan, lo acepto y si luego es un subnormal, lo borro, le doy a no admitir o lo que sea.

—Je, je, no admitir.» (GT, 15 AÑOS, COLEGIO CONCERTADO, CONFESIONAL)

«—El otro día y estaba hablando con una que me había cabreado, y empezamos a discutir y al final me dijo que “te pongo sin admisión” y le dije “ya ves tú qué me pierdo”, y me puso sin admisión.

—A veces también es que quieres hacer otras cosas en el ordenador, o hablar con una persona importante o algo, y que está hablando todo el rato uno que se pone pesado o algo, le puedes poner sin admisión y luego...

—Es que a veces la gente ni te contesta. Hay veces que estás hablando con una persona y te da tiempo a escribir allí veinte frases.

—Porque está haciendo otras cosas.» (GT, 13-14 AÑOS, COLEGIO CONCERTADO)

Todas estas posibilidades aglutinan el concepto, antes mencionado, de estar “a la espera” (al *acecho*... de oportunidades en red), frente al “ir a buscar” que supone entrar en un *chat*: teniendo el Messenger abierto incluso puedo “mostrarme” ante el resto de usuarios “ausente”, al tiempo que voy viendo cuáles de mis contactos se conectan. En este sentido, en no pocas entrevistas y grupos triangulares escuchamos cómo los jóvenes admitían que es comúnmente conocido el “truco” de mostrarse “ausente” aunque estés conectado, pero que aún así sigue compensando la posibilidad de decidir en cada momento si quieres entablar conversación o no (además, mostrarse “ausente”, estés o no estés, ya es indicio, de cara al resto, de que prefieres no hablar; de momento...).

Que sean los propios usuarios los que explícitamente apunten que es fácil conocer estrategias de admisión o rechazo de contactos en el Messenger, apunta a una de las características importantes de plataformas de comunicación como ésta (y como los *chats*), también en lo que respecta a las maneras de proyectar la propia imagen o identidad: asistimos a una especie de juego por el que “se juega a faltar a la verdad con las cartas descubiertas” (Rendueles, 2004: 225), y en el que no se tiene que descifrar al interlocutor (ni el interlocutor te tiene que descifrar a ti), porque todos los que participan aceptan las reglas del juego. Ello, unido a la ausencia de condicionantes “físicos” (no me ven, no interpretan mis gestos, mi mirada, ni están condicionados por mi aspecto), propicia que “los otros no son ya el infierno puesto que ni me ven para objetivarme ni me imponen su presencia, que puedo cancelar con un clic” (Rendueles, 2004: 222).

Lo interesante de esta capacidad del Messenger, y del hecho de que sea una de las cosas que más destacan y agradecen sus usuarios, es que ensalza como una de

la máximas aspiraciones de las estrategias relacionales el tener permanentemente la posibilidad de relacionarse, de mantener contactos, sin que ello implique que quieras hacerlo en todo momento, o incluso en gran parte de los momentos. Y por ello se valora especialmente (más entre los más jóvenes, pues los mayores definden un progresivo proceso de criba o especialización de los contactos) el tener una carpeta de contactos lo más amplia posible, pues ello propicia mayores posibilidades de entablar contactos, se hagan efectivos o no. Lo importante es tener la oportunidad, o no perder oportunidades “por si acaso”, pues es la expectativa de lo inesperado la que protagoniza el horizonte de relaciones y diversión en torno al que se configura el Messenger.

- «—Hay gente que está ahí y tú lo sabes bien por qué la tienes.
—Como yo con mis amigos de Londres, que no hablo con ellos nunca.
—Moderador: ¿Y por qué tenéis tanta gente con la que no habláis?
—Porque en su momento...
—No, es que hay veces que por quedar bien estás hablando con una persona que nunca hablas con ella “que tal te va todo, ¿tienes Messenger?” pues agregarle ya de “a ver si un día hablamos” pero realmente nunca hablaste con ella y ni siquiera le caes bien, ¿sabes?
—Los tienes ahí por si acaso, no sé por qué, pero por si acaso.»

(GT, 17 AÑOS, COLEGIO PRIVADO, CONFESIONAL)

En este sentido, no podemos dejar de hacer referencia a otros “escenarios” en los que, por nuestra experiencia en investigación sobre jóvenes, comprobamos que se manejan estas mismas expectativas, aunque con matices distintos, como corresponde a la lógica de canales bien diferentes. Por un lado, como observamos en “Estructura y funcionalidad de las formas de diversión nocturna: límites y conflictos” (Rodríguez y Megías, 2001), la permanente expectativa de que ocurra lo inesperado se constituía, para los jóvenes protagonistas del ocio nocturno de los fines de semana (bares, botellón, alcohol), en el principal aliciente que combate la rutina en la que, en la práctica de los hábitos y recorridos, se transformaban esas mismas noches de diversión. Así, en el contexto del gran grupo, en cuyo seno estás con tus amigos o conocidos, pero en todo momento abierto a la movilidad entre grupos (sé con quién salgo, pero no te puedo asegurar con quién vuelvo), se alimentan esas expectativas de que ocurra lo novedoso, lo excepcional, lo divertido. Es la misma lógica que alimenta las expectativas que despierta el Messenger: aunque casi siempre hable con los mismos contactos, nunca se sabe quién puede llamar a mi puerta (simples “conocidos”, amigos de amigos que han conseguido mi *nick*, personas que no se atreven a hablar conmigo en la calle o en el colegio...).

Por otro lado, en *Jóvenes y relaciones grupales* (Rodríguez, Megías y Sánchez, 2002) ya retomamos este tema, haciendo hincapié en la manera en que esa expectativa de excepcionalidad se multiplicaba en función del tamaño del grupo de referencia: cuanto mayor sea el número de personas que nos juntemos en nuestro tiempo de ocio, mayores serán las posibilidades de diversión, pues habrá más ocasión para que ocurra lo inesperado, lo diferente. Y ello no resulta contradictorio

con el hecho de que, en las prácticas concretas, sean las relaciones más directas, más personales o individualizadas, las que se destaquen como auténtica fuente de satisfacciones o diversión. Es decir, que a partir de un contexto grupal, o de situarse en el centro de una gran red de relaciones, serán las interacciones entre pares (entablar conversación con un interlocutor) las que generen la auténtica satisfacción personal que cubra las expectativas de amistad, confianza o intimidad.

Estas dos referencias, aunque hacen alusión a situaciones de diversión nocturna concreta (bares, botellón, grupo “físico”...), ilustran perfectamente la lógica inicial de la diversión grupal, al tiempo que adelantan el proceso de progresiva individualización, selección o especialización en los “contactos” o interacciones, que comprobamos en nuestro estudio a partir de la edad: respecto a las relaciones por Internet, se sobreentienden periodos iniciales de experimentación y curiosidad exploratoria para, progresivamente, ir centrando las relaciones “virtuales” (que no ficticias) en torno a contactos concretos y conscientemente seleccionados. Pero el planteamiento no resulta contradictorio, pues sigue siendo el contexto grupal el que propicia que se puedan establecer el mayor número de esas relaciones de pares “seleccionados”, con quienes sí se entabla auténtica confianza. Así, lo importante es la expectativa de posibles “resultados”, lo cual confiere especial importancia al hecho de acumular lo que podríamos denominar “capital relacional”: cuanta más gente tenga en mi lista de agregados, mayores posibilidades de que ocurra lo diferente, lo inesperado, lo divertido. Y ya tendré tiempo de ir “cribando”. Nos encontramos, de nuevo, ante el “por si acaso”.

«—Bueno, yo es que agrego a todos los que me ponen, y luego si no los conozco, pues les borro. O sea, si hablo con ellos y no veo a nadie que yo conozca, o sea, le quedo o le borro si veo que no me cae bien.

—Yo tengo una lista para las personas que agrego y no sé quién son, y luego ya, si veo que no son amigos, les borro.

—Yo les agregé a todos y, si no les conozco, me presento y al final acabamos hablando más.

—Yo, vamos, que yo que he hablado con chicas de 27 años, que una vez empecé a hablar y estaba en el trabajo. No, pero se conoce un montón de gente.» (GT, 13 AÑOS, COLEGIO PRIVADO, CONFESIONAL)

«—Moderador: ¿Hay mucha gente en vuestra lista del Messenger?

—Yo tengo ciento veinte personas o por ahí.

—Ochenta y ocho.

—...más o menos como la de él, pero es que no sé qué le pasó al Messenger que se le borró y lo tuve que actualizar, entonces ahora tengo como cincuenta personas.

—¿Y habláis con todas?

—Sí.

—Yo hay mucha gente con la que... la tengo a no ser cosas puntuales, no sé... pero hablas a lo mejor con veinte o así.

—A lo mejor hay gente que te cae bien, pero cuando hablas por el Messenger no sabe hablar muy bien...

—Acaban siendo muchas veces conversaciones aburridas, “¿Qué te cuentas tú?” “Pues nada”, y que yo creo que para eso el Messenger no sirve. El Messenger está muy bien para eso, para reforzar amistades o para comunicarte con la gente para hablar sin llamar por teléfono y eso pero... pero no para estar ahí colgado sin decir nada.

—Yo sí que hablo por lo menos la mitad, sí te hablo a menudo, yo creo luego hay gente que me agrega y no sé quién es y... pero no sé.

—Es que hay veces que tienes que estar preguntando quién eres.

—Sí, eso pasa mucho, que se agrega gente de un amigo de un amigo de otro de tal... acaba agregándote gente que no conoces y eso también por un lado está bien, porque conoces a gente nueva y tal. Conocí una chica y nos llevamos bastante bien, pero luego por otro lado también tiene su parte de peligro.

—Porque la gente agrega a gente que no...

—Pues no sé, por ejemplo, a lo mejor yo ahora agrego algún amigo mío de fuera del colegio y eso, tiene sus amigos le dan mi Messenger a sus amigos y yo claro, yo a sus amigos no les conozco.

—Yo el otro día, mi vecino que también está jugando al juego, y le di el Messenger de un amigo y no se conocen, pero se han caído bien y hablan del juego.» (GT, 13-14 AÑOS, COLEGIO CONCERTADO)

«—¿Como cuántos contactos tienes en tu Messenger?

—Uf... no sé. Hay bastantes, pero hay los que no utilizas... luego están los permanentes que si estás hablas con ellos, gente que ya lo tiene desactivado... luego están tus amigos, los conocidos. Pero aproximadamente no sabría cuántos decirte, no se, cuarenta como mucho, yo creo...

—¿Pero hablas con todos?

—No.

—¿Y por qué tienes a gente con la que no hablas?

—Yo qué sé... pues porque no los voy a borrar... hay gente que la tienes en el Messenger y va por temporadas, a veces hablas más con ellas, a veces menos... o sea, con los típicos que siempre hablo son cuatro o cinco.» (LORENA, USUARIA HABITUAL, 22 AÑOS, TRABAJO ESPORÁDICO)

«—Yo trabajo cuatro horas en el festival y lo tengo siempre activado, tampoco estoy trabajando con Internet pero sí lo tengo activado y miro el correo cada veinte minutos a ver si entran cosas.»

(PEDRO, USUARIO HABITUAL, 24 AÑOS, TRABAJO HABITUAL)

En la línea de la idea que responde a la lógica o al ideal del ocio adolescente más estandarizado, en el sentido de “salir cuando todo el mundo sale, y a los sitios en los que está todo el mundo”, y de “estar en el sitio adecuado y en el momento adecuado”, el Messenger, como nueva plataforma a partir de la cual se configuran muchas redes de relaciones entre una parte importante de nuestros jóvenes, responde a esa necesidad de estar, pues precisamente es allí (en el Messenger), donde ocurren muchas de las cosas que no ocurren en los otros contextos de la

vida cotidiana (escuela, calle). Por tanto, si tu grupo de amistades, o de contactos, se agrupa o “queda” en lugares como el Messenger, y tú “no estás”, te perderás buena parte de la información, la diversión, las posibilidades de interacción.

«—Ordenador tiene todo el mundo, pero Internet no.

—Moderador: ¿Se sienten ellos fuera o alguna cosa?

—No, para nada.

—Sí, un poco se sienten un poco fuera.

—Sí, dicen “si yo tuviera Messenger, no sé qué, no sé cuántos”.

—Es que es eso. Tú ves a todos sus amigos y por ejemplo, una conversación, su pretendiente, que la hablamos por Messenger ayer, y le dijeron tú no has podido estar allí.» (GT, 17 AÑOS, COLEGIO PRIVADO, CONFESIONAL)

«—Nuestros jóvenes han nacido con este tipo de tecnologías ya, y de alguna manera los propios iguales son los que se las introducen. “Oye, tú no tienes Messenger, tú utilizas el móvil...” esa dinámica que no ocurre entre adultos. Un adulto no va diciendo normalmente a otro... utilizas el Messenger (...) Entonces entre los jóvenes sí que hay esa competitividad. No tenerlo parece como inferior ¿no? como que no estás al día, y es la razón fundamental para... para que esto cale tan deprisa en los jóvenes.»

(DOCENTE DE SECUNDARIA, COLEGIO PRIVADO Y CONFESIONAL)

A esa posibilidad de decidir con quién y cuándo quieres mantener un contacto a través del Messenger hay que añadir el modo en que este sistema de comunicación permite agrupar los contactos, y jugar con esas agrupaciones para tener la capacidad de establecer contactos entre el número de personas que se quiera, tanto si es de forma grupal y consciente entre todas las personas “contactadas”, como si es de forma que las distintas conversaciones paralelas no sepan que tratan con un interlocutor que tiene abiertas otras conversaciones. En definitiva, que la posibilidad de interacciones es múltiple y, sobre todo, a elección y conveniencia de uno mismo (“hablar sólo con un interlocutor, con varios sin que sepan que estoy hablando con otras personas, con varios que saben que hablo con otras personas, formar un grupo de conversación, poner en contacto a personas de un mismo grupo de contactos, poner en contacto a personas de diferentes grupos de pertenencia, etc.”).

De esta manera se establece algo así como una cartografía de contactos a partir de las diferentes carpetas de éstos (“amigos”, “compañeros de trabajo”, “familia”, “lejanos”, “conocidos”, “ligues”...), que permiten una auténtica gestión de los encuentros o gestión social, que no es otra cosa que una manera de gestionar el propio yo: “creo mis redes sociales en función de mis prioridades o expectativas, y me sitúo en ellas y juego con ellas de la manera que más se ajusta a mis intereses.” Esta posibilidad, sin duda importante respecto a la forma en que los jóvenes desarrollan sus procesos de socialización, se constituye en una de las auténticas novedades que propician las TIC, que con ello redefinen algunas claves relacionales: procesos de comunicación individualizados, personalizados y “a la carta”.

«—Tengo varias cuentas. Tengo una para el grupo, otra mía, y otra mía para el trabajo... entonces tengo una cuenta que es sólo para cosas de trabajo, para pedir material... para... para el tema de documentación. Y otra que es la mía personal, la mía personal la tengo bastante muerta, no...

—No la chequeas a diario...

—La chequeo, lo que pasa es que son cosas de éstas sobre todo el grupo, mandar archivos, mandar fotos, mandar canciones... utilizamos mucho... tenemos una grabadora MP3 y todos los ensayos volvemos a casa y los colgamos entonces... Pero es eso una cosa muy práctica, no, hombre sí que lo hago no, sobre todo cuando tengo amigos que se van fuera, pero no, no me suelo poner a escribir un mail a un colega...

—Con el mail del trabajo, sólo escribes a gente del trabajo o...

—Sí, sí lo tengo sólo para... es que lo tengo... antes lo utilizaba personal para dos cosas y ahora tengo uno sólo para el trabajo y el otro para otras cosas.

—Y el mail del grupo sólo para el grupo.

—Sí. O si tengo que mandar fotos más grandes... pero sí... sólo para el grupo.» (PEDRO, USUARIO HABITUAL, 24 AÑOS, TRABAJO HABITUAL)

5. LAS RELACIONES “VERDADERAS” Y LOS DIARIOS DE MIS “OTROS YOS”

Hemos señalado en varios momentos de este informe que la comunicación a través de Internet choca con la tensión discursiva entre lo que se considera “real” y lo que no. Así, “lo real”, desde el imaginario colectivo, tendrá que ver con “lo físico”, con lo constatable por los sentidos (vista, tacto, olfato, gusto, oído). Evidentemente, esta asociación determinará de manera esencial la forma en que se analizan las relaciones que se establecen a partir de *chats*, Messenger, foros o correos electrónicos, atendiendo a lo que socialmente se asume como el deber ser de las relaciones sociales (que implicarán la presencia física).

Ya en 2001, a partir del análisis de diez grupos de discusión realizados con jóvenes españoles de 15 a 20 años, señalamos que, a pesar de constatar que “casi todos participan o han participado en *chats*, y bastantes de ellos reconocían haber asistido a quedadas”, sus opiniones parten de argumentos que apuntan que “pese a que Internet se constituye en un medio potencial para conocer gente, las relaciones que a través de esos *chats* se entablan no serán de verdadera amistad. De partida, niegan toda posible asociación de las relaciones que se puedan entablar a través de Internet con cualquiera de los conceptos, principios o valores que componen la idea que tienen sobre lo que es la amistad. Y esta negación se hace en función de las características que atribuyen al medio Internet: frío, artificial e impersonal (...) El hecho de que los *chats* pertenezcan a lo que se conoce como espacio virtual, donde la ausencia de contacto físico y visual se constituye en el elemento que no sólo los dota de un atractivo especial sino que les da sentido, se

convierte, por sí mismo, en la razón de que (teóricamente) sean descartados como medio para entablar un tipo de relaciones que requieren de ese contacto.” (Rodríguez, Megías y Sánchez, 2002: 67-69).

Evidentemente, el tiempo transcurrido desde el momento en que aquellos jóvenes realizaron este tipo de aseveraciones, ha dado lugar a un nuevo contexto tecnológico y una nueva relación de la gente de su edad con las TIC. Por ejemplo, la eclosión de sistemas de mensajería instantánea como el Messenger, en detrimento de los *chats*. En este sentido, las afirmaciones reflejadas en la cita anterior resultan ajenas a la cultura Messenger que, para quienes tienen su edad en el momento actual, resulta mucho más cercana, frente al imaginario relativo a los *chats* que determina análisis como los reflejados a partir de esos grupos de discusión realizados hace cinco años. Resaltamos de nuevo, por la relevancia que tiene, que en el tema que nos ocupa, el paso de cinco años puede dar lugar a una auténtica redefinición de los patrones de uso, con las consecuentes diferencias intergeneracionales y con importantes cambios de herramientas tecnológicas y patrones culturales.

Sin embargo, los argumentos sirven para ilustrar a la perfección la manera en que socialmente se construyen aquellos relativos a la amistad “verdadera” y las relaciones “reales” o “trascendentes”. Concepto de “trascendencia” que los propios jóvenes emplean en sus argumentaciones, y que establece una difusa frontera entre lo que es “importante” y lo que no lo es, sin más referentes que la equiparación con lo que es “real” y lo que no lo es. ¿No son “reales” las relaciones que se entablan a través de Internet?

«—A mí me parece que sí, que sí que es malo si se exagera mucho porque esas cuatro horas que estás chateando con una persona que no conoces, pero que estás simplemente escribiendo mensajes podrías quedar con ella o quedar con otras personas y tener una relación más cara a cara y más... no sé, una relación de verdad. Pero tampoco se puede establecer lo que es una relación de verdad o no, a lo mejor, yo qué sé, te ves por la cámara web, estás chateando y... en cierto sentido sí que te estás relacionando con la persona, bueno claro que lo estás haciendo pero... no es lo mismo, me parece. Que la gente que se tira allí cinco horas chateando, pues que podría... ver más a sus amigos [risa] y quedar más.»

(PAULA, USUARIA HABITUAL, 22 AÑOS, TRABAJO OCASIONAL)

En este sentido, desde las posiciones de los jóvenes que pasaron su etapa adolescente en ese “antes”, se elabora una tendencia discursiva que completa los señalados principios de “confianza” e “intimidad”, con cierto proceso de psicologización del yo que bebe de las fuentes de lo que se podría considerar picaresca, en el sentido de que se elaboran “otros yos” más secretos, más íntimos, igualmente asumibles, y en función de los cuales se actúa de forma “real”. En esta línea argumental, “eres lo que finges ser”, un yo instantáneo pero absoluto, en un proceso por el que “la acción de abrir o cerrar ventanas informáticas se ha convertido para muchos en la metáfora por excelencia de la personalidad postmoderna entendida

como un sistema múltiple de actuaciones. Se trata de una identidad repartida que existe en muchos mundos y representa muchos papeles al mismo tiempo. Por primera vez en la historia, podemos ser los creadores de un yo a la carta sin necesidad de pasar por las inspiraciones esotéricas de Pessoa. La vida real no es más que otra ventana y, desde luego, para algunos no es la más satisfactoria ni a la que más tiempo dedican. En esta nueva cotidianidad discontinua resulta difícil establecer al final del día qué representación pertenece a lo virtual o a lo real” (Rendueles, 2004: 221).

«—Al final lo que trasciende siempre es la relación de verdad, porque todas éstas son las gentes que...
—Moderador: O sea, esto... me diréis qué es... esto no es como real, es...
—Tiene su toque de justicia.
—Esto no es como la realidad.
—También puede ser una fase previa para llegar luego a un contacto real.
—M: ¿Pero, si no es real, cómo es posible que...?
—Hombre, ¿por qué no tiene que ser real?
—No sé...
—Sea, la cuestión es lo que he dicho antes, que es una... una relación que asumes como limitada, pero al fin y al cabo necesitas otra relación... no sé, ciertas relaciones...
—Las usas en la medida de todos.
—Es como las películas, las películas no son reales, pero bueno, lo que interesa es evadirte un poco de la realidad.» (GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLE)

En función de esta mirada comparada entre el “antes” y el “ahora”, y la manera en que se inserta en los nuevos sentidos y canales de comunicación, habrá de interpretarse adecuadamente el sentido de las relaciones “verdaderas”.

«—El problema es cuando se utiliza como un sustituto de... de relaciones.
—Claro, es que yo estoy más bien pensado en la otra...
—Por eso, por eso, es que, dinámico, como tienes en una relación cara a cara, no hay ninguna, yo creo que a lo mejor una en el Messenger pues no te satisface, pues lo que necesita no te lo va a satisfacer. No te va a satisfacer en... en tanto y cuanto lo utilices como un sustituto.»

(GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

El discurso sobre las relaciones “verdaderas”¹⁷, socialmente fuerte y asentado (aunque también plantea numerosos matices, sobre todo desde las posiciones más integradoras de la relación con la tecnología), maneja sus razones en clave de

17. Esta noción de “relaciones verdaderas” nos remite al concepto de Foucault de “sexo verdadero” (Foucault, 1985). Si este último concepto surge al amparo de la noción de Estado moderno, formando parte de un dispositivo de clasificación de las poblaciones a partir de la creación de nuevas categorías y normas sexuales, la noción de “relación verdadera” aparece en el momento actual de globalización, al amparo de nuevas economías y de la sociedad de la información, generando nuevas clasificaciones y etiquetados de las relaciones sociales y de las identidades en espacios digitales, así como en sus intersecciones con otros espacios y relaciones.

añoranza, en el sentido de que desarrollos tecnológicos originalmente pensados para acercar a las personas y facilitar sus contactos e interacciones, lo que propician es un alejamiento e incomunicación, en base a potenciar elementos que se alejan de la esencia del ser humano. Así, centra sus argumentos en la tensión que se interpreta entre “lo personal” y “lo impersonal”. Tensión explicada a partir de adjetivos que definirán uno u otro extremo, atendiendo a los rituales de lo políticamente correcto: “lo frío, calculado, artificial y superficial” de la comunicación a partir de canales “impersonales” (los tecnológicos), frente a lo que tiene que ver con las emociones, los sentimientos, “lo interior” y “la esencia” de la comunicación “personal”, considerada como “real”. No en vano, a la luz de lo palpable de esta tensión discursiva, las empresas, multinacionales y grandes compañías de telecomunicación dedicadas a la comercialización de TIC, trabajan en el desarrollo de ese concepto (*e-moción*), apostando fuertemente por nuevas generaciones de aparatos que potencian ese lado más “humano” de la comunicación, con la progresiva inclusión de aspectos que tienen que ver con los “sentidos”, o con esos elementos que socialmente diferencian la comunicación “personal” (“real”) de las posibilidades de comunicación que ofrece la tecnología como mediadora.

«—La verdad es que creo que ahí hemos retrocedido bastante porque, joder, antes cuando yo era pequeño, te veías por la noche y quedabas para el día siguiente, no tenías que estar llamando veinte veces al día siguiente, te mandas ocho mensajes, yo creo que eso afecta bastante a la hora de sobre todo de componerte mentalmente el tiempo y el espacio, porque no es igual que sepas con tiempo lo que vas ha hacer y que... yo salgo a veces a la calle y ya me llamará alguien o ya llamaré a alguien no, sin saber qué va a pasar. O sea yo sí que noto por ejemplo es que ya no voy, yo cuando era pequeño iba a casa de mis amigos, llamaba al teléfono y veía si estaban o no estaban y eso ahora no lo hago nunca, me llamas y... en ese sentido me he hecho, eso sí que lo echo de menos, porque el hecho de ir a un sitio a una casa, llamar, no sé como que...

—¿Eso lo interpretas en sentido de pérdida?

—Yo creo que sí. O sea, tiene positivo que puedes hacer más cosas, y parece que el tiempo cunde más, pero eso no sé si es positivo o negativo. O sea cuantitativamente, el móvil permite que el tiempo sea más productivo, está claro, y Internet igual, pero claro, no siempre es más productivo para ti, o sea, desde que tenemos móviles o Internet, o sea hay una necesidad de comunicación que antes no existía, y ahora pues eso, hace cinco años el que no tenía móvil podía no tenerlo, ahora mismo es prácticamente imposible que una persona no tenga móvil en un ambiente normal, porque tiene la necesidad de tenerlo para, para mil cosas...»

(PEDRO, USUARIO HABITUAL, 24 AÑOS, TRABAJO HABITUAL)

«—Tampoco hay que verlo tan, tan opuesto ¿no? o es bueno-bueno, o es malo-malo. Yo creo que tiene ambas cosas, y eso es lo difícil de abarcarlo, porque tiene ambas cosas ¿no? Hay gente que se vuelve absolutamente loca y hay gente que lo disfruta y lo utiliza maravillosamente.

—Pero realmente, yo no lo sé, estoy un poco ajena a eso, pero... da la sensación de no sé si real en términos cuantitativos, le... tiene una tendencia a generalizar la sociedad a... volcarse en el círculo de relaciones virtuales a... esos asuntos ¿estamos hablando de eso o qué? O sea, si yo hablo de mi experiencia con Internet, ya lo sacas como un complemento de... o sea, de una relación con la gente, con la que me comunico, pero facilita las relaciones complejas, no las frías, es lo único que hace...

—(...)

—Yo creo que no tienes tanta responsabilidad en una relación con Internet. Apagas, y tú sabes que a esa persona no vuelves a saber nada de ella.

—Claro, claro.

—O sea, te puedes comportar de una manera mucho más egoísta por Internet, esto no me interesa, no me has molao, ¿la he cagao? pues bueno, da igual, o sea, paso de ti y da igual, en el caso de los chats y todo eso. Y en la vida real si la cagas... pues se entera el vecino, se entera el otro, la otra preguntando que quién...» (GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

Sin embargo, resulta muy interesante observar cómo las aparentes desventajas de la comunicación vía Messenger o *chat* (no ver, no escuchar... para poder interpretar gestos y tonos de voz que ayuden a descifrar el sentido de las palabras escritas) son, al mismo tiempo, las ventajas de los sistemas de mensajería instantánea: permiten decir cosas que las barreras de la timidez o la inseguridad no permitirían, en base a un espacio en el que parecen suprimirse ciertas reglas de la comunicación personal física. Permiten, por tanto, desplegar toda la picaresca a partir de la cual ensayar y forjar tu otro yo.

Una de las pruebas de que estas “desventajas” no son otra cosa que las “ventajas” de un canal diferente, es el general rechazo a la incorporación al Messenger de *webcams* (pequeñas cámaras para que tu interlocutor te pueda ver a tiempo real, mientras escribes en el teclado) o sistemas de voz (para que te escuche tu interlocutor), a no ser que la relación con el interlocutor sea tan íntima y la demanda de “información” sobre él sea tan acuciante (parejas que viven en ciudades diferentes y sienten la necesidad de verse, por ejemplo), que predisponga al uso de estas opciones. En este sentido, las posturas más integradoras (que coinciden con los tipos ideales *de banda ancha* que desarrollaremos en el siguiente capítulo) defienden la necesidad de aceptar e integrar un nuevo canal de comunicación con el que muchos jóvenes se relacionan ya de manera natural, aprovechando sus posibilidades en un ejercicio no de sustitución respecto a otros canales existentes, sino de suma de potencialidades.

«—Moderador: ¿Qué os parece la webcam?

—No sé, a mí me parece que no tiene mucho... mucho fin, a veces he hablado con gente que dice “te voy a poner la webcam y tal” y aparece allí...

—Y es que cuando la tienes puesta parece como... que va lento, que te mueves... de repente estás aquí, entonces hasta dentro de varios años que la mejoren no creo que este.

—Pero de todas formas que tampoco la veo muy tal, porque si quieres saber cómo es alguien pues le puedes pedir alguna foto, y sería el único fin de la webcam.

—M: ¿No os interesa la webcam ahora mismo?

—Yo dentro de varios años.

—A mí sí me parece que no está mal, pero vamos, creo que tiene que mejorar mucho.

—Sí, porque va como a tirones.

—M: ¿Y qué cambiaría si la gente se pone la webcam?

—Pues que podría saber más o menos en que el tono... cómo dices las cosas.

—Yo creo que no, porque he hablado con gente que la tenía puesta y tenía la webcam a un lado y que estaba mirando hacia el otro lado, y que escribe y se queda igual.

—Yo creo que la tienes que poner encima del ordenador, sino para verte de lado es como comprarla para nada

—Pues a mí y a mí no me parece una buena... una tontería, me parece una tontería.

—¿Y altavoces para escuchar a la otra persona directamente?

—Eso yo alguna vez lo que el hecho. Conversación de voz.

—Yo alguna vez lo de hecho y al final acaba cortando un poco, más porque es como hablar por el móvil, te acabas cortando más y no sabes muy bien qué decir, y en el Messenger como estás hablando, escribiendo directamente, te atreves a decir más cosas.» (GT, 13-14 AÑOS, COLEGIO CONCERTADO)

«—Si la otra persona sabe cómo hablas y existe una complicidad con ella, pues más o menos la forma que tenga de escribir y todo eso, pues puedes imaginártelo, te imaginas la voz, la forma de expresarse. Lo que hay veces que puede llegar a dar confusión (...). A la cara, si yo te quiero mentir, aparte de las palabras estás escuchando, pues vas a ver los gestos que estoy haciendo, vas a escuchar la voz... bla, bla, bla. O sea que sí tienes más cosas para descubrir si estoy mintiendo. Si te hablo por Internet sólo tienes las palabras. Aunque mentir por Internet yo creo que es más fácil.

—No tienes webcam...

—Sí, pero no la utilizo nunca. No me gusta, me da vergüenza.»

(LORENA, USUARIA HABITUAL, 22 AÑOS, TRABAJO ESPORÁDICO)

Las tensiones discursivas señaladas, en referencia a “lo personal” y “lo impersonal”, en su asimilación o no con “lo real”, avanzan un paso más cuando se refieren al sentido concreto de la “presencia”. ¿A partir de qué cosas se define la presencia de una persona? ¿Es la participación en un *chat* muestra de estar “presente” en un espacio más o menos concreto, o la presencia “real” sólo está definida a partir de lo contrastable por todos los sentidos?

Evidentemente, las posturas más reticentes a la integración tecnológica absoluta o acrítica, por considerar que va en detrimento de las relaciones “personales”, ten-

san la cuerda en el sentido de considerar que la presencia física es la que verdaderamente determina el sentido de las relaciones: a partir de las “pruebas” que ofrecen los sentidos se interpretarán adecuadamente las claves de la comunicación y las interacciones. En otras palabras: a saber con quién hablas en el *chat* o en el Messenger, y si su presencia es tan real como ese interlocutor quiere transmitir (“si no lo veo, no lo creo”, atendiendo al dicho). Postura en la línea estigmatizadora de los *chats* que veíamos con anterioridad, y que tiende a rechazar que el nuevo canal pueda ofrecer “información” novedosa sobre un interlocutor que ya conoces de la calle, por no hablar de que pone en duda que la información sobre interlocutores más desconocidos sea, en todo o en parte, cierta.

Pero existe otra forma de entender el concepto “presencia”, elaborada desde esas posiciones más integradoras, en la línea de los procesos de psicologización, picaresca y forja de tus “otros yos”, por los que el ritual y la forma de comunicación construye la presencia, a la que darán cuerpo las emociones. Es la que dota de carta de rasgos personales (información sobre uno mismo, por tanto) a los elementos que propician la “visibilidad” en Internet, a diferencia de otros canales de comunicación: la manera de escribir, el *nick*, los iconos utilizados, las imágenes mostradas, etc. Elementos que contribuyen a conformar una identidad “virtual” que, en la práctica (las conversaciones) es real (estoy hablando con la persona que muestra ese *nick*, esa foto, esos emoticones, ese lenguaje...). Identidades que son variables, flexibles, y cuentan con altas dosis de creatividad e imaginación. Por todo ello, las voces más globalizantes, maximalistas y normalizadoras de la relación con las tecnologías, dibujan una identidad recreada a partir del aspecto físico de cada cual, sus ideas, su voz, su mirada, sus gestos, su forma de hablar, etc., pero también de su proyección a partir de otros canales, en este caso asociados a las TIC.

«—Yo pienso que cuando te tratas por un canal electrónico con alguien que tú conoces, es decir, nosotros, puede ser tu amigo, o un conocido simplemente, la cosa se queda fría ¿no? o tienes algo útil que decir o tampoco vas a decir tonterías, pero joder, estás hablando con un desconocido.

—Ya.

—Más... más rápido que hablar con un desconocido, que es un finlandés que no lo voy a ver en mi puta vida, vamos, más caliente que eso no hay nada. Y yo en una situa... no estoy (...) pero yo me topo con una situación de esas... me resultaría más fácil hablar con él. Porque, joer, un tío a quien le puedo cosas, para decirle quién soy yo, que no me va a juzgar (...) supongo que depende de... de quién recibe y quién emite ¿no?

—Yo no creo que resuelva la pregunta que tú planteabas de más humano, menos humano, es que yo creo que es muy humano es que... [Risas].

—Yo también.

—O sea, yo no, yo no, yo creo que es superhumano porque...

—De hecho está entre humanos y que las relaciones son humanas. Eso es, o sea es huma... lo más humano que te puedes...

—[Risas]

—Es una nueva forma de relación... humana.
—Pero entre los humanos está la presencia física.
—Pero está la presencia...
—Virtual.
—No, no es virtual... es la presencia, es tu presencia... del lenguaje.»

(GD2, 25-29, CON TRABAJOS PRECARIOS)

«—Además sirve también porque, por ejemplo, en los mensajes a móviles y el chat yo me he dado cuenta hace tiempo, no es que lo haya descubierto yo ni nadie, pero que te permite decir cosas que a lo mejor a la cara pues te resulta más embarazoso y tal, la gente se libera más y para quedar y para todo ese tipo de historias, es muy cómodo, porque como no te estás viendo la cara te puedes permitir faroles, verdades a medias, frases con picardía, historias que luego al final se... se desarrollan como pueden, claro.

—(...)

—Tú dices una frase y no tienes que poner una cara para tener una reacción, es decir, la dices y si ves que no ha funcionao, o que la otra persona lo ha malinterpretao, pues rediriges la conversación, porque realmente porque si no tienes una cara ni un sonrojo ni...

—(...)

—Y claro, cuando tú entras en el Messenger, vamos, eres el rey, porque no tienes que ponerte a trasce... a trascender y si eres un poquito tímido y tal y te cuesta un poco, te deja todo... abierto, ¿no?»

(GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLE)

Hemos apuntado a la *e-moción* como elemento clave a la hora de establecer esas diferencias entre lo que determinadas tendencias discursivas califican de personal e impersonal (“lo caliente” y “lo frío”, cuando se refieren al lenguaje, o incluso al propio canal): compendio de todo lo que tiene que ver con los sentidos, lo personal, lo real, lo trascendente. Emoción como intangible que aglutina los aspectos que dotan a las relaciones entre las personas de la “trascendencia” que puede separarlas de la tecnología, pero que también puede contribuir a dar cuerpo a interacciones construidas a partir de la presencia y la intimidad. Es el discurso más crítico o menos integrado el que sitúa a esa “emoción” en un plano diferente, a un nivel superior: por mucho que progrese la tecnología, siempre existirán aspectos relacionados con las “emociones” que harán de las interacciones entre las personas algo auténticamente insustituible.

Respecto a las identidades virtuales (los otros yos), la visión más integradora, a pesar de que puede compartir un lenguaje que diferencie entre lo que nuestros propios interlocutores denominan “realidad” (relaciones en sentido “físico”) y lo que sería el “cibermundo” (contactos que se tienen a través de Internet, que en muchos casos no tienen correspondencia en la calle, “físicamente”), sitúa a ambos universos en un mismo plano de complementariedad, y no como extremos opuestos que te sitúan a uno u otro lado de la “normalidad” y el deber ser de las rela-

ciones sociales (es decir, que quien se prodiga en el “cibermundo” es porque no sabe hacerlo, o tiene algún problema para hacerlo en el mundo “real”). Así, “cibermundo” y “realidad” serían dos planos relacionales distintos, estructurados a partir de canales, expectativas y estrategias comunicativas diferentes, pero perfectamente flexibles, moldeables y, sobre todo, intercambiables.

En función de este planteamiento, no extraña escuchar en grupos y entrevistas cómo algunos jóvenes explican las trayectorias de algunos contactos iniciados en Internet, pertenecientes por tanto al “cibermundo”, que con el tiempo han pasado a formar parte del mundo “real” (tras generarse la suficiente confianza como para “verse” y quedar habitualmente). Y al revés, igual: personas que solías ver habitualmente, que por los motivos que sea (traslado de ciudad, por ejemplo), han pasado a formar parte del “cibermundo”. Incluso dentro de ese mundo “virtual”, los contactos pueden pasar por diferentes categorías o clasificaciones (de “conocido” a “amigo”, o a “ligue”, por ejemplo), siempre en pos de procurar, al usuario, la más detallada y actualizada cartografía de sus redes sociales, y siempre en función de las estrategias para mostrarse u ocultarse según el interlocutor.

«—Yo personalmente en el Messenger tengo a gente... la mayoría de la gente la conozco, pero hay mucha gente que no, que he conocido durante un viaje a Italia, en distintos chats y tal, y los he cogido y los he metido a mi Messenger pues porque que son más artificiales, porque si no es un agobio ¿no?

—¿Más artificiales?

—En el Messenger...

—(...)

—Yo creo que lo haces ahí porque...

—Más coordinados...

—No, no, es que tengo dos, dos, o sea, tengo... realidad y cibermundo.

—[Risas]

—Dos grupos.

—Sí, dos grupos. A la gente que conozco en realidad y a los que no (...) curiosamente creo que con los que menos hablo son con los que más trato tengo.

—¿Sí?

—Claro, porque los veo en la calle, no tengo nada que decirles.

—Ya, pero yo por ejemplo tengo muchos amigos en otras ciudades y...

—Ya hombre, sí, luego, luego sí...

—...hablo mucho con ellos ¿sabes?

—Eso sí, ese tipo de cosas sí...

—También quedamos con el móvil y tal.

—Sí, pero la gente con la que tratas día a día... además, es curioso porque te ves por ahí eh, yeh, naaa y tal.

—Eso sí.

—[Risas]

—No vas a hablar por el blog, o sea, con esa gente.

—Yo, con mis colegas, con los que salgo por ahí... te vas con los de, realmente... me hablo de vez en cuando por el móvil por ver por dónde puedes estar y de hecho... entonces son parte de tal, pero el Messenger...

—Sí que a lo mejor puedes hablar más con ellos que... que con los otros, porque tienes una relación que, que entonces sí que trascienden, eh, pues pasas de vivir con los chats a vivir con el móvil.

—Claro.

—[Risas]

—Sí. A los dos días, a mí me ha pasado mucho. Yo he tenido mucha gente que, que he conocido por Internet y a lo largo del tiempo, pues ya, estás, yo por lo menos... ya pues han pasado a la realidad.»

(GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLE)

En cualquier caso, a Internet se le reconoce la capacidad para “dar el primer paso” en el camino de una relación, del tipo que sea. En ese momento es cuando parecen aprovecharse buena parte de las ventajas de la comunicación a través de este canal, pues se eluden muchos de los miedos e inseguridades asociados a la asunción de que tu cuerpo, tu cara, es tu fachada (como apuntábamos en el capítulo 3), lo que ofreces a tu interlocutor en el “cara a cara”. Y este reconocimiento de Internet se relaciona directamente con los señalados argumentos referidos a los “malos” y “buenos” usos, en el sentido de “necesitar” o no del canal para desarrollar tus estrategias socializadoras y tus redes de amistad: se asume lo beneficioso de Internet como medio para potenciar tus relaciones, mejorar tus conocimientos, amplificar tu voz o afianzar tus lazos (asumiendo también el riesgo de poder deteriorar tales lazos, claro), pero no como fin en sí mismo en relación con todas esas cosas (no como lugar donde encontrar, en exclusiva, todas esas cosas). En definitiva, se establecen unas jerarquías emocionales y comunicacionales, a partir de las cuales el Messenger actúa como amplificador de la gestión del yo social, sin dejar de estar contextualizado dentro de lo políticamente correcto: por una parte, aunque “fría”, la comunicación Messenger sirve para gestionar “los primeros contactos”, para tantear a la nueva gente; pero las comunicaciones “más auténticas”, las de amigos más íntimos, se dejan para otras modalidades de comunicación donde se puedan expresar más fácilmente los sentimientos. Así, el Messenger estaría destinado a la gestión de los encuentros, actuando como filtro con los desconocidos o no íntimos, además de gestionando determinadas “tareas sociales” que se viven como una carga, que se aligera gracias a otras modalidades de comunicación.

«—¿Qué tipo de relación tienes con la gente a través del Messenger?
¿Crees que es una relación distinta de la que tienes en la realidad?

—Hombre, es distinta, yo creo que sí. O sea te puede... es que depende de la persona con la que estés hablando, a mí me ha surgido el caso de que una persona sin conocerla de nada me ha agregado, y hablo con ella, y después como yo creo que te cortas muchísimo menos que si estuvieras cara a cara, porque realmente ella no te ve, y tú te puedes pensar lo que escribes, puedes borrar, no sé, es... es frío, pero a la vez cómodo y sin embargo, eso cuando no conoces a la gente... frío pero cómodo. Cuando

conoces a gente ya ahí la cosa cambia, porque a veces sí, quizá es menos... te sueltas más, no tienes tantos... las típicas coñas nosequé, sigue siendo frío, pero a mí por ejemplo no me gusta tanto, porque prefiero, si es alguien que conozco, me parece muy... no sé, lo veo como... no sé cómo decirlo...

—Más distante... preferirías verle, ¿no?

—Claro, si es que no... yo no estoy a gusto hablando... Yo a lo mejor, en el Messenger, lo utilizo para mis amigos. Con mis amigos íntimos lo utilizo para quedar, que es lo más cómodo para mí, porque hablar con ellos por el Messenger no me parece algo que sea demasiado agradable, porque no te vas a expresar como te gustaría expresarte, porque a ti no te da vergüenza hablar con un amigo, y quieres que el conozca todos tus sentimientos. (...) Sin embargo una persona que ves... no tan a menudo, amigos pues de... Pozuelo, yo vivo en Pozuelo, pues de Pozuelo, bueno si "hola, nosequé", porque como con esas personas no te interesa llamarlas, o tener una relación que... una comunicación pues telefónica muy prolongada, dices "Pues ¿sabes? Mira qué bien, me quitó ya un marrón de tener que llamarla" pim pam, pim pam y fuera.

—Ya, una relación... mantienes, digamos, el contacto.

—Efectivamente, y no tienes... y a los... y a los que no conoces, es agradable, con los que no conoces ese agradable porque no sé, tampoco tienes que expresarte tú cómo eres, ni dar todas tus caras de y... no sé, entonces... » (LETICIA, USUARIA OCASIONAL, 20 AÑOS, CLASE ALTA)

«—Me ha servido para acercarme a gente que a lo mejor hubiera sido más difícil que me acercara. No más difícil, sino que el proceso hubiera sido más largo. O sea que hubiera tardado más en conocer a esa persona, no sé qué...

—¿Y crees que ayuda a relacionarse?

—Yo creo que sí. Mira, tanto ayuda a relacionarse como a hacer que una relación se deteriore. Porque a veces dices tantas cosas por el Messenger, que luego cuando estás cara a cara con esa persona, hay cosas que piensas mejor no decirlas, piensas que hubiera sido mejor decirlas por el Messenger... como que pierdes... »

(LORENA, USUARIA HABITUAL, 22 AÑOS, TRABAJO ESPORÁDICO)

Atendiendo a la manera en que se produce la comunicación en Internet, podemos señalar tres aspectos interesantes, en relación con tres conceptos: conocimiento, interactividad e intimidad.

En primer lugar, se suele presentar como un aspecto positivo del Messenger, en su comparación con los *chats* (cosas del pasado, de gente inmadura, curiosa y con ganas de experimentar) el hecho de que mantienes conversaciones con gente que "conoces" previamente, en el sentido de que has tenido que ser tú quien admita su propuesta de comunicación. Este es el planteamiento de partida de la mayoría de los jóvenes usuarios, pero la práctica matiza convenientemente: resulta habitual escuchar a muchos de esos usuarios reconocer cómo tienen las carpetas de

contactos repletas de personas con las que casi no mantienen relación, o directamente no conocen, gente que nunca han visto y de quienes apenas recuerdan la persona que sirvió como nexo de presentación. En base a esta constatación, parece necesario revisar el concepto de “conocer” (igual que los de “intimidad” o “relación”) aplicado a las TIC, seguramente poniéndolo en relación con lo anteriormente mencionado respecto a los parámetros que determinan la “presencia”. Así, si esa presencia también está conformada por los elementos del “cibermundo” (*nick*, imágenes, textos, iconos...), el conocimiento de esa identidad virtual también pasará por diferenciar tales elementos, por lo que bastará con saber el apodo de un interlocutor, y tenerlo debidamente clasificado en tu personal cartografía de redes sociales (en un lugar concreto, por tanto), para afirmar que es una persona “conocida”. Es pues la imposibilidad de tejer esa trama de relaciones (“quién me puso en contacto con quién, o a través de qué circunstancia crucé unas palabras con alguien, aunque no conozca *personalmente* a ninguno de esos contactos”), la que determinará la frontera de los extraños. En un *chat* abierto, ese tejido es de difícil construcción.

«—En foros no, eso no me gusta, pero... para chatear me gusta usarlo pero... con gente que ya conozco, o sea, no conocer a gente a través del chat, porque me parece que siempre es una relación muy ficticia que en cualquier momento te puede... te puede decepcionar, en algún sentido o decir... no sé, que tampoco le veo mucho sentido.»

(PAULA, USUARIA HABITUAL, 22 AÑOS, TRABAJO OCASIONAL)

Para el segundo de los aspectos a considerar rescatamos la idea de la comunicación y las relaciones por Internet como un proceso *individualizado* y personalmente gestionado, pero no *individualizante*. Es así porque una de las más destacadas ventajas de la red, la de amplificar tu voz y multiplicar los potenciales receptores del mensaje, requiere, invariablemente, de la constatación de que existen esos receptores, a través de un proceso de interactividad que permita tener cierta seguridad de que no se está arrojando al océano una botella con un mensaje, sin saber si algún día alguien la leerá o se perderá entre el oleaje. Este es el motivo por el que algunos entrevistados reconocían haber dejado de realizar o de actualizar sus páginas personales, *blogs* o *fotologs*, pues la falta de *feedback* (respuesta) desalentaba una labor personal, pero sin vocación individualista: la recepción del mensaje dota de sentido a la iniciativa del emisor. Visión de Internet, por tanto, como canal que posibilita nuevos cauces para hacerse escuchar, ya sea gritando (que me oigan todos), ya sea susurrando (que me escuche sólo quien yo quiero que lo haga).

«—Lo que he tenido ha sido una pequeña experiencia, pero reconozco que por pereza la he dejado... Y es que me creé un... un llamado blog. ¿Lo has oído hablar los blogs?»

—Sí, sí, sí.

—Pues me creé un blog, eh pero, ya te digo, por causa de la pereza lo he dejado abandonado, y la verdad es que me gustó la idea, me gustó pero...

—¿Y en qué consistía? ¿Lo hiciste tú?

—Lo hice yo, sí. Creé el blog y... lo llamé "El Rincón de la Disidencia" [risa]. Y bueno, pues ahí ya... me empecé a escribir un articulillo y tal... no me acuerdo con qué artículo empecé, ahora ya no me acuerdo. Y el caso es que luego después eh... me motivó porque además había tenido dos comentarios sobre el artículo...

—Ah, y la gente lo... se metía y...

—Claro, claro. Sí, sí, me llamó la atención, digo, joder, cómo puede encontrar la peña... aquí... bueno pues... estaba a través de... de una página, que no me acuerdo que página fue donde creé el blog... ¡ah!, en ya.com. Era un blog de ya.com, entonces bueno, pues ahí dentro del apartado del blog, te vienen los últimos blogs y la gente lo típico, curiosita, "pam" y entra y ve, lee tal y... Entonces a mí me llamó mucho la atención, porque de alguna forma era como... yo qué sé, como lo que hacen ahí en Londres de subirte ahí en la esquina, ahí a un púlpito y dar tu... tu "speak", ¿no? Ponerte ahí, pues eso, pues algo así ¿no? Y un punto de... de opinión libre y... me gusto, me gustó. Pero ya te digo, la pereza al final ha hecho que lo abandone, porque al final sólo tuve esos dos comentarios y luego otro más sobre otro artículo y ya veía que no había tampoco tal y... lo dejé, lo dejé, o sea que...»

(PADRE DE USUARIA OCASIONAL, CLASE BAJA)

Un tercer aspecto interesante tiene que ver con la manera en que se analiza la "intimidad" en Internet. Interesante por cuanto admite interpretaciones diferenciadas en función del personal sistema de valores, o la manera individual en que se priorizan sensaciones, expectativas y sentimientos. Ello hace de la intimidad un concepto paradójico en muchas ocasiones.

Por un lado, porque el anonimato, la soledad y falta de referentes "físicos" que propicia situarse detrás de un teclado y una pantalla, que actúan como parapeto (más aún en las situaciones en que el PC es de uso propio y exclusivo), podría presuponer un clima propicio a crear esa sensación de intimidad que contribuya a que, a la hora de relacionarte a través de *chats* o Messenger, te muestres de la manera en que quieres hacerlo. Y así se manifiestan muchos usuarios, fundamentalmente quienes han integrado perfectamente las TIC en su vida cotidiana: Internet me ofrece muchas ventajas para comunicarme y relacionarme que tienen que ver con ese clima de intimidad que puedo crear a partir de la imagen que proyecto y de los procesos de interactividad que origino. En este sentido, algunos autores no dudan en afirmar que "para intimar, mejor Internet. Resulta más sencillo encontrar el alma gemela en la red que en los azares de la noche (...) Allí se puede ser siempre sublime" (Rendueles, 2004: 222).

Estos nuevos espacios incitan, por tanto (como nos señala una de las participantes en los grupos), a tener la posibilidad de establecer tu gran intimidad, que, si no se hace pública, te permitirá que "nadie se meta ahí". Esta dimensión de sujeto blindado, privado, encaja perfectamente en la idea de tener o elaborar "diarios de mis otros yos", esos que siempre son "sublimes" y además pueden convivir sin intro-

misiones ni interferencias, propiciando tantas relaciones, redes de oportunidades y experiencias “virtuales” como se deseen, sin que nadie te juzgue (Internet no juzga). Y a partir de esos otros “yos” se podrán tender los puentes sobre los que fundamentar relaciones “virtuales” entre interlocutores que quizás no se conocen “cara a cara”, pero que han logrado alcanzar un grado suficiente de “confianza”, que no es otra cosa que una forma distinta de entender la intimidad. Intimidad absolutamente individual y autogestionada, en el sentido de que no está condicionada por ningún elemento que no se encuentre al alcance de tu teclado y que, por ello, en comparación con el contexto que generan las relaciones “físicas”, se vive de manera absolutamente libre, personal, real.

«—Yo creo que a lo mejor, si sacas una parte... que no quieres que se (...) conozca por ahí (...)
—Sí, pero no quieres que se conozca... entonces te juntas con (...) desconocidos y no quieres que tus conocidos lo sepan...
—Es una forma de comunicar distinta, una creación distinta del lenguaje, no sé, yo creo que tampoco tiene por qué ser negativo, o sea...
—Yo no digo que sea negativo.
—No es lo que quiere ver alguien como algo negativo, porque...
—No, porque quieres mantener ese espacio y no se lo dices a nadie, porque no quieres que nadie... se meta ahí.»

(GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

En esta gestión de los diarios de mis “otros yos” asistimos a situaciones por las que la intimidad de cada uno de esos posibles “yos” no sólo es independiente, como lógicamente corresponde al hecho de que sean diferentes identidades o recreaciones identitarias, sino que también habrá de ser independiente de la persona que sustenta tal identidad en el mundo “real”, “físico”. Es decir, que puede no resultar del agrado del usuario que le identifiquen fuera de la red por su *nick* o identidad “virtual”. Y en esta línea también se interpretan valores como la confianza, que llega a actuar como auténtico eslabón que dota de sentido a una comunidad virtual o *chat*: desvelar, fuera de esa comunidad virtual (del espacio o lugar que delimita la pantalla, el teclado), secretos o identidades de algún miembro de esa misma comunidad, será interpretado como una traición a la confianza del conjunto, y a las reglas del juego que dotan de sentido a las interacciones.

«—Más que inventarte una personalidad nueva... o sea, por ejemplo, es como cuando, cuando tienes un fotolog o estás en el talking, tú tienes tu nombre, tu nick, entonces de repente como que, incluso la gente que ves por la calle, te empieza a conocer por tu nombre que tienes en Internet.
—Sí, pero...
—Y “¡Ah, coño, qué bien!, ¡Ah! tú eres...” no sé quién.
—Porque toda la gente acaba reproduciendo las mismas... vínculos ¿sabes?
—Claro.
—Que estás en un sitio donde la gente forma parte de los mismos grupos, en un fotolog, no sé...

—Pues a mí me parece un poco invasivo, no sé, a mí por la calle, a mí me ha pasado un par de ellos.

—[Risas]

—Sea, no... vale que tengamos nuestros ratitos de ocio y tal, pero eso ya está, hay que separar, y sí, si te encuentras al tío este y estás con la familia, molesta incluso ¿no? que la gente te conozca...

—Yo conozco a gente que te encuentras y dice “éste es ah...” y...

—[Risas]

—Pues claro, ya así, de primeras, bufa... pues ya a mí me está dando ya una impresión de, pues claro, seguro que molesta... “yo soy Javier y tal, tío”.» (GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLE)

Sin embargo, existen planteamientos bien distintos respecto al mismo concepto, y respecto a cómo se generan o articulan las sensaciones señaladas: personas incapaces de sentir “intimidación” ante un teclado, y que observan el mismo como una barrera infranqueable, en dos sentidos. Por un lado, puede ser que no se vean capaces de expresarse, relacionarse o mostrarse de manera adecuada, o de ninguna manera, a partir de un lenguaje y unas claves comunicacionales que les resultan ajenas o, cuando menos, no propias. Por otro lado, puede ser que sean precisamente algunos de los aspectos de la comunicación por Internet que muchos consideran ventajosos (lo etéreo, despersonalizado, ambivalente...), los que se constituyen en obstáculos insalvables a la hora de gestionar el propio yo en un espacio sin referentes claros y que, a pesar de todo, resulta extrañamente familiar: “qué pasa con mis palabras, cómo se percibe el tono de mis frases, cuál es el *tempo* de las conversaciones, con quién hablo, cómo me están interpretando, qué piensan *realmente* de lo que digo...” Posturas que, parece evidente, serán más propias de personas que mantienen una relación o uso de Internet más restringido, puntual y focalizado, así como de quienes viven y asumen la brecha generacional respecto a la tecnología de manera muy evidente.

«—Me daría muchísima vergüenza.

—¿Hablar por el chat?

—Sí, me daría muchísima vergüenza de que... a lo mejor si tuviera veinte años pues sí me metería, y vacilaría, y contaría lo que me diera la gana, y me inventaría cosas, o sea, yo creo que me lo inventaría todo, yo no diría nada de mi vida de verdad.

—¿Pero te da vergüenza? Nadie va a saber realmente lo que tú...

—Me da igual, a mí me da vergüenza. No me imagino yo chateando con un desconocido...

—Es curioso, porque a la gente normalmente lo que le quita es la vergüenza.

—Yo me muero de vergüenza.

—La gente no suele tener mucha vergüenza cuando habla por el chat.

—O sea, a lo mejor entraría en un chat y vería lo que opina la gente, se me ocurriría, pero yo no opinaría nada, y desde luego no diría la verdad nunca.» (MADRE DE USUARIA OCASIONAL, CLASE ALTA)

En cualquier caso, parece evidente que Internet, en base a sus características como canal de comunicación, plantea elementos que propician esos procesos de gestión del yo. En primer lugar, porque presenta el escenario adecuado para hacerlo. En función de la visión del Messenger como un lugar “concreto” (como el parque, la plaza o el bar) en el que se junta una comunidad de relaciones para charlar, el lenguaje en él empleado sigue unos patrones que responden al dinamismo y la agilidad de las conversaciones orales, pero con una capacidad de reflexión y de corrección que facilita una capacidad más consciente y serena de ofrecer la imagen del “yo”, un yo reflexivo, autorregulado y amplificado discursivamente.

Así, como ocurre con el lenguaje epistolar (aunque obviando sus formalismos), se tiene la capacidad de “pensar” antes de escribir lo que se quiere decir, pudiendo con ello “medir” las palabras en función de lo que se quiere transmitir o la impresión que se quiere dar. Esta capacidad de “corrección” (antes de mandar la respuesta reviso el contenido, por si quiero cambiar algo) es la gran ventaja que se observa frente a la manera de transmitir el yo de forma oral, presencial, a partir de la cual te “expones” mucho más, y de manera prácticamente inconsciente (tus gestos, tu mirada, tu lenguaje corporal, la palabra dicha que queda escuchada aunque intentes rectificarla...).

En definitiva, capacidad de corrección que, unida a la reflexividad y la racionalización de los procesos de comunicación, otorga sentido a un discurso finalista y gerencial de gestión del yo.

«—Moderador: *¿Pensáis que la forma que tenéis de hablar en el parque, no sé... cuando estáis con vuestros colegas, es la misma que utilizáis en el móvil, en Messenger, en los chats?*

—Sí.

—No, no es la misma.

—Vale, vale. *Simplemente, eso, eso es superinteresante, los segundos que tienes para pensar... la del tiempo que tienes para escribir una frase... pero vamos, se nota, notas la diferencia mogollón. Además estás hablando con un amigo, estás discutiendo, te trabas ahora, vamos es que ahí, claro es que aquí te sale todo.*

—Yo creo que, claro, estás ahí ilusionado, y claro, te quedas unos minutos pensando para poner algo y quedas ahí como... [Risas]

—Yo no, de verdad.

—Yo pienso que igual, yo tampoco pienso mucho lo que digo, ¿eh? [Risas]

—Pero yo, sin embargo, pienso que esto es una de las principales lecciones que, para mí, van incluidas en el uso de Internet. O sea, a mí que me... no es que me cueste relacionarme, pero sí que, no sé, tengo ciertas habilidades pero es que hay veces... y ahí, pues no sé, tienes el tiempo para pensártelo, tiempo para analizar también, claro.»

(GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLE)

«—Por el Messenger hay un trato más cariñoso muchas veces, que es “hola guapísimo, qué tal” eso tú no ves a una chica que se lo dices, o sea, hay un trato mucho más amigable, mucho más... mucho menos agarrotado, porque tú puedes pensar lo que dices, puedes pensar.
—Pero por otro lado yo creo que siempre puede ser más falso.»

(GT, 13-14 AÑOS, COLEGIO CONCERTADO)

La capacidad de moldear la comunicación y de proyectar de diferentes maneras la propia imagen, sin duda incide aún más en que el canal potencie el atrevimiento y la “valentía” para decir o contar cosas que quizás no se dirían “cara a cara”, como señalan los jóvenes. La contrapartida reside en el riesgo que también señalan: que la imagen proyectada a través del lenguaje y el “hipertexto” (lenguaje escrito, imagen, sonido, símbolos...) sea tan distorsionada o sesgada que derive en la mentira y el engaño. Sobre esta duda constante se edifican los planteamientos más críticos y desconfiados con la comunicación por Internet como vía para establecer o asentar relaciones “reales”, “normales”. Y a partir de la misma duda crecen las diferencias entre el mundo “real” y el “cibermundo”.

«—Yo no lo he hecho, tampoco lo haría, no me parece muy lícito, hacerte pasar por una persona y luego no decirlo... si no directamente mentir... también es creativo... creas un personaje... que por qué lo pueden hacer... pues porque es fácil, no te ve nadie y es una, es como un acto creativo, es fácil y tiene un punto como así... creativo.»

(JAVIER, USUARIO OCASIONAL, 24 AÑOS, SIN TRABAJO)

En cualquier caso, todos los argumentos que inciden en la diferenciación entre la comunicación “cara a cara” y la mediada por la tecnología, no impiden que, en lo que se refiere al lenguaje y las formas de expresión y comunicación a partir de Internet como canal, se aprecien activos que la sitúan como forma de desarrollar nuevas posibilidades comunicativas, o nuevas potencialidades, hasta ahora soterradas. Nos referimos a lo que se interpreta como un mayor desarrollo de todo lo que tiene que ver con la “creatividad” o, cuando menos, la creatividad a partir de canales novedosos. Creatividad centrada en el empleo de nuevas claves de comunicación e interacción, y en el máximo aprovechamiento de los recursos que ofrece un canal que parte de la “desventaja” de estar tan alejado de lo asociado con “lo humano” y “lo real”. En definitiva, creatividad como la capacidad de incorporar, en toda su extensión y al máximo de sus posibilidades, un nuevo medio de relacionarse, comunicarse, informarse y entretenerse, algo que *suma* y, por tanto, hace a la persona más completa y versátil.

En lo concreto, la creatividad (en relación con la tecnología) tiende a estar asociada a aspectos como la imaginación, la agilidad mental, la inteligencia, la capacidad de adaptación o la versatilidad. Y en la práctica incluso llega a ser aplicada a situaciones que, desde los buenos y malos usos, tienden a caer por el lado de los “malos”, en la línea de la mencionada picaresca a la hora de gestionar tus “otros yos”: construirse y transmitir una falsa identidad a través de Internet, engañar o

falsear con imaginación y, en definitiva, gestionar tu “yo” a voluntad y en función de las circunstancias, a pesar de juzgarse bajo el prisma de lo incorrecto, en muchas ocasiones se interpreta como una prueba de “creatividad”¹⁸.

«—Yo lo vivo de una manera muy positiva, creo que es un... una, una experiencia creativa, o sea escribir mails o cualquier otro tipo de cosas, o...
—¿A qué te refieres con otros tiempos?
—Pues que... no es, no es... eh, yo qué sé, no vives el... de la comunicación, es un tiempo más relajado, más... diferente... ya sea mail, ya sea Messenger o chat o lo que sea, o mensajes de móvil. Yo lo experimento como algo positivo por... porque es creativo.»

(GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

Finalmente, cabe destacar la manera en que las TIC se insertan en nuevos patrones de intercambio y de contacto, auténticos procesos a partir de los cuales se gradúa el tipo de intimidad, confianza y relación que se tiene con el interlocutor, según tengas acceso a su número de teléfono o a su Messenger, pero también según la manera en que puedas establecer el contacto a través de esos canales (mensajes SMS o voz; conversaciones colectivas o privadas). Sí es cierto que la manera en que se gradúan estos intercambios no sigue un patrón único, pues depende del concepto de lo que es más “personal” y más “íntimo” para cada cual, y del canal a partir del cual cada uno se sienta más cómodo (¿qué es más personal o implica mayor cercanía, dar el número de móvil o dar el contacto de Messenger?).

En principio podría parecer (y hemos de reconocer que tal era el caso de nuestra hipótesis inicial al respecto) que el proceso, en función de lo que tradicionalmente podría considerarse como una lógica de graduación de la intimidad, seguiría el esquema siguiente: contacto grupal en un *chat*/Messenger-conversación privada en un *chat*/Messenger-número de móvil-mensajes SMS-conversaciones de voz-queda “cara a cara”. Sin embargo, en algunos grupos triangulares pudimos comprobar cómo algunos de los jóvenes preferían dar antes el número de móvil que el contacto del Messenger: ¿para saltarse “fases”, o porque consideran que hay más posibilidades de intimar y llegar a “lo personal” que a través del teléfono? No es fácil responder a esta pregunta, pero parece evidente que las nuevas generaciones (considerando el concepto de generación de una forma tan restringida como obligan las características del mercado tecnológico: pocos años ya marcan

18. Respecto a este concepto no entraremos ahora en lo que tiene que ver con el entorno o contexto laboral, pues será objeto de un apartado del siguiente capítulo. Pero baste apuntar aquí que, en directa relación con el desarrollo y la inclusión de la tecnología en los entornos profesionales, se ha desarrollado un discurso sobre la importancia de “lo creativo” como respuesta a la nueva naturaleza del mercado laboral y las nuevas exigencias relativas a las capacitaciones profesionales. Esto, por un lado, tiene que ver con el desarrollo de un concepto como el de trabajo inmaterial, que prioriza y ensalza la búsqueda de “ideas” sobre otras cosas. Por otro lado, se adapta perfectamente a los ritmos y características del mencionado mito de la sociedad tecnológica: velocidad, flexibilidad, capacidad de adaptación...

brechas importantes) afrontan de forma distinta, o interpretan de manera diferente, los canales a partir de los cuales expresarse con mayor naturalidad, o mostrarse de forma más personal. Eso sí, siempre en función de esa imagen de sujeto blindado que controla los tiempos y las intromisiones. En definitiva, no podemos caer en el error de homogeneizar, intentar establecer o analizar patrones de comportamiento juvenil basándonos en premisas que tienen que ver con formas de entender la comunicación y los canales que la propician que quizás no encajan con lo que ellos sienten, experimentan e interpretan.

«—Moderador: *¿Qué daríais antes, el número de móvil o el Messenger?*
—*El número de móvil.*
—M: *¿Lo daríais antes?*
—*Sí, porque luego con el móvil puedes dar el Messenger, bueno con el Messenger también, pero se da primero el móvil siempre.*
—M: *¿Pero qué os parece más personal?*
—*El móvil.*
—*El móvil.*
—*Se me metió a mí uno un día en el Messenger y empiezan a decirle a todo el mundo soy tonta, como si fueras tú.»*

(GT, 13 AÑOS, COLEGIO PRIVADO, CONFESIONAL)

«—Tengo amigos desde hace años que en vez de pasarse el móvil se pasan directamente con el Messenger, por ahí en los garitos.»

(GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLE)

«—Moderador: *¿Qué dais antes a alguien que acabáis de conocer?*
—*El Messenger.*
—*El móvil.*
—*El Messenger, el Messenger. Es que el móvil me parece superprivado.*
—*El móvil.*
—*Hombre, según la persona, porque si la persona no me interesa en absoluto, no le doy nada.*
—M: *¿Por qué es más privado el móvil?*
—*Es que me parecen las dos cosas.*
—*Le dices “tienes móvil”, y móvil, y a lo mejor ahora se dice “pues tienes Messenger.”*
—*Pues yo le doy el Messenger.*
—*Es que doy mi número, y luego dijo “agrégame, que también tengo Messenger (...)*
—*A ver, lo que pasa que el móvil es una cosa que te puedes llevar a todos los sitios. Te vas con tu madre de compras, pues te mandan un mensajito y tal.*
—*Es que no te vas a llevar el portátil ¿sabes?*
—*Pero el Messenger es un poco en plan casa aburrida por la noche.*
—*Yo primero doy el móvil y luego ya, para no gastar tanto en mensajes, doy Messenger.»* (GT, 17 AÑOS, COLEGIO PRIVADO, CONFESIONAL)

6. NECESIDAD, DEPENDENCIA Y TERAPEUTIZACIÓN EN LA SOCIEDAD DE LOS INDIVIDUOS¹⁹

A pesar de que entre los jóvenes también existen posturas tremendamente críticas con la aplicación e integración de las TIC en la relación entre las personas (hecho que rompe la supuesta homogeneidad de colectivo juvenil en torno a la naturalización de su relación, como “jóvenes”, con la tecnología), lo cierto es que una amplia mayoría, incluyendo a quienes defienden un uso más restringido de la misma, apuestan por gran parte de las formas de comunicación en base a sistemas de mensajería instantánea, como solución adecuada para quienes tengan dificultades para hacerlo de otra manera, por los motivos que sean. Así, se asumen las ventajas de los *chats*, el Messenger o los foros, como medios para, por ejemplo, aliviar la soledad de personas que no pueden salir de casa (por enfermedades, por fobias sociales, o simplemente porque tus padres no te dejan), o que son nuevas en una ciudad y no conocen a nadie. En este sentido se señala el uso prácticamente “terapéutico” de Internet que, con independencia de que cada caso particular pueda estar connotado de determinada manera en base a las circunstancias que lo rodean, se constituye en algo esencialmente “bueno”. Y esta visión sigue siendo perfectamente compatible con el proceso de estigmatización de los *chats*. Que cada caso concreto (de nuevo en función de la “necesidad” y las “carencias” personales que se atribuyan al usuario) pueda transformar lo potencialmente bueno de tales aplicaciones, en patrones de uso típico de personas “raras” o *freaks*, no invalida el hecho de que, en términos generales, las consideraciones sobre las posibilidades que ofrece Internet en la sociedad de los individuos sean favorables.

«—Si tú, si no puedes salir porque no te dejan, pues haces eso...

—Si no te dejan coges y dices “mira, pues como realmente lo... tengo necesidad...”

—Sí, tengo necesidad, claro.

—“Pues cojo y salgo”, eh, si tú tienes ahí el placebo del chat... “tampoco me pasa nada si no salgo, porque tengo ahí Internet”.

—No, yo no creo que pase eso.

—Esperemos.

—Yo no lo veo así.

—Espero.

—No sé, oye... a lo mejor mucha gente que se les impide salir... ¿sabes?, que a lo mejor es eso, que desde jovencito, si está acostumbrado a los fines de semana a quedarse en el chat y tal... y luego pues a lo mejor te crea a una persona una necesidad.» (GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLE)

«—Mi abuela es usuaria. Le enseñé yo además.

—¿Sí?

—Sí, porque... porque mi abuelo antes de morir, pues era muy... muy él, muy... muy suyo, entonces mi abuela estaba un poco como sola aunque

19. Estamos en deuda con los análisis sobre la psicologización de la cultura y la sociedad de los individuos de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría.

estuviese él, ¿no? Entonces, pues yo le ofrecí la alternativa de conocer esto, o sea que le compré además el ordenador que tengo yo, que era de mi abuela, yo le compré un ordenador malo, para que escribiese sus memorias, era su objetivo. Luego descubrió Internet, empezó con la tarifa plana, y ahora está con la ADSL. Claro, es un... y sabe utilizar el Messenger, también se lo he enseñado yo, y... pues es un modo de... de salud mental ¿sabes?, entonces pues mi abuela muchas veces los escribe cosas a los nietos, como... no ser hay textos que se pasan de... de García Márquez, pues por ejemplo nos pasa alguno muy bonito o... o ella misma nos escribe cosas, entonces pues... pues mira para mi abuela es un modo de comunicación con nosotros para... sobre todo, que es un juguete... “salud mental”, como lo dice ella además.»

(NACHO, USUARIO HABITUAL, 21 AÑOS, TRABAJO OCASIONAL)

«—Yo en realidad estuve, una época, bastante enganchada y luego ya pues por cuestiones, porque me fui a vivir a una casa donde no tenía ordenador ni Internet, entonces ya me desenganché pero, pero que yo en aquella época, eh, ahora mismo, eh, amigos... los primeros amigos que tuve aquí en Madrid, son... fueron por Internet.

—Hombre, yo entiendo que para algunas cosas...

—Vamos que, en ese sentido a mí me ha ido muy bien.»

(GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLE)

Cuando se habla de “dependencia” respecto a las TIC, además de lo que se puede intuir como un proceso a partir del cual algunos jóvenes pueden llegar a sustituir buena parte de sus canales de comunicación y relación, hasta el punto de no poder utilizar otros que no tengan que ver con los ordenadores o los móviles, conviene destacar otro sentido en el que se analiza la misma, con algún matiz diferente. Se habla de dependencia también cuando existe lo que se interpreta como un exceso de centralización en lo que se refiere a los canales de comunicación e información, las opciones de ocio, o los recursos profesionales o laborales: todo está en mi PC o en mi móvil (“¿qué hago si me quedo sin ellos?”). Dependencia ligada invariablemente al señalado mito de “todo en uno, y todo a mano” (todo el ocio, todo el trabajo, toda la información en Internet, por ejemplo), que la hace más evidente y peligrosa.

«—Moderador: Antes comentábais que si os quedarais sin el móvil, sería un desastre. Y si estuvierais sin Internet, ¿también sería un desastre o sería otra cosa?

—Mi vida sería absolutamente distinta.

—Y también sin Internet.

—Hombre, desde luego, sí.

—Sería distinta sin el móvil. Ahora mismo tú coges y me quitas el móvil, me haces una putada.

—Sí.

—Y si me quedo sin Internet diez días...

—Claro.» (GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLE)

Las “dependencias” respecto al móvil y a Internet tienen interpretaciones bien diferentes. Podría suponerse que para buena parte de los jóvenes fuera más fuerte la “necesidad” de móvil, por cuanto se introdujo antes en la vida cotidiana de las personas, y forma ya parte de los propios procesos de relación y configuración del tiempo (“¿alguien se acuerda de cómo se quedaba cuando no había móvil?”) Así, para los adolescentes actuales, nacidos a las puertas de la eclosión de la telefonía móvil, la naturalización del móvil es tan fuerte que cuesta imaginar cómo serían sus contactos sin ellos. Pero es interesante comprobar cómo se articulan de forma distintas las “dependencias” del Messenger y el móvil, por ejemplo. De la misma forma que antes podía ser el teléfono fijo el canal a partir del cual se tenían las conversaciones (después de clase, durante las tardes de los fines de semana, en un descanso del trabajo...) y se establecían los contactos, en este caso entre los jóvenes, ahora el Messenger ha adoptado parte del protagonismo respecto a tales funciones, dejando al teléfono móvil, como los propios protagonistas señalan, para comunicarse y quedar a través de mensajes SMS. Es decir, que la alfabetización en la cultura *messenger* tiene que ver con su función relacional y conversacional, socializadora si se quiere llamar así, que además cobra sentido en el contexto de cierto retorno al hogar, a lo que anteriormente hemos denominado como “cultura del adosado”, a partir de la cual se centraliza buena parte del ocio y de las redes sociales desde la propia casa familiar. Esta situación alcanzará su máximo desarrollo, o su máxima expresión, en las tendencias discursivas de los jóvenes de mayor edad más integrados en la relación ocio-trabajo-TIC (tendencias de banda ancha, que abordaremos en el siguiente capítulo).

Mientras tanto, en ese contexto emergente de la cultura *messenger*, el móvil parece redefinir en parte su naturaleza (¿por qué buena parte de las conversaciones a través de un aparato *móvil* tienen lugar desde la habitación o casa de cada cual?), reforzando fundamentalmente el “por si acaso”, de las redes de oportunidades y de no perder ocasiones, todo lo cual adquiere máximo sentido cuando se pone en relación con el mercado laboral, como veremos. Así, el uso del móvil parece estar más relacionada con su capacidad para tener a su usuario constantemente localizable, al tiempo que le permite localizar en cualquier momento a las personas deseadas: no tanto para conversar, como para tener la posibilidad de configurar el tiempo y el espacio en función de las necesidades (“llego más tarde”, “¿dónde estáis?”). Como ya señalamos, en función de esta utilización del móvil, los “peligros” asociados a su uso serían, más allá de generar facturas astronómicas, quedarse sin saldo o sin cobertura, echando así por tierra la posibilidad de estar localizable “por si acaso”.

«—Moderador: ¿Y si tienes que estar sin móvil?

—¡Bufl!, fatal, fatal...

—M: ¿Fatal?

—O sin móvil, o sin saldo.

—M: ¿Por qué?

—Porque no te puedes comunicar con la gente, no sé...»

(GT, 13 AÑOS, COLEGIO PRIVADO, CONFESIONAL)

«—Yo si me voy por ahí, para que mis padres me tengan controlado, así casi mejor, porque puedes decir “¿me dejas un poquito más?”
—Sí, pero por otra parte también tienes...
—Tienes que estar siempre preocupado.
—Sí, que tienes que preocuparte por todo, el saldo, a ver dónde lo tienes, a ver sí...» (GT, 13-14 AÑOS, COLEGIO CONCERTADO)

Tras la exposición de todas esas cosas que diferencian entre lo que se consideran buenos y malos usos, y que de una u otra manera marcan las trayectorias de uso y de *alfabetización tecnológica*, podemos hablar de la existencia de un estereotipo claro de usuario “problemático”, que por ello representará una nueva forma de aislamiento social. Nos referimos a la figura del “raro” o, más concretamente, el denominado *freak* (en su traducción literal del inglés significa “fenómeno” o “suceso anormal”, y en la práctica es una palabra empleada para señalar a quienes se salen de la norma por “extraños”, “raros”, generalmente en base a su gusto por construirse y vivir en su propio mundo de fantasía e imaginación, a partir de comportamientos tendentes a lo asocial, o a su cercanía con otros *freaks*)²⁰. Figura que otros autores denominan como “ermitaños” o “nerds” (Rendueles, 2004).

Esta figura aglutina buena parte de los elementos que definen lo que suelen considerarse “malos usos”. En primer lugar, porque presupone determinadas carencias a la hora de relacionarse de la manera “normal” (físicamente, cara a cara, en la calle, en los bares...), en base a la aceptación general de que son personas que prefieren quedarse en casa, frente al ordenador, a salir y relacionarse con la gente, como apunta el “deber ser” de las relaciones. Por supuesto, esta visión presupone fuertes dosis de debilidad e inmadurez, en base al convencimiento de que toda persona que ha pasado o ha desarrollado un proceso de crecimiento y madurez “adecuado”, habrá “superado” esa fase de curiosidad, experimentación y quizás enganche, que alguien joven y curioso puede experimentar.

Es decir, que todos podemos haber sido un poco *freaks* en nuestra vida, más aún por cuanto las TIC ofrecen todo un mundo de posibilidades enormemente atractivas, que procuran cierta adicción en torno a la promesa de todo un horizonte de posibles relaciones (es decir, que se asume la posible “adicción” temporal a la posibilidad de relacionarse, que no a Internet que, en sí mismo, no es más que el canal que procura tal posibilidad). En función de esta idea, sólo los más inmaduros permanecen en ese papel con el paso de los años: serán esos *freaks* o ermitaños quienes no salgan y se pasen las horas muertas chateando o navegando por Internet.

20. Ya en *Jóvenes y videojuegos* (Rodríguez, coord., 2002) apuntábamos la figura del *freak*, en base al estereotipo, como el aficionado a los videojuegos incapaz de controlar su “enganche” a los mismos, que centraba su ocio en torno al entretenimiento generado por los ordenadores, y su vida en torno a las comunidades (virtuales o físicas) de jugadores como él. Claro, que esta figura prototípica era manejada por los propios usuarios de videojuegos respecto a “otros” que no los usaban correctamente, mientras ellos mismos podían ser observados, desde posiciones alejadas del gusto por los videojuegos y los ordenadores, como *freaks*.

«—Los usuarios de Internet... a ver si me explico... que los usuarios de Internet, están los que... es que a ver, que como... como no te estoy entendiendo bien la pregunta, pueden estar los usuarios de estos de chat, los salidos mentales, eso sí tienen un... [Risa] un... pero eso yo creo que es más de... de... de su... de cómo están de salidos... o sus necesidades. (...) Sí, la figura del friqui. No. No, no, no. No lo creo, o sea yo creo que en fondo no existe eso. Habrá o sea por supuesto habrá sus friquis, pero no creo que sea un estereotipo de que todos los tal... y que la mayoría... no, yo creo que... que eso en algún momento a todos los va a pasar [Risa].» (NACHO, USUARIO HABITUAL, 21 AÑOS, TRABAJO OCASIONAL)

Esta forma de interpretar la figura del *freak*, del usuario que representa la cara más problemática de las TIC, está muy ligada a otra manera de entender el término “necesidad” en relación a Internet y todo tipo de comunicación asociada, que se aleja de las posturas que antes hemos señalado asociado con individuos tímidos, aislados en función de las circunstancias (enfermos, nuevos en la ciudad...), para los que las nuevas tecnologías se constituyen en una gran ayuda, pero que no parecen perder la perspectiva de “lo real”. Es decir, que Internet como medio de entablar relaciones y comunicarse, sin dejar de representar numerosas ventajas y comodidades, estará supeditado a lo que se entiende como relaciones “normales” (físicas, cara a cara, en la calle), y en ningún caso podrá actuar como sustitutivo de las mismas, al menos de forma permanente. Por ello, las personas que centran sus estrategias sociabilizadoras en el uso de Internet y sus posibilidades, serán vistas bajo un prisma con dos tendencias: los *freaks* o asociales, o las personas con auténticos problemas para relacionarse “cara a cara”. En cualquiera de los dos casos, lo que define a estas personas será la “necesidad” de emplear Internet como medio de relación y comunicación (aunque con connotaciones distintas, como señalamos).

Tales planteamientos sobre los usos perniciosos de la tecnología y de Internet como aquellos que, en lugar de reforzar o complementar las redes sociales y de oportunidades, pasan a sustituirlas (o a intentar sustituirlas), encuentran bastante similitud con lo que, en términos médicos o psiquiátricos, tiende a considerarse como patología. Así, Guillermo Rendueles señala que “la clave para establecer que una persona mantiene una relación patológica con su ordenador es que su tiempo de vida se reparta de forma desigual entre el espacio virtual y el real. Cuando se invierte más tiempo, atención y afecto en las identidades virtuales y las relaciones electrónicas que en el yo social, resulta más que probable una deriva hacia un trastorno neonarcista de la personalidad” (Rendueles. 2004: 223).

Más allá de las consideraciones clínicas relativas a patologías concretas, sobre el estereotipo se tienden a proyectar todos los usos negativos asociados a la tecnología, fundamentalmente articulados en torno a esa noción de “necesidad”: aunque yo pase largas horas navegando o hablando por el Messenger, no tengo la “necesidad” de hacerlo para relacionarme con otras personas (“pues mis *auténticas* relaciones las entablo en las distancias cortas, en la calle”), mientras que los *freaks* sí necesitan hacerlo, pues carecen de otras habilidades sociales, o bien han tomado

partido por una forma de relacionarse que voluntariamente se sitúa al margen de los canales habituales, a partir de los cuales se construye la realidad “física”²¹. Es por eso que se suele interpretar que los *chats* están poblados por este tipo de personas, que van a la “búsqueda” de gente como ellos (recordemos la diferencia entre “esperar” o “buscar”, invariablemente asociada a la “necesidad” de quien así lo hace), y que representan el lado que teóricamente ilustra lo más negativo de los *chats*: “no me interesan porque están llenos de *freaks*”. Personas, por tanto, a las que se atribuye una dependencia respecto al canal en el que se constituye Internet para entablar sus relaciones y que, en función de esta convicción, fuera de él se sentirían indefensas, perdidas. Ahí radica la diferencia con la asunción de posibles etapas de *freak* en la vida pasada de uno mismo: yo no dependo del canal, aunque me guste y me aproveche a veces de las posibilidades que ofrece.

«—Yo creo que es fácil, es un... es muy fácil que la gente dependa de... pues igual que hay gente que depende del móvil. Y además, que es muy fácil, pero yo creo que eso sólo es gente que... yo los calificaría de débiles realmente, porque por mucho que te ayude, y por muy avanzado que seas, no te va a dar cariño ni con eso vas a poder tocar nada, entonces bueno...» (RAQUEL, USUARIA HABITUAL, 20 AÑOS, CLASE MEDIA)

«—Pues mira, inconvenientes le veo que es la gente, yo qué sé, se mete con lo del ordenador, y yo creo que se mueven antisociales, y sólo saben comunicarse a través del ordenador. No saben relacionarse con la gente así por la calle, salir y eso, y luego me parece que está bien pues porque hay gente que, por lo que sea, por timidez o por lo que sea, que vamos que no conozco a nadie directamente, pero sí me han contado de casos, que han encontrado amigos y... pero me parece a mí también un poco que... encuentras amigos al cabo del tiempo, pero que así de entrada, me parece que los *chateos* son un poco superficiales. Yo que he entrado... yo, una vez nos metimos en el trabajo a ver qué era lo del *chat*, que no teníamos ni idea, y nos quedamos alucinadas “¡Pero bueno! ¿Esto qué es?” O sea, sólo *burradas*, supongo que habrá *chats* normales en los que la gente habla de cosas normales, pero vamos...»

(MADRE DE USUARIA OCASIONAL, CLASE ALTA)

En cualquier caso, las consideraciones de necesidad y dependencia no siempre están asociadas a la figura del *freak*, que está patologizada y problematizada de tal manera que no es tan fácil que resulte cercana. Por ello se desarrolla una visión de las TIC como fuente de dependencia que se inserta más en la observación del tipo de valores y carencias estructurales de la sociedad que provocan que esos procesos tengan lugar: sociedad individualista, competitiva, egoísta, monetarizada, precaria, etc., que propicia que los más débiles tengan que recurrir a nuevos canales para expresarse, tener visibilidad, relacionarse.

21. Esta opción, desde posiciones consideradas como *freaks*, de situarse voluntariamente al margen de la realidad que el resto de personas aceptan, nos remite a varios casos que plantea Guillermo Rendueles en el capítulo “Internet: navegantes en busca de identidad” recogido en el libro *Egolatría* (Rendueles, 2004), cuya lectura recomendamos: exposición de diversos casos clínicos, patológicos, que ilustran perfectamente las conductas más extremas de usuarios que responden al perfil más problemático trazado.

«—Hay muchas personas pues que... cada vez las relaciones sociales de... en persona son cada vez más dificultosas, cada vez hay menos sitios de encuentro donde en persona se pueda entablar una relación social, a no ser que sea ya en una Universidad o en el Instituto tal... Y entonces eso hace que la gente pues... que se ve muchas veces sola, está sola pues... no tenga posibilidad de... o sea porque un chico o una chica con unas habilidades sociales este aaa... flojas. Y que no tenga por otro lao tampoco unos vínculos, pues porque... o bien haya tenido un fracaso escolar, con lo cual estamos hablando de que ya no está en el Instituto... Eso implica que ya no tiene esos compañeros de Instituto y... es más, incluso puede estar comprobando que esos compañeros de Instituto ya... Ya estás en la universidad, tal. Y entonces pues ya... si además se encuentra con el problema de la falta de empleo o lo que es peor, el empleo precario y todo eso... si lue... pues todo eso hace que el chaval que pierde todas sus relaciones sociales, pues claro evidentemente, eso... es una fórmula de... para volver a engancharse y tener la autoestima, pues bueno, de que se relaciona y luego...» (PADRE DE USUARIA OCASIONAL, CLASE BAJA)

En este sentido, también asistimos a un perfil de *freak* que, atendiendo a un contexto social con el que no se identifica, y en el que no encuentra valores ni referentes que lo representen, se autoexcluye voluntariamente, trasladándose a ese espacio virtual que es Internet. Es así que en el mundo interconectado y altamente interactivo, entre sus máximos exponentes, los más “alfabetizados” en sus lógicas, se viven el “otro mundo social” como una adversidad, que aluden en base a peligros y contaminaciones (tabaco, drogas, alcohol, etc.). En este sentido puede que estemos viendo las consecuencias de los procesos de individualización iniciados con la modernidad, pero precipitados con momentos históricos y económicos específicos. Este tipo de redefinición de lo social, que amplifica los peligros, mientras justifica su autoexclusión del mundo social (al que construyen falsamente como “desconectado”) corre pareja a otros estereotipos asociados a los de nuevas generaciones que surgieron hace tiempo entre el movimiento de nueva-era²².

22. Entre estos movimientos de culto que empiezan a aparecer a comienzos de los noventa junto con corrientes musicales determinadas, primaban unas ciertas nociones de “pureza” (no drogas, no bebidas alcohólicas, nada de tabaco...). Estas nociones corren a su vez parejas a nociones de tecnofilia parecida a la que ya nos representara W. Gibson (1994) en *Neuromante* o tesis próximas al movimiento extropiano (posbiológico) que, en sus versiones más fuertes, se acerca a nuevas nociones de raza, de evolución digital de la especie humana, y de la necesidad de domesticar el cuerpo para hacerlo compatible con las redes informáticas (véase capítulo 1). Nuestros friquis, sin embargo, no necesitan domesticar el cuerpo, pues su cuerpo es excesivamente sano, impoluto. Por el contrario, lo que en última instancia resulta insano es el “cuerpo social”. Así pues hemos pasado de domesticar cuerpos individuales para superar su compatibilidad con las redes informáticas, a concepciones extremadas de riesgo social entre aquellos que se perfilan, paradójicamente, como usuarios-expertos. Es importante comparar las narraciones de estos nuevos friquis, a medio camino entra una nueva forma de exclusión social y de visionarios tecnosociales, y la de aquellos otros casos de autismo social que llevan ya más de una década apareciendo en países como Japón. El caso de jóvenes que viven desde su habitación en un mundo repleto de interconexiones y comunicaciones y que, desde su posición extrema, se niegan a cualquier contacto que no esté mediado por su ordenador o periféricos, con rutinas de socialización con el otro mundo social altamente estructuradas (cerca de la relación que establecen los reos y los presidiarios en cárceles de alta seguridad e incluso en celdas de aislamiento). Estos fenómenos de subjetividad deben ser entendidos desde las propias contradicciones inherentes a la sociedad de la información y a las políticas de digitalización del cuerpo social.

«—Hablemos un poco sobre los estereotipos y sobre el imaginario de los usuarios de Internet, ¿tú... no sé, la figura del típico chatero... el... un poco el friqui, como lo describiría a ese tipo de gente que se pasa todo el día metido en Internet?

—Es que como tengo la suerte de tener un hermano así...

—¿A sí? ¿Tienes un hermano friqui?

—Friqui, friqui, vamos, que no sale de casa, y ha conseguido novia porque se la presenté yo, y además la consiguió por vía Messenger, hablando se la cameló un poquillo, entre comillas. Pues yo, hombre, viéndolo desde no muy adentro, yo veo que es una persona que... pues no sé, muy... puede ser introvertida, es que tampoco se puede generalizar, porque hay dos casos, el caso de mi hermano, y el caso del hermano de una amiga. Mi hermano es súper extrovertido, pero sin embargo, es una persona que es muy cómodo, no le gusta salir, prefiere quedarse en casa y le digo que salga, que hay mucho mundo, y dice que... ¿no? ya se pone trascendental "Porque la gente de mi edad fuma, bebe, toma drogas, y no, no quiero eso" digo "A ver Álvaro, hay un punto intermedio ¿sabes?" Sin embargo, él dice que no, es que lo que la gente de fuera no nos damos cuenta, es que dentro, en Internet, hay muchísimo mundo, muchísimas personas, y es que no nos paramos a pensar en la cantidad de... de gente que se puede mover por ahí dentro, y la cantidad de gente que puedes conocer. Tú puedes hablar, dice "Es que yo puedo hablar con uno de Alemania, uno de Francia, una de Italia o ahora mismo está jugando hay unos juegos que creo que el mundo del War... (...) Entonces dice que él se lo pasa muy bien, que tienen muchos amigos por el... por Internet, el ordenador, de que a lo mejor no necesita salir porque ya los tiene en casa, y que para él es mucho más cómodo.» (LETICIA, USUARIA OCASIONAL, 20 AÑOS, CLASE ALTA)

Al hilo de este planteamiento de la "necesidad" y la "dependencia" de quienes son señalados como usuarios problemáticos, se desarrollan los argumentos que, como ocurría en *Jóvenes y videojuegos* (Rodríguez, coord., 2002) con los jugadores problemáticos (que encajan en el mismo estereotipo de *freak*), determinan de forma muy clara el universo de estos usuarios como un mundo de fantasía e ilusiones, que difumina de forma equivocada la línea que lo separa de la "realidad".

Es decir, que un *freak* vivirá buena parte de su vida (siempre hablando en función de un estereotipo que suele emplearse para definir la posiciones que no son las propias) en función de un "mundo paralelo", que confunde la ficción con la realidad, las relaciones "verdaderas" con las "virtuales", los deseos con las realidades, e incluso la propia imagen con la imagen deseada.

Ya en el anterior bloque analizamos los parámetros a partir de los cuales el discurso mayoritario diferencia lo "real" o "verdadero" de lo que no lo es, y los posibles "trasvases" entre ambos mundos, y en función de tal diferenciación se insertan buena parte de las explicaciones sobre el estereotipo del *freak*.

«—Es importante para mi opinión el que sepas las instrucciones de manejo, sepas cómo funciona, sepas... que... o sea que estés en la realidad, que no te metas ahí pues como si... como si fuera otro mundo. Y te hagas un mundo paralelo y... que en definitiva pues eso... (...) Que evidentemente también hay casos de eso, ¿no? De que están viviendo ya personas, que están viviendo un mundo paralelo, personas de las que están nada más en chat, nosequé, tal. Y bueno.... Pues de alguna forma, eh... encuentran más digamos... eh... o sea una mejor situación...»

(PADRE DE USUARIA OCASIONAL, CLASE BAJA)

«—Yo creo que cada vez más, Internet es un mundo paralelo, entonces, lo que sea real en Internet, ¿sabes?... ha llegado un punto en que también es normal, porque no contrastamos, pero pasa en Internet, en un periódico, en un telediario... si te dicen algo te lo crees, no puedes estar cuestionándotelo todo, todo el rato, sería imposible no... y yo creo que sí, de hecho en Internet todos los mensajes estos en un día llegan a todo el mundo, y hay cosas que se reproducen como ciertas y que, que acabarán siéndolo.»

(PEDRO, USUARIO HABITUAL, 24 AÑOS, CON TRABAJO HABITUAL)

5. Tipos ideales: *banda ancha, banda estrecha, cultura móvil*

No es la primera vez que incidimos en destacar el trabajo, o el contacto con el mercado laboral, como elemento esencial que determina un claro punto de inflexión en el tipo de explicaciones a partir de las cuales analizar las expectativas, referentes y procesos de identificación de los jóvenes. Como hemos mencionado en algunos de los capítulos iniciales de la presente investigación, desde recientes investigaciones, como *Jóvenes y política* (Megías, coord., 2005), hacíamos hincapié en la asunción por parte del imaginario colectivo del trabajo como la simbólica frontera de paso del mundo adolescente al mundo adulto, cuestión que deriva en determinadas trayectorias de precariedad o dificultad de inserción o reconocimiento social, en base a la inestabilidad del mercado laboral, las dificultades en el acceso a la vivienda, y las estrategias de formación continua y tendencia a la superformación e hiperespecialización. Pero, desde esa misma investigación, también comprobábamos cómo los jóvenes que aún se sitúan a este lado de la frontera de paso (todavía estudian y no se preocupan por el mercado laboral), reproducen buena parte de los elementos sobre los que se construye socialmente tal imagen de la juventud, homogeneizada bajo el paradigma de la irresponsabilidad, la fiesta y el hedonismo.

En este momento, en lo que ocupa a nuestra investigación, abordamos la manera en que es precisamente el trabajo el elemento que, a la luz de lo que pudimos comprobar en nuestro campo, marca de manera definitiva la evolución de las tendencias discursivas, otorgando sentido a la *tríada* ocio-trabajo-TIC que recorre transversalmente todos nuestros argumentos. Por ello resultó tan importante haber realizado los grupos de discusión con los jóvenes de 25 a 29 años, especialmente en función de la diferenciación de perfiles procurada (trabajadores en precariedad y profesionales establecidos), pues fue su análisis desde el mercado laboral el que permitió ahondar en los discursos y dotar de sentido sociológico (e histórico-material) a muchos de los argumentos de adolescentes y jóvenes de menor edad.

1. EL TRABAJO COMO PUNTO DE INFLEXIÓN Y SU RELACIÓN CON EL OCIO EN LAS CONSIDERACIONES SOBRE EL SENTIDO DE LOS USOS

La perspectiva temporal de los jóvenes trabajadores les permite realizar un análisis en términos de antes-ahora, que resulta más destacable si cabe por cuanto, en lo que a la tecnología respecta, el “ahora” queda bien pronto transformado en “antes”. Por ello, y como veremos a partir de este momento, sus tensiones argumentales redefinen sus posiciones en torno a la *tríada* discursiva ocio-trabajo-TIC (tanto en su dimensión cultural-simbólica como material). Por ello, no hay duda, un estudio que hubiera considerado sólo a jóvenes menores de 25 años no hubiera resultado como el presente, que se ha situado ante la obligación de redefinir los parámetros y ejes analíticos transversales con los que contaba de partida.

También observaremos cómo tales visiones, ahora sí más completas, nos permiten trazar una serie de tipos ideales a partir de los cuales poder entender mejor los posicionamientos de los/las jóvenes en torno a la mencionada *tríada*, que a nuestro entender aparece como dispositivo discursivo estructurado y estructurante de los espacios sociales (y tecnológicos) emergentes. Para comprender algunas tendencias generales de estos posicionamientos recurrimos a la noción ya clásica de “tipos ideales” que, como en otras investigaciones de corte cualitativo-interpretativo, deben de ser considerados como constructos explicativos en lugar de realidades sociales. Así, hablaremos del tipo ideal *de banda ancha* para referirnos a las posiciones subjetivas plenamente incardinadas en la asunción de las nuevas tecnologías como elemento que potencia las nuevas redes de oportunidades, y que por ello ha de resultar plenamente integrado y naturalizado respecto a los contextos de ocio y trabajo, siempre en base a procesos y trayectorias de alfabetización tecnológica que propicien el mayor aprovechamiento de los recursos, la criba y superespecialización de contenidos y la mejor gestión del yo. Por otro lado, hablaremos *de banda estrecha* para referirnos a posturas más restrictivas y más críticas con los usos tecnológicos, más cercanas a trayectorias de precariedad, y que abogan por una relación con las TIC más controlada y determinada por las exigencias y características del mercado laboral, que analizan como un síntoma de un clima social global. Por supuesto que a raíz de estos tipos ideales¹ encontraremos posicionamientos diferenciales en base a planteamientos maximalistas y gerenciales, por situarse voluntariamente en alguno de los márgenes de uno u otro, o por representar proyecciones relativas a quienes son situados en posiciones de marginación o estigmatización social en función del grado de integración de las TIC. Todo ello será lo que desarrollemos en este último bloque del análisis de los materiales cualitativos.

En primer lugar, atendiendo a los argumentos relativos al sentido de los usos tecnológicos el tipo *banda ancha* responde a buena parte de los mitos, símbolos y fantasías de la sociedad tecnológica (desarrollados en el primer apartado del capítulo

1. Conviene recordar, una vez más, que los tipos ideales emergen en nuestro análisis a partir de la interpretación de los posicionamientos discursivos articulados por los interlocutores en los grupos y las entrevistas.

anterior), y que integra sus posiciones en una línea que tiende a reforzar o retroalimentar los argumentos que destacan lo inevitable y lo beneficioso de naturalizar la relación del joven con la tecnología, aceptando además las nuevas formas de relación y configuración de tiempos y espacios que ello supone. Asumir que este contexto tecnológico plantea situaciones de doble filo (posibilidad de “engancharse”, peligros que acechan en la red a jóvenes inmaduros...), puede derivar, en la línea de las posturas más oficiales o institucionales, en la aceptación de lo que podrían ser dietarios, o prácticas de buenos usos, respecto a cómo han de ser sorteadas tales situaciones de riesgo, para con ello poder continuar navegando plácidamente por las corrientes del progreso, el conocimiento y la evolución².

Aceptar, a partir de los discursos sobre los buenos usos, que los ordenadores e Internet son una opción más de ocio, que además reúne en sí misma casi todo lo que un joven puede desear y necesitar en su tiempo libre (música, cine, humor, conversación, lectura, entretenimiento, información, curiosidades...), sitúa a muchos usuarios ante una herramienta que se constituye en el paradigma del entretenimiento y la comunicación, perfectamente integrada en la configuración de su tiempo libre. Y es por ello, desde la asunción de su empleo como una opción de tiempo libre que complementa a otras ya existentes, por lo que se tiende a relativizar el tiempo que se pasa delante del ordenador. ¿Cuánto es mucho tiempo? Pues parece ser que el que te quite de actuar según el *deber ser* de las relaciones sociales (el que te impida salir de casa, quedar con amigos), como desarrollamos anteriormente. Claro, que en función del tipo ideal considerado, ese *deber ser* puede adquirir matices diferentes en base a la mitificación o desmitificación de las posibilidades relacionales en los escenarios que acogen los encuentros “normales”: desde posiciones *de banda ancha* (como también señalamos con anterioridad), se tiende a desmitificar espacios (“reales”) como el parque o la calle como plataformas para conocer gente, al tiempo que las explicaciones circunscritas al tipo *de banda estrecha* tienden a proponer un retorno a esos espacios como respuesta a una sociedad precaria en su máxima expresión.

«—La verdad eso, que tenemos ahí... tronco, mitificadas ciertas historias, “te bajas al parque y te lo pasas guay”, es que... no te lo pasas tan guay en el parque muchas veces. O “vete por la calle y conoces gente” [Risa].

—Claro y es que no es tan fácil realmente.

—(...)

—Yo antes donde vivía... hay un parque donde a dos horas del día, está tó el mundo. Estoy seguro. Pero ahora que no hay parque aquí, que vivo solo y tal, pues... yo, bajar al parque a conocer gente...

2. Estos planteamientos sobre los buenos usos responden a discursos de hondo calado social, pero también tienen su reflejo (¿qué es antes?) en las posturas de organismos oficiales, fundaciones, o empresas privadas del sector, que elaboran y publican esas guías de buenas prácticas, a partir de las cuales aleccionan sobre el modo en que ha de ser utilizado Internet, y los riesgos que acechan a los más jóvenes. Ante la certeza de que resulta muy complicado controlar un medio en crecimiento y expansión, los intentos por establecer determinados límites y reestablecer cierto orden son frecuentes: Internet con los menores riesgos. Guía práctica para madres y padres (Aftab, 2005); La sociedad de la información en España (Telefónica, 2004).

—Pues tienes la posibilidad de conocer gente...

—No soy capaz de preguntarle a nadie por la calle, tal. Sin embargo, estás en Internet, ves a uno y le dices... te sientes ahí... pero vamos, supongo que todo es cuestión de... de rutinas.»

(GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLE)

El planteamiento, llevado al terreno de las relaciones personales, responde a lo que se puede denominar como teoría de la inclusión o integración, que no sustitución. Es decir, que Internet y las aplicaciones de mensajería instantánea (Messenger, chats, correo electrónico), se aceptarán como algo positivo desde el momento en que ayuden a entablar nuevas relaciones, o a reforzar algunas ya existentes, sin por ello impedir que las ya establecidas, las que responden a los mecanismos relacionales “normales”, “físicos”, habituales y anteriores a la aparición de estas aplicaciones tecnológicas, sigan su curso y se desarrollen de la manera “adecuada”. En esta línea, Francis Pisani desarrolla (en una columna publicada en el suplemento *CiberP@ís* del diario *El País*) algunas reflexiones a partir de la lectura del informe *La fuerza de los vínculos en Internet*, realizado en Estado Unidos por el Pew Internet and American Life Project (pewInternet.org):

“La encuesta de Pew pone a mal otra idea convencional, a tenor de la cual el tiempo pasado en la red afecta a nuestras relaciones personales. Es todo lo contrario. ‘Confirma que mientras más e-mails enviamos, más tiempo pasamos con la gente o más les hablamos por teléfono’, explica Boase, ‘y más vemos en persona a cierta gente y más e-mails les enviamos’. Nuestras variadas maneras de relacionarnos se alimentan mutuamente. (...) Si las relaciones de antaño estaban determinadas esencialmente por lugares (aldea, barrio, llamadas entre teléfonos fijos, por ejemplo), Internet y la telefonía celular favorecen las relaciones de persona a persona, estén donde estén. Dejamos de depender de una sola comunidad, esencialmente geográfica, y nos vinculamos cada vez más a una variedad de redes menos densas y más dispersas. El tejido social no se destruye, se modifica. Asistimos a la emergencia de lo que Barry Wellman llama ‘individualismo en red’ (...) ‘Hoy en día nuestras redes son más diversificadas y más diseminadas. Tenemos mayor libertad para escoger entre diferentes tipos de relaciones para mantener las que queremos. El correo electrónico ayuda mucho’. También permite, como muestra la encuesta de Pew, que los internautas tengan redes sociales algo más amplias que los demás.” (*CiberP@ís*, 16 de febrero de 2006: 2).

Es la lógica del “por si acaso” y el argumento de las redes de oportunidades, tantas veces repetido a lo largo de este informe. De ser así, y siempre que el tiempo frente al ordenador no actúe como “sustituto” de las relaciones “físicas” (“verdaderas”, dicen muchos), el tipo de banda ancha asume lo innecesario de negarse a “incluir” en tu cartografía de contactos y posibles amistades, nuevos tipos de

relaciones, acordes con los nuevos canales de comunicación y relación, que además se observan como naturalmente asociados a “lo joven” y, por ello, cercanos y adecuados.

«—Hay muchas cosas de la vida real que no están en Internet. O sea, Internet abarca alguna cosas muy bien, perfectamente al dedillo, pero hay otras cosas que no, no sé, sí puedes hablar con un colega, puedes quedar y tal, pero no sé, o sea, te quita muchas cosas. A lo mejor lo que tiene Internet son otro tipo de sensaciones diferentes, a lo mejor no son comparables, que tú te vayas a pasar el día al campo pues no es igual de comparable que tú te estés metiendo en una página de [ininteligible] ...mmm... no es lo mismo. Pero a lo mejor experimentas otro tipo de sensaciones hablando con una persona o viendo la cara que está en otra parte del mundo. O ves un determinado tipo de imágenes que no puede ofrecerte la vida real.» (JAVIER, USUARIO OCASIONAL, 24 AÑOS, SIN TRABAJO)

«—Moderador: ¿Habéis dejado de salir a la calle...?
—No, no. Salir es primordial.
—Es que yo prefiero que me tiren el ordenador a la basura antes que dejar de salir.
—M: ¿Pero conoces a alguien que lo haga?
—No.
—No, no conozco, pero sé que los hay, los típicos friquis que...
—Que tienen pocos amigos, que por ejemplo entre Messenger y salir prefiero salir, pero hay gente que tiene pocos amigos o se aburre en la calle y entonces claro, se queda en casa.
—O estos típicos días de invierno que hace mazo de frío...
—M: ¿Qué relación tiene salir y el Messenger? ¿Cómo se complementan?
—Es que no tiene complementación. Es que tú sales, y cuando sales no te conectas.
—M: ¿Habría algún perfil de gente que le gusta usar más de estas cosas?
—Un perfil de gente, pues...
—Es que yo creo que hay de todo tipo.
—M: ¿No creéis que sea raro, o...?
—Para nada.» (GT, 17 AÑOS, COLEGIO PRIVADO, CONFESIONAL)

En relación a los buenos y malos usos de Internet y la tecnología, la edad tiende a establecerse como la variable que explica la quiebra o justifica la evolución personal de cada cual. Desde el tipo *de banda ancha* se establece el camino de la madurez como un itinerario de dirección única, a partir del cual se irán desechando los malos usos, o usos superfluos de la tecnología, más propios de épocas en las que se prueba, se experimenta e, inevitablemente, de desecha. Existen determinadas fases generalmente asumidas por el imaginario colectivo, a pesar de que respondan a las fases modélicas del tipo ideal *de banda ancha*: primero “descontrolas”, te pierdes, no sabes por dónde andas; luego, cuando “controlas” el tema, te pones como loco a bajar música, a participar en *chats*, quedar, abrir mil

ventanas en el Messenger; luego empiezas a colgarte y descolgarte, y si conoces a una persona que te interesa mucho te tiras horas, pero también aprendes a desconectarte (a saber vivir sin Internet), a saber utilizarlo, a saber buscar la información “verdadera” y a discriminar (hacer cribas potentes); y finalmente terminas organizando tus prácticas a través de “mis favoritos”, en base a altas dosis de especialización.

«—...Vas a buscar... no sé, ciertas páginas...

—Mmm...

—Y cada uno de una búsqueda de esas páginas, sobre ese mismo tema, esas páginas que parecía que te iba a dar toda la información disponible sobre ese tema... y al final... sigues y sigues...

—Si es que es eso, es que es así.

—Hombre, yo creo que al final todo desemboca en tus favoritos, a lo mejor, cuando tienes que estar buscando y luego tienes tu sección de favoritos y dices no, a mí me interesa un chat de... de negocios, de cine, de tal y yo... yo creo que a lo mejor ésta es la fase de... de especializarme en tener tus favoritos... en vista de lo que te interesa... y aparte de alguna información, y ahí yo, personalmente, me... me estoy dando cuenta de que cada vez tengo demasiados favoritos.»

(GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLE)

Estas explicaciones relativas al “saber usar” (y por tanto integrar) la tecnología e Internet en el resto del espacio y actividades sociales, adquieren aspectos diferentes y muy significativos cuando se trata de personas inmersas en los avatares del mercado laboral o, cuando menos, cercanas al momento de enfrentarse a él.

Hasta este momento, los argumentos giraban en torno a la manera en que las TIC se insertaban en el tiempo libre, o ayudaban a configurar y redefinir el ocio, aunque en ese contexto asistiéramos a estrategias de consumo y de uso que propicien procesos de identificación entre los adolescentes. Toda vez que la aplicación de las tecnologías en los centros educativos y planes de estudio parece distar mucho de ser algo normalizado o generalizado, los más jóvenes (y sus adultos lo refrendan) parecen intuir o saber que la tecnología tiene una aplicación profesional y laboral esencial, aunque el argumento suele derivar en otra vuelta de tuerca a la asimilación de la “juventud” como periodo de irresponsabilidad, hedonismo y homogeneización: ya tendremos tiempo de comprobarlo, pues en el presente nuestros usos giran en torno al ocio. Cuando llega ese momento (el de trabajar), efectivamente, los discursos adquieren un mayor peso específico, sobre todo relacionado con los nuevos argumentos que proporciona la cercanía a preocupaciones del entorno laboral. Es entonces cuando las consideraciones de lo “necesario” e “innecesario”, que propiciarán los argumentos que justifican los “buenos” o “malos” usos, varían considerablemente. Y es entonces, desde la observación y el análisis de los argumentos de los jóvenes de mayor edad, cuando podemos observar los itinerarios tecnosociales de los adolescentes, más allá de las características o condiciones que marcan las variables género y clase.

«—Desde hacer presupuestos, buscar cosas por Internet, trabajar con base de datos, o sea para todo, diseño de carteles...

—¿Y en casa?

—En casa, parecido. Sobre todo lo uso como herramienta de texto... Internet lo utilizo, pero como una cosa... para buscar cosas, tampoco me conecto a Internet a ver qué pasa sabes... lo uso como una herramienta muy específica. No suelo jugar tampoco con el ordenador... (...) La informática nunca me había llamado la atención... así que tampoco... y luego a medida que fui creciendo lo utilizaba como herramienta de trabajo simplemente... me empezó a interesar el mundo de la fotografía y tal, y empecé a utilizar programas de estos, el Photoshop... (...) Ahora mismo es una herramienta fundamental, de hecho me voy a comprar uno ahora, porque necesito uno para mí, sobre todo porque trabajo con música, trabajo con imágenes y por cuestión de almacenaje sobre todo, ahora estoy utilizando uno y otro y... ahora mismo si... hombre, si no tuviera ordenador trabajaría de otra manera pero para mí es básico para mi trabajo el ordenador.» (PEDRO, USUARIO HABITUAL, 24 AÑOS, TRABAJO HABITUAL)

Pero incluso entre los jóvenes que trabajan, han trabajado o están en edad de trabajar, se aprecian matices diferentes en torno a la utilización de las TIC.

La formación discursiva³ dominante plantea que “lo necesario” (en el sentido de imprescindible) son las tecnologías del trabajo (o para el trabajo: para que te llamen en relación a una oferta laboral, por ejemplo). Sin dejar de reconocer que la tecnología de o para el ocio también es necesaria (para quedar, para buscar direcciones, para ver la cartelera, etc.), estará situada en un segundo plano en base a la asunción de que la gente “normal” (la que no tiene límites para salir-entrar, o la que no tiene dificultades para relacionarse con las personas cara a cara) no necesita de ella para comunicarse, conocer gente, relacionarse o pasarlo bien. Volviendo a un argumento ya desarrollado (y característico del tipo *de banda ancha*), estas personas observarían a las TIC desde el punto de vista de la integración o facilitación (aprovechar nuevos canales, que los “normales” ya los empleo yo por mi cuenta), pero nunca de la “sustitución” (nada puede reemplazar a los contactos cara a cara). Lo contrario supondría un sometimiento al mercado de trabajo, así como una sustitución o desplazamiento de las relaciones sociales “verdaderas”, que estarán cargadas de un matiz de espacios comunes, locales, próximos, vida de barrio, etc. Cosas que no parecen encontrar en las TIC, o que niegan desde la teoría.

En función de este discurso, las nuevas tecnologías y herramientas conversacionales de Internet son observadas como un medio, como una posibilidad para deter-

3. En *Arqueología del saber*, Foucault define el término “formación discursiva” como el “conjunto de enunciados referibles a un mismo sistema de reglas históricamente determinadas”, y “discurso” como el “conjunto de enunciados en tanto corresponde a la misma formación discursiva” (1970: 153).

minados tipos de ocio, especialmente positiva para las personas que están solas en casa o que tienen dificultades para relacionarse. Entonces sí se observan las TIC como un gran invento, pero siempre observándolo bajo el prisma de que las personas para quienes es “necesario” el uso de las nuevas tecnologías en el desarrollo de su ocio poseen algún tipo de carencia a nivel de relaciones sociales, o de habilidades sociales para relacionarse.

«—...si realmente es una persona tímida y le ayuda a hacer relaciones, lo veo bien. Pero cuando te empieza a alejar de las relaciones que ya tienes es cuando yo creo que supone un problema.»

(GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

Esta visión sobre la tecnología aplicada al ocio, siempre desde la perspectiva que incide en que lo necesario es la tecnología aplicada al trabajo, encuentra posiciones más escoradas entre quienes sostienen que el uso de las TIC durante el tiempo libre ha de ser muy puntual pues, de lo contrario, el uso excesivo de ocio en Internet es un “enganche” que te quita tiempo de hacer otras cosas (“te come todo el tiempo”) y desplaza a las relaciones sociales. Así, las tecnologías del ocio (o determinado tipo de ocio relacional) se situarían a medio camino entre lo necesario y lo innecesario, entre la inclusión y la exclusión social.

«—Inicialmente los móviles se usaban para trabajar exclusivamente, no para ocio, ¿no? Ahora se ha abierto el mercado y se utiliza para ocio y para relacionarte, para quedar para ir a un bar, utilizas el móvil cinco veces en tres minutos, ¿no?

—Mm

—Sí [Riendo].» (GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

«—Mi hermana está enganchada a esto del Messenger.

—¿Qué quieres decir con que ella está enganchada?

—Pues, que lleva un fin de semana sin Internet y ya se está volviendo loca, y es para hablar con sus amigas de clase, vamos... (...) le falta poquito porque se pone muy nerviosa. Yo no entiendo cómo te puedes poner así con gente que ves todos los días. O sea, a mí me están llegando cosas importantes porque tengo una responsabilidad, pero con gente que ves cada día... o sea, te ves al día siguiente. Pero creo que es más por el mero hecho de hablar por Internet, vamos... (...) Hombre, yo veo a mi hermana más en mi camino. Está metida en la facultad y empieza a utilizarlo para otras cosas. Pero yo la verdad es que no, no tengo... o sea yo supongo que... yo a su edad me pasaba horas al teléfono con las amigas cuando llegaba a casa de clase y ahora eso lo haces por Internet, es como más cómodo, nadie te escucha, más barato, hablas con varia gente a la vez, no es... yo me acuerdo de llegar de clase y pasarme horas al teléfono con cualquier amiga, y ahora eso lo hacen por Internet...»

(BELÉN, USUARIA HABITUAL, 24 AÑOS, TRABAJO HABITUAL)

«—En un locutorio está mejor, pero la gente que está sola en casa con el ordenador toda la noche, ahí... y tal.

—(...)

—Pero eso no es culpa tanto de Internet porque... pues si a una persona le da vergüenza hablar con otra... aunque haya una Internet pues le va a costar mucho trabajo... pues hablar con una persona cara a cara, ¿no?

—(...)

—Pero ese (...) las mismas relaciones, pero si ya quitas tiempo de tu ocio, de quedar con tu gente porque ya te metes ahí... en...

—Pero...

—Que para ti es un medio porque tú eres... más tímido o lo que sea y te da para hablar con los demás, ahí yo creo que lo estás utilizando, pero al final estás quitando tiempo tuyo para estar ahí enrollada, estar to' el día enganchao, que total... ya ves tú.

—Es como la tele, ¿la tele es una nueva tecnología? ¿Entra o no entra?

—[Risas]

—Te come todo el tiempo de ocio.

—A mí me parece un gran invento Internet.

—A mí también.

—Sí, sí... lo es, pero... pero como ocio no sé...»

(GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

Esta idea dibuja un panorama en el que el trabajo se constituye en la frontera que reestructura y marca el cambio de los argumentos de adolescentes y jóvenes de mayor edad, que redefinen los términos de la relación ocio-trabajo-TIC.

Por ello, porque cambia la representación y la configuración de los términos ocio-trabajo-TIC, es común que los adolescentes entrevistados no suelen verse más allá de los veinte años utilizando el Messenger (mucho menos los *chats*), o, cuando menos, no de la misma manera: tras experimentar, quizás engancharse y seguro (según cuentan) saturarse, lo propio de la madurez que dota de sentido al uso será seleccionar, reducir el círculo de contactos, restringir el uso en función de esa lógica de la integración y el aprovechamiento de todas las posibilidades de la tecnología, pero sin perder de vista las nociones de “lo verdaderamente importante”.

Todo esto nos hace plantear una posible trayectoria entre los adolescentes que ahora están centrados en el uso del Messenger y su evolución hacia lógicas parecidas de alfabetización en ideales cambiantes *de banda ancha*, con una fuerte noción del yo y de las oportunidades de la sociedad de la información para su ocio y trabajo. El hecho de escuchar (a partir de nuestro trabajo de campo) que el grueso de las personas jóvenes no ve su futuro en las TIC dedicadas al ocio, nos hace sospechar de una “normalización” ya no del uso inicialmente desbocado o normalizado de Internet según los estándares del tipo ideal de banda ancha, sino de esa lógica de la criba, la parcelación y la especialización extrema (como un “niño con juguete nuevo” que “luego vuelve a la pelota”, como señalaban en uno de los grupos de discusión).

La noción de “saber utilizar” lanzada como propuesta conciliadora del antes-ahora despliega una nueva función: alejarse de los usos superfluos y poco discriminantes de la información en el contexto de las nuevas TIC. Este “saber utilizar”, este uso discriminante de las tecnologías y de la información, debe a su vez ser compatible con los valores de uno, “mis valores” y compatibles con los objetivos “de cada cual”. La formación conocida como “saber utilizar” de manera coherente con los objetivos y valores de cada uno, no considera que acceder al correo electrónico a través del móvil sea un lujo, sino un uso adecuado, un saber usar de esas personas que lo hace en la medida que sea coherente con los sus valores y objetivos individuales (y lo no dicho, sus posibilidades económicas). La formación del “antes” propone que estos son usos superfluos, pero el discurso evolutivo *de banda ancha* asume lo inevitable de caer atrapado en las necesidades creadas por una sociedad consumista y tecnológica, pero que creamos entre todos: “¿quién hubiera dicho hace años que el móvil iba a ser tan imprescindible?” Y ahora, que no me lo quiten... Por no hablar de la vergüenza o la “rabia” que daba hablar por el móvil en público, mientras ahora pocos parecen experimentar esas mismas sensaciones.

«—El mal uso que se hace de la información y del objeto o sea no, o sea potencialmente es muy valioso, yo lo considero muy valioso, pero en esta sociedad en la que vivimos, en el que se están creando necesidades, necesidades superfluas, yo creo que no se discrimina bien la información, y al final acaba siendo todo una especie de desinformación tanto con Internet como con el móvil, pero creo que potencialmente son herramientas... muy buenas para... para poder llegar, eh... a hacer cosas positivas [riendo] bajo mis, mis valores.

—Eso también tiene... viene a ser un poco lo que decías...

—Sí.

—Si esto es una discriminación, ¿no?

—Sí, efectivamente.

—Me refiero a “esto me viene muy bien, yo hablo con mi madre, no está aquí, hablo con ella”, fenomenal, pero hay que discriminar entre hablar con mi madre y recibir los boletines de noticias de Vodafone y hace poco que... que es lo que te refieres.

—Sí, pero...

—Y si separas los servicios de alertas de accesos a Internet, que cuestan un huevo ahora mismo, pero bueno... no sé, supongo que esa persona a mí me está discriminando, ¿no? A lo mejor piensa yo no... no joer tío, que se dedique a mirar el correo por... por su teléfono pues también me parece en cierto modo que está... está quedándose con lo bueno, con lo útil del asunto, que a nosotros nos parece una barbaridad.

—¿Cómo? ¿qué? ¿cómo?

—Lo considero que es individual, cada uno tiene que hacer, pensar cuál es, cuál es su objetivo y yo no considero que el que diga que el correo por el móvil sea bueno o malo, depende...

—No, no, pues ahí estás, ahí lo estás hablando, si te ajustas a la necesidad que tienes, si haces un uso normal... eh, según esa necesidad, o si te extralimitas, ¿no?» (GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

En función de este marco interpretativo, pese a que se asume que el móvil es un objeto completamente integrado en los procesos de comunicación y relación, resulta destacable el hecho de que la visión en torno a los mitos de la sociedad tecnológica conduce a que, en buena parte de los jóvenes más integrados, o de banda ancha, se reconozca una mayor dependencia de Internet que del móvil. Esto se produce en la medida que Internet lo integra todo (lo tiene todo integrado, interconectado, además de tenerlo todo... todo está ahí), mientras que el móvil, al menos la representación social del mismo (a pesar de sus muchas prestaciones telemáticas, más prestaciones todavía muy caras y pesadas), sirve fundamentalmente “para quedar”.

«—Yo he estado hasta hace poco sin Internet cuatro meses ¿sabes?

—Yo preferiría quedarme antes sin Internet que sin móvil.

—Es que yo llevo tiempo en Internet y tendría que reinventar mucho ocio porque me alegra mucho...

—[Risas]

—La verdad eso, que tenemos ahí... tronco, mitificadas ciertas historias: te bajas al parque y te lo pasas guay, es que..., no te lo pasas tan guay en el parque muchas veces. O vete por la calle y conoces gente.

—[Risas]

—Claro, y es que no es tan fácil realmente, yo paso un montón de tiempo en Internet. No sería una tragedia pero tendría que limitar mucho... mi vida, porque yo paso mucho tiempo ahí. Incluso, simplemente estando... Estoy con mi compañero, está en el salón, él están hablando, yo estoy en el Messenger. Es que... es una, una cuestión de rutina.

—Es como... a mí me pasa con las amigas.

—Mm.

—Claro, si es una, claro yo no considero que esté, que nada sea imprescindible, de todo se puede, de todo te puedes sustraer, pero a mí me costaría más Internet que el móvil, porque el móvil, bueno, al fin al cabo es quedar... Y puedes quedar con un fijo. Que sí, que luego el ordenador, está todo conectado, toda las páginas de Internet.

—(...)

—Ya pero a mí ya me ha pasado el papel de estoy sin Internet porque se me ha roto el ordenador, y las primeras tres semanas lo pasas mal, no creas que.

—Pero luego ya quizá, pues no sé, empiezas a utilizar otras cosas y eso también es bueno, pintar, no sé...

—Bueno, yo hace que no leo... y por culpa de Internet, eso sí que...

—Pues...

—Porque ahora, como el... como el Internet te va mucho más, más fácil... realmente es un ocio. Superaccesible, por otro lado. Leer te supone ponerte ahí y tal... y cuando tienes algo que contar, no sé, dices, joer bueno, a ver si hay alguien metido, y al final acabas, como haya alguien...»

(GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLE)

Cabe apuntar en este momento la existencia de posturas que divergen de las representativas *de banda ancha*. Estas posturas, que serían *de banda estrecha*, o incluso *de resistencia*, corresponderían con jóvenes de alto capital cultural y con una situación laboral inestable o precaria, si bien comparten una cierta similitud con los y las jóvenes profesionales e integrados (que compondrían *la banda ancha*). Estas posiciones, a la hora de plantear buena parte de las resoluciones relativas a las tensiones de las formaciones del ahora-antes, plantean importantes diferencias de matiz al abordar los planteamientos relativos a los *buenos usos*.

Si para el sector *de banda ancha* mencionado (de *habitus* tecnocultural) la solución estaba en “saber integrar” la tecnología en los procesos y hábitos de relación y comunicación, es decir, en las nuevas rutinas, para el grupo de jóvenes de banda estrecha la clave será “saber utilizar”, en función de un planteamiento que supedita las aplicaciones tecnológicas a necesidades derivadas del mundo laboral, o a ventajas en relación a problemas o dificultades de personas concretas respecto a situaciones relacionales determinadas y situaciones económicas concretas⁴.

«—A mí, lo más gracioso fue en un supermercado que llama el marido a la mujer, “oye cariño, ¿los dodotis eran pequeños, grandes? o... ¿qué tenía que comprar, leche, pan?” Ya es que pa todo. Yo pienso que móviles, o sea que, lo que pienso es que es un rato útil... pero se tiene que saber utilizar. O sea, para emergencias y cosas, vamos, para que lo sepan, ¿no? para hablar con el super cien...

—Mmm.

—Normal, vamos, que vale para hablar, no para hacer fotos, no para hacer vídeos.

—Claro.» (GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

Mientras tanto, la noción de “saber utilizar” más integrada en la idea de la sociedad tecnológica incide en el concepto de saber moverse en la *sociedad móvil*, en el sentido de la búsqueda de información selectiva, de “estar dentro”, de utilizar las nuevas tecnologías independientemente del uso que hagas de las mismas. Pero esta noción adquiere su significado a partir de la aparición del trabajo como frontera que redefine o reestructura los significados, esencialmente porque sitúa a los jóvenes en posiciones de precariedad laboral, equilibrio profesional o vidas en precariedad; posturas que, todas ellas y por separado, determinan de manera esencial el sentido de las tendencias discursivas. Así, la “necesidad” para esta formación de banda ancha será estar dentro del circuito para “no perder oportunidades”. Es algo así como un “por si acaso”, que añade la visión estructural, la visión

4. Al abordar la noción de “saber integrar”, no podemos abstraernos a la manera en que la noción de “integración” se ha desplazado desde los estudios de familia y juventud, a estudios sobre juventud, cultura y educación. Así, en *Jóvenes, relaciones familiares y tecnologías de la información y la comunicación*, se señalaba que “a juzgar por las investigaciones sociales llevadas a cabo en la última década (...), la mayoría de los jóvenes españoles aceptan y desean reproducir la organización familiar, porque encuentran en ella las relaciones afectivas más estables. Desde este punto de vista, puede afirmarse que las actuales generaciones juveniles son generaciones integradas” (Lorente, Bernete y Becerril, 2004: 244).

funcionalista del mercado tecnológico: si no usas las TIC es como no saber moverse, es “como inventar la pólvora para hacer carreteras y que la gente no sepa moverse”. Define, por tanto, un nuevo tipo de incapacidad funcional.

«—Inicialmente era para trabajo y entonces ¿qué pasa? Que el que no tenía un móvil y no podía estar permanentemente conectado, eh... pierde ese trabajo, porque (...) es una especie de sometimiento al mercado, o sea es que, o estás permanentemente localizable... o pierdes las oportunidades ¿no? de, de relación, o sea tanto en el trabajo como en las relaciones de cualquier proceso social, ¿no?» (GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

2. INTEGRACIÓN, RESISTENCIA Y MARGINACIÓN

Hasta el momento hemos desarrollado buena parte de las posiciones discursivas que componen las representaciones más asentadas o generalizadas en una sociedad que parte de los mitos sobre la tecnología ya mencionados, y que analiza la relación jóvenes-tecnología, el sentido de los usos y las expectativas ante los procesos de comunicación basados en las TIC, de la manera en que hemos explicado en los anteriores apartados. Estas representaciones generales, que contribuyen a elaborar buena parte del imaginario colectivo respecto a la tecnología, a pesar de sus matices, y teniendo en cuenta las tensiones argumentales que lo dotan de sentido, conforman la base de lo que hemos venido denominando el tipo ideal *de banda ancha*, con todas las matizaciones realizadas en el anterior epígrafe en relación a los matices diferenciales: aceptación de los mitos de la sociedad tecnologizada, integración en los procesos de desarrollo y consumo tecnológico, naturalización de la relación jóvenes-tecnología, asunción de lo esencial del desarrollo de las TIC para la perfecta integración formativa y laboral, aceptación de la contribución de las TIC en las nuevas configuraciones del tiempo de ocio y las estrategias relacionales, inserción de la tecnología en las nuevas y naturales formas de sociabilidad, etc. Y todo ello sin dejar de tener como referencia el *deber ser* de las relaciones humanas y “verdaderas”, que procura que se asuma la necesidad de integrar la tecnología en lo cotidiano de los usos y mediaciones, pero evitando que tal integración derive en sustitución de los procesos de relación y sociabilidad.

En este momento lo que pretendemos es desarrollar algo más los planteamientos que compondrían las prácticas, explicaciones y posicionamientos alternativos a la corriente generalizada, y que abren la paleta de representaciones sociales sobre la tecnología y sus implicaciones. Como ya mencionamos, sin pretender asumir que los tipos ideales derivados de nuestro análisis actúen como compartimentos estancos que definan en exclusiva a un sector de los jóvenes en su relación con la tecnología, sí es cierto que, en sí mismos, aglutinan los elementos que más los acercan a una visión común respecto a la manera en que se articula la relación jóvenes-TIC, al tiempo que comparten los argumentos que procuran su diferen-

ciación respecto a otros tipos también homogéneos en su interior. Por tanto, discursos que nos permiten la licencia de hablar de tipos ideales en lo que respecta a la relación jóvenes-tecnología.

Conviene señalar que este planteamiento respecto a las diferentes representaciones sociales relativas a la tecnología encuentra buena parte de su razón de ser en las explicaciones articuladas entre los jóvenes de mayor edad (en este caso, a partir de los grupos de discusión realizados), cuya perspectiva etaria, sobre todo en lo que tiene que ver con su desarrollo en un contexto laboral, procura planteamientos de mayor calado en cuanto a su capacidad de elaborar análisis de carácter social, más allá de la exposición del sentido de sus usos y expectativas. Es entre estos jóvenes de 25 a 29 años donde encontramos los principales argumentos que conforman los posicionamientos diferenciados, si bien entre los de menor edad podemos reconocer los rasgos incipientes que los situarán en el camino de una u otra trayectoria. En este ejercicio de foto fija desarrollamos los rasgos que sitúan a cada cual (a cada discurso) en una posición concreta respecto al resto en el momento presente de su posición vital.

En primer lugar, los rasgos más básicos de la diferenciación de posicionamiento, y su reflejo explicativo en nuestros materiales, nos conducen a separar entre las posturas que integran sus argumentos en la necesidad de adaptarse a la naturalización tecnológica que supone el tiempo histórico que vivimos, y aquéllas que centran su discurso en el planteamiento de pequeñas alternativas o “rebeliones”, inevitables para contrarrestar los efectos negativos de la integración acrítica de las TIC en los procesos de comunicación y sociabilidad humana. Sin querer decir que asistamos a dos planteamientos completamente diferenciados, lo cierto es que frente a la categoría *de banda ancha*, encontramos otra que intenta moverse en los márgenes de los argumentos generalmente normalizados respecto a la relación con la tecnología, planteando usos mucho más limitados y, sobre todo, mucho más críticos con las bondades de los mismos y de la naturaleza del mercado que origina los desarrollos tecnológicos. Intentaremos pues desarrollar los elementos que componen este discurso diferencial, que llamamos *de banda estrecha* o *cultura móvil*. La primera acepción, como gráfica contraposición al tipo *de banda ancha*; la segunda, como juego lingüístico que quedará desvelado en el siguiente epígrafe.

Atendiendo a la manera en que las TIC se insertan, condicionan y contribuyen a configurar el tiempo de ocio y de trabajo, apreciamos las primeras diferencias importantes.

Hasta en las posturas integradoras y naturalizadoras de la relación con las TIC se defiende que la aplicación de estas tecnologías en el tiempo de ocio debe procurar no sustituir las relaciones personales “verdaderas”, y que la auténtica “utilidad” de las mismas como elemento mediador será para aquellas personas con determinadas dificultades sociales (tímidos, aislados, gente sin conocidos o nuevos en un lugar), o bien para quienes se dediquen profesionalmente a las nuevas

tecnologías o tengan aficiones centradas en la informática y la telemática. A partir de ahí, la postura es que “cuando te empiezan a alejar de las relaciones que ya tienes” es cuando “supone un problema”.

Los planteamientos más críticos parten de esa premisa, pero derivan en argumentos que hacen hincapié en la interferencia o desplazamiento que supone la inserción de las TIC en los procesos de sociabilidad y comunicación, lo que sitúa su uso como una pérdida de tiempo social, un “desperdicio”. Así, esta postura plantea un uso “muy sopesado” (restringido, celosamente cuidado) de Internet, que no invada la parcela de lo personal, “lo humano” porque de lo contrario, si el uso no es muy sopesado, por algún lugar tendrá que aparecer la sustitución de algunos de los hábitos o relaciones personales anteriores: como escuchamos en uno de los grupos de discusión, “por algún lado tendrá que salir el cómputo” de pérdidas o sustituciones de hábitos de ocio. Y en la línea de algunas de las ideas señaladas en anteriores bloques, este uso celoso y cuidado de las comunicaciones, del espacio de encuentro entre la vida social previa, el ocio y las TIC, es a su vez compatible con las voces que dicen utilizar el Messenger sólo con conocidos, o de ser capaz casi siempre de conseguir las direcciones de los conocidos para hablar por el Messenger, porque no supone una sustitución, sino que, como dicen los propios participantes, el Messenger da la sensación de “procesos sociales realmente”, sin que haya desplazamientos y sabiendo claramente dónde están los límites: con cada persona, y según cada circunstancia, un tipo de conversación, confidencia, lenguaje o predisposición (“esto no te lo puedo contar por Messenger, luego quedamos y te lo cuento”); de igual manera, existirán cosas pertenecientes al plano de “lo personal”, que no podrán encontrar sustitución a partir de la mediación de las TIC, pues estará mal visto y será interpretado como una carencia, una falta de habilidades sociales o una falta de respeto (“me ha dejado y me lo ha dicho por mail”).

«—Pero debe ser algo como tiempo perdido, debe ser como tiempo perdido para el resto de la gente, como si te tiras hablando tres horas por teléfono... pues se considera un desperdicio, ¿eh?

—A mí por ejemplo, os digo un ejemplo, a mí me sentaría mal si por ejemplo tengo que llamar a una amiga y al hablar con ella me dice que no sale porque está en el... , pero a mí me sentaría mal.

—¿Y si dice que no sale porque está leyendo un libro fascinante?

—Pues, ¿de qué va? ¿se queda leyendo un viernes? [Riendo]

—No sé, pero a lo mejor lo otro que me dice, joer, o sea ¿prefieres estar hablando con gente que no conoces que estar conmigo que me conoces? Pues a lo mejor puede ser que a lo mejor la gente no lo diga.»

(GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

«—Tampoco tengo así un contacto muy, muy exhaustivo ¿no? o sea, pero... mm... el mínimo contacto que, que pueda tener con, con lo que pueda ser sobre todo e-mails y demás, creo que no me quita tiempo de bajarme al parque o bajarme al bar, o de estar tumbado en el sofá de mi casa, o

sea no veo que ha sido una dinámica que ha entrado, ya que... ya que ha entrado ésta tienen que salir otras, también digo que tampoco (...) a lo mejor si hubiera entrado con más fuerza, sí hubieran tenido que salir otras, porque obviamente el día tiene veinticuatro horas, si tú dedicas tres al ordenador y esas tres antes hacías otras historias, pues... por algún lado va a tener que salirte el cómputo.» (GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

Tales planteamientos críticos también albergan una posición maximalista (finalista, gerencial), que centra sus argumentos en la redefinición de la intimidad en los espacios relacionales anónimos, en los que nadie “se mete”, pero desde la compatibilidad con nociones de libertad individual, de un sujeto liberal, informado, controlado en su información aunque con aparente libertad para emitir y recibir la misma. En la línea del planteamiento respecto al sujeto del *habitus* tecnocultural que define parte de los posicionamiento del tipo *de banda ancha*, pero con una especial preocupación por ser selectivo, disciplinarse y “saber utilizar” las TIC para la información “verdadera” y, sobre todo, teniendo en cuenta que, por encima de estos usos, lo importante es estar dentro de los circuitos comunicacionales, tecnológicos y de mercado, lo cual te permite a su vez estar por encima de las leyes del sistema y, con ello, trascenderlo.

Es este el punto que marca la diferencia con las posturas más críticas de la *banda estrecha*, pues el planteamiento apuntado considera que el tiempo en los *chats* y el Messenger, “no es un tiempo perdido, es un tiempo utilizado” (invertido), pues “el tiempo no se extiende, el tiempo se vive”. Con el tiempo de ocio en Internet, por ejemplo, se gana en calidad de información, se puede prescindir de los telediarios para estar informado, o incluso mejor informado. Además, las relaciones en Internet, a partir de sus distintas herramientas y con las diversas facilidades conversacionales que ofrece, permiten una comunicación más cómoda, más creativa (más productiva, en la línea del trabajo inmaterial), más relajante, a partir de la cual puedes crear lenguajes, y que además aporta mayor capacidad de expansión (comunicarte con muchas personas): “Un tiempo más relajado, más diferente, ya sea *mail*, ya sea Messenger o *chat*, o lo que sea. O mensajes a móvil, yo lo experimento como algo positivo porque es creativo” (GD2). En definitiva, que con el establecimiento de límites, con el uso cuidadoso de cada una de las herramientas, se expandirán nuevas pautas sociales capaces de “integrar” las nuevas comunicaciones tras una previa socialización de las mismas: que vayan por detrás de lo social, de nosotros, y no por delante.

«—Yo considero que no es un tiempo perdido, es un tiempo utilizado... en otra cosa que, o sea, es tiempo utilizado... o sea, es... es que no sé cómo expresarlo [riendo]. El tiempo no se extiende, el tiempo se vive.»

(GD2, 25-29, TRABAJADORES PRECARIOS)

Como comprobamos, dentro de la *banda estrecha* encontramos ciertas tensiones discursivas que provocan planteamientos diferenciados. Por un lado, la visión que prioriza el uso individual y la visión de que todo depende de cómo cada cual

aplique y desarrolle sus usos (en sintonía con los argumentos de los “buenos usos” *de banda ancha*, aunque con una aplicación más orientada a la crítica o resistencia social). Será entonces, a partir de esos usos controlados y adecuados, cuando las TIC presenten unas potencialidades impresionantes, que te da una cierta sensación de control y de ir por delante de las leyes del mercado, todo revestido de un halo crítico que discursivamente intenta empatizar con las posturas más discordantes: “es una herramienta que todavía podemos manejar nosotros y controlar nosotros”. Pero por otro lado existe aquella otra que, ante tales argumentos, plantea que esa sensación de “control” es falsa, ya que las mismas tecnologías permiten controlar la información (por mucho que tú la elijas) e invaden la intimidad.

«—Yo no estoy en contra de Internet, me parece una herramienta súper interesante pero... o sea, sí que tengo la experiencia de muchas colegas que no salen porque están enganchadas y les dices “pero sal”, “no, es que he quedado con no sé quién”, “¿con quién?” “Pues con uno de no sé...”, y digo, bueno... no sé, que yo sí quedo con alguien que conozco pues luego por Internet, guay, pero... pero con gente que no conoces y...

—Es que ahí vuelve a ser el rollo de... individual de, de cómo lo aplique cada uno, pero yo creo que la herramienta tiene unas potencialidades impresionantes, o sea, el conseguir... es que es que es una herramienta que a... de momento va por delante de la... de ciertas leyes del sistema. O sea, todavía no puede ser regulada la información por el, digamos por... por [Irisa] por las capas poderosas, ¿no? de la sociedad, es... es una, es una herramienta que todavía podemos manejar nosotros y controlar nosotros.

—(...)

—¿Eh?

—Tiene su lado negativo pero tiene uno muy positivo, y es que no te controlan la información, que tú eliges la información.»

(GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

Como hemos señalado, las posturas maximalistas de la relación con la tecnología plantean puntos en común con el planteamiento de los “buenos usos” *de banda ancha*, desarrollado en anteriores bloques. Sin embargo, es cierto que existen diferencias básicas que dotan de sentido a la diferenciación entre *banda ancha* y *banda estrecha*, por mucho que en la *banda estrecha* se vivan tensiones discursivas como las mencionadas. Así, pese a partir del mismo planteamiento relativo a la necesidad del criterio, la madurez y la decisión a la hora de enfrentarse con las TIC y establecer los patrones de uso, cuando desde la *banda ancha* se defiende explícitamente que el Messenger está minusvalorado como medio de expresión y relación, no se refieren a su capacidad como medio para trascender el sistema en un sentido amplio, sino como canal que, en sí mismo, establece otro tipo de rutinas, otro tipo de dependencias, que reestructuran o redefinen el ocio y, por extensión, las relaciones entre las personas. Es decir, que su importancia reside en los nuevos patrones de comportamiento, relación y configuración del tiempo que ya se han asentado entre los jóvenes más integrados en la sociedad tecnológica que

viven y protagonizan, sin los cuales se sentirían perdidos y desorientados: “si ahora me quitaran Internet, tendría que reinventar mi ocio”, “yo tengo volcado mucho ocio ahí”, nos comentan.

En función de este planteamiento asumen la importancia de Internet y las TIC en las interacciones interpersonales, en un contexto social que plantea evidentes carencias (procesos de creciente individualización y aislamiento, según se asume la jerarquía de valores socialmente dominantes) pero que, a través de las mismas herramientas que originan buena parte de esas carencias (si no se hace de ellas un “buen uso”) ofrece alternativas para minimizarlas. En este sentido, los planteamientos alineados en este discurso llegan a señalar que, pese a que entablar relaciones o comunicarse a través de Internet no responde a sus expectativas respecto a lo que es una relación “plena”, lo mejor es “conformarse” y aprovechar los nuevos canales, pues lo contrario supondrá no exprimir al máximo las posibilidades que ofrece la sociedad tecnológica en que vivimos. Por supuesto, en este punto relativo al “conformarse” con los canales que “nos ofrecen” (¿quién? ¿por qué? ¿para qué?), es donde las posturas más críticas de la *banda estrecha* plantean todas sus divergencias, que intentan trascender los límites de lo que se da por aceptado y socialmente asumido, y defienden que más allá del ocio y las relaciones regladas existe capacidad de maniobra y transformación social.

«—Yo lo uso muchísimo, no tanto como ella porque yo no trabajo con Internet pero... lo uso bastante para bajar información, para bajarme películas, pero vamos, nunca he conocido a mucha gente por Internet... eh, luego el tema del móvil... el móvil lo tengo y lo uso porque es el teléfono que tengo, o sea no tengo teléfono en casa, y es el teléfono que tengo, pero el ordenador, claro, Internet, todo el día conectado.

—Es que yo creo que todas estas relaciones telemáticas están muy minusvaloradas pero, en realidad podemos encontrar una manera de relación aunque sea limitada. Al fin y al cabo yo también he conocido mucha gente por Internet y todo lo que puedo escaquearme del trabajo lo empleo en estar navegando, mirando foros, en el Messenger. Vamos, yo empleo muchísimas horas del día con el ordenador encendido, en hacer nada, aunque sea de manera limitada y con un montón de carencias, pero... vamos, no... no dejo de usarlo.» (GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLE)

«—Lo que pasa es que yo he terminado por convencerme de que ese tipo de relación no te vale, está motivada pero no es la primera relación por la cual pues tampoco voy a probar ahora, (...) como no te veo la cara, pues me conformo.

—Ese tipo de relación a través de Internet, no me gusta nada (...)

—También es acostumbrarte a tenerlo, porque cuando ya te has acostumbrado ya se... es como parte de lo que haces todos los días, y pillarte a Internet te da como una especie de agobio.

—Sí, a veces sí.

—Madre mía, hace días que no lo he mirado.

—A veces sí.
 —Sí.
 —Yo a veces me rallo porque también trabajo por la noche con ordenadores, y me levanto con el ordenador, Internet, “no coño, haz otras cosas, sal un poco, haz algo.”
 —[Risas]
 —A veces estoy un poco obsesionado por levantarme al ordenador.
 —Si no está encendido el ordenador, lo enciendes, si está encendido lo...
 —Yo también.
 —...que has bajado en el E-mule, venga que si bajas algo, no bajas algo...» (GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLE)

En esta diferenciación encuentran las posturas críticas la razón de ser y el potencial de las TIC como un canal alternativo y casi incontrolable, aunque en un sentido concreto: saben lo que digo, pero lo puedo decir, y además tengo la certeza de que me escucha mucha gente. Potencial, por tanto, como altavoz y catalizador de iniciativas que, siendo conscientes de las características del tejido que emplean, sacan el máximo provecho de sus posibilidades para ser críticos con el propio sistema sobre el que se sustentan. En cierto modo, es la misma lógica de aprovechar al máximo las posibilidades, o no perder oportunidades, que desarrolla el tipo *de banda ancha*, pero al servicio de una actitud más crítica y combativa, que en cualquier caso observa a Internet como un medio para acceder a sus objetivos, alejados de la configuración del ocio o de las estrategias para conocer gente. Así lo entienden los movimientos sociales que se ayudan de Internet como plataforma para canalizar sus estrategias de activismo ciudadano e implicación social (impulsando convocatorias masivas, celebrando asambleas virtuales, transmitiendo y recopilando información, comunicándose con asociaciones de otros países, elaborando comunicados, etc.). En ese sentido defienden su uso, y en función de la estrategia, por qué no decirlo, quedan encuadrados de una manera bastante clara esos movimientos: si Internet es el canal, parece evidente que no todo el mundo tiene al alcance de la mano poder participar de estos movimientos alternativos o críticos con el sistema, y no extraña escuchar, en boca de sus propios protagonistas, como son las clases medias y ascendentes las que se constituyen en las vanguardias de los mismos⁵.

«—Nos hemos ido de viaje este fin de semana en una caravana a Ceuta, hemos ido autobuses de distintos puntos de España y entonces la asamblea de... la hemos tenido por chat, y ayer tuvimos una asamblea de cuatro horas y utilizamos el chat porque si no es imposible... mandando

5. En “El deseo de enredarse y el peligro de liarse. Un autodiagnóstico sobre los procesos de apropiación de Internet por parte de los movimientos sociales y la ciudadanía activa” Víctor Manuel Marí Sáez expone las que considera principales dificultades para la creación de redes de solidaridad y de comunicación, en este caso a través de Internet: la influencia de las políticas neoliberales, que fragmentan y atomizan las sociedades; las relaciones viciadas con las administraciones públicas; los reinos de Taifas; las inercias organizativas; y un estilo de comunicar con excesivas dependencias del texto escrito, del lenguaje racional, de la cultura impresa. Para más información al respecto se recomienda acudir al texto citado.

mails, respondiendo por teléfono, pues nos vamos todos a una misma habitación o como se llame, y para eso sí que lo utilizamos, para hablar con gente de otros lados y hacer asambleas... de estas... (...) Si no tienes Internet estás totalmente fuera, o sea si no tienes un ordenador a mano, o tienes acceso a él todos los días, o tienes a alguien que te vaya contando todo o pierdes absolutamente todo contacto. Porque no... la gente no tiene en cuenta, o sea, la gente que está como más activista en esta historia siempre tiene mucho contacto con Internet en el curro, fuera... Y no tenemos en cuenta quizás a mucha gente que no tiene... es que si no tienes Internet te pierdes absolutamente todo.»

(BELÉN, USUARIA HABITUAL, 24 AÑOS, TRABAJO HABITUAL)

Atendiendo a esta apreciación sobre las posibilidades de acceso y participación en determinadas formas de activismo social, comprobamos el tipo de brechas sociales que se abren en torno a la tecnología, presentes incluso en los propios movimientos que tratan de luchar contra parte de las situaciones que genera la sociedad de la información y comunicación y el desarrollo de las nuevas tecnologías marcado por el mercado y el poder. Intuitivamente, las primeras brechas de las conocidas como brechas digitales, tienen que ver con estar *dentro* o estar *fuera*, que es lo mismo que estar o no estar. Quien no está en Internet, quien no tiene móvil, quien no se maneja mínimamente con las nuevas tecnologías, pasará a formar parte de quienes engrosan las oportunidades perdidas, en el sentido de que estarán peor situados que quienes “sí estén” en la carrera de fondo que es acceder y mantenerse en el mercado laboral, así como ascender (o, cuando menos, no descender) socialmente: “si no tienes teléfono no te podrán llamar para ofrecerte trabajos, si no tienes Internet no podrás hacer envíos masivos de *curricu-la*, si no sabes informática las empresas no te tendrán en cuenta, si no tienes *mail* no te enterarás de las últimas noticias o cotilleos” (y ya se sabe que “la información es poder”)...

Discurso que sustenta el argumento, tantas veces repetido en este informe, de “por si acaso” (“por si acaso pierdo alguna oportunidad”), de igual manera que refuerza buena parte de los mitos de la sociedad tecnológica que tienen que ver con la necesidad de estar equipados y tecnológicamente alfabetizados. Exigencia aún mayor para la población más joven, que tendrá edad de estar a tiempo para perder muchas oportunidades (la generación de los padres parece autoexcluirse como competencia: el lenguaje tecnológico es cosa de jóvenes), y que será socialmente señalada como portadora del desarrollo y protagonista de la naturalización de la relación hombre-tecnología.

«—Creo que cada vez se va a abrir más eso que se llama la brecha digital, la diferencia entre personas que tienen acceso a las nuevas tecnologías y las que no las conocen, porque para tener tecnología se tiene que tener mucho dinero, para tener un ordenador de nueva generación con más prestaciones y tener todo los complementos, significa tener dinero, disponibilidad económica. Ya no respecto nuestro país, sino respecto a países del tercer mundo. Ahí la brecha digital va a ser tremenda. Si ha habido ya brecha en otros

aspectos económicos, pues desde el punto de vista digital va a ser... de aquí a 50 años las diferencias habrán crecido exponencialmente, y eso es peligroso, porque si teníamos un primer mundo y un tercer mundo, pues dentro de unos años las diferencias son mayores todavía, pues pueden provocar muchos conflictos cuando la gente se siente desigual. La desigualdad es completamente algo injusto y las injusticias conducen a conflictos. Entonces no quiero ser tampoco muy pesimista, pero es posible que esto genere conflictos.» (DOCENTE DE SECUNDARIA, CENTRO PRIVADO Y CONFESIONAL)

«—Sin móvil no conozco a nadie, que esté sin móvil, nadie.

—Sí, yo también.

—Si lo conoces es porque se le ha perdido.

—Si conoces a alguien y te dice “no tengo móvil”, pero porque no tengo, a mí se me parece raro, pero se me hace como un poco neandertal.»

(GT, 17 AÑOS, COLEGIO PRIVADO, CONFESIONAL)

Sin embargo, cuando se habla de brecha digital no sólo se hace acudiendo a explicaciones que tienen que ver con la posesión o capacidad de acceso a las nuevas tecnologías, sino con la predisposición cultural a aprovechar en sus máximas capacidades los nuevos recursos y canales a los que se puede tener acceso. Es lo que se conoce como capital cultural (en la línea del *habitus* de Bourdieu), frente al capital tecnológico, disquisición que suele ser destacada desde las posiciones más al margen de los cánones del sistema oficial, o más críticas con él. En este sentido, sería la población culturalmente más preparada e inquieta, tecnológicamente formada como consecuencia de su propia curiosidad y sus propios intereses, la que se constituiría en pionera del empleo y desarrollo de las TIC en el sector de la acción social. Y ello sería independiente de que esa misma población sea la que cuente con mayores o mejores recursos (económicos, tecnológicos), pues lo esencial es saber aprovechar al máximo las posibilidades de comunicación y acceso a información que todos tenemos, o simplemente saber que existen y aprovecharlas. Como señala Julio Cabero, “no debemos confundir estar conectado con participar y tener la libertad de intervenir en la red. Acceder todos a un teclado no significa que desaparecerán las diferencias culturales, sobre todo si no sabemos qué tenemos que demandar y cómo utilizaremos lo solicitado” (Cabero, 2002: 25).

Por supuesto que pueden existir brechas sociales en el sentido antes mencionado (quien no tiene ordenador ni conexión a Internet tendrá que hacer un esfuerzo mucho mayor), pero es dentro de la población que sí tiene acceso y maneja las nuevas tecnologías donde se asiste a esa brecha entre la simple disposición del capital tecnológico necesario o la acumulación del capital cultural que te sitúe en el primer plano de los movimientos tecnológicos.

«—El capital técnico se ha democratizado y no es tan determinante. El capital cultural sí es muy importante (...), también en el uso doméstico de la tecnología. Pero esto no es exclusivo de los movimientos sociales. Los movimientos políticos y sociales en general en Europa son movimientos

de clase media y son movimientos que requieren ciertos conocimientos políticos, cierta discursividad, ciertas teorías políticas. El uso de las tecnologías también está circunscrito a estos ambientes.»

(EXPERTO, INVESTIGADOR EN TIC Y MIEMBRO DE UNA RED INDEPENDIENTE)

«—Veo mucho desinterés en mi círculo de amigos y familiares. Bueno, no sé, igual es porque en mi círculo de amigos no estudian casi ninguno ¿no? Pero no sé, no tienen ningún interés en aprender a manejar y no sé, a veces como si lo que necesitaran no está en su vida, lo ve como muy alejado de... de su mundo, y yo creo que eso va cambiar.

—¿Pero tú crees que es representativo de que normalmente la gente tiene... o crees que realmente la gente en su casa lo utiliza?

—Yo creo que depende del nivel socioeconómico y del nivel cultural. Sobre todo el cultural más que del económico. Entonces yo creo que bueno, depende de dónde, en qué círculos te muevas, pues unas cosas u otras, ¿no? La gente que puedo conocer en la facultad, pues todos tienen Messenger, todos utilizan, saben utilizar el Google, moverse por Internet, buscar cosas de los programas básicos, este... Windows, o sea, Windows... Word, perdona, pero luego te sales un poquito del círculo así académico, por lo menos en mi caso, ¿no? me voy a la gente que conozco por ahí por mi barrio, por mi círculo de amigos, y raro es el que sabe utilizar Internet y tiene ordenador en casa.»

(CRISTINA, USUARIA OCASIONAL, 22 AÑOS, TRABAJO OCASIONAL, CLASE MEDIA-BAJA)

Como hemos señalado, con toda seguridad es la población más joven la que experimenta de manera más apremiante la necesidad de no quedarse al otro lado de esa brecha digital, más aún por cuanto vivimos en una sociedad que tiende a ensalzar la juventud como un valor en sí mismo, siendo la naturalización de su relación con la tecnología algo que se da por descontado. Por ello se integran los consumos tecnológicos y la capacidad para desenvolverse con las nuevas tecnologías como algunos elementos más de los que dotan de referentes identitarios al usuario, y por eso la formación, la alfabetización tecnológica, adquiere una importancia clave en los nuevos procesos de marginación social, en previsión de que se originen nuevos analfabetos funcionales (quienes no tienen los conocimientos imprescindibles para socializarse en la cultura de las TIC).

«—Ahora mismo está clarísimo que, que... que se, digamos, se está empezando a generar una nueva... digamos, una nueva clase de analfabetos. Que ahora mismo, digamos, aunque, aunque no sea necesario para la vida cotidiana ¿no? pero ahora mi mujer se encuentra que por narices tiene que saber uno manejar un móvil, o manejarse en Internet o tal, porque si no ya, te has quedao fuera y eres ¿sabes? analfabeto, aunque tengas, no sé, un master, historias y tal, pero si no sabes manejar un ordenador y tal...

—Sí, pero si eres un pescador no necesitas usar Internet.

—Sí, bueno, claro, pero... pero bueno, evidentemente.

—Pero bueno, a lo mejor tú eres historiador y crees que no tendría mucho que ver...» (GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

Por tanto, asistimos claramente a un proceso por el cual nuevos elementos relacionados con factores económicos y formativos, en relación con las TIC, contribuyen a redefinir el concepto de clase social, que deja de tener sentido exclusivamente en función de la clásica división basada en la capacidad adquisitiva de la unidad familiar, para incorporar aspectos que tienen que ver con la acumulación de capital tecnológico y capital cultural, y con la capacidad de asimilación, adaptación, incorporación y apropiación de los nuevos procesos sociales que originan las nuevas tecnologías.

Es en base a estas nuevas divisiones sociales que podemos señalar cuatro tipos ideales de referencia, al margen de los mencionados *de banda ancha* y *banda estrecha*. Por un lado, el grupo formado por los inmigrantes y los que podríamos denominar (valga una expresión muy gráfica que está en la calle) “currantes”. Por otro lado, los “raros” o *freaks* que ya mencionábamos en el capítulo anterior, al hilo del discurso sobre los buenos y malos usos. Estos dos tipos ideales lo son por motivos distintos, que encontramos en el análisis de nuestro trabajo de campo cualitativo a partir de referencias y proyecciones, pero no a partir de la primera mano de protagonistas que se puedan encuadrar en alguno de ellos. Y este último hecho da muestra de que, en muchas ocasiones, son tipos ideales utilizados como modo de proyectar aquellos estereotipos sociales de los que se quiere escapar y que, al mismo tiempo, sirven para justificar el propio discurso o el lugar que se ocupa en relación con el tema tratado (lo que tampoco quiere decir que no tengan su correspondencia con un sector concreto de la población).

En tercer lugar podríamos señalar un tipo ideal que ya hemos desarrollado con anterioridad, y que por ello no explicaremos con mayor detalle: el de los “necesitados” de Internet, personas en cierta medida “psicologizadas”, en el sentido de que representan las carencias o debilidades que propician que, en tal sentido, las TIC sean consideradas como una gran ventaja, un gran invento para quien se encuentra en tal posición.

Pero además, existe un cuarto tipo ideal que se diferencia de los anteriores en que parte de una postura activa, explícitamente significada y voluntariamente marginalizada: la de quienes deciden, voluntariamente, apartarse del uso y de los procesos mediados por las TIC (postura minoritaria pero significativa de un cisma discursivo determinado)⁶.

En relación con el primero de los tipos ideales referidos cabe decir que la asimilación del consumo como marca de identidad y de la tecnología como marca de clase, sitúa a los inmigrantes (en situaciones precarias)⁷ y a los “currantes” (traba-

6. En base a nuestra experiencia de campo, podríamos decir que este tipo ideal suele ser típico de clases medias-altas y altas.

7. Cuando hablan de este grupo de inmigrantes desde algún grupo de discusión o entrevista suelen referirse a los inmigrantes latinoamericanos, concretamente del sur de Madrid. Evidentemente, el trabajo de campo se desarrolló en Madrid y la gente habló de lo que conoce, lo que no impide que pueda ocurrir algo similar en otras grandes ciudades o núcleos urbanos con inmigración.

jadores no cualificados, de escaso capital cultural y tecnológico) como auténticos nichos de mercado que protagonizan buena parte del dinamismo y de las estrategias comerciales de las grandes empresas de telecomunicaciones. Y es así porque estos sectores sociales se han quedado al margen de los procesos de integración social a través de la alfabetización tecnológica, y ocupan un lugar al otro lado de la brecha digital que el mercado ofrece solucionar a partir del consumo y la adquisición de símbolos de ascenso y clase social, pues en eso se constituye la progresiva incorporación a las TIC de nuevas aplicaciones o herramientas, que aparentemente mejoran las prestaciones del modelo inmediatamente anterior. Herramientas que, en todo caso, siguen manteniendo a los usuarios ajenos a los procesos de auténtica integración (que pasan por la formación y el desarrollo de los recursos suficientes), pero que revisten cada nueva adquisición de un halo de progreso o ascenso social: móviles de nueva generación con los más variados accesorios, videoconsolas con mejor resolución y más juegos, reproductores de música más pequeños y con mayor capacidad...

«—Hay una, una cosa particular, porque desde luego un amigo que, que también estuvo un tiempo vendiendo móviles y, y me ha... vamos a ver, que me daba cuen..., porque además estaba en el sur de Madrid, y venía a ver... a contarme que... que muchos de los que compraban móviles y se ganaba un pastón eran, eran latinoamericanos, sudamericanos y tal, y me decía, “pues yo vendo porque... porque mucha gente allá, la posibilidad de tener un teléfono móvil es una entre un millón”, y vienen aquí y bueno, pueden comprar un móvil por 89 euros y eso es ya como decir, he escalao un...

—Bueno...

—Que suena muy fuerte pero, pero que lo que se ve es así, es decir, he subío un peldaño más, ¿no? o sea, he progresado un pelín porque ya me puedo comprar una cosa que, por ejemplo, en mi país se lo compran sólo...

—Aquí no.

—Claro, pero... pero no, y a mí también me parece importante el punto que... que planteas tú ¿no? es cómo subir un peldaño, es decir, o estás arriba o estás abajo, o estás dentro o estás fuera de este, de este asunto ¿no? ¿Qué te supone estar dentro, qué te supone estar fuera?»

(GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

En base a estos procesos de distinción social asociada al consumo de las nuevas tecnologías y, por extensión, respecto a la dimensión de inclusión/exclusión social a través del consumo, desde los grupos de discusión y desde varias de las entrevistas realizadas se reconocen estos grupos sociales como objetivo prioritario del mercado. Pero parece necesario añadir al sector más joven de los jóvenes como integrantes también de esos nichos de mercado deseado por las grandes compañías del sector: porque se encuentran en un momento con escasos referentes identitarios fuera del consumo (de productos, de ocio, de símbolos), porque el conjunto social justifica la naturalización de su relación con los objetos tecnologizados, y porque suelen tener dinero que gastar en los bolsillos.

Tanto jóvenes como inmigrantes son vistos como grupos necesitados de tecnologías de último diseño, en base a la distinción social que reporta. Pero es en la manera en que se analizan esos procesos de distinción social cuando encontramos discursos diferenciales. Mientras la formación discursiva más crítica y restrictiva del uso de las tecnologías, en función de anhelar el “antes”, tiende a rechazar un tipo de distinción que consideran fundamentado en necesidades creadas por el mercado (y, en base a esa idea, optan por llevar móviles más austeros y más básicos, por ejemplo), los discursos más integrados e integradores, que también definen la noción de “saber utilizar”, dejan entrever la importancia de un tipo de distinción social coherente con los valores y objetivos individuales predominantes, y consecuente con el hecho de que el consumo se constituye en un recurso de reconocimiento social o, al menos, en una manera de reforzar la identidad social de jóvenes (especialmente de clase obrera) y otros sectores sociales “vulnerables”, como los inmigrantes. Más si cabe el consumo de las TIC, en un contexto social donde ciudadanía y participación en la sociedad de la información llevan ya tiempo resonando como sinónimos. Frente a la opción del anterior planteamiento discursivo en la línea de preferir aplicaciones más cercanas al “antes”, cuando la carga de distinción social no era tan amplia ni estaba tan integrada en las estrategias y movimientos del mercado, esta formación discursiva utiliza un símil en la misma línea: “puedes decir que te da igual el diseño de los móviles o las nuevas aplicaciones que posea, pero lo mismo se podría decir respecto a la ropa y sin embargo no te vistes con un saco.” En definitiva, justifican la integración en esos procesos mercantiles, pero también culturales, en base a la costumbre y a lo socialmente aceptado de esos procesos de distinción.

«—Tú a lo mejor sabes que tienes un móvil antiguo y luego te apetece uno nuevo con cámara de fotos, y luego te apetece uno con cámara de vídeo, y luego te apetece uno con conexión a Internet, y luego te apetece uno con conexión a tal, y te van creando necesidades... y a lo mejor a ti (...) pero a otra persona sí.

—Yo creo que tu imagen es un poco lo de la edad, ¿no? O sea, que a lo mejor nosotros, si...

—Yo creo que los chavales más jóvenes... juegan más con el móvil todo el día, ¿no? (...) porque tú no puedes, o que no puedes... porque tenga... porque sea más plano, más pequeño; que realmente si tú tienes un uso igual que los demás, o si tienes mensajes o lo que sea, qué más te da que sea más plano, menos plano, más grande, que tenga... eh...

—Eso es igual que vestirte con un saco... y no vas a vestirte así.»

(GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

Es en esta mirada más amplia donde aceptar los procesos que marca el mercado en base a las estrategias de distinción social (subir un peldaño, ser alguien, participar de la sociedad de la información...) empieza a ser a su vez sinónimo de ser adulto (con sus comodidades y estatus) y ser ciudadano de pleno derecho (con papeles, móvil... carta de ciudadanía). Planteamiento en la línea del análisis del consumo como fenómeno signifiante de la cultura e identidad juvenil, ya señalado en varias

ocasiones a lo largo de este informe. El problema es que para los inmigrantes este “subir un peldaño” suele quedar circunscrito a la distinción dentro de su “gueto”, mientras resulta atributo de normalidad para la cultura hegemónica de acogida.

El segundo tipo ideal de referencia mencionado, el de los “raros” o *freaks*, plantea una diferenciación que no tiene que ver con la brecha digital que sustenta las estrategias de consumo y distinción, sino con los nuevos tipos de marginación que surgen en el seno de la población que sí participa y se integra en el contexto de las TIC. Así, estos *freaks* representan la imagen de los nuevos estigmatizados, en base a reproducir todos los usos y tópicos que se entienden como “malos” o “perjudiciales” en relación con las nuevas tecnologías, y que ya explicamos en su momento: tendencia a la sustitución de los procesos relacionales “reales”, aislamiento y progresiva retirada del “cara a cara”, creación de un mundo “virtual” y de “fantasía” que sustituye al “real”, ausencia de amistades ajenas al “cibermundo”, ocio centrado en las aplicaciones más individuales e individualizantes del ordenador, evidentes deficiencias respecto a las más básicas habilidades sociales, etc. A pesar de todo, figura que puede ser interpretada a partir de matices diferentes, que ya tratamos en el último apartado del capítulo anterior.

Estereotipo cerrado y contundente, que nadie reconoce para sí mismo salvo en excepcionales pasajes de adolescencia (por supuesto superados), y que se constituye en la particular “aportación” del nuevo contexto social definido por la tecnología y lo que la rodea, a los procesos sociales que dibujan tales nichos poblacionales como válvulas de escape para la propia situación en ese contexto: son otros. Ante nuevos contextos sociales, nuevas válvulas de escape.

«—¿Tú crees que es eso... que la gente que utiliza mucho Internet es gente un poco extraña? ¿Cómo crees que son?

—Hombre, los que lo utilizan mucho mucho, sí, porque yo creo que luego no tienen vida real. Si están muy metidos en el ordenador, y como que se crean ellos mismos una personalidad...»

(ISIS, USUARIA OCASIONAL, 21 AÑOS, SIN TRABAJO)

Pero existe una toma de postura consciente, voluntaria, que en sí misma también se constituye en un tipo ideal al margen de los anteriores: el de quienes deciden abandonar unos procesos sociales que perciben perversos e impregnados por el poder del mercado.

Desde los planteamientos maximalistas de la sociedad tecnológica, las razones de los no usos serán explicadas en base a posturas cargadas de un miedo fundamentado en el desconocimiento, a posturas de gente mayor que se siente ajena a los nuevos procesos, o a determinados miedos ecológicos infundados o algunos hábitos sociales desfasados. Razones, en cualquier caso, que no pueden desmontar el mito de la sociedad tecnológica, de la naturalización joven-tecnología, ni de la necesidad de las TIC para la correcta inserción social y laboral.

«—Yo creo que a parte de lo que tú has dicho que haya gente que haya tenido esa experiencia, también creo que puede ser gente que tiene... o sea, que tiene miedo por desconocimiento.

—Sí.

—Gente más mayor.

—Sí, yo creo que se refiere a eso, va por lo típico de las nuevas tecnologías, no sé qué, vamos a acabar con el planeta... todos solos en casa, vamos a hacer la compra por Internet, o sea... al final...»

(GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

Pero las posturas más críticas introducen explicaciones sobre las posturas que deciden mantenerse al margen de los usos en base a razones más integradas en el cambio entre el antes-ahora. Así, para estas posturas el cambio no es homogéneo, no es repentino ni inmediato, no supone una supresión de otras formas de sociabilidad, ni de vida, ni de relaciones. En definitiva, que los cambios se van conjugando, y albergan y han de albergar a aquellos que no caminan al ritmo al que supuestamente hay que “avanzar”.

Partiendo de esta premisa, los planteamientos críticos, representados en nuestro campo por el grupo de discusión formado por trabajadores en situaciones de precariedad, retoman el envite de la asociación móvil-inclusión sociolaboral/no pérdida de ocasiones laborales (pues buena parte de sus argumentos giran en torno al móvil, y no tanto a Internet) y sugieren una serie de prácticas alternativas para demostrar cómo prescindir de algunas “necesidades” y hábitos asociados al móvil, puede revertir en prácticas y hábitos sociales alternativos. Esta reformulación deconstruye algunos de las macro-construcciones de los discursos grupales en torno a las TIC: el antes-ahora en relación a cambios inmediatos con efectos homogéneos, lo bueno-malo de las tecnologías, la asociación de márgenes limitados y pobreza, etc.

En este sentido, y llevando la observación más allá de los móviles, la cuestión no es que sea bueno o malo prescindir de la tecnología, o de parte de ella, pues no se trata de prescindir del todo, sino de estar un tanto al margen. Frente a las posturas más integradas y maximalistas, el procurar un uso cuidado y puntual, y fomentar otras formas de trabajo y vida social, ya es considerado un acto de resistencia (sería algo así como vivir en la glocalidad, siguiendo el concepto de Joshua Meyrowitz que mencionamos en el capítulo 1). Por tanto, los márgenes son amplios, y pueden ser tanto por arriba como por abajo (por ejemplo, un usuario de un barrio obrero de las afueras de Madrid que reconoce estar “enganchado” al móvil o a Internet, al tiempo que alude al enganche de los nuevos profesionales telemáticos). La cuestión es que “nos han vendido” determinados procesos de desarrollo tecnológico (las bondades y la necesidad de tener móvil e Internet) como si fueran las únicas opciones posibles, algo que deriva en que nos desproveamos de otras formas de relación y comunicación en base a la comodidad y la costumbre. Y en esta tensión entre las necesidades y las no necesidades, o las necesidades creadas, se inserta el debate que relaciona tecnología, economía y mercado, como veremos en el siguiente apartado.

Tal es el proceso argumentativo de las posturas críticas, que también intentan dibujar un panorama al margen de los condicionantes que rechazan: las cosas cambiarían si no tuviéramos ciertos instrumentos de comunicación, aunque todo

depende del grado, de en qué parte del margen puedas situarlo, y a partir de qué pautas y estrategias alternativas (estableciendo lugares comunes, juntándose, incluso estando en casa...). De lo contrario, si se opta por no usar las TIC pero tampoco se elaboran esas estrategias alternativas, se corre el riesgo de caer en la automarginación. Y éste es un análisis que realizan para la población más joven, pues los que pueden y tienen que prescindir de las TIC son los “currantes” o “curritos”, los que todavía bajan al bar de la esquina, los que hacen vida de barrio, y a los que la “incorporación” de las nuevas tecnologías les ha llegado un poco tarde; o aquellas personas en cuyos trabajos no están incorporadas las TIC y, por tanto, no las necesitan; o las personas mayores que asumen estar fuera de tales procesos y prácticamente se autoexcluyen de ellos.

«—Estamos hablando como... de un cambio de paradigma en la sociedad, todo se genera en... en Internet, los móviles y no sé qué, pero que el cambio tampoco es homogéneo, o sea que de repente, de repente todo es así y ya no existen otras formas de socialidad, ni de vida: ni de relación.

—Eso también es cierto.

—Y no es cierto, o sea, que se van conjugando. Yo a lo mejor me puedo encontrar con gente en el bar de la esquina y no necesito mandar ningún mensaje. También hay gente a la que, por un lado, la incorporación de las nuevas tecnologías le ha llegado un poco tarde y, por otro lado, desarrolla su vida de manera que no necesita hacer uso de ellas, o sea que a lo mejor hace vida de barrio, en cuanto a relaciones sociales, y se baja al bar de la esquina y se encuentra con todos sus colegas.»

(GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

«—¿Quién se sitúa sin móviles o sin Internet? Yo creo que un poco... algo tan amplio como los que son márgenes, es decir, gente que decide o no, han decidido por ellos, por ellas, están un tanto al margen, o están al margen completamente de esta dinámica de la rapidez, de todo esto que supone, puede ser por arriba o puede ser por abajo, es decir, el caso que ponías tú de tu compañero y su jefe, seguro que no está doce horas al día teniendo que contestar al móvil, en Pitis. Tampoco están doce horas ni tres teniendo que contestar al móvil. Los márgenes son muy amplios y... y muy diversos, pero todos comparten algo y es la ruptura con, con lo que supone esa forma de comunicación ¿no? Esa rapidez, esa inmediatez, tú decías “yo ahora no tengo móvil”. Seguro que de alguna manera cambia tu forma de relación con la gente que te relaciones habitualmente ¿cómo nos localizarían a nosotras⁸, nosotras y nuestras amigas y nuestros amigos, si no tuviéramos el, si no tuviéramos el móvil? Yo lo veo pasando mucho más por casa, teniendo más sitios comunes, o no haciéndolo y quedándote, y quedando relegado en algún margen social ¿sabes? Esto es, las opciones existen todas, ahora el problema es lo que dice ella, me ha gustado lo que ha dicho, que se nos ha vendido como si fuera la única opción posible.» (GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

8. El participante en este turno de palabra es varón.

3. MUNDO ETT: LA VIDA EN PRECARIO

Como ya hemos señalado, buena parte de los posicionamientos que propician el análisis sobre lo que denominamos como tipos ideales de jóvenes en su relación con las nuevas tecnologías, provienen de los planteamientos hilvanados a partir de los grupos de discusión. Los grupos estaban compuestos por jóvenes de mayor edad que aquellos que fueron entrevistados o participaron en los grupos triangulares, y ello, unido a que la dinámica del grupo propicia un mayor énfasis en las cuestiones que aglutinan al grupo y exacerban las representaciones sociales, facilita que se perciban con mayor claridad las corrientes de análisis y la correspondencia de las mismas con posiciones sociales concretas.

El trabajo, ya sea desde la precariedad o desde la estabilidad, se sitúa como elemento esencial, punto de inflexión que determina buena parte del sentido de los análisis respecto a las nuevas tecnologías. Y esto es algo que no nos debería extrañar. Por un lado, lo escuchado a los entrevistados más jóvenes incidía en la separación entre la situación que, respecto a las TIC, les corresponde en el momento presente (entretenerse, relacionarse, jugar, chatear...), al tiempo que proyectan una evolución, ligada a la edad, que les conducirá a un uso más orientado a lo profesional y a lo productivo en épocas de mayor responsabilidad, siempre ligada al trabajo (y por ello se intuyen usos diferentes entre jóvenes y adultos). Por otro lado, son ya muchos los estudios en los que se incide, o hemos incidido⁹, en situar el trabajo como el auténtico umbral a partir del cual el joven siente que pone un pie al otro lado de la frontera que lo separa del mundo adulto, del mundo de las responsabilidades, la economía y la gestión (todo lo cual no deja de ser política).

En el caso de los grupos realizados, no sólo el hecho de estar inmersos en el mundo laboral determina los posicionamientos, pues es la propia manera en que se han vivido las experiencias concretas (desde la estabilidad o desde la precariedad, desde uno u otro sector profesional) la que marca de forma esencial los análisis y las proyecciones sobre la situación social en relación con las nuevas tecnologías, ofreciendo una panorámica más completa y ayudando a establecer una tensión entre el “antes” y el “ahora” que contribuye a dotar de mayor dinamismo al análisis.

Por supuesto que las características concretas del mercado laboral desde el que hablan los jóvenes determinan el sentido de muchos de sus análisis, más aún por cuanto la tecnología parece situarse como un elemento inseparable y característico de esas circunstancias. En primer lugar, porque el mencionado mito de la sociedad tecnologizada, donde la información y la comunicación es rápida, inmediata, flexible, casi al momento obsoleta, tiene correspondencia en un mercado global que también se comportará de manera volátil, itinerante, flexible... inestable (¿a qué joven le sorprende que no le hagan un contrato fijo? Además de que existirán personas que prefieran adaptarse a esa dinámica de flexibilidad antes que depender de contratos que pueden vivir como ataduras).

9. El último de ellos, ya mencionado, *Jóvenes y política. El compromiso con lo colectivo* (Megías, coord., 2005).

En segundo lugar, porque el desarrollo de “lo virtual” y de los procesos de comunicación, gestión, información y producción, centrados en canales no físicos, rápidos y flexibles, situados a un nivel de necesidades básicas (toda empresa ha de tener acceso a Internet, correo interno, comunicación inmediata con otras empresas situadas en la otra punta del planeta...), incide en que adquiera especial protagonismo el trabajo “inmaterial”, más centrado en producir ideas y en aprovechar las posibilidades de los nuevos canales. Trabajo inmaterial que encaja perfectamente con las características que se atribuyen a la sociedad tecnológica que lo dota de sentido, y con las nuevas tecnologías en sí mismas (creatividad, flexibilidad, capacidad de adaptación, innovación), por lo que parecen formar parte de un mismo análisis respecto a las características de la sociedad en que vivimos.

Además, trabajo inmaterial que, también en la línea de las TIC, propicia que hablemos de “tiempo relativo”, difícilmente cuantificable atendiendo a términos como “productividad” o “aprovechamiento”, y observado de muy diferentes maneras en función de los usos y canales a partir de los cuales se gaste (recorremos las diferencias entre “buenos” y “malos” usos de la tecnología, y lo que denominábamos como el “coste de oportunidad” de tales usos, como baremo a partir del cual juzgar el tiempo empleado frente a un ordenador, por ejemplo). Visión del tiempo y de la productividad, por tanto, inseparable del análisis de las nuevas tecnologías.

«—Y aquí está, hay muchas cosas. Si trabajas en equipo... pues de repente antes para tomar una decisión o discutir una cosa ya se hace una reunión y te pones a discutir con éste y con el otro, y ahora pues ya si a lo mejor hay un foro o mismamente por el correo, puedes tratarlo.

—(...)

—Bueno, antes trabajaba en un empresa pequeña y ahí no, pero ahora estoy en una empresa grande y... Internet es una pasada.

—Sí, no...

—Pero, por ejemplo, en cuanto a temas de problemas técnicos, de... meter cuatro palabras en el Google y ya tienes el programa que quieres, siempre va a haber alguien que lo tenga antes que tú, que ya lo ha resuelto... y que... te ahorra muchísimo tiempo de trabajo ¿sabes? y además no abona-do. Y eso claro que lo comentan.» (GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLE)

La aplicación de las nuevas tecnologías al mercado laboral redefine el contexto de análisis y las características del mismo, en un constante tira y afloja entre ventajas y desventajas que, en cualquier caso, a nivel social se observa bajo el prisma de lo necesario y lo inevitable (pocos se atreven a nadar contra la corriente del “progreso”, como hemos visto). En nuestros grupos de discusión la tensión se ejemplifica a partir de una situación que a todos los asistentes les resulta muy familiar. A la hora de buscar trabajo parece necesario, imprescindible, aprovechar los canales que ofrece la nueva tecnología (para no perder oportunidades, o no tener menos oportunidades que el resto), y es por ello que se realizan envíos masivos de *curricula* vía *e-mail*, y se rellenan formularios en páginas que se eri-

gen en intermediarias entre oferta y demanda, a modo de escaparate al que la empresas pueden acudir para localizar lo que necesitas (si no estás en el escaparate, no te podrán localizar).

«—Sobre todo navego para información igual, para mirar páginas... sobre todo para información. Y para buscar trabajo también lo utilizo bastante.
—¿Y has encontrado trabajo por Internet?
—Sí, pero siempre bastante... o sea siempre te mandan a una ETT, a mil entrevistas, pero sí que he encontrado.»

(BELÉN, USUARIA HABITUAL, 24 AÑOS, TRABAJO HABITUAL)

Esto, por un lado, se observa desde las ventajas de receptor múltiple (con un solo envío puedo acceder a las bases de datos de cientos de empresas), el acceso a información actualizada y constante sobre ofertas interesantes, y la comodidad y facilidad de los procesos. Pero lo cierto es que el análisis no tarda en ser completado con toda una serie de contrapartidas que, según se argumenten de forma más o menos crítica o de manera más o menos complaciente con el sistema, pueden entenderse en clave de pérdida, de desventaja: a partir de tales canales ganamos en velocidad y capacidad de acceso a mayor número de receptores, pero perdemos la capacidad de seducción y convicción personal (¿y si alguien tiene capacidades no contrastables a través de un *currículum*, se defiende mejor o desarrolla todas sus potencialidades en el "cara a cara"?), por no hablar de que se multiplica exponencialmente la competencia (al instante una empresa recibirá cientos de *currícula*) y se expone uno mismo (sus datos, sus proyectos, sus ideas) sin certeza de contrapartida, ni siquiera de interlocutor.

«—Incluso para buscar trabajo ¿eh? Antes tenías que patear.
—Antes no había un infojob, ahora con que sepas un poquito, lo que quiero, y tú ya vas mandando las ofertas que encajen con ello.
—Sí, pero por un lado, en Internet hacen muchas cribas, porque te...
—Hombre tenías que irte por...
—...no te conocen personalmente. Antes te ibas a hacer una entrevista, más te conocían.
—Yo, por ejemplo...
—Aunque hay circunstancias que no ¿eh?
—Sí, pero por ejemplo, por curriculum ya te van tirando, sin que haya algo, alguien que...
—Claro, exacto, y... o sea, hay mucha más competencia, claro.
—Ya, pero...
—Es más fácil pero... uff, yo pienso que es también un poco difícil porque aquí va mucho por curriculum, porque yo, por ejemplo, a lo mejor en personal te puedo echar una charla, perfectamente, personal.»

(GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLE)

Más allá de las observaciones concretas sobre las características de la vida y del mercado laboral en relación con las nuevas tecnologías, que generalmente tiende a hacerse en términos de pérdidas o beneficios, quizás lo más interesante que

aportan las explicaciones de los jóvenes de mayor edad es el análisis de la tecnología, y de su relación con ella, en función de un clima social concreto, o de las características de la sociedad que propicia que la relación jóvenes-TIC sea tal cual es. En resumidas cuentas, analizan la tecnología como algo inevitable, o un síntoma de la sociedad en que vivimos: que las TIC sean como son, y que nuestra relación con ellas se establezca en los términos en los que se hace, será consecuencia de un clima social, económico y político concreto, de una jerarquía de valores dominantes, y no al revés. A partir de tal clima, la tecnología contribuirá a redefinir los valores, hábitos, referentes o expectativas, como manera de desarrollarse, encontrar nichos de mercado, retroalimentar el proceso y perpetuarse. Y en tal proceso de redefinición encuentra acomodo nuestra *tríada* ocio-trabajo-TIC.

En lo concreto, y en base a la visión más negativa de los procesos sociales mediados por ordenador: cuando las relaciones en Internet sustituyen a las relaciones sociales previas será porque es un síntoma, más que una causa; un síntoma de la “enfermedad” del primer mundo. Internet no es el mal, sino un modo de revelar el mal, de hacerlo más evidente, de poner de manifiesto los procesos de aislamiento y disgregación del individuo, en la línea de los valores individualistas y competitivos que rigen la sociedad.

«—Me pregunto yo hasta qué, hasta qué punto no será casi... como una... como una de estas enfermedades del primer mundo que, en realidad lo que hace Internet no, no es propiciar que haya gente que se aíse y que viva metido en el ordenador, sino hasta qué punto Internet puede, en vez de producir los machos sino... digamos revelar lo que ya igualmente subyacía en la... en la propia sociedad, ¿no? Porque igual no... no es que Internet haya producido esto porque si no en muchas otras sociedades también se habría producido, ¿no? pero igual no es un problema tanto de la herramienta o de la tecnología, sino es un problema a nivel de la construcción de una sociedad que durante mucho tiempo ha... se ha conformado de una manera, y ha estado, no sé, casi mandando constantemente el mensaje de individuo solo y aislado y tal.

—Es que es inevitable.

—Y que... y que al final ha llegado una herramienta como Internet y entonces ¡puf! se ha hecho más evidente, en realidad la gente anda como más disgregada.» (GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

El análisis responde, de nuevo, al planteamiento de la estructura temporal del antes-ahora. “Antes” de la sociedad de la información y sus tecnologías de la comunicación y “ahora”, una vez que estas tecnologías han conseguido un cierto grado de penetración, e incluso se viven como una “facilidad” o “necesidad”. El antes se equipara entonces a una mayor personalización y cuidado de las relaciones personales, o incluso un limitación de las mismas (en el sentido de mayor selección), y el ahora con una transformación, reconfiguración, integración (con diferentes grados de interactividad) e incluso sustitución o pérdida de ciertos modos de relaciones y hábitos. El antes es al teléfono fijo, al aparato (menor grado

de movilidad, mayor grado de relación social “física”) lo que el ahora es a “hablar más por Internet”. “Antes quedábamos y se apagaba el móvil, ahora, no, ahora llamas y te quedas” (GD2).

Esta estructura temporal dicotómica (antes-después) se asocia, en un primer momento, a una progresiva despersonalización de las comunicaciones y las relaciones sociales, que va a la par de una mayor movilidad de “las cosas” (sociedad móvil). Y dicha despersonalización y movilidad tendrá reflejo y traducción en una constante flexibilidad, inconsistencia, movilidad de los límites sociales, lo cual introduce mayores grados de fragilidad e incertidumbre en las relaciones sociales (por ejemplo, a la hora de quedar con la gente resulta más cómodo llamar para decir que llegas tarde, o incluso que no llegas).

«—El otro día lo comentábamos en otro grupo, ¿no? Oye que, oye pues sí que es cierto que ahora los planes se hacen, se deshacen, se vuelven a hacer, y ayer mismo habíamos quedado para comer cinco personas, tres llamaron cinco minutos antes “oye, que yo no vengo”, “oye que yo voy con un amigo”, “oye, que yo voy media hora tarde”. Entonces no sé si... si da más posibilidades o no las da, pero como que los límites sí que se mueven más. ¿Veis eso o no lo veis?» (GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

El planteamiento, cuando se pone en relación con el mercado laboral, da lugar a un discurso globalizante, con una importante carga de reflexión y un contenido altamente ideologizado y crítico. En un contexto social en el que atravesar la frontera que parece diferenciar el mundo de “lo joven” del mundo de “lo adulto” (tener trabajo, emanciparse, acceder a una vivienda) resulta tan complicado en base a las características del mercado laboral (precario, inestable), las propias características de la vida que puede vivirse en ese tránsito¹⁰, quedan impregnadas de los condicionantes que la rigen: entramos en lo que se puede denominar como la aceptación de la *precarización de la vida*, edificada en torno a la inseguridad, la movilidad, la velocidad, la competencia, la flexibilidad... la inestabilidad. Características, todas ellas, que cualquiera utilizaría para definir la situación del mercado laboral (especialmente para los jóvenes), y que están pasando, para el imaginario colectivo, a formar parte de la propia manera de entender la vida que tiene lugar en tal contexto social (sobre todo, cuando el trabajo se constituye en uno de los pilares fundamentales a partir del cual una persona se sitúa en sociedad, adquiriendo identidad, reconocimiento, posición social). En cualquier caso, esta idea sobre la *precarización de la vida* será propia de aquellos jóvenes que no pertenecen a los tipos ideales que denominamos *de banda ancha*, y que por tanto no aceptan determinadas estructuras mentales y determinadas pautas en la relación ocio-trabajo-TIC.

10. Ya en el capítulo introductorio de *Jóvenes y política* (Megías, coord., 2005), como también hemos señalado en algún momento de este informe, desarrollamos la idea de la juventud observada y analizada como una constante situación de “tránsito” (hacia lo adulto), con lo que ello supone de dificultad para propiciar identidades y referentes que sitúen a esos jóvenes en una posición que ellos mismos no interpreten como indefinida, difusa, socialmente intrascendente.

Y esta *precarización de la vida* tendrá mucho que ver con el desarrollo de las TIC desde el momento en que las visiones más críticas realizan el análisis en función de las “pérdidas” o “añoranzas” que origina la disociación antes-ahora, frente a las ventajas y comodidades que ensalza el mito de la sociedad tecnológica. Así, cuando se habla de que el desarrollo y generalización de las nuevas tecnologías propicia mayor velocidad, mejor acceso a la información y constante actualización de la misma, más y mejores canales de comunicación, mayores posibilidades de relación, etc., algunas voces se encargan de recordar las contrapartidas que inciden en la idea de la *precarización*: “siempre estoy localizable y disponible”, y se tienden a hacer difusas las fronteras entre el espacio privado y el espacio público en relación con lo laboral (“¿me puede llamar mi jefe al móvil a las nueve de la noche?”); se presupone la capacidad multidisciplinar y superespecializada del trabajador en base al supuesto acceso infinito y permanente a la información (visión del trabajador como una maquina de aprendizaje); se exige una mayor rapidez en las respuestas, incluso en requerimientos de emergencia, como consecuencia de la asunción de la velocidad del canal; se asume sin aparente queja lo volátil de los puestos, los cargos, los trabajos, etc. En este contexto, el trabajador, la persona, pasará del esperar al estar alerta (y esto nos recuerda bastante a la lógica de funcionamiento del Messenger, como vimos).

En definitiva, estos planteamientos inciden en la idea de que los procesos de flexibilización y movilidad de los límites sociales, lo que hacen es traducirse en una flexibilización de la dependencia de las personas. Por ello señalamos, en un juego de palabras, que las posturas más críticas (muchas de ellas encuadradas en el tipo ideal *de banda estrecha*) encajan en el concepto de “generación móvil”: porque está sometida y se ve obligada a adaptarse a la movilidad/flexibilidad de la vida y del mercado laboral; y porque está constantemente pendiente del teléfono móvil, por si surge alguna oferta laboral, algún encuentro, alguna cita... (“por si acaso”).

«—Yo de hecho incluso te diría que me da un poco de lástima ver a gente de mi edad que miran el ordenador como si fuera un enemigo... y nosotros hemos llegado a esta época, vendrán diez años detrás que tengan otras vivencias.

—Pero lo de... hay... hay un problema con, con eso respecto al trabajo, porque conozco a una persona que es comercial de... de productos deportivos de la gente, y... y constantemente, aunque sean las diez de la noche y en teoría esté en su casa descansando, lo llaman al móvil o le mandan unas facturas del comité de empresa al correo electrónico, o sea que al final, eh, si no tuviera, por ejemplo, teléfono móvil o Internet, digamos que tendría un horario laboral de ocho horas.

—Mm...

—Pero al tener esto pues constantemente le están mandando curro a casa, o sea que llegamos, llegan días en que al final duerme dos horas porque tiene... es tal la cantidad de cosas que le mandan por correo electrónico o le hacen llamadas que al final tiene que trabajar doce, catorce horas, para poder, digamos, aligerar trabajo y tiene... claro, y entonces esto hace que tengas menos tiempo para descansar o para dedicárselo a uno mismo.

—¿Y eso lo ves en alguna medida en ti mismo?

—Eh... no porque mis... mis cuestiones laborales han sido siempre muy distintas, porque he trabajado en la construcción. Siempre he trabajado en sitios así ¿no? Entonces en ese, en ese sentido no he tenido yo... yo ese problema, ¿no? porque a mí, en todo caso, me han llamado de un día para otro pero... pues en cierto modo, no, digamos las nuevas tecnologías no han influido, no han influido para... para nada en esto, cier.. Lo único es que sí es cierto que en más de una ocasión, eh, las obras, al tener el móvil pues que me he podido enterar, pues que estaban necesitando por ejemplo un forjador, un soldador, eso sí que me ha ayudado para... porque como hay tanta gente para estos campos pues claro, si te llaman y eres el primero en aparecerte en la obra pues eres el que escogen. Pues eso sí que me han dado el toque enseguida, entonces, eso sí que ha facilitado las cosas, pero en cuanto a que tenga yo problemas de... de... de como este hombre tenga que estar trabajando más horas de las que me corresponden, porque me manden cosas por Internet y se presupone que si te lo envían por Internet y te llega y lo tienes ya en tu ordenador pues ya eres responsable que ese trabajo se haga, ¿no?

—Yo creo, bueno, yo creo que, ya lo he dicho antes, pero... me da la sensación que tu pregunta... es como si... si fueran las nuevas tecnologías el elemento, eh, de precarización de la vida del trabajo y... o sea, yo creo que no, que no se pueden disociar de las nuevas condiciones de trabajo, o sea que, que no es que la existencia de las nuevas tecnologías precaricen la vida del trabajador, o sea este tipo del que hablaba él ahora, eh, si él no tuviera el móvil y, eh, Internet para conectarse al trabajo, no estaría en ese trabajo, estaría otra persona como él con Internet, es decir, va absolutamente ligado, el uso de las nuevas tecnologías a la nueva configuración del trabajo. Si nadie tuviera el móvil, el ritmo de trabajo sería diferente, pero va ligado. Y la incorporación de las nuevas tecnologías al mercado se hace precisamente para que el ritmo de producción sea ése, o sea, que no sé, es como un elemento más.

—Sí, y además hay otra cosa que es cierto, que ahora en muchos trabajos eh... le, digamos, le exigen a la gente ciertos conocimientos, por ejemplo, de informática, porque resulta que antes había una persona que se dedicaba por ejemplo a hacer una cosa y la otra se dedicaba a hacer las cosas de ordenador ¿no? Y ahora resulta que exigen que, que dos trabajos, por ejemplo, los haga una sola persona, ¿no? porque le exigen que sepa lo suyo pero que además tenga conocimientos de informática y no se qué para que pueda desempeñar, desempeñarse en su trabajo, pero en muchísimas cosas al tiempo ¿no? Entonces eso también en cierto modo no se yo hasta qué punto no, no es, está del todo bien, o sea y lo hablo desde una perspectiva muy personal porque, porque a mí desde pequeño, o sea siempre he estado muy educado con la cuestión sindical.»

(GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

A la rapidez, la linealidad, la inmaterialidad digital de las nuevas comunicaciones (en su comparación con la carta de papel manuscrita, por ejemplo), la inconsis-

tencia, el anonimato y el no correr riesgos, la intrascendencia social, les caracteriza, según los planteamientos menos integrados en la sociedad de las TIC, que “les falta algo”. Lo liviano es más rápido, pero es “intrascendente”, y además la rapidez demandada lo es para todo: tanto para la autopromoción en un portal de Internet que te expone ante cientos de empresas, como para las exigencias de tiempos cada vez más breves en el trabajo. Esto conecta con un sentido amplio de precariedad como el planteado, que es vivida como estrés e inestabilidad vital, y no sólo como trabajos malos, breves y discontinuos.

«—Eso ¿no? Que hasta qué punto el que todo sea mucho más rápido, que todo sea mucho más individual, aunque todo sea mucho más, revierte en precariedad.» (GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

Este panorama de itinerancia (ir de un trabajo otro, de un piso a otro, de una especialización a otra), de sometimiento a la productividad y a la rentabilidad que justifican el uso de las TIC, de flexibilidad, de inmediatez de respuesta pero también de exigencia, se traduce en un “ritmo” de vida basado en la velocidad, la rapidez. Y es ante la observación de algunas de las consecuencias de esta exigencia de rapidez, que por otra parte responde a una parte de los valores que predominan en la sociedad (aprovechar todo, al máximo, en el menor tiempo posible), cuando se señalan buena parte de las carencias que *amenazan* las relaciones entre las personas, las que existían en el “antes”. Así, el análisis incide en que la necesidad de velocidad deriva, de forma casi inevitable, en mayores cargas de insustancialidad, de ligereza, obtenidas a base de rebajar al mínimo la carga de “trascendencia” o el peso específico de las interacciones (“lo real”, “lo emocional”, “lo trascendente”), de igual forma que se procura que los correos electrónicos que se envían no “pesen” demasiado para que “no se atasquen”, puedan llegar antes a su destinatario y se puedan “abrir más rápido”, con lo que la respuesta será también más veloz.

«—Ahora, aunque seas recepcionista ya te hacen un... una intranet y tienes que mandar los mensajes, en vez de en un papelito le escribes un mail, “oye, que te ha llamado no sé quién”, tal, y le das el recado, pues no, todo es más... ya no te tienes que mover del sitio, ya está todo (...)

—Sí.

—Más rapidez, por un lado, y volviendo también, por un lado está lo de la rapidez, ¿no? y yo por otro lado también veo lo del peso, la consistencia de las cosas, con el ejemplo—metáfora que utilizábamos antes... las cartas de toda la vida, las misivas y los e-mails, ¿vale? Como que las cartas tienen un peso, tienen una consistencia, tienen ahí algo, y los e-mails son completamente lineales, ¿no? como que van, vuelven, esto...

—Qué va, se colapsan las cuentas.

—[Risa]

—Pesano mucho.

—(...)

—Yo... te cuesta más, o sea, antes mirabas antes una carta por los sellos, lo que te cuesta, ahora es “cómo me mandes eso, me vas a bloquear la cuenta”.» (GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

En función de estos planteamientos, el modo de vivir y usar las TIC parece encontrar una relación con el modo de vivir el trabajo y el ocio (y la relación entre ambos espacios), tanto para los procesos de inclusión como de exclusión social. Y esta idea plantea algunas contradicciones que alimentan el debate: si existe acuerdo respecto a la idea de que el uso de las nuevas tecnologías afecta de forma esencial a la configuración del trabajo y de determinadas dinámicas sociales de inclusión/exclusión, ¿cómo es posible que, al mismo tiempo, se mantenga que el uso de las TIC no transforma, no crea necesidades, sino que meramente facilita las relaciones sociales, haciéndolas más cómodas, más relajantes y creativas? Esta es una de las cuestiones que centran la discusión al respecto, enfrentando buena parte de los argumentos de maximalistas y críticos.

El debate se enmarca en el análisis sobre las dinámicas del mercado y su capacidad para crear necesidades y nuevos patrones de comportamiento: ¿vamos las personas detrás de las estrategias del mercado, o es el mercado el que va dando los pasos en función de las nuevas necesidades, demandas e inquietudes de las personas? Las posturas son diversas, y no siempre tan meridianas como para defender absolutamente uno de los dos posibles extremos (procesos sociales complejos, de complejo análisis). En cualquier caso, la principal diferencia surge en el modo de enfrentarse a tal disyuntiva: aceptando las ventajas que ofrece el desarrollo de las TIC que propicia el mercado, e interiorizando/naturalizando los hábitos y patrones de uso que implican las nuevas tecnologías en base a su asimilación con nuevos referentes culturales; o rechazando e intentando situarse voluntariamente al margen de tales procesos del mercado, postura a la que el imaginario colectivo atribuye tintes de heroicidad, cuando no considera que es imposible (¿quién se quedará voluntariamente al margen del mercado laboral, de las redes de sociabilidad, de las nuevas e importantes fuentes de ocio y diversión?). Muchos o pocos, lo cierto es que tales posturas existen.

En función de este análisis, el problema es la rapidez. Las TIC aparecen como la única opción, la única solución a los problemas ocasionados por la rapidez, por la inmediatez, y la solución que se presenta como “natural” radica en el conocimiento, adquisición y dependencia progresiva de “mejores” productos de tecnologías de la información y la comunicación. No son “ellos” (las empresas multinacionales, el mercado, las TIC) los que se adaptan a “nosotros” (no facilitan nuestras vidas, no tienen en cuenta nuestras circunstancias) sino al revés, transformando nuestras relaciones sociales, incluso redefiniendo nuestras necesidades y las tecnologías disponibles (actualizables) para satisfacerlas. Este proceso lleva consigo la redefinición de las relaciones humanas e incluso de la propia noción de humanidad (“superhumano”, “muy humano”, “demasiado humano”).

Frente a los planteamientos que defienden que el cambio tecnológico va más deprisa que “nosotros”, que nos hemos quedado atrás y vamos a rebufo de un mercado con una lógica muy pensada, muy calculada, que va a un “ritmo” que no es “humano” (el ritmo de la economía), se levantan voces que inciden en que la economía es “humana” porque todos somos parte de ella. Y si somos parte de

ella y nos hemos “acelerado” es porque el “ritmo” (velocidad, flexibilidad, intrascendencia...) queda instalado en nosotros, en nuestros cuerpos, en nuestras formas de relacionarnos, en nuestros trabajos (a la manera de la noción de “biopoder” de Foucault)¹¹. En definitiva, recuperando la idea anterior, en nuestras vidas precarias, rápidas, lineales, así como en trabajos igualmente precarios... Y si aceptamos que las tecnologías van por delante y van administrando y gestionando (no olvidemos que la gestión viene a ser el equivalente de la política en el nuevo orden neoliberal), no podremos obviar que los que ahora no tienen instalado este “ritmo”, o las “estructuras mentales” que parece requerir (como señalaban en base a las diferencias generacionales) quedan fuera, pasando a formar parte de los nuevos analfabetos ilustrados.

«—La investigación han empezado a invertir mogollón, a descubrir cosas y a sacar aparatitos. Algunos que no sirvan, por ejemplo, la fibra óptica. Se han, se han construido... ¿cuántos millones de kilómetros de fibra óptica, como diez veces más de lo necesario? Han quebrado. O sea, van por delante las necesidades y creándolas. Y yo creo que, de hecho, no es sostenible. Y de hecho ahora mismo, el [supercrib cross análisis] quieres tener una profesión, más o menos, y tienes que ser especializado y que... la formación tiene que ser continua. Un trabajador ya no estudia una carrera y ya trabaja toda la vida de eso. No, no. O sea, si tú eres diseñador web, vas a estar cada dos meses aprendiéndote un programa nuevo, porque han sacado... eh...

—Claro, si eso es el...

—¿Por qué? Porque ese es el negocio. Yo ahora te saco un ordenador nuevo y ya no te vale nada de lo que tenías antes. Ahora te saco un móvil nuevo y no te va funcionar, eso o... o te voy a quitar la pantalla, o sea, la televisión analógica va a ser digital, y tienes que tirar la tele. ¿Y todo eso realmente es porque yo lo necesito o porque quieres vender cosas? Entonces, yo creo que van por delante nuestro, y de hecho van a un ritmo que... que no es humano.

—Mm...

—Es que no sé si eso es así o no. Yo creo que van a un ritmo, al que tienen que ir.

—No, no, no estoy de acuerdo.

—Al que la economía les dice que tienen que ir.

—Es un poco como... eh... joer.

11. Explicaciones de este tipo, respecto al modo en que los mecanismos de disciplina penetran en nuestro cuerpo haciéndose parte de nosotros mismos, son las que permiten, como plantea Foucault, el ejercicio de las estrategias de gobernabilidad y las conexiones entre sujetos y técnicas de gobierno (biopoder). El biopoder es, según Foucault, una técnica de poder que se dirige a regular la multiplicidad de la población, pero “tiene como finalidad maximizar las fuerzas, hacer vivir, pero para optimizar la vida, gestionarla y poder regularla. El biopoder se incardina en los cuerpos, pero a la vez es un asunto de Estado, pues se pretende también una gestión de las poblaciones” (Varela, 2006: 13). Desde esta perspectiva podemos ver cómo la velocidad e interactividad, altamente conectiva pero individualizante (como señalan en el GD2), también se incardinan en nuestros cuerpos, ocios y hábitos.

—¿La economía? Pero la economía...
—Claro es como... pero tú crees que la economía, claro, la... somos parte todos nosotros de la economía,
—Claro, pero como que nos hemos acelerado y ya está instalado
—Es un sistema cap... un sistema capitalista se basa en el consumo. Y las empresas son inteligentes en su, en su filosofía, y tienen que conseguir beneficios...» (GD2, 25-29, CON TRABAJO PRECARIO)

«—Vale, al final te han creado necesidad que no conocías.
—No, no, la gente...
—Yo creo que sí, tenemos necesidades. O sea, fíjate en el móvil, antes no, y ahora no puedes vivir sin él.
—Ya, ¿pero ves?, yo sin embargo, el móvil sí que lo comprendo como algo... un invento que rellena una necesidad, que tú antes no conocías.
—(...)
—Pero es que... cada uno, yo algo que no, algo que no conozco, no puedo echarlo de menos, porque ni siquiera sé que existe, por lo cual...
—Claro, es que...
—Claro, por eso te digo, por eso te digo, por eso te digo necesidades que no conocías. No necesarias.
—No, que me las están, que me las están creando.
—No, te están dando acceso a ellas.
—No, eso no es.
—Si tienes un montón de necesidades que cubrir y al final te las cubren a través de otras te... (...)
—Pero que no, hoy en día una persona que no tiene móvil... tiene esa necesidad, aunque no quiera... porque todo el mundo a su alrededor ha creado... eh... lo que pasaba hace unos años, nadie tenía una necesidad, ¿por qué? porque hoy en día, hoy en día se ha creado una necesidad, o sea, quien no tenga móvil está una...
—¿Pero realmente crees que tienen vidas incompletas, la gente que no accede a esto?
—No todo el mundo...
—Claro que no.
—Pero ¿para qué se hacen estudios de mercado? Pues para esas cosas.
—Claro.
—Para saber cómo es la gente, para ver con quién hablo, es para sacar dinero, es que es así.
—Para saber por qué estoy pagando.
—Cuando se hace un estudio de mercado para ver qué es lo que le gustaría a la gente, o qué necesidades les... gustaría.
—Para ver por dónde les puedes sacar más dinero.
—Sí.
—¿Qué necesidades, menos básicas, que si no las tienes, no te importa, pero una vez que tienes acceso a ellas, pues sí, es una necesidad, a lo mejor es diaria o...

—Pero no primaria, de vez en cuando.
—Pero es que vete a... vete a Burundi y dile a un tío es que tú sin el móvil no eres nadie.
—[Risas] ...y te va a decir “¿para qué quieres el móvil si a cuanto más gente que me relaciono, la puedo, la puedo ver en cualquier momento?” O sea, son necesidades que, que...
—Miraté a ti mismo hace diez años, te dicen...
—Claro, claro.
—¿Un móvil? Yo, yo, te lo juro, pero que voy a comprar ni nada, es que da asco estar así todo el día, llevo resistiéndome pero al final fíjate, aquí lo llevo, y no.
—El tipo de Burundi, cuando consiga, pues eso, su comida todos los días, su techo y sus relaciones sociales... pasará al siguiente escalón, a otras necesidades.
—Es que yo creo que no son necesidades. Eso son, digamos... son también facilidades.
—Son facilidades, pero no son necesidades.»

(GD1, 25-29, CON TRABAJO ESTABLE)

Estas características y entrecruzamientos no son exclusivos de las TIC. El telón de fondo es el mercado, la fragilidad de las relaciones personales y laborales, y los entornos cada vez más complejos en que se constituyen las grandes ciudades. Por lo tanto, la complejidad e incertidumbre del mercado, la urbanización/digitalización de la vida y de las relaciones sociales y laborales, aparecen como condición y posibilidad del éxito y expansión de las TIC y, por consiguiente, con efectos irremediables (aunque no faltos de resistencia y cuestionamiento) en el mercado laboral: estás en el “antes”–fuera o en el “ahora”–dentro. En función de este contexto, el efecto de las TIC para las relaciones sociales y personales, y su papel en la configuración del ocio, son los campos más debatidos, más en tensión y con menos acuerdo entre las distintas posturas.

6. Conclusiones (en construcción)

Lo primero que conviene señalar a la hora de realizar un breve resumen que, a modo de conclusión, exponga las líneas de análisis más relevantes de esta investigación, sea el hecho de que no todos los jóvenes, ni tan siquiera la mayoría, hacen un uso habitual de Internet, como esencial exponente de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) que parecen regir los designios de la sociedad que las encumbra. Por ello hay que tener muy presente que el análisis referido a los jóvenes usuarios de Internet y las tecnologías digitales se refiere a un sector de población joven concreto y delimitado, con características sociodemográficas específicas (clases medias en su mayoría).

Tras esta primera observación, cabe preguntarse acerca del fundamento y las funciones de las representaciones (o mitos) que tienden a naturalizar la relación jóvenes-tecnología, como si de términos indisolubles se trataran. Más aún por cuanto existe la general asunción de que, hoy por hoy, resulta indispensable estar familiarizado con el lenguaje y el uso de las nuevas tecnologías, como requisito para no perder comba en el competitivo camino de superespecialización e hiperformación que te sitúa adecuadamente, y no sólo en el mercado laboral. Pero, al mismo tiempo, se reconocen importantes lagunas o déficits en las estrategias formativas o de alfabetización en esas mismas tecnologías, especialmente en la Educación Primaria y Secundaria en los centros de educación pública, delegando esa formación en la relación naturalizada entre jóvenes y TIC. Con ello asistimos a la existencia de *curricula* ocultos entre los jóvenes, diferenciados en base a variables de clase y de oportunidades formativas. También presenciamos menores brechas entre los jóvenes con una formación cultural elevada, como hemos visto en la muestra universitaria analizada (en capítulo 3), independientemente de su estatus de procedencia. Este efecto igualatorio no aparece como resultado de una mayor o menor alfabetización digital previa de los jóvenes universitarios, o de la mayor predisposición cognitiva o destrezas de un grupo de jóvenes sobre los

otros, sino de la posibilidad de acceder a entornos y recursos tecnológicos institucionalizados y, por tanto, a su uso y comprensión a través del estudio/trabajo y la socialización entre pares.

La construcción fuertemente asentada de juventud tecnologizada, propensa al desarrollo de relaciones y destrezas tecnológicas, suele venir acompañada de explicaciones que presuponen diferencias intergeneracionales respecto al uso y conocimiento de las TIC. Junto con las lagunas “formativas” identificadas anteriormente, este tipo de entramados abonan el terreno para que las multinacionales tomen las riendas del cuidado y formación de los más jóvenes ante la situación de “descoloque” de unos padres posicionados (por el discurso hegemónico del que participan las construcciones señaladas) como ajenos a un mundo tecnológico que observan desde el otro lado de una asumida brecha generacional, la “confusión” manifiesta de docentes acerca del uso social de las TIC en el aula, y la de unos gobiernos estatales y autonómicos incapaces de hacerse con las riendas del desarrollo y educación en la sociedad de la información más allá de los intereses y fluctuaciones del mercado global de las TIC.

Esta redefinición de posiciones e inversiones “formativas” en torno a un destacable sector juvenil, presente y futuro de la sociedad de la información, se construyen y fijan a partir de herramientas de comunicación sincrónicas y de gestión del yo representadas por las TIC, de gran éxito entre los y las jóvenes, como el Messenger¹. Así, éste es destacado por su capacidad de conectarte de forma inmediata y personalizada con tus agregados (conocidos) en red, y por las posibilidades que ofrece en relación con lo que es una auténtica *gestión a la carta* de las redes de socialización y de oportunidades, en base a un argumento que procura perder el menor número de opciones posibles o lo que hemos denominado la lógica del “por si acaso”. Aprovechar al máximo todas las oportunidades que te pueda ofrecer un canal (Internet) en el que parece estar todo, todo a mano y actualizado al instante, pero que además lo hace a través de un programa como el Messenger² que sitúa en el primer plano la picaresca y seducciones en torno a la ampliación de las posibilidades del yo digital en construcción (reflejo tecnológicamente amplificado de lo que sucede en otros terrenos y dinámicas socioeconómicas): yo decido con quién hablo (puedo “aceptar” o “rechazar”, a conveniencia), cuándo y cómo, así como la manera en que estará distribuida mi agenda de contactos, auténtica representación de las redes de socialización (de ocio, trabajo, seducción...). En fin, como afirmaba uno de los informantes, “yo en el Messenger soy el rey”. En función de esta dinámica de no perder oportunidades, en la que también se inserta el móvil, quedar al margen de la misma propiciará nuevas situaciones de exclusión y marginación social, acrecentando las diferencias por clase, edad y género.

1. En el capítulo 3 hemos señalado la preferencia y valoración de las herramientas de comunicación sincrónica entre los universitarios más jóvenes (17-19) y el correo electrónico (o comunicaciones asincrónicas) en edades superiores (20-34 años).

2. Una herramienta en progresiva expansión y con grandes dosis de asimilación y sincretismo de otras herramientas y servicios disponibles en la web.

Otro de los rasgos que determinan la inmersión hegemónica de las TIC en la nueva economía global, con un fuerte énfasis moralista neoliberal, es el regreso de nociones de familia de la mano del sujeto individualizado, infantilizado y precario como un amplio sector de jóvenes, que encaja perfectamente con dos aspectos identificados a lo largo de la investigación. Por un lado, pudimos percibir en algunas explicaciones de jóvenes y padres/madres de clases sociales medias-bajas en movilidad social ascendente, cómo el ordenador está siendo reubicado en el salón (u otro espacio común del hogar familiar) después de una primera fase de uso personal en los espacios privados o habitaciones de los y las jóvenes (más propio de clase más elevadas). Este proceso era más habitual en el caso de las jóvenes que en el de los jóvenes. Estas improntas de género y de clase que acompaña a la “cultura del adosado” surgen al tiempo que, cada vez más, buena parte del ocio y del tiempo libre se traslada al lugar en el que vive y se relaciona el núcleo familiar, en torno a las más nuevas herramientas tecnológicas: del cine al DVD y *home cinema*, de las charlas en el parque al Messenger, de la vida en barrios a las periferias de las grandes ciudades, donde la relación con el vecindario es a menudo inexistente³. Además, por otro lado, esta “cultura del adosado” encuentra un punto de referencia en la fantasía (otro mito en torno a la tecnología) de la interconexión y las infinitas opciones de ocio y entretenimiento a partir de una única plataforma, que centraliza las opciones y las hace sencillas y cercanas. En base a esta idea centran sus estrategias de futuro multinacionales del sector como Microsoft (y el ejemplo de la plataforma Xbox 360 ilustrado en el primer capítulo), y alrededor de la misma se produce ese anhelado retorno a una idea de la familia “integrada” e inmersa, en los tiempos de ocio, en la interactividad de la casa digital.

Resulta revelador que el término “integrado”, hasta hace bien poco habitual en los estudios de familia, emerja ahora para aludir a un sector determinado de jóvenes “adaptados” a la sociedad de la información, sin por ello abandonar sus connotaciones “familiares” previas. El trasvase de significados entre instituciones de largo recorrido (la familia) y otras emergentes y en proceso de formación (sociedad de la información-oligopolios del sector) encuentra correspondencias con los procesos de fisión/fusión entre el individuo y la familia, mediados ahora también por las tecnologías digitales de corte “familiar”. Además de abrir nuevos nichos de mercado estas nuevas tecnologías permiten poner en el centro de los salones familiares ilusiones de individuos fusionados a través de las últimas tecnologías del ocio; tan sospechosas como las construcciones que equiparan accesibilidad con participación ciudadana e integración con ciudadanía e identidad digital.

Estos procesos de integración familiar son igualmente compatibles con los “otros yos”, que ponen en juego sus propias redes de oportunidades y sus propias estrategias de socialización. Más allá de las consideraciones sociales relativas al *deber ser* de las relaciones (físicas, mediadas por los sentidos, “cara a cara”), Internet se

3. También coincide con el abandono progresivo de Internet por parte de las clases altas durante los últimos años (capítulo 3) y la escasa y casi inexistente presencia de las clases bajas.

constituye en un terreno de juego en el que “mis otros yos” digitales pueden ser vividos como absolutamente reales, por representar un lado auténticamente íntimo, por personal y blindado (nadie se puede meter en él, ni condicionarlo), que participa de ese juego de oportunidades y de “por si acaso” (“nunca se sabe a quién podré conocer, o si me puede salir una oportunidad de trabajo, o si puedo tener una experiencia verdaderamente divertida...”). Estos otros yos no pueden únicamente explicarse a partir de cartografías economicistas de las relaciones en los espacios digitales o por medio de visiones críticas, pero a veces ancladas en concepciones estereotipadas del sujeto postmoderno, y sus síndromes de personalidad múltiple (Rendueles, 2004).

La observación de la manera en que se gestiona el yo (o “los yos”) en torno a Internet y las TIC, propicia que debamos redefinir términos como “presencia” (que no sólo dependerá de aspectos “físicos”, y será también la que determine la identidad “virtual”), “intimidad” (propiciada por la seguridad de estar identificado con un yo blindado, independientemente del interlocutor) o “confianza” (que ya no se tendrá sólo con los íntimos, en base a la desinhibición y ausencia de timidez que propicia el “anonimato” físico). Pero también resalta la importancia de valores como la “creatividad” y la “picaresca”, fundamentales a la hora de gestionar esas identidades virtuales, y que en sí mismos se constituyen en activos de la comunicación por Internet.

Estas observaciones sobre la autogestión y la proyección del yo a través de las TIC están constantemente puestas en relación con lo que los planteamientos referidos a las relaciones “verdaderas”, o parámetros de la “normalidad” en lo que se refiere a las interacciones entre las personas. Y en base a estas consideraciones, lo importante, “lo trascendente” con los conocidos ocurre en el “cara a cara”, en el contacto físico y “personal”, aunque lo íntimo, lo más nuestro, lo intocable, se desplaza paulatinamente, para un sector de la población, a ser narrado y reflexionado en la interacción virtual que proporciona la cultura *messenger* con extraños, conocidos, o con aquellos “agregados” que no tiene una presencia habitual en nuestras otras vidas “reales”, o a los que no debemos ningún tipo de explicación o coherencia en el día a día.

Así, en base al planteamiento que tiene más de políticamente correcto, los usos adecuados pasarán por una progresiva criba y selección de contenidos y aplicaciones, que en ningún momento propicie la sustitución de las relaciones “verdaderas”, sino que incluya las opciones que presentan las nuevas tecnologías en el entramado de nuevas oportunidades y nuevas opciones de ocio, trabajo y relaciones (o lo que podríamos denominar “yotredad” atendiendo a la suma y funcionalidad de la alteridad virtual).

A partir de este punto, los planteamientos más integrados en la sociedad tecnológica resaltarán la necesidad de integrar las TIC en el día a día de unas rutinas que, cada vez más, las emplean como mediación y opción *total* (“todo el ocio y todo el trabajo en mi PC”), a partir de una hiperespecialización (“mis favoritos”) muy acorde con el discurso gerencial. Por supuesto, también existirán planteamientos

más críticos, que tienden a realizar un análisis en clave de añoranza, en el sentido de que tecnologías originalmente creadas para la comunicación generan, precisamente, procesos de incomunicación entre las personas.

En el contexto de esta teórica diferenciación entre “lo real” y “lo virtual”, la emoción se constituye en el elemento que da cuerpo a esa presencia que procura el canal de comunicación en que se constituye la tecnología. *E-moción* que traslada esas identidades virtuales (los yos) al plano de lo que se asume como “real”, y se constituye en un elemento más, regulable y gestionable. La lógica gerencial que rige gran parte de la configuración y uso de las TIC más difundidas actualmente no se limita a regular las pasiones y las emociones, sino que requiere de sujetos fuertes, individuales, altamente conectados y cuyas emociones y creatividad sean, cada vez más, un activo de la empresa social (o capital emocional). Así, el nuevo orden productivo hace de las emociones el cuerpo de la identidad virtual, y de su despliegue, gestión y amplificación, el activo de la persona virtual y sus gobiernos.

Las TIC propician nuevas interacciones entre los tiempos de trabajo-ocio, que se entremezclan y redefinen mutuamente: su lógica está más cercana a una continua y mutua configuración e influencia, en saber conjugarlos, en no tener divisorias estrictas, en la línea de conceptos ligados a las nuevas tecnologías como personalidad unitaria y personalidad múltiple, individuo y familia, y como pasamos a ver, trabajo inmaterial y creatividad... Trabajo que necesita del ocio para alimentar su creatividad, junto con la exigida autorregulación para ser productivo. Ocio que deja de ser un tiempo vedado a ingerencias externas (te llaman al móvil o te mandan un *mail* urgente), al tiempo que se rige por patrones y lógicas de gestión que provienen de herramientas o tecnologías del trabajo. En este sentido, podemos decir que las TIC suponen un punto de fuga en las tradicionales disociaciones o regulaciones de los tiempos (de ocio, de trabajo), en el sentido que difuminan las fronteras entre los mismos, oscilando entre la dependencia y la autoorganización. Para los más jóvenes (adolescentes), aún ajenos al contexto laboral, las nuevas tecnologías se convierten en un elemento especialmente atractivo precisamente por eso: permiten gestionar, de forma absolutamente individual, un tiempo que de otra manera no podría ser empleado (“hablo con mis amigos por el Messenger si mis padres no me dejan salir, prolongo la diversión tras una noche de marcha entrando en algún *chat*, trasnocho entre semana por estar conectado...”).

A lo largo de la investigación hemos podido comprobar lo relevante que resulta el trabajo en la configuración de los argumentos que dan sentido a los diferentes discursos respecto a las TIC. Por ello es tan importante la voz de los jóvenes de mayor edad, cuya perspectiva desde la visión temporal y desde el mercado laboral nos permite entender adecuadamente las explicaciones, expectativas y referentes de los más jóvenes en relación con la tecnología, más allá de la simple constatación de hábitos o usos, y en función de una perspectiva de antes-ahora que redondea los discursos. Y es en función de esta importancia que adquiere todo su sentido la *tríada* ocio-trabajo-TIC que recorre transversalmente todos nuestros argumentos y conclusiones, procurando nuevas influencias y relaciones

entre sus partes, cuyos intercambios y reconfiguraciones devienen en posicionamientos tecnosociales (e incluso, para algunos estudios, en disposiciones mentales) distintivos.

Es a partir de la visión que procura la incursión o cercanía con el mercado laboral, cuando estamos en condiciones de enunciar algunos de los discursos que definen el sentido de las relaciones de los y las jóvenes con las TIC.

Hablamos de *banda ancha* para referirnos a las posturas más integradas en la idea y mito de sociedad tecnológica que, sin dejar de aceptar la visión socialmente asumida respecto al *deber ser* de las relaciones sociales, asume la necesidad de integrar (saber integrar) el uso y la lógica de la tecnología para el trabajo en las rutinas y lo cotidiano de los procesos de relación y comunicación, para no perder oportunidades ni quedarse fuera de una sociedad real que, herida en su tejido asociativo y comunitario, cada vez ofrece menos contextos de socialización e interacción (no es tan fácil conocer a gente en los bares, ni bajar al parque a relacionarse... pero podemos hacerlo a través del Messenger desde nuestras casas). Mientras tanto, hablamos de *banda estrecha* cuando nos referimos a planteamientos más críticos con las bondades de las nuevas tecnologías, más preocupados por restringir su aplicación y su rutinización, y centrados en la idea de “saber utilizar” las TIC como sinónimo de restringir su uso a las imperiosas necesidades que implica la inmersión en el mercado laboral, pero procurando que el mismo no sustituya procesos de relación y comunicación menos tecnologizados.

Evidentemente, estas dos grandes tendencias discursivas plantean determinadas divergencias internas (desarrolladas a lo largo del capítulo 5), de igual forma que proyectan y contrastan la existencia de otros tipos ideales en lo que se refiere a la relación jóvenes-tecnología, en este caso representando posiciones en los límites de la frontera que determina las nuevas inclusiones/exclusiones sociales, y las nuevas marginaciones y estigmatizaciones: inmigrantes y adolescentes como representantes de los principales nichos de mercado en los que se fija éste para determinar sus estrategias de consumo tecnológico, en base a la asociación del mismo con la distinción y el ascenso social; “curritos” o “currantes” como las personas excluidas de la rueda de naturalización con las TIC, pues no las necesitan para su trabajo ni para sus interacciones sociales (están al otro lado de la brecha digital, pero no parecen vivirlo como un problema); *freaks* como nuevos estigmatizados sociales, en base a su aparente decantación por desarrollar la vida dentro de las TIC, rompiendo con ello toda diferenciación entre “lo real” y “lo virtual”, y obviando el principio de “integración” pero no “sustitución”; personas con carencias o dificultades relativas a las habilidades sociales necesarias para relacionarse en el plano del “cara a cara”, o impedidas por algún motivo o circunstancia, como la población que “necesita” verdaderamente la mediación de las TIC en sus procesos de socialización, y que representa los mayores beneficios del “invento” Internet; por último, personas que se excluyen voluntariamente de la rueda de integración tecnológica, rechazando el uso y naturalización de la misma como respuesta a lo que entienden que es un proceso de despersonalización y amplificación de la dependencia (más que del yo).

En todos los casos se acepta que la tecnología propicia brechas sociales de nuevo cuño, que procuran nuevas situaciones de diferenciación en torno a lo que podemos interpretar como analfabetismo funcional: si no te desenvuelves adecuadamente con las TIC, no estarás integrado en los actuales procesos de socialización, integración, movilidad social. Brechas que no sólo tendrán que ver con el capital tecnológico, pues resulta igualmente relevante el capital cultural que propicie los conocimientos, la predisposición y el interés frente a nuevos procesos de desarrollo, comunicación e información. Por ello es tan importante la educación en general, no sólo la alfabetización digital, y por ello las brechas se acrecientan ante situaciones de desequilibrios formativos y curriculares.

Más allá de esta aceptación de lo que se asume como el nuevo escenario de las interacciones sociales, desde las posturas más críticas se desarrollan, en el marco que propicia la tríada ocio-trabajo-TIC, los argumentos que definen la otra cara de la moneda respecto a las ventajas de la tecnología: la velocidad, flexibilidad, movilidad e interconexión deviene en ligereza, insustancialidad y flexibilización de las dependencias. Es lo que hemos denominado como “vida en precario” (atendiendo al símil con el “trabajo precario”, que se sitúa en el imaginario social al hablar de esas ETT que tanto emplean las nuevas tecnologías en sus estrategias empresariales), por representar el lado menos amable de la mediación de las TIC en nuestra vida cotidiana: de igual forma que nos permiten acceder de forma rápida a nueva información, nos permiten optar a numerosas ofertas de trabajo, amplificar nuestra voz y nuestra proyección (personal, laboral), y mantenernos constantemente interconectados, propician que esa misma voz se diluya entre el ruido de miles de voces ligeras e intrascendentes, extienden nuestra dependencia hasta el terreno de lo personal, y nos mantienen *colgados* de determinados canales (el móvil, Internet) a la espera de eternas posibilidades, inciertas opciones, promesas.

En función de esta visión de la tecnología como síntoma implícito de procesos de auténtico calado estructural, el mercado adquiere una importancia de primer orden. Por un lado, porque en su interacción con los individuos (¿quién marca el rumbo, el mercado o las personas?) determina el camino de lo que se entenderá como “progreso”, determinando lo que serán las nuevas “necesidades”. Por otro lado, porque desde él se observan con detenimiento los últimos informes de la sociedad de la información, en busca no sólo de aplicaciones y tecnologías estrellas, sino también de grupos de usuarios de referencia: a través del estudio de sus hábitos y de su capital tecnocultural, ellos mismos serán los que marquen las directrices para salir del estancamiento o seguir fomentando la sociedad de la información. En este punto, cabe preguntarse si queremos adoptar una visión desde tal mercado o desde los usuarios en los que se fija ese mercado; quienes, a su vez, observan el mercado y a la sociedad que lo posibilita.

Por todo lo señalado, el planteamiento desarrollado a lo largo del informe nos hace hablar de “sociedad móvil” y “cultura *messenger*”, como adecuadas y gráficas expresiones para señalar los nuevos patrones que redefinen los intercambios entre los elementos que componen la tríada ocio-trabajo-TIC, la manera en que

tales reconfiguraciones propician nuevas formas de establecer las relaciones y hábitos, la influencia del mercado y de los mecanismos de gobierno al respecto, y la propia manera de entender el concepto de clase y brecha social en tal contexto. Y, por ello, un estudio de este tipo exige adoptar una visión un tanto diferente respecto a la tradicional manera de encarar los estudios sobre jóvenes, otorgando la relevancia requerida a la existencia de voces de resistencia en un clima social protagonizado por los mitos de la sociedad tecnológica. Y poniendo a los jóvenes, en sus múltiples relaciones, vivencias y opiniones en torno a lo tecnológico en el centro de la mirada social y económica. De esta manera estaremos observando a la sociedad en su conjunto a través del estudio de los discursos, estereotipos, opiniones y relaciones concretas entre los jóvenes y sus visiones amplias de las relaciones tecnológicas y sociales, y no al revés.

En función de esta perspectiva, a partir de la cual afrontamos procesos sociales en constante retroalimentación y redefinición, como no puede ser de otra manera atendiendo a la naturaleza cambiante de la relación ocio-trabajo-TIC que abordamos, no podemos menos que asumir que damos una visión en movimiento. Si los activos de las mediaciones tecnológicas (y las interacciones sociales que procuran) están en la autorregulación, la autogestión, el control, el discurso gerencial y finalista, y el máximo aprovechamiento de las redes de oportunidad, y ello se traduce en continuos procesos en los que se redefinen los usos, expectativas y referentes (el sentido de los usos determina el desarrollo de nuevas herramientas, por poner un ejemplo), habrá que concluir que, en lo que respecta al tema que nos ocupa, asistimos a una realidad *en construcción* (como la misma noción de juventud), dinámica, pero no por ello exenta de tendencias (de género, clase e ideología) e itinerarios materiales y culturales diferenciados.

7. Bibliografía

AFTAB, P. (2005). *Internet con los menores riesgos*. Bilbao: Observatorio Vasco de la Juventud.

AGUIAR, M.V.; FARRAY, J.I. y BRITO, J. (2002). *Cultura y educación en la sociedad de la información*. A Coruña: Netbiblo.

AIMC (Asociación para la Investigación de Medios de Comunicación) (2003). *Estudio general de medios, abril-mayo 2003*. Madrid: AIMC.

AIMC (Asociación para la Investigación de Medios de Comunicación) (2005). *Estudio general de medios, abril-mayo 2005*. Madrid: AIMC.

AIMC (Asociación para la Investigación de Medios de Comunicación) (2005). *Estudio general de medios, octubre-diciembre 2005*. Madrid: AIMC.

ÁLVAREZ-URÍA, F. (1998). "Retórica neoliberal", en F. Álvarez-Uría, A.G. Santesmases, J. Muguerza, J. Pastor, G. Rendueles y J. Varela (compiladores). *Neoliberalismo vs Democracia*. Madrid: La Piqueta.

AREA, M. (2002). "Tecnologías de la información y comunicación y globalización", en M.V. AGUIAR, J.I. FARRAY y J. BRITO (coords.). *Cultura y educación en la sociedad de la información*. A Coruña: Netbiblo.

AREA, M. (2004). "Sociedad de la información, tecnologías digitales y educación: luces y sombras de una relación problemática", en A. Bautista García-Vera (coord.). *Las nuevas tecnologías en la enseñanza*. Madrid: Universidad Internacional de Andalucía/Akal.

AUGÉ, M. (1993). *Los no-lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa.

BAUTISTA GARCIA-VERA, A. (2004). "Una brecha tecnológica: una posible caracterización desde la escuela", en A. Bautista García-Vera (coord.). *Las nuevas tecnologías en la enseñanza*. Madrid: Universidad Internacional de Andalucía/Akal.

- BENJAMIN, W. (1973). *Illuminations*. Londres: Fontana Press.
- BOURDIEU, P. (1978). *La distinción*. Madrid: Taurus.
- BUCKINGHAM, D. (2000). *After the Death of Childhood*. Cambridge: Polity Press.
- BURMAN, E. (1998). "Madres cuidadosamente observadas", *Archipiélago*, 34-35: 174-178.
- BURMAN, E. (1999). "Rhetorics of Psychological Development; from Complicity to Resistance", *Interacoes*, 4 (8): 11-24.
- CABERO, J. (2001). *Tecnología educativa. Diseño y utilización de medios en la enseñanza*. Barcelona: Paidós.
- CABERO, J. (2002). "Mitos de la sociedad de la información: sus impactos en la educación", en M.V. AGUIAR, J.I. FARRAY y J. BRITO (coords.). *Cultura y educación en la sociedad de la información*. A Coruña: Netbiblo.
- CERTEAU, M. (1992). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México D.F.: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia.
- CIBERP@ÍS (2006). *Sección Encuestas*, 16 de febrero: 9.
- CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas). *Barómetro de enero de 2004*.
- COLLINS, R. (1986). *Weberian Sociological Theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- COMISIÓN EUROPEA (2005). *Programa eEurope 2005*.
http://www.csi.map.es/csi/pdf/eeurope2005_es.pdf
- CONDE, F. (1996). *La vivienda en Huelva. Cultura e identidades urbanas*. Huelva: Empresa Pública del Suelo de la Junta de Andalucía.
- COSER, L. (1978). *Las instituciones voraces: visión general*. México: Fondo de Cultura Económica.
- CUETO, J. (2005). "Nos vemos en el Messenger". *El País Semanal*, 6 de febrero: 10.
- CYBERPSYCHOLOGY & BEHAVIOR (1998). Nueva York: MaryAnn Liebert.
- DELGADO, M. (1998). *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- DERY, M. (1998). *Velocidad de escape. La cibercultura en el final del siglo*. Madrid: Ediciones Siruela.
- DOMÈNECH, M. y TIRADO, F. (2004). "El papel de las nuevas tecnologías en la producción de conocimiento", en A. Bautista García-Vera (coord.). *Las nuevas tecnologías en la enseñanza*. Madrid: Universidad Internacional de Andalucía/Akal.
- DOMÍNGUEZ, M. (2005). "Técnicas de subjetivación e interacción virtual en tiempo real. ¿Tienen algo en común Michel Foucault y los chats?", en *Actas electrónicas*

del 2º Congreso online del Observatorio para la Cibersociedad, 1-14 de noviembre de 2004 (formato CD-ROM). Madrid: Observatorio para la Cibersociedad.

DOMÍNGUEZ, M. y GORDO LÓPEZ, A.J. (2005). "Nuevas tecnologías y sociedad de la información en España. Un estado de la cuestión", *Cuadernos de Información Económica*, 189: 119-140.

DOMÍNGUEZ, M. y SÁDABA, I. (2005). "Transformaciones en las prácticas culturales de los jóvenes en España" en *Revista de Estudios de Juventud*, 70: 23-38.

DOUGLAS, M. (1998). *Estilos de pensar*. Barcelona: Gedisa.

EUROBARÓMETRO (2002). *Flash Eurobarometer: Internet and the Public at large*. Noviembre de 2002.

FAD (2005). *Una mirada al universo cultural de los jóvenes*. Madrid: FAD.

FEIXA, C. (2005). "La habitación de los adolescentes" en *Papeles del CEIC*, 16, Universidad del País Vasco: CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), <http://www.ehu.es/CEIC/papeles/16.pdf>

FERNÁNDEZ de LIS, P. (2006). "Viaje al centro de Microsoft", *El País Semanal*, 18 de enero.

FIGUEROA-SARRIERA, H. (1995). "Children of the Mind with Disposable Bodies: Metaphors of Self in a Text on Artificial Intelligence and Robotics", en C.H. Gray, H.J. Figueroa-Sarriera y S. Mentor (eds.). *The Cyborg Handbook*. Londres: Routledge.

FOUCAULT, M. (1985). "Herculine Barbin llamada Alexina B.", en *El sexo verdadero*, selección de Antonio Serrano. Madrid: Revolución.

FOUCAULT, M. (1970). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.

FUNDACIÓN AUNA (2003). *eEspaña2003. Informe anual sobre el desarrollo de la sociedad de la información en España*. Madrid: Auna Fundación.

FUNDACIÓN AUNA (2005). *eEspaña2004. Informe anual sobre el desarrollo de la sociedad de la información en España*. Madrid: Auna Fundación.

FUNDACIÓN BBVA (2005). *Internet en España. Las nuevas tecnologías y el crecimiento económico*. Madrid: BBVA.

FUNDACIÓN IDATE (2005). *Digiworld2005. Los retos del mundo digital*. Madrid: Edición española elaborada por ENTER, Andrés Font (dir).

GALCERÁN, M. y DOMÍNGUEZ, M. (1997). *Innovación tecnológica y sociedad de masas*. Madrid: Síntesis.

GALLEGO, D. (2002). "Globalización, TIC y ocio digital", en M.V. AGUIAR, J.I. FARRAY y J. BRITO (coords.). *Cultura y educación en la sociedad de la información*. A Coruña: Netbiblo.

GIBSON, W. (1994). *Neuromante*. Barcelona: Minotauro.

- GIGERENZER, G. (1997). "Social Computers" ponencia presentada en *International Society for Theoretical Psychology Conference*, Berlín, abril-mayo 1997.
- GOFFMAN, E. (1984). *Internados: ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GOFFMAN, E. (1987). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GONZÁLEZ LOBO, M.A. (2002). *Investigación comercial: 22 casos prácticos y un apéndice teórico*. Madrid: ESIC.
- GORDO LÓPEZ, A. J. (1994). "The Impact of Computer-Mediated Communication in a Spanish Organisation (Frena) during the Implementation Phase: Towards a Discursive Ethnography", *Actas de International Doctoral Conference, Programme on Information & Communication Technology*. Londres: Brunel University, marzo 1994.
- GORDO LÓPEZ, A.J. (1995). *Gendered Psycho-Techno-Complexes. The Dynamics of Boundary Objects*. Tesis Doctoral. Universidad de Manchester (inédita).
- GORDO LÓPEZ, A.J. (2005). "Tecnologías de la conversación y la identidad digital: reflexiones en torno a la sociedad de la información de individuos", en J.M. Sabucedo Cameselle, J. Romay Martínez y A. López-Cortón (comps.). *Psicología política, cultura, inmigración y comunicación social*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- GORDO LÓPEZ, A.J. (2006). "De los chats al Messenger. Tecnologías de comunicación emocional", en F.G. Selgas y C. Romero (eds.). *El doble filo*. Madrid: Trotta.
- GORDO LÓPEZ, A.J. y BURMAN, E. (2004). "Emotional Capital and Information Technologies in the Changing Rhetorics around Children and Childhoods", *New Directions for Child and Adolescence Development*, 105: 63-80.
- GORDO LÓPEZ, Á.J. y CAVIA, B. (2003). "Enredados en lo virtual: estrategias de gobiernos e insurrecciones postbiológicas", en O. Viñuales y O. Guasch (eds.). *Sexualidades. Diversidad y control social*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- GORDO LÓPEZ, A. J. y CLEMINSON, R. M. (2004). *Techno-Sexual Landscapes: Changing Relations between Technology and Sexuality*. Londres: Free Association Books.
- GUBERN, R. (1996). *Del bisonte a la realidad virtual*. Enred@ndo.com. http://observatorio.red.es/general/estudios/estudios/usos_internet_abrjun04.pdf
- HUHTAMO, E. (1999). "De la cibernación a la interacción: aportación a una arqueología de la interactividad", en C. Giannetti (ed.). *Epifanía*. Madrid: Fundación Telefónica.
- INJUVE (1999). "Juventud y la sociedad red". *Revista de Estudios de Juventud*, 46.
- INJUVE (2005). *Informe 2004. Juventud en España*. Madrid: INJUVE.

JIMÉNEZ, J.J. y VELA, C. (2005). "La transformación de la experiencia virtual a través de la mensajería instantánea", en *Actas electrónicas del 2º Congreso online del Observatorio para la Cibersociedad*, 1-14 de noviembre de 2004 (formato CD-ROM). Madrid: Observatorio para la Cibersociedad.

JOYANES, L. (2004). "Las redes sociales: de la mensajería instantánea a los weblogs". *Sociedad y utopía: Revista de Ciencias Sociales*, 24: 93-122.

KIEKTIK, M.L. (2005). "Una perspectiva nética de los sistemas de mensajería instantánea", en *Actas electrónicas del 2º Congreso online del Observatorio para la Cibersociedad*, 1-14 de noviembre de 2004 (formato CD-ROM). Madrid: Observatorio para la Cibersociedad.

LASÉN, A. (2000). *A contratiempo. Un estudio de las temporalidades juveniles*. Madrid: CIS.

LING, R. (1999). "Los escenarios del teléfono entre los jóvenes", *Revista de Estudios de Juventud*, 46: 67-87.

LORENTE ARENAS, S. (1994). "Tecnologías para la información: la convulsión de una década", en Juárez, M. (dir.) *V Informe Sociológico sobre la situación social en España. Sociedad para todos en el año 2000*. Madrid: Fundación FOESSA.

LORENTE, S.; BERNETE, F. y BECERRIL, D. (2004). *Jóvenes, relaciones familiares y tecnologías de la información y de la comunicación*. Madrid: INJUVE.

LORENZO, J. (2005). "La lectura en la generación de la Red. Jóvenes, lectura e Internet", *Revista de Estudios de Juventud*, 70: 65-79.

MACKENZIE, D. y WAJCMAN, J. (eds.) (1985). *The Social Shaping of Technology*. Milton Keynes: Open University Press.

MARÍ, V.M. (2005). "El deseo de enredarse y el peligro de liarse. Un autodiagnóstico sobre los procesos de apropiación de Internet por parte de los movimientos sociales y la ciudadanía activa" *Revista TEXTOS de la Cibersociedad*, 9.
<http://www.cibersociedad.net>

MARTÍN CRIADO, E. (1998). *Producir la juventud*. Madrid: Istmo.

MAYANS, J. (2002). *Género chat. O cómo la etnografía puso un pie en el ciberespacio*. Barcelona: Gedisa.

MEGÍAS, E. (coord.) (2002). *Hijos y padres: comunicación y conflictos*. Madrid: Fundación de Ayuda contra la Drogadicción (FAD).

MEGÍAS, E (coord.) (2005). *Jóvenes y política. El compromiso con lo colectivo*. Madrid: INJUVE-FAD.

MEGÍAS, I.; RODRÍGUEZ, E.; MÉNDEZ, S. y PALLARÉS, J. (2005). *Jóvenes y sexo. El estereotipo que obliga y el rito que identifica*. Madrid: INJUVE-FAD.

- MEYROWITZ, J. (1985). *No Sense of Place: the Impact of Electronic Media on Social Behavior*. Oxford: Oxford University Press.
- MORA, B. (2004). "Rituales de simulación y sociabilidad virtual. Una aproximación a los procesos de construcción de emociones en la Red", <http://usuarios.lycos.es/politicaset/articulos/rituales.htm>
- MORAVEC, H. (1999). "Simulación, conciencia, existencia", en C. Giannetti (ed.). *Epifanía*. Madrid: Fundación Telefónica.
- MUMFORD, L. (1934). *Technics and Civilization*. Londres: George Routledge & Sons, Ltd.
- PINCH, T. y BIJKER, W.E. (1987). "The Social Construction of Facts and Artifacts", en T. Bijker, E. Wiebe, Th.P. Huges y T.J. Pinch (eds.). *The Social Construction of Technological Systems*. Cambridge, Massachussets: MIT Press.
- PISANI, F. (2006). "Internet contribuye a ampliar nuestras redes sociales". *CiberP@ís*, 16 de febrero.
- POSTMAN, N. (1983). *The disappearance of childhood*. Londres: W.H. Allen.
- PURKISS, D. (1996). *The witch in history: early modern and twentieth-century representations*. Londres: Routledge.
- RED.ES (2004). *Estudio de los usos de Internet en los hogares españoles. 2º Informe (abril-junio)*
http://observatorio.red.es/general/estudios/estudios/usos_internet_abrjun04.pdf
- RENDUELES, G. (2004). *Egotatría*. Oviedo: KRK, Fundación Benito Feijoo.
- REVENTÓS, L. (2005). "Los belgas con DNI virtual saben cuándo y para qué usa el administrador sus datos", *Ciberp@aís*, 10 de febrero.
- RODRÍGUEZ, E. (coord.) (2002). *Jóvenes y videojuegos. Espacio, significación y conflicto*. Madrid: INJUVE-FAD.
- RODRÍGUEZ, E. y MEGÍAS, I. (2001). "Estructura y funcionalidad de las formas de diversión nocturna: límites y conflictos", *Revista de Estudios de Juventud*, 54: 9-34.
- RODRÍGUEZ, E. y MEGÍAS, I. (2005). *La brecha generacional en la educación de los hijos*. Madrid: FAD.
- RODRÍGUEZ, E.; MEGÍAS, I. y SÁNCHEZ, E. (2002). *Jóvenes y relaciones grupales. Dinámica relacional para los tiempos de trabajo y de ocio*. Madrid: INJUVE-FAD.
- RUSHKOFF, D. (1994). *Cyberia: Right Life in the Trenches of Hyperspace*. Londres: Flamingo.
- SEGOVIA, M. (1999). "Bibliografía y estudios concernientes al tema de sociedad de juventud y sociedad", *Revista de Estudios de Juventud*, 46: 101-110.

- SHARMAN, D. (2004). "Cultural Pathways through the Information Age", *New Directions for Child and Adolescent Development*, 105: 3-24.
- SKINNER, B. (1968). *The Technology of Teaching*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts.
- SOBRINO, M. (1999). "Juventud y multimedia", *Revista de Estudios de Juventud*, 46: 59-66.
- TAPSCOTT, D. (2000). "Promesas y peligros de la tecnología digital", en J.L. Cebrián (coord.). *La red*. Barcelona: Suma de Letras.
- TAPSCOTT, D. (1998). *Growing up Digital: the Rise of the Net Generation*. Nueva York: McGraw Hill.
- TELEFÓNICA, S.A. (2004). *La sociedad de la información en España 2004*. Madrid: Telefónica.
- THE WORLD ECONOMIC FORUM, EL BANCO MUNDIAL E INSEAD (2004). *Informe Network Readiness Index 2003-2004*.
- VARELA, J. (1998). "La escuela no tiene quien le escriba", en F. Álvarez-Uría, A. G. Santesmases, J. Muguerza, J. Pastor, G. Rendueles y J. Varela (compiladores). *Neoliberalismo vs Democracia*. Madrid: La Piqueta: 83-101.
- VARELA, J. (2006, en prensa). "El descubrimiento del 'mundo interior'. Sexualidad, arte e identidad en la Viena de fin de siglo", en *Claves*.
- VARELA, J. y ÁLVAREZ-URÍA, F. (1991). *La arqueología de la escuela*. Madrid: La Piqueta.
- VIRNO, P. (2002). *Gramática de la multitud*. http://usuarios.lycos.es/pete_baumann/gramatica.html
- VV.AA. (1998). "Miseria de las instituciones totales", en *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, 37: 88-112.
- WEBER, M. (1975). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península.
- WILLIS, P. (1978). *Aprendiendo a trabajar*. Madrid: Akal.
- WILLIS, P. (1996). *Common Culture. Symbolic Work at Play in the Everyday Cultures of the Young*. Milton Keynes: Open University Press.
- ZUBERO, I. (1998). "Participación y democracia ante las nuevas tecnologías. Retos políticos de la sociedad de la información", <http://www.adi.uam.es/~jparedes/lecturas/zubero.html>.

